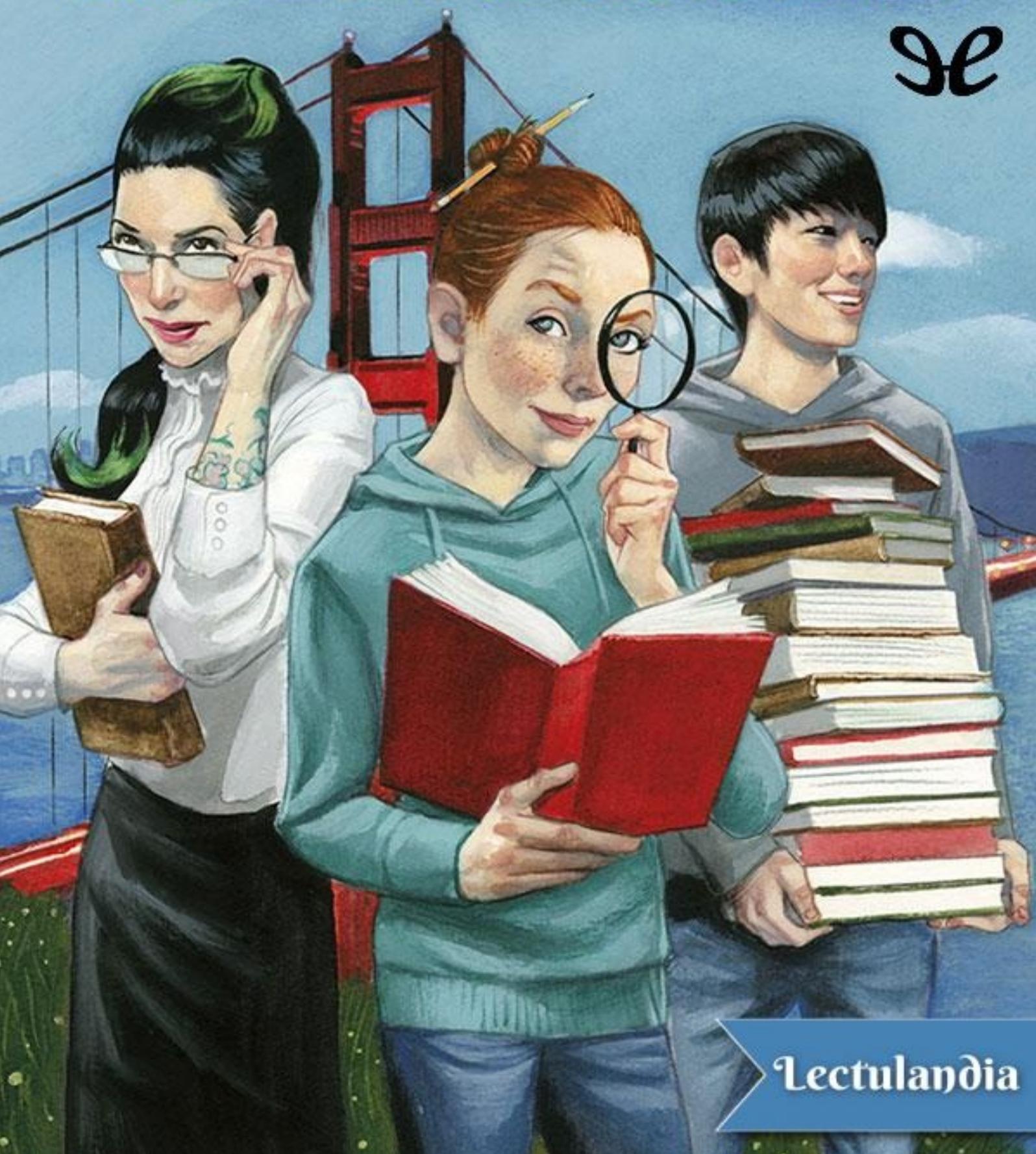


Jennifer Chambliss Bertman

EL CÓDIGO INDESCIFRABLE

de



Lectulandia

Emily y James están sobre alerta: el sr. Quisling está metido en algo muy misterioso. A medida que indagan encuentran notas perdidas, enigmas entre libros e incendios misteriosos, y descubren que el sr. Quisling va detrás de un enigma legendario: el Código Indescifrable. Pero ¿qué relación existe entre el código y los incendios? ¿Y qué vínculo tiene con *Las aventuras de Tom Sawyer*? La cuenta atrás corre mientras los incendios se multiplican...

Lectulandia

Jennifer Chambliss Bertman

El código indescifrable

Buscadores de Libros - 2

ePub r1.0

Titivillus 05.10.2018

Título original: *The unbreakable code*
Jennifer Chambliss Bertman, 2017
Traducción: Liwayway Alonso Mendoza

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En memoria de Michelle Begley,
para su hija Ellen
y para Kate DiCamillo,
porque a Michelle le habría gustado*

«El oro representaba la posibilidad de un nuevo comienzo, de ser una persona nueva, de inventar un nuevo yo. Es una metáfora de la esperanza».

ISABEL ALLENDE

American Experience: The Gold Rush
Documental



Capítulo 1

El Fénix se mezcló con el grupo de gente dispersa que esperaba al autobús. Con una mano enguantada sujetaba un vaso de papel al mismo tiempo que consultaba el reloj. Al verlo de pasada, cualquiera lo hubiera encontrado corriente, mediocre. Así era y así había sido siempre. Todo el mundo lo subestimaba.

Se trataba de un gran error.

El 41 dobló la esquina y paró delante de Washington Square. Antes de unirse a la cola que se había formado para subir, el Fénix se llevó el vaso a los labios y fingió beber un último sorbo. Luego sacó un envoltorio de chicle del bolsillo, lo tiró dentro del vaso y abandonó las dos cosas sobre el banco del parque, junto a un estuche con cremallera.

Fue el último en subirse al autobús. Salvó la escalera de un par de zancadas y mostró brevemente su tarjeta al conductor, que apenas le echó una ojeada. Recorrió el pasillo entre la gente, que estaba demasiado absorta con los móviles, los libros de bolsillo, los periódicos, las tabletas y los ritmos que palpitaban en sus oídos para prestarle atención. La gente estaba deseando no prestar atención.

Se sentó al fondo, junto a una ventana, para poder contemplar la bahía a lo lejos, mientras avanzaban lentamente colina arriba. Un profundo azul grisáceo inundaba el cielo y empujaba los rescoldos del atardecer más allá del horizonte. Alcatraz era una mancha negra contra el agua resplandeciente.

Mientras contemplaba el paisaje, pensaba en los desechos que había dejado atrás. El vaso de papel lleno de agua en vez de posos de café. El envoltorio de chicle que no estaba aplastado, sino que envolvía un pequeño cubo de color blanco plateado. Imaginó el agua empapando el pedazo de papel, atravesando el recubrimiento

encerado hasta llegar al cubo.

Entonces haría explosión.

No sería una cosa espectacular como en las películas. Al menos no debería serlo. Él no podía responsabilizarse de lo que otros dejaban atrás. La explosión haría ruido: un petardo lo bastante fuerte para que la gente y los perros que estuvieran cerca se llevaran un susto. Al principio el fuego sería pequeño. Las llamas se cebarían con el vaso, luego se extenderían rápidamente, envolviendo el estuche de cremallera que había dejado al lado.

A lo mejor algún día se quedaba a verlo. Nunca lo había hecho. Pero no sería esta noche. Esta noche llegaba tarde a una fiesta literaria.



Capítulo 2

—¡Que el tiempo corre! —gritó Emily por el pasillo vacío.

Taconeó con las botas y se ajustó el pin de los Buscadores de Libros que llevaba en el vestido. No le gustaban mucho los vestidos, pero esta noche se trataba de una ocasión especial. Su madre había conseguido uno de punto con capucha, así que no andaba muy lejos de sus típicos vaqueros y sudadera, y las botas eran planas. Perfectas para recorrer las colinas de San Francisco.

—¡Vamos! —apremió a su familia.

La puerta de Matthew se abrió. El apartamento era largo y estrecho, así que no tuvo más que avanzar un par de pasos por el pasillo para reunirse con ella en lo alto de la escalera interior de la entrada. Su hermano mayor vestía vaqueros y una camiseta con un diseño que imitaba la pechera de un esmoquin. Se había teñido el pelo negro como un cuervo y lo llevaba peinado de punta. Emily le señaló la cabeza con un gesto interrogativo y él respondió:

—La versión moderna del sombrero de copa.

Del cuarto de sus padres, al otro lado del pasillo, salió su padre dando saltitos hasta la cocina mientras tiraba de un calcetín.

—¿Tengo que llevar corbata? —Se oyó desde la otra punta del pasillo, detrás de la esquina.

—¿Papá tiene corbatas? —preguntó Matthew.

—¿Y encima las guarda en la cocina? —se sorprendió Emily.

Bajó de espaldas un peldaño, acercándose poco a poco a la puerta principal, como si aquello fuera a servir para lograr que sus padres se dieran más prisa. Su mejor amigo, James, que vivía arriba, aparecería de un momento a otro con su familia para

ir juntos dando un paseo hasta la librería de Hollister.

El padre de Emily cogió una caja de cartón que seguía sin abrir, aunque los Crane llevaban ya tres meses viviendo en San Francisco. La dejó en el pasillo y sacó un colador, un libro de arte sobre Diego Rivera y un pedazo de tela que al desenrollarse resultó ser un par de corbatas. Se colocó en el pasillo delante de la puerta del baño diminuto y contempló su reflejo en el espejo, levantando primero la corbata azul y después la roja.

—Están un poco arrugadas.

La madre de Emily salió de la habitación a grandes zancadas, con una falda larga que le envolvía los tobillos y una cámara colgada por encima del jersey, como un collar.

—Necesitarás una chaqueta, Matthew —dijo—. A la vuelta va a refrescar.

Matthew regresó a su habitación y entonces sonó el timbre. Emily se retorció las manos, desesperada.

—Han llegado los Lee —dijo, avanzando otro paso escaleras abajo, hacia la puerta—. Olvídate de la corbata, papá. Estás estupendo.

La cara de preocupación de su padre se convirtió en una sonrisa.

—Gracias, cariño. —Volvió a lanzar las corbatas a la caja de cartón—. Entonces estoy listo.

Matthew se reunió de nuevo con el resto de la familia justo cuando el timbre sonó por segunda vez.

—Por fin —dijo Emily.

Su madre chasqueó los dedos.

—La batería de la cámara. Me la he dejado en el cargador.

Salió corriendo por el pasillo.

Emily suspiró.



Los Crane y los Lee formaban una auténtica procesión marchando colina abajo. La abuela de James abría el camino, una diminuta fuerza que desfilaba balanceando los brazos, esquivando árboles de Navidad llenos de agujas secas que esperaban al servicio de recogida en la acera. La seguían Emily, James y Matthew. Al pasar por debajo de las farolas, el «sombrero de copa» de Matthew arrojaba una sombra que le daba pinta de Frankenstein. Detrás iban las madres, absortas en una discusión sobre fotografía de comida. La madre de James llevaba un negocio de *catering* de comida china, con la abuela, y la madre de Emily era diseñadora gráfica, además de fotógrafa. El padre de James, al que Emily solo había visto antes una vez, y su padre cubrían la retaguardia.

La noche cayó sobre la ciudad mientras caminaban, pero en su barrio nunca parecía llegar a oscurecer del todo.

En Nuevo México, donde Emily vivía antes, el cielo nocturno era negro como un tintero, y cuanto más mirabas, más estrellas aparecían, como si un dedo invisible se dedicara a perforar nuevos agujeros para dejar pasar la luz. En San Francisco, las ventanas arrojaban un resplandor cálido de color ámbar desde las casas de tres y cuatro plantas que se arracimaban a lo largo de la calle, alumbrando su camino junto con las luces de las calles y los faros de los coches. Las estrellas, si conseguías verlas, quedaban en segundo plano.

Las familias giraron hacia la calle Polk y las mariposas del estómago de Emily revolotearon con más fuerza. No sabía decir si era de nervios o de la emoción. Acudían a una fiesta literaria organizada por la editorial Bayside Press para celebrar la aparición de un manuscrito desconocido de Edgar Allan Poe encontrado por Emily, James y Matthew —en realidad lo habían rescatado— un par de meses atrás. Los tres iban a recibir un homenaje.

Bajo el resplandor de los escaparates de los restaurantes y las tiendas, Emily descubrió unos brillos en el pelo de James.

—¿Steve lleva brillantina? —preguntó Emily.

James llamaba *Steve* a su tupé, un mechón de pelo que tenía vida propia. La posición natural de *Steve*, en lo alto de la cabeza de James, era de «¡ta-chán!» y aquellos brillos le sentaban muy bien.

—Él también quería ponerse elegante —respondió James.

Matthew asintió con un gesto de comprensión.

El grupo llegó a la tienda de Hollister. A través del gran escaparate solía verse una librería acogedora y tranquila, pero aquel día, para la ocasión, habían retirado las estanterías y el espacio abierto estaba abarrotado de gente. Cuando Emily se imaginó que todas aquellas cabezas se giraban al entrar ella por la puerta, el vestido se le encogió siete tallas. ¿Se suponía que debía hablar delante de toda esa gente?

La abuela de James empujó la puerta. El sonido de las campanillas de siempre quedó ahogado por las animadas conversaciones. La mayoría de la gente que había en la tienda eran adultos, gente corriente y moliente, por lo que quienes iban disfrazados de Edgar Allan Poe destacaban todavía más, con sus trajes antiguos, pañuelos anudados al cuello y pequeños bigotitos. Un hombre llevaba un cuervo de mentira en el hombro y otro (que tenía los dedos manchados de sangre y vendados) llevaba una jaula con un cuervo de verdad, en homenaje a uno de los poemas más famosos de Poe.

También había niños, algunos muy pequeños, en los brazos de sus padres o cogidos de la mano. Algunos más mayores se agrupaban alrededor de una mesa resolviendo acertijos o se ayudaban los unos a los otros a colocarse tatuajes temporales de escarabajos de oro. Matthew saludó con un gesto de la cabeza a un grupo de quinceañeros que esperaban cerca de la comida y la bebida y cruzó al otro lado de la sala para saludar a sus amigos.

Emily sondeaba el gentío y descubrió en casi todos los asistentes un elemento en

común: el pequeño pin dorado de los Buscadores de Libros. El mismo pin que la propia Emily lucía todos los días. Los Buscadores de Libros era el juego de caza de libros al que llevaba jugando unos cuantos años. La gente escondía libros usados en sitios públicos y subía pistas para encontrarlos a la página de internet. En realidad el pin no formaba parte del juego; no era más que un adorno que la gente lucía a veces, como un símbolo secreto para poder reconocer a los compañeros de juego sin necesidad de preguntar. Emily jamás había visto tantos pins exhibidos de manera tan evidente al mismo tiempo. Los destellos dorados deberían haberla ayudado a tranquilizarse, al saber que estaba rodeada de amantes de los Buscadores de Libros, como ella, pero el caso era que no le permitían reconocer a nadie. Si la gente hubiera podido vestirse con sus avatares de los Buscadores de Libros, habría sido otra historia.

Emily alargó el cuello, intentando encontrar al señor Griswold, el creador de los Buscadores de Libros y editor del nuevo libro de Poe. Era muy alto y tenía por costumbre vestir de azul plateado y burdeos, los colores de Bayside Press, de modo que no pasaba desapercibido. Vio un destello de aquellos colores y creyó haberlo encontrado, pero solo era Jack, el ayudante del señor Griswold, hablando con alguien en la otra punta de la sala.

Al margen de la fiesta, un hombre trasteaba con una enorme videocámara y una mujer vestida con traje hacía rotaciones de cuello y otra cosa que Emily describió como gimnasia de cara besucona. Esta mujer sujetaba un micrófono a un lado, despreocupadamente. A Emily se le encogió el estómago cuando comprendió que aquella pareja sin duda pertenecía a una de las cadenas de noticias que, según Hollister, asistirían a la fiesta.

¿Y dónde se suponía que estaba Hollister? Por fin Emily lo vio de espaldas, en el otro extremo de la sala abarrotada. Conversaba tan animadamente que su coleta de rastas rebotaba por toda la cazadora. Alguien le dio unas palmadas en el hombro y señaló hacia donde estaban Emily y James. Hollister se dio media vuelta y una sonrisa se dibujó en su rostro. Abrió mucho los brazos, como enviándoles un abrazo, y anunció:

—¡Los chicos de moda!

Las voces se acallaron. Tal y como había imaginado, todos los rostros se volvieron y se quedaron mirándolos. Le ardían las mejillas ante aquel arrullo colectivo. Se puso a toquetear su pin de los Buscadores de Libros. James levantó la mano en un saludo titubeante. Matthew volvió para unirse a ellos y levantó el puño cerrado delante de la multitud. Cuando Hollister llegó a su lado se fundió con Emily, James y Matthew en un abrazo de oso en grupo.

—¿Estáis emocionados? —preguntó.

«Aterrados», pensó ella para sus adentros, pero asintió mirando a Hollister.

—¿Ya ha llegado el señor Griswold?

Hollister puso cara de algo. No sabía si era preocupación o culpabilidad. Negó

con la cabeza.

—No va a poder venir. Aunque estoy seguro de que le habría gustado asistir. Jack lo sustituirá como maestro de ceremonias.

Hollister se volvió para saludar a los padres de los chicos, y James miró a Emily con una ceja levantada. Hacía muchos años, Hollister y el señor Griswold habían sido los mejores amigos del mundo, pero luego se había enfriado la cosa. Al enterarse de que el señor Griswold daba una fiesta en la tienda de Hollister por el nuevo libro de Poe, Emily y James habían tenido la esperanza de que los dos viejos amigos hubieran hecho las paces. Pero si el señor Griswold no había acudido podía ser que, después de todo, no fuera ese el caso.

—Dinos dónde están los libros, Hollister —dijo el padre de Emily—. Los orgullosos progenitores quieren ejemplares extra.

—¿En serio? —preguntó Emily.

Como la familia había hecho tantas mudanzas, sus padres no eran muy dados a tener ninguna pertenencia, ni siquiera libros, aunque les encantaba leer. «¡Para eso están las bibliotecas!», decía siempre su padre. Tanto él como su madre llevaban casi toda la vida obsesionados con la misión de vivir una vez en cada estado. Hacía muy poco que Emily los había convencido para que se instalaran en San Francisco por un tiempo indefinido, en lugar de mirar siempre hacia el futuro buscando el siguiente lugar adonde mudarse. De modo que el hecho de que su padre quisiera comprar otro ejemplar del nuevo libro de Poe era un gesto pequeño pero muy importante.

—Le pediré a Charlie que os traiga unos cuantos —dijo Hollister.

—¿Quién es Charlie? —preguntó James.

—¿Todavía no lo conoces? —Hollister recorrió la sala con la mirada, intentando encontrar a aquella persona—. Lleva aquí unas semanas. Un nuevo empleado. Lo vi entrar hace poco, así que no puede andar muy lejos... —Hollister echó un vistazo alrededor—. Bueno, da igual. Ya los traigo yo.

Cuando Hollister ya se alejaba, apareció Jack atravesando un trío de Edgar Allan Poes. Su chaleco bermellón y azul plateado combinado con los Poes del fondo lo hacían parecer el cantante de un grupo musical muy extraño. Señaló una foto ampliada de la portada de *Los asesinatos de la catedral* colgada encima del mostrador central.

—El libro no existiría sin estos chicos... Espero que sean conscientes de eso —dijo Jack a las familias de Emily y James.

El señor Lee apoyó las manos en los hombros de James.

—Me habría gustado tener esa suerte de pequeño. Aunque de todas formas no habría tenido tiempo de ponerme a buscar cosas así. Mi madre me tenía ocupado en cosas serias.

Emily miró intrigada al señor Lee. Aunque se le veía cara de orgullo, hablaba en tono burlón. No era la suerte, ni mucho menos, lo que les había llevado a James y a ella a descubrir el manuscrito desconocido de Poe.

James observó el gesto de Emily y se encogió de hombros como diciendo: «Así son los adultos, ¿qué le vamos a hacer?».

—Bueno, pues deberíamos empezar. —Jack se frotó las manos—. Toda esta gente está deseando saber más de vuestras aventuras y conoceros.

Emily y James se pegaron más el uno al otro, pero Matthew sacó pecho, dispuesto a enfrentarse a cualquier cosa. Él siempre estaba dispuesto a entretener a sus fans en potencia.

Jack se subió de un salto a la plataforma del frontal de la tienda, que normalmente servía de base para los escaparates, pero que aquella noche cumplía las funciones de pequeño escenario. A su lado había una pantalla blanca encima de un caballete. Dio unos golpecitos al micrófono, que lanzó un pitido, y habló:

—¡Hola a todos!

Por su entusiasmo y su constitución espigada, a Emily le recordaba a un señor Griswold de joven.

Sintió una punzada de desilusión que por un instante hizo que olvidara sus nervios. Le hubiera encantado verlo aquella noche: solo había visto a su ídolo una vez.

—¡Bienvenidos a la espléndida librería de Hollister! —dijo Jack—. ¡Gracias por recibirnos, Hollister!

Todos comenzaron a vitorear y Hollister saludó, acallándolos con un gesto bonachón.

—Aunque el señor Griswold no ha podido estar aquí en persona, sí ha querido hacer su aparición. De modo que sin más preámbulos...

—Jack señaló la pantalla que tenía al lado y Hollister apagó las luces de la tienda.

La pantalla se iluminó y apareció la cara de Griswold. Se acercó más y más a la cámara que lo estaba filmando hasta que sus gafas de montura invisible, su nariz prominente y su poblado bigote llenaron toda la pantalla. Luego se recostó y sonrió.

—¡Saludos, buscadores! —exclamó el señor Griswold, y la sala se llenó de vítores.



Capítulo 3

Emily miró a su alrededor. No sabía si la sorprendía más aquel entusiasmo desbordante o el asomo de celos que sentía por tener que compartir al señor Griswold con tanta gente.

—Me alegro de poder anunciar que me estoy recuperando bien —dijo el señor Griswold.

El día en que Emily y su familia se habían mudado a San Francisco, el mes de octubre anterior, el señor Griswold había sido asaltado en una estación del BART y después pasó un tiempo en el hospital.

—Sin embargo, aún no estoy preparado para una fiesta, así que perdonen que me quede en casa.

»Es un placer para mí presentar este nuevo trabajo de Edgar Allan Poe, un trabajo que seguramente no habrían tenido la oportunidad de leer sin la inteligencia y la perseverancia de tres chavales.

Emily dejó de sentir celos y empezó a experimentar orgullo. Se perdió en las palabras del señor Griswold. El público miraba de reojo a Emily, a James y a su hermano mientras el señor Griswold relataba la historia que había detrás de la novela de Poe. Nadie les pidió que hablaran, ni nada parecido, y Emily lo agradeció.

El señor Griswold levantó un vaso de agua en un brindis y exclamó:

—¡Disfruten de la fiesta!

El vídeo se desconectó y la librería se llenó de carcajadas y aplausos. Cuando se encendieron las luces, también lo hicieron las conversaciones.

—Vamos a ver la mesa de los acertijos —dijo James.

La idea de pensar en los acertijos y no en los desconocidos que seguían

mirándolos fijamente resultaba un inmenso alivio para Emily. Ya se habían puesto en marcha cuando los paró uno de los Edgar Allan Poes.

—¿Me podéis firmar el libro?

Emily y James se miraron.

—¿Nosotros? —preguntó Emily.

—¡Pues claro! —dijo él—. Sois famosos en los Buscadores de Libros.

Emily tomó el libro y el bolígrafo, y de pronto sintió que había olvidado cómo escribir su propio nombre. Los arcos de la M le quedaron muy juntos y después intentó terminar la firma con su mejor cursiva, pero se sentía muy cohibida. Le pasó el libro a James, y él empleó el mismo cuidado al escribir su nombre.

James acababa de devolver el libro cuando una chica con gafas de montura naranja y un pin de los Buscadores de Libros les cortó el paso.

—Yo también estudio en el colegio Booker —dijo en voz baja.

James se quedó mirándola.

—¿Tú no estás en mi clase de Ciencias? Te llamas Misha, ¿verdad?

—Nisha —lo corrigió ella.

—Eso. Nisha. Perdona.

Nisha les tendió un libro y un bolígrafo, pero cuando Emily estaba a punto de tocar el papel con él, Nisha exclamó:

—¿Podéis firmarlo codificado?

—¿Codificado? —preguntó Emily.

Nisha asintió. Emily se quedó pensando un momento y después escribió: «UNBWD». James escribió: «RTNUS». Empleaban el cifrado que habían inventado juntos y después memorizaron hasta convertirlo en su propio lenguaje secreto. Cuando le devolvieron el libro, Nisha lo tomó diciendo un suave «Gracias». Emily miró cómo se perdía entre la gente y se preguntó cuántos Buscadores de Libros habría en su colegio sin que ella lo supiera.

Los nombres de Emily y James se repetían una y otra vez por encima del barullo. Quedaba claro que, en gran parte, seguían siendo el centro de atención. Las voces se arremolinaban y las cabezas se volvían hacia ellos. Emily se sentía mareada.

—Tengo que ir al baño —dijo—. Enseguida vuelvo.

En cuanto salió de la sala principal de la tienda, que estaba abarrotada, se sintió arropada por las paredes de libros que flanqueaban el camino hasta la trasera de la tienda. Se detuvo para saludar a *Herb*, un marcapáginas con la forma del famoso autor de San Francisco llamado Herb Caen. A Emily y a James les gustaba esconder a *Herb* por la tienda para que los clientes se encontraran al azar con sus ojos espiando desde detrás de una hilera de libros. *Herb* estaba donde lo habían dejado, con la nariz y los ojos asomando por encima de una colección de viejos ejemplares de historias de Nancy Drew en tapa dura. Tenía unos ojos amables en forma de luna. Lo imaginaba diciendo: «Tranquila, chica. A mí también me ponen nervioso las aglomeraciones».

Le tentaba la idea de sacar de la estantería uno de los libros de misterio de Nancy

Drew, doblar la esquina para dirigirse al rincón donde estaba su silla favorita, la morada que tenía demasiado relleno, olvidarse de la fiesta y ponerse a leer. Pero no podía abandonar a James. Continuó con su idea de ir al baño, aunque en realidad no tenía ganas, pero al llegar al pasillo la sorprendió ver que su silla favorita estaba ocupada.

Ocupada por un bolso gigante con un estampado de flores, pero ocupada al fin y al cabo.

Al lado había un hombre, de espaldas a ella. Emily se refugió por instinto detrás de la estantería, y enseguida se sintió muy tonta por ponerse tan nerviosa. Se asomó por la esquina y vio que aquel tipo tenía algo que le resultaba familiar.

—Oh —exclamó sin querer.

Era su profesor de Ciencias Sociales, el señor Quisling. Emily sabía que el señor Quisling jugaba a los Buscadores de Libros, así que no tenía por qué haberla sorprendido encontrarlo en aquella fiesta literaria, pero resultaba extraño ver a un profesor fuera de su hábitat natural. Y más allá detrás, donde no había nadie. A lo mejor a su profesor tampoco le gustaban las aglomeraciones.

Comprendió que si el señor Quisling la veía ahora, escondida detrás de una estantería, creería que lo había estado espiando, cuando no era así en absoluto. Tenía que moverse. Avanzó decidida, pensando en hacerse la sorprendida si el señor Quisling la pillaba, pero cuando lo miró, vio que él oteaba a la derecha, a la izquierda y luego metía la mano en el bolso.

Ahora sí que estaba espiando a su profesor, porque no podía apartar los ojos de él. ¿Por qué andaba rebuscando en un bolso que evidentemente no le pertenecía?

El señor Quisling sacó algo pequeño y delgado. ¿Sería dinero? No podía distinguirlo. Lo miró brevemente y luego desapareció por un pasillo paralelo, seguramente de vuelta a la fiesta.

¿De veras acababa de ver a su profesor robando?

Emily se olvidó completamente de sus nervios, y también de su intención de ir al baño, y volvió corriendo a la fiesta para buscar a James. Lo encontró inclinado sobre la mesa de los acertijos, y lo agarró del brazo.

—James —dijo.

—Espera, que estoy a punto de resolver este *sudoku* —repuso.

—Es el señor Quisling.

—¿Ha venido?

—Está allí —dijo Emily, señalando a su profesor de Ciencias Sociales que estaba un poco apartado de la multitud. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y examinaba la librería con un gesto estoico, igual que hacía cuando los alumnos entraban en su clase.

—Supongo que deberíamos ir a saludarlo —sugirió James.

—Espera. —Emily volvió a agarrarle el brazo, sujetándolo—. Lo he visto robar algo.

James arrugó la nariz.

—¿Que le has visto hacer qué?

Emily miró a todas partes para asegurarse de que nadie los estaba oyendo y susurró:

—Robar.

—¿Al señor Quisling? —Sacudió la cabeza—. No puede ser. Es el tío más legal de la historia del universo.

Era cierto. Su profesor era muy estricto y muy claro en cuanto a lo que estaba bien y lo que estaba mal. De no haber visto lo que acababa de ver, también le habría resultado imposible de creer.

—Te lo aseguro, ahí detrás hay un bolso. Alguien lo ha dejado en una silla. Y el señor Quisling ha cogido algo de su interior.

James frunció el ceño. Ella se dio cuenta de que seguía sin creerla.

—Bueno, vamos a saludarlo.

Esquivaron a un hombre con un jersey de cuello alto y una mujer con una coleta gris que le llegaba por la cintura que discutían acerca de cómo había muerto Poe, y después a otro grupo que intercambiaba historias sobre misiones con acertijos que habían completado a través de los Buscadores de Libros. Cuando llegaron al lugar donde debería estar su profesor, este ya había desaparecido.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Emily.

Se quedaron un rato buscándolo entre la gente que había en la sala. Por fin, James dijo:

—Allí está.

Emily notó una mano en el hombro y dio un respingo. Era la periodista que había visto al entrar en la librería. La mujer se le acercó como una amiga que quiere cotillear, pero la agarraba con un gesto posesivo.

—He estado charlando con tu hermano. ¡Qué risa!

El hombre de la videocámara estaba detrás, con cara de aburrimiento.

Matthew se encontraba al otro lado de la sala lanzando uvas al aire y cogiéndolas con la boca mientras era aplaudido por sus amigos. ¿Qué le habría contado su hermano? En el lado contrario, su profesor se abrió paso entre la multitud, dirigiéndose hacia la puerta. Emily intentaba ver qué llevaba en la mano.

—Seguro que con él no te aburres nunca —dijo la periodista.

Emily no sabía muy bien si se refería al señor Quisling o a Matthew.

—¿Con mi hermano? —preguntó Emily por fin.

—¡Sí! Es...

Sus palabras quedaron ahogadas por el aullido de una sirena. Por un instante, Emily se preguntó si alguien habría llamado a la policía porque había visto al señor Quisling robando algo de un bolso, pero el interior de la librería de Hollister se iluminó con un destello rojo cuando pasó a toda prisa un camión de bomberos. El movimiento y las voces de la tienda quedaron suspendidos durante un instante.

Cuando se acallaron las sirenas, las conversaciones se reavivaron incluso con más fuerza que antes.

La periodista estudiaba un mensaje en su teléfono.

—Parece que hay un incendio en Washington Square —le dijo a su cámara.

—¿Un incendio? —repitió James.

Mientras tecleaba como loca en el teléfono con ambos pulgares, murmuró:

—Nada grave. Seguro que es poca cosa, pero nunca se sabe cuándo una poca cosa puede transformarse en algo gordo. —Se dirigió al cámara diciendo—: Aquí ya tenemos suficiente material para trabajar. Vámonos.

La mujer se lanzó hacia la puerta con el cámara detrás. Cruzaron por delante del escaparate, bajo las luces parpadeantes colgadas de los árboles a la puerta de la librería de Hollister. Las esquinas del cristal estaban empañadas y parecían escarchadas, aunque no hacía tiempo de escarcha, ni mucho menos, aquella noche de finales de diciembre.

Emily y James volvieron a seguir a su profesor. Parecía imposible poder alcanzarlo antes de que llegara a la puerta principal. Entonces un hombre interceptó al señor Quisling. Estaban a medio metro de distancia y lo oyeron decir:

—¿Brian Quisling?

El señor Quisling no estaba mirando hacia ellos, así que no podían verle la cara, pero Emily oyó que decía con voz tranquila y curiosa:

—¿Sí?

Rápidamente escondió el brazo detrás de la espalda, y Emily vio un destello blanco en su mano. ¿Sería lo que había sacado del bolso? Imaginaba que el profesor pretendía meterse la tarjeta en el bolsillo, pero sin darse cuenta falló y esta cayó revoloteando hasta el suelo, donde permaneció entre los pies en movimiento de la gente que daba vueltas por la librería.

—Brian —le dijo el hombre a su profesor—, soy yo, Harry Sloan. Volvimos a encontrarnos el pasado septiembre en el laberinto literario, ¿te acuerdas? Dimos clase juntos hace años.

Emily le dio unos golpecitos en el brazo a James y señaló en dirección a la tarjeta blanca que estaba en el suelo.

—¿Harry Sloan? ¿El laberinto literario? —preguntó Quisling.

James alargó el pie y, con la puntera del zapato, le dio un empujoncito al papel, acercándolo hacia ellos y alejándolo del señor Quisling. Hizo ademán de inclinarse para recogerlo cuando el señor Sloan, el hombre con quien estaba hablando el señor Quisling, se inclinó hacia un lado y miró a Emily directamente a los ojos.

Oh, no, ¿estaba a punto de pillarlos robando una tarjeta a su profesor, que a su vez había robado esa tarjeta de un bolso? En esta ocasión el vestido se le encogió unas veinte tallas. Casi no podía ni respirar, hasta que el señor Sloan dijo:

—No me digas que tienes la suerte de dar clase a estos chicos.

James agarró rápidamente la tarjeta y se la metió en el bolsillo antes de que el

señor Quisling se hubiera vuelto del todo.

—¡Qué alegría verle, señor Quisling! —exclamó Emily con el tono de voz más fuerte y entusiasta que había empleado en toda su vida.

James bufó conteniendo la risa.

—¿Sabéis que este hombre se hizo famoso el pasado otoño? —dijo el señor Sloan—. Igual que hoy vosotros dos.

—¿Famoso? —preguntó Emily.

Le estaba agradecida a aquel extraño por mantener dentro de lo normal algo que habría podido convertirse en un intercambio muy raro e incómodo con su profesor.

Quisling suspiró.

—Eso de «famoso» suena un poco exagerado.

—Siempre tan modesto, siempre tan modesto —replicó el señor Sloan, dándole una palmada en el brazo.

Su profesor hizo una mueca y miró hacia la puerta.

—¿Vosotros conocéis la actividad del laberinto literario? —preguntó el señor Sloan—. Garrison Griswold construyó un laberinto con las paredes hechas solo de libros. Había que entrar, encontrar y resolver tres acertijos en los controles escondidos dentro del laberinto, y terminar en un tiempo determinado. —El hombre hizo un intento de levantar un poco el brazo del señor Quisling—. Aquí vuestro profesor machacó a todo el mundo en la categoría de los adultos. ¿Cuánto tiempo tardaste en salir? ¿Catorce minutos y treinta y seis segundos?

—Algo así —respondió Quisling.

—La segunda marca estaba en unos veinticinco minutos. Yo ni siquiera me acerqué a eso. —El señor Sloan rebuscó en su bolsillo y sacó una cartera—. Ya te lo comenté cuando nos vimos el pasado septiembre, Brian. Vuelvo a dar clases. De sustituto, por ahora. —Sacó una sencilla tarjeta de visita—. Seguro que ya te di una de estas, pero sé que resulta muy fácil perderlas.

Como el señor Quisling no alargaba la mano para coger la tarjeta, Sloan se la colocó en la mano.

—Por si necesitas un sustituto. Puedes llamarme.

—Yo nunca me pongo enfermo —respondió Quisling.

Sloan lanzó un silbido grave.

—Ahora sí que la has fastidiado. ¡Te has gafado! —Le dio unos golpecitos a la tarjeta, sobre la palma de la mano del señor Quisling—. Quédatela, amigo. Puedo cubrir cualquier asignatura. Matemáticas, historia, inglés... Hace poco pasé el examen de acceso al posgrado con una nota perfecta, ¿te lo puedes creer?

—Lo siento, pero de verdad tengo que marcharme —dijo Quisling, cogiendo la tarjeta de visita. A Emily y a James les hizo un gesto con la cabeza y dijo—: Enhorabuena a los dos. Nos veremos después de las vacaciones de Navidad.

Mientras su profesor se dirigía a la salida, el señor Sloan se inclinó hacia Emily y James.

—¿Es cosa mía, o no le gustan mucho las fiestas?

Emily y James esbozaron una gran sonrisa.

—No es cosa suya —respondieron.

El señor Sloan les guiñó un ojo y se perdió entre la multitud.

—¿Y bien? —preguntó Emily cuando se encontraron de nuevo a solas en medio del mar de gente—. ¿Qué era ese papel?

James se lo mostró y lo examinaron juntos: una tarjeta con un pájaro con las alas desplegadas y una larga cola de plumas. Dentro había una nota escrita a mano que decía:

¿Recuerdas el Niantic?

Yo no lo he olvidado.

Si quieres una pista,

Aquí ya te la he dado.

DGCGPÑRÑGJO ODÑR FRO RSÑRUREBD
CQRGUJ LRYRFJO ÑDOQDBPJ DB CJUNSJ NGUDOCNAÑREBD

Resuelve el acertijo y deja la solución
con el próximo libro, y puede que cambie
de opinión.

—¿El *Niantic*? ¿Eso qué significa? —preguntó James.

—A mí me intriga más el cifrado —dijo Emily—. Y quiero saber por qué nuestro profesor robó esto de un bolso.

—¿Y qué significa eso de «deja la solución con el próximo libro»? —añadió James.

—Disculpad.

Levantaron la vista y se encontraron con un Edgar Allan Poe de pie ante de ellos. Incluyó la cabeza y su bigote con forma de oruga saltó del labio al suelo. El Poe soltó un taco, recogió el bigote y les dio la espalda. Cuando se volvió de nuevo hacia ellos, el bigote estaba otra vez en su sitio, aunque torcido.

—Os pido disculpas, mis queridos niños. —Poe les tendió el libro y sonrió, y el bigote se le deslizó desde el labio superior hasta la barbilla.

Firmaron el libro del hombre y lo vieron deslizarse hacia la mesa de los tentempiés.

—Qué noche más rara —dijo James.

—Y que lo digas —respondió Emily.



Capítulo 4

Emily había vuelto a casa de la fiesta literaria hacía unas horas. Se suponía que debía prepararse para meterse en la cama, pero seguía emocionada. Por suerte, James también estaba levantado.

Toc. Toc-toc-toc. Toc.

Al oír que este golpeaba el suelo por encima de su cabeza, Emily se acercó a la ventana abierta de su cuarto. El de James estaba justo encima y arrojaba un estrecho rectángulo de luz sobre la pared del edificio vecino, que se encontraba a tan solo unos metros de distancia. Por un instante, Emily distinguió la sombra del cubo de hojalata, que bajaba por un sistema de poleas instalado entre las ventanas.

Cuando le llegó el cubo, Emily sacó la hoja, arrancada de una libreta, que se habían estado pasando. Leyó por encima la cadena de mensajes escritos en su código secreto inventado. Tenía la clave apuntada en su libreta, pero ya casi no necesitaba consultarla:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
E	L	V	O	Z	M	U	R	C	I	A	G	H

N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
N	D	F	Y	K	W	Ñ	T	B	S	X	P	Q	J

Emily no tardó en comprender lo que había escrito James:

¡GF TZNUF! «WZVBZWOEN ZG
NCENTCV» ZÑ GE VGESZ

(¡Lo tengo! «Recuerdas el Níantic»
es la clave).

¡Era un cifrado con clave! Emily gimió. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? James no le había apuntado la solución, así que pasó a una nueva página de su cuaderno y se sacó de la coleta el lápiz que guardaba allí.

Un cifrado con clave era un tipo de cifrado por sustitución, parecido a su código secreto. Emily escribió el alfabeto normal. Después escribió debajo «Recuerdas el Níantic», saltándose todas las letras repetidas. Luego rellenó el resto del alfabeto para obtener la clave:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
R	E	C	U	D	A	S	L	N	I	T	F	B

N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
G	H	J	K	M	Ñ	O	P	Q	V	W	X	Y	Z

Ahora solo tenía que buscar cada letra del mensaje cifrado para ver cómo se traducía en la clave. Volvió a mirar el acertijo de la nota del señor Quisling:

¿Recuerdas el Níantic?
Yo no lo he olvidado.
Sí quieres una pista,
Aquí ya te la he dado.

DGCJQPÑRÑGJO ODÑR FRO RSÑRUREBD
CQRGUJ LRYRFJO ÑDOQDBPJ DB
CJUNSJ NGUDOCNAÑREBD

Fue leyendo las palabras despacio, en voz alta, mientras iba descifrando el

mensaje: «Encontrarnos... será... más... agradable... cuando... hayamos... resuelto... el... código... indescifrable».

—¿El código indescifrable? —repitió Emily.

No había mejor forma de suscitar el interés de Emily por un cifrado que decir que era indescifrable. Se le ponía la carne de gallina, electrificada. Era la misma sensación que sentía cuando un libro la absorbía hasta un punto sin retorno. Como aquella vez que estaba leyendo *Cuando me alcances* y sus padres dejaron de intentar que se levantara para cenar y ella acabó comiendo espaguetis fríos después de terminar el libro.

Solo que esto no era un libro. No podía pasar las páginas para descubrir a qué se refería el mensaje misterioso cuando hablaba de un código indescifrable.

La voz de James bajó por el hueco estrecho desde su ventana:

—¡No te imaginas lo que es el *Niantic*! Lo he mirado en internet.

Emily asomó la cabeza y preguntó en la oscuridad:

—¿Qué ha pasado con nuestra regla de «No hablar cuando estamos usando el cubo»?

—Esto es demasiado alucinante para esperar —respondió James—. Adivina lo que es el *Niantic*.

Emily intentó adivinar qué tenía tan emocionado a James:

—¿Un superordenador? ¿Un código transmitido por alienígenas?

Por encima del ruido blanco de la ciudad nocturna se alzó el sonido de una sirena de niebla distante. Emily esperó la respuesta de James. Al final, este dijo, con un tono un poco melancólico:

—Bueno, un código transmitido por alienígenas sería mucho más alucinante.

Emily resopló.

—¡Dímelo ya!

—El *Niantic* es un viejo barco enterrado bajo la ciudad.

—¿Hay un barco enterrado debajo de San Francisco?

—Según la Wiki, hay unos cincuenta barcos enterrados bajo la ciudad. Desde la fiebre del oro.

—¿En serio?

Empezó a imaginar una cueva gigante bajo la ciudad de San Francisco, con estalactitas colgando y barcos pirata por todos los rincones. Pero James había dicho «enterrado» y no abandonado en una cueva, así que quizá era algo más parecido a un cementerio de barcos.

—¿Quién querría enterrar barcos? —preguntó Emily.

—Pues no lo sé. La Wiki dice que hay un trozo del *Niantic* expuesto en un museo junto a Fort Mason.

—¿Crees que allí podríamos averiguar algo más acerca de ese código indescifrable? —preguntó Emily.

En el edificio de al lado se abrió una ventana, desgarrando la noche con su

crujido. Emily se quedó muy quieta. Un hombre gritó:

—¿Sabéis qué hora es?!

—Perdón —se disculparon al unísono Emily y James.

La ventana se cerró con un quejido y en el silencio pesaba la vergüenza de haber sido pillados.

Emily garabateó un mensaje para James:

¿KBCZWZÑ CW E SZW ZG
NCENTCV HEDENE?

(¿Quieres ir a ver el Níantic mañana?).

Colocó el papel en el cubo y lo subió, encogiéndose cada vez que chirriaban las poleas. Sabía que la respuesta de James llegaría enseguida, de modo que esperó junto a la ventana y, efectivamente, el papel regresó a los pocos minutos.

iÑELZÑ KBZ ÑC!

(¡sabes que sí!).



Capítulo 5

El Fénix estaba sentado en un restaurante pasando un sobre de azúcar vacío por la llama de la vela que había en su mesa. Adelante, atrás, adelante, atrás. Meditaba acerca de la llama, observando cómo intentaba atrapar el sobre cada vez que pasaba y fallaba en su intento.

—Ahora no —gruñó—. Solo yo controlaré el momento en que empiezas a comer.

Sonrió ante la pequeña broma de tomar el fuego como mascota. Volvió su mirada hacia la pantalla de televisión que había detrás de la barra y siguió pasando el sobre de azúcar por la llama despreocupadamente. Adelante. Atrás. Adelante. Atrás.

En el televisor aparecía una periodista delante de Washington Square. No podía oír lo que decía, pero estaba claro que hablaba de su fuego. Empezó a notar una sensación incómoda en el estómago y no le gustó. «Tú te crees muy listo —saltó una voz imaginaria—. Entonces, ¿por qué tienes que esforzarte tanto en demostrárselo a los demás?».

Al parecer nadie había relacionado este fuego con el anterior. Eso era bueno. ¿O no? No pudo evitar que lo asaltara la duda y cerró la mano en un puño, formando una bola con el sobre de azúcar. Solo los débiles dudaban de ellos mismos. Había tramado un plan y pensaba llevarlo a cabo.

—Yo te controlo —le susurró a la llama.

Desarrugó el sobre y casi le pareció oír cómo el fuego chisporroteaba satisfecho al devorar el papel. Los bordes se rizaron sobre ellos mismos, marrones, después negros. Dejó caer el papel en llamas en el portavelas, donde se marchitaría para después morir.

La camarera regresó con la cuenta y no pudo evitar mirar dos veces al montón de

ceniza ennegrecido en el candelero.

—Es un tic nervioso —le explicó el Fénix.

La camarera recogió el plato y el vaso de la mesa.

—Yo me muerdo las uñas. Todos tenemos nuestras rarezas.



Capítulo 6

A la mañana siguiente, Emily y James se dirigieron al Museo Marítimo. Emily había buscado información sobre el código indescifrable en internet mientras se tomaba los cereales del desayuno. Pero no había forma de saber si la nota del señor Quisling se refería al cifrado de McCormick o a la escultura *Kryptos* del cuartel general de la CIA o a cualquiera de las docenas de códigos sin resolver que había encontrado en su búsqueda por la red. No tenía ni idea de que en el mundo existieran tantos acertijos sin resolver.

Salieron de su edificio y recorrieron las calles empinadas hasta llegar a Fisherman's Wharf. La última cuesta era tan pronunciada que sus pasos se convirtieron en una carrera desordenada hasta abajo. A lo lejos se veía un barco que parecía sacado de una película de piratas, anclado al final de la calle Hyde Pier. Llevaba allí desde que Emily vivía en San Francisco, pero aquel día lo vio con otros ojos.

—¿Tú crees que el *Niantic* era tan grande como ese barco? —le preguntó a James.

—Seguramente —respondió él.

Resultaba difícil imaginar un barco de tal tamaño enterrado bajo la ciudad, y mucho más imaginar cincuenta como aquel.

El Museo Marítimo era un edificio de estuco blanco, con los extremos redondeados y ventanas en forma de ojo de buey, lo que lo hacía parecer un crucero. Dentro había una estancia amplia y despejada llena de expositores y un pequeño barco de vela. Los ventanales desde el suelo hasta el techo daban a una pequeña playa. En la bahía se veía Alcatraz y detrás, una isla más grande.

El fragmento del *Niantic* era un pedazo de cobre verdoso, dentado que envolvía unas vigas de madera. Tenía el largo de Emily y James juntos si se colocaban uno al lado del otro con los brazos extendidos, y era muy estrecho. De ancho apenas tenía la envergadura de los hombros de Emily. Le costaba imaginar que aquello pudiera ser un fragmento de un barco grande.

Emily leyó los carteles de la exposición y le sorprendió averiguar que muchos norteamericanos de la Costa Este habían dado la vuelta a toda Sudamérica en barco para llegar a la Costa Oeste durante la fiebre del oro. Por algún motivo, ella creía que en aquella época lejana la gente viajaba solo en carreta. Cuando tenía siete años y su familia se había mudado de Nueva York a Dakota del Sur, habían ido escuchando *La casa de la pradera* en el coche, y Emily se había imaginado que eso era lo que hacían ellos: dirigirse al Oeste apiñados en una carreta. Parecía una fantasía apropiada por lo largo y pesado que se había hecho el viaje en coche.

Emily también se enteró de que los barcos llegados a San Francisco no solo llevaban buscadores de oro procedentes de la Costa Este, sino que también habían llevado a gente de otros países como México, Perú, Chile y China.

—¿Cómo acabaron enterrados los barcos? —se preguntó Emily en voz alta.

—Llenado de dragado —respondió una voz femenina desde la otra punta de la habitación.

Se dieron la vuelta y vieron a una guía, no mucho más alta que ellos, cuyo pelo blanco estaba peinado como el de James si le quitaban a *Steve*, el tupé. La mujer se fue acercando, pero llevaba el pie derecho en una férula. Le costaba mucho dar cada paso.

—Todo eso antes era agua —dijo la mujer, mientras se acercaba señalando con el dedo el mapa que tenían colgado detrás. Se veía la orilla de la actual bahía de San Francisco superpuesta a la costa tal y como era en los tiempos de la fiebre del oro. La guía se acercó al mapa y, con el dedo índice, trazó un óvalo alrededor de varios kilómetros del perímetro exterior de San Francisco.

Dio unos golpecitos en el mapa.

—Esta zona se llamaba Yerba Buena Cove —explicó.

—¿No es ahí donde ahora está el centro de la ciudad de San Francisco? —preguntó Emily.

—Sí —asintió la guía.

El centro de San Francisco era donde estaban los rascacielos y los edificios más grandes. Resultaba extraño pensar que aquellos edificios se levantaban donde antes solo había habido agua. Daba sensación de inestabilidad. Como si el agua fuera a encontrar la manera de volver al lugar que le pertenecía y arrasarlo todo. James señaló otra zona del mapa.

—Y allí está North Beach.

—¡Ya decía yo! —exclamó Emily—. No entendía por qué lo llamaban playa cuando allí no hay agua. Pero antes había, hace ciento cincuenta años.

James se quedó otro rato mirando el mapa.

—No sabía que se podía hacer una cosa así —dijo—. Simplemente rellenar parte de una bahía como si fuera una piscina o algo por el estilo. Me pregunto qué otras cosas habrán quedado enterradas bajo la ciudad, aparte de un montón de barcos balleneros.

A Emily la palabra «enterrado» le hizo pensar en muertos.

—¿Y qué pasa si hay cuerpos ahí debajo?

James se quedó pensativo.

—Ya han pasado mucho más de cien años, así que, si los hubo, desaparecieron hace tiempo. No hay amenaza de apocalipsis zombi. Los cuerpos descompuestos son difíciles de revivir de entre los muertos.

La guía soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—Apocalipsis zombi. Esa sí que es buena. Pienso usarla en mi próxima visita guiada.

—Pero ¿por qué quedaron enterrados los barcos? —preguntó Emily.

—Bueno... —La guía cruzó las manos sobre la barriga—. Lo primero que hay que entender es que aquí la explosión demográfica tuvo lugar cuando se corrió la voz de que se había encontrado oro. Antes de eso, la zona era un pequeño asentamiento, no una ciudad. No existían infraestructuras: ni casas donde la gente pudiera instalarse ni carreteras pavimentadas ni ferrocarril para transportar suministros o a personas. Casi todo llegaba por barco, tanto las personas como las mercancías, y la bahía de San Francisco era el puerto principal de entrada para aquellos barcos que iban y venían. ¿Veis cómo se convirtió en una locura? —La mujer tamborileó sobre una imagen en blanco y negro de la bahía, abarrotada de mástiles de barcos—. Eso era Yerba Buena Cove. Se ha llegado a decir que se podía cruzar la bahía de barco en barco, de tan abarrotada que estaba.

»Los barcos a menudo quedaban abandonados. Los tripulantes estaban tan ansiosos por llegar al oro que salían corriendo de allí para subir a las minas. Los barcos abandonados a veces se desmantelaban para aprovechar los materiales. Otras veces se sacaban del agua y se convertían en tiendas y hoteles. Eso fue lo que sucedió con el *Niantic*.

»Para acceder mejor a aquellos barcos se construyeron embarcaderos. El agua poco profunda entre ellos se fue rellenando poco a poco. Era el terreno más apetecible para urbanizar porque resultaba práctico para los barcos que traían las mercancías. El litoral era el corazón comercial de la ciudad.

—¿Y todo esto tiene algo que ver con algo llamado el código indescifrable? —preguntó James.

Si a la guía se le hubieran podido salir los ojos de las órbitas, lo habrían hecho. Dio un paso atrás, arrastrando el pie lesionado para reunirlos con el otro.

—Ah, no. No pienso hablar de eso. Nanay. Nada de nada. Con vosotros no, chicos.

Emily miró a James. ¿Acaso habían hecho algo malo? La mujer les había explicado todo lo demás con mucho entusiasmo.

—No se os ocurra enredaros con ese viejo código a vosotros dos.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—Porque tiene una maldición.



Capítulo 7

—¿Una maldición? —repitieron Emily y James.

—Provoca incendios. Eso es lo que dice la gente. De hecho, el código sobrevivió a uno que destruyó el *Niantic* en el año 1851. Y luego... —La guía hizo un gesto con la mano—. Ya he hablado demasiado. Ni siquiera merece la pena discutirlo. Lo que debería interesaros es esta colección de piezas del *Niantic*.

Señaló al suelo, donde una placa de cristal cubría un gran agujero lleno de tierra, botellas ennegrecidas y herramientas que parecían picos.

—Esto es una simulación de la excavación que tuvo lugar en 1978. Esas son piezas reales encontradas en el casco del barco enterrado...

Emily se perdió en sus pensamientos sobre el código indescifrable y aquella voz se convirtió en un murmullo distante. Al enterarse de que tenía una maldición, le entraron ganas de saber más, pero se notaba que la mujer ya no quería hablar del tema. Emily estaba a punto de marcharse cuando una foto le llamó la atención. Formaba parte de una serie que mostraba la excavación de 1978: una gran parcela de tierra rodeada de oficinas, una docena de personas con pantalones acampanados de los años setenta excavando con palas o de pie en pequeños grupos, charlando y observando los trabajos.

Lo que le había llamado la atención era el primer plano de una persona en especial: un hombre —un adolescente, en realidad— con el brazo alrededor de los hombros de una chica de su edad. Ella se reía y él la miraba sonriendo, con la cara ladeada. Al fondo, otro chico miraba a la cámara con los ojos entrecerrados, como si no supiera muy bien si salía en la foto o no.

—Mira, James.

—Esos son los voluntarios que acudieron al Museo Marítimo para ayudar en la excavación —dijo la guía.

—Aquel, además, es nuestro profesor de Sociales —dijo Emily.

—¿De verdad? —James se acercó más—. ¿El señor Quisling?

—Lee el pie de foto.

El pie de foto decía: «Los voluntarios Brian Quisling y Miranda Oleanda ayudan al Museo Marítimo en el proyecto de excavación».

—¿Miranda Oleanda? ¿En serio existe alguien llamado así?

—¿Descubrimos que nuestro profesor participó en una excavación histórica, así por las buenas, y tú te fijas en el nombre de su antigua novia? Es increíble.

—¿Cómo sabes que era su novia? —preguntó James, estudiando la foto.

—Es que parecen... novios. Fíjate en cómo la mira. ¿Alguna vez has visto al señor Quisling mirar algo de esa forma?

—A lo mejor... un bocadillo. Uno muy sabroso.

La guía sacudió la cabeza y sonrió.

—Ah, estos chicos de hoy en día...



Después de su visita al Museo Marítimo, Emily se sentía saturada de nueva información pero no tenía nada que pudiera explicar el código indescifrable. Añadió «maldición de incendio» a su búsqueda en internet, pero seguía sin encontrar nada útil. Emily y James continuaron discutiendo qué podía ser el código en el par de días que siguieron.

—Al menos sabemos que existe de verdad. Algo es algo —dijo Emily.

Estaban sentados en la escalera de su casa, esperando a que su hermano terminara de prepararse para poder ir al centro, a su primera reunión como asesores de los Buscadores de Libros.

—¿Tú crees que el señor Quisling conoce el código indescifrable desde la excavación del *Niantic*, en 1978?

—Puede ser —dijo James—. Pero la guía solo dijo que en 1851 sobrevivió al incendio de aquel barco, no que fuera descubierto durante la excavación.

Aquello resultaba un poco más tranquilizador. Aunque ni siquiera sabían todavía lo que era el código indescifrable, Emily sentía apego por la fantasía de ser quien lo descifrara. Era más difícil creer que pudiera suceder si su profesor, que era un experto en acertijos, se había pasado los últimos treinta años o así intentando descifrar el código sin conseguirlo.

—Siempre podemos preguntar al señor Quisling por el tema cuando volvamos al colegio —dijo James.

Emily resopló.

—Seguro que le sienta muy bien. —Imitándose a sí misma con una voz nerviosa

y chillona dijo—: Disculpe, señor Quisling, lo vimos robar algo en la fiesta literaria y después se le cayó, así que lo cogimos y desciframos su mensaje secreto, y ahora sabemos que existe una cosa que se llama el código indescifrable. ¿Sabe algo del tema?, y si es así ¿podría contárnoslo?

James se echó a reír.

—Oye, que no existe ninguna pregunta tonta... ¿No se pasa las clases diciendo eso?

—Creo que lo que dice es: «No existen las preguntas tontas, solo las preguntas mal planteadas».

La suya seguramente estaba incluida en la categoría de las preguntas mal planteadas.

Se abrió la puerta principal y Matthew se unió a ellos en la escalera de entrada.

—Listo para empollar —anunció.

Emily se levantó y contempló la pinta de su hermano. Todavía tenía el pelo teñido de negro de la fiesta literaria, pero en lugar de llevarlo de punta se lo había repeinado hacia atrás con un estilo superpijo. Llevaba gafas de pasta gruesa y una camiseta que decía: ME GUSTAN LOS LIBROS GRANDES Y NO VOY A MENTIR.

—Ay, madre —dijo Emily.

—¿Ahora me llamas madre?

Emily le dio a Matthew un buen puñetazo en el brazo a modo de respuesta.

Los tres bajaron la colina hasta la parada del autobús que se dirigía al centro. Cuando estaban cruzando una calle hacia la gran explanada verde de Washington Square comenzaron a sonar unas campanas.

—¿Qué ha pasado allí? —preguntó Emily.

Una cuerda roja acordonaba una zona debajo de un árbol grande. Lo que en la distancia parecía una sombra era en realidad una huella negra en la hierba. Había un banco carbonizado por un extremo en medio de un gran hueco de arbustos quemados. El árbol que había encima crujió muy suavemente y se desprendió una hoja diminuta que revoloteó hasta el suelo, el verde fosforescente destacando contra el negro.

—Parece que ha habido un incendio —dijo James.

Cruzaron la calle hacia la parada del autobús, pero Emily no podía dejar de mirar por encima del hombro. Siempre pasaba por delante de aquel parque. Algunas veces estaba muy animado y lleno de gente o se celebraba un festival de arte. Otras estaba tranquilo, con gente sentada en los bancos o practicando *tai chi* u otros ejercicios. Y ahora tenía una cicatriz, para recordarle que cualquier cosa que se dé por sentada puede cambiar en cualquier momento.



Capítulo 8

Cuando llegaron a Bayside Press, los tres le dieron sus datos al guardia de seguridad. Pulsaron el botón del sexto en el ascensor. Mientras subían en silencio, Emily empezó a imaginar la clase de cosas a las que podían dedicarse como asesores juveniles de los Buscadores de Libros. Desde que el señor Griswold los había invitado a fundar un comité juvenil de asesoramiento para los Buscadores de Libros, ella y James se lanzaron a una tormenta de ideas en busca de actividades en la línea de Griswold que pudieran ayudar a organizar. Esperaba que esa fuera su primera tarea.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor los golpeó una explosión de bermellón y azul plateado. Las paredes y la moqueta del vestíbulo estaban llenas de decoraciones llamativas con los colores de Bayside Press. La recepcionista llamó a Jack, que apareció enseguida vestido con un jersey de color burdeos del que sobresalía un cuello verde azulado.

—¿El señor Griswold te hace vestir con esos colores? —le preguntó Matthew.

Jack se echó a reír.

—No es más que una tendencia de moda y decidí seguirla. Fomenta el espíritu de equipo, ¿no crees? Y estos colores me favorecen.

Jack puso morritos y una pose de modelo. Después los guio por el pasillo.

Emily visitaba el despacho del señor Griswold por tercera vez, pero sería solo la segunda que iba a verlo en persona. Lo había visto en un montón de vídeos de los Buscadores de Libros y leído diferentes artículos sobre él y publicaciones de los usuarios de los Buscadores de Libros que tuvieron contacto con el señor Griswold en las actividades. Al conocer al señor Griswold por primera vez, lo encontró tan afable y extravagante como siempre lo había imaginado, aunque acababa de salir del

hospital.

Jack levantó una mano indicándoles que se detuvieran justo antes de que el pasillo se abriera al gran espacio lleno de cubículos.

—Será mejor que os avise... —Jack se pasó los dedos por el pelo y tiró de él hacia arriba de manera que por un momento se le quedó una falsa cresta—. El señor Griswold está mucho mejor que antes, pero todavía le falta mucho para recuperarse. La recuperación física va bien, pero el incidente del pasado otoño... Bueno, lo dejó tocado. Como es normal, claro. —Soltó una risita que parecía forzada y que reprimió con un gesto incómodo—. Es que no quiero que os sintáis desilusionados si hoy lo encontráis un poco distante. No es por vosotros, chicos. Se alegra de recibirlos, creedme, y me parece que le sentará bien verlos, pero necesita un poco de tiempo para volver a ser el de antes.

¿Cómo que volver a ser el de antes? Emily se frotó las manos en los costados y las metió en los bolsillos de la sudadera. De pronto no sabía muy bien con quién se iban a encontrar cuando Jack abriera la puerta del despacho del señor Griswold. Jack tocó el picaporte y al otro lado de la puerta se oyeron tres ladridos graves, seguidos por uno agudo, penetrante. Emily dio un respingo.

—¿Perros?

James y ella se miraron con los ojos muy abiertos. Era lo último que se esperaba Emily.

—Técnicamente son perros domésticos. —Jack dibujó unas comillas en el aire al decir «domésticos»—. Son inofensivos.

Abrió la puerta y salieron corriendo un par de canes: uno delgado y castaño, que le llegaba a Emily casi al pecho, y otro pequeño, desaliñado y blanco.

—¡Oooh! —exclamaron Emily y James al verlos. Matthew hincó una rodilla, tendió la mano hacia ellos y chasqueó la lengua, pero los dos perros lo ignoraron. El grande corría alrededor de los chicos trazando un ocho mientras que el pequeño se paró justo en la puerta del despacho, les dedicó un ladridito apresurado y volvió a entrar corriendo. Jack intentó azuzar al perro grande hacia el despacho, aunque solo consiguió animarlo a seguir trotando, trazando sus ochos.

—*Claus* —llamó desde dentro la voz del señor Griswold.

El perro levantó las orejas al oír que alguien agitaba y hacía crujir sus golosinas. Se dio la vuelta bruscamente y volvió a meterse en la habitación.

La oficina del señor Griswold era grande y luminosa, con vistas a los rascacielos del centro de la ciudad, la torre del reloj del Ferry Building y la bahía al fondo. Delante de la ventana había un busto de Edgar Allan Poe con un medallón de un conejo dorado. Las estanterías estaban abarrotadas de juguetes y rompecabezas, además de libros. Se oía el clic, clac de unas canicas que se movían mediante un artilugio, encerrado detrás de un cristal, formado por una serie de rampas y cubos giratorios con otros obstáculos diseñados para mantenerlas en movimiento.

La oficina estaba tal y como Emily la recordaba, pero el señor Griswold no. El

hombre que había visto en noviembre se parecía mucho más al señor Griswold que ella conocía por los vídeos de la página de internet de los Buscadores de Libros. Ahora, el editor parecía frágil y desvaído, vestido con un enorme jersey gris y pantalones informales. Aunque Jack los había avisado, al ver aquella versión descafeinada de su ídolo se sintió como si hubiera corrido la cortina para encontrarse con el Mago de Oz.

Se les debió de notar la sorpresa, porque el señor Griswold se sacudió la ropa y dijo, casi disculpándose:

—Mis trajes habituales no me resultan muy cómodos ahora mismo. —Y a continuación se dirigió a Jack—: Supongo que a mi ropa informal le vendría bien algo de color, ¿verdad?

—Estás estupendo, Viejo amigo de los libros —dijo Matthew.

Normalmente Emily le daba un coscorrón a su hermano cuando oía esta clase de comentarios, pero el señor Griswold soltó una risita al oír el apodo que Matthew había inventado un par de meses atrás.

—¿Ya conocéis a mis nuevos cachorros? —El perro grande seguía lamiendo la palma de la mano del señor Griswold después de zamparse su golosina—. Este es *Claus* y la pequeña es *Angel*.

Angel estaba enroscada en una cesta en un rincón, con una ceja peluda levantada, observando la habitación con un gesto escéptico. Cuando se acabó su golosina, *Claus* brincó al sofá, tímidamente agarró un cojín por una esquina, lo levantó con la boca y después se alejó al trote con la cabeza bien alta, como presumiendo de un trofeo que acababa de ganar.

—Creo que a *Claus* le gusta imaginar que está en un desfile —dijo el señor Griswold, y su bigote se levantó cuando esbozó una sonrisa.

Todos se echaron a reír, y fue como si una brisa de aire fresco barrierá la habitación.

—¿Eso son cámaras? —James señaló el techo, donde unas burbujas de plástico cubrían unos aparatos brillantes de color negro.

El señor Griswold asintió.

—Una nueva incorporación desde que... —Se señaló a sí mismo con una floritura—. Hoy en día toda precaución es poca. Esto os puede interesar a vosotros tres. Sé que eres aficionado a la electrónica, James.

El señor Griswold cruzó la habitación apoyándose en un bastón para abrir un panel de estanterías que daba paso a una pequeña estancia secreta que ya conocían de antes. Esta estaba llena de ordenadores. Emily se metió dentro. El zumbido de las máquinas sonaba como un enjambre de abejas robóticas invisibles. Cuatro monitores nuevos mostraban imágenes en blanco y negro del despacho del señor Griswold, la recepción de Bayside Press, lo que parecía la entrada principal de un edificio de apartamentos y una azotea.

—Me ayudan a vigilarlo todo aquí y en casa —explicó el señor Griswold.

—Vaya... —susurró Emily.

—Supongo que es impresionante, ¿verdad?

Pero Emily no estaba impresionada. Los perros guardianes y las cámaras de vigilancia... A Emily le preocupaba que la vida del señor Griswold pudiera oscilar como un péndulo dejando mella en su personalidad y en su espíritu.

Salieron de la habitación y su anfitrión la cerró corriendo las estanterías. Cojeó de vuelta al sofá. *Claus* se sentó a su lado, arrastrando el cojín, y apoyó la almohada y la cabeza en el regazo del señor Griswold. El animal empezó a gimotear y a mordisquear la esquina del cojín.

—Parece fiero, pero en realidad es el bebé más grande que habéis visto en vuestra vida —afirmó el señor Griswold mientras acariciaba la cabeza de *Claus*.

Desde su cesta, *Angel* resopló como si le estuviera dando la razón, y apoyó la cabeza en sus patas.

—¡Bueno, adelante con el comité juvenil! —El señor Griswold sonrió—. Llevo mucho tiempo queriendo organizarlo. vuestras jóvenes opiniones resultarán muy valiosas para los Buscadores de Libros.

Emily no pudo evitar pensar que escuchar sus ideas podía ser justo lo que necesitaba el señor Griswold para volver a su antigua y extravagante personalidad de inventor de juegos. Se lanzó a la carga:

—Estamos entusiasmados. James y yo ya tenemos un plan. Hemos pensado que podríamos hacer una carrera de obstáculos por el parque Golden Gate...

—Con controles de acertijos —añadió James—. Los competidores tendrían que pasar por un control de acertijos, después bajar por el tobogán de cemento, a continuación correr hasta el siguiente control...

—Y después atravesar en patín el lago Stow para llegar al siguiente control.

Matthew no había participado en la tormenta de ideas, pero asentía a todo lo que decían.

—¡Habría que rematarlo todo con un concierto en directo! Me pregunto cuánto puede costar traer a Flush.

El señor Griswold levantaba las cejas cada vez más y más y más.

—Vaya —dijo por fin—. Bueno. Desde luego suena muy ambicioso. Y es algo que podría haber hecho... antes. —El señor Griswold suspiró—. Aquel tiempo ya pasó. Los juegos y las actividades complicadas fueron divertidos mientras duraron, pero... —Sacudió la cabeza y arrugó la nariz, el bigote se le retorció como si hubiera probado algo amargo.

—Ah —fue lo único que Emily se atrevió a decir.

Era normal que el señor Griswold se mostrara reacio a la hora de volver a organizar una gran actividad. Pero ¿cómo podía renunciar a ello completamente? Recordó el vídeo que había publicado en la página de los Buscadores de Libros donde contaba una caza de huevos al revés que había organizado en una ocasión. Los participantes vestían enormes trajes hinchables en forma de huevo y corrían por un

parque, chocando entre ellos, mientras buscaban libros de bolsillo escondidos con los que llenar sus cestas. En el vídeo, el señor Griswold empezó a reírse tanto que no podía ni hablar. Era evidente que lo hacía feliz organizar aquellas actividades. Emily comprendía que ahora sintiera miedo, pero... ¿cómo podía alguien renunciar a algo que formaba una parte tan importante de su identidad?

Jack tomó la palabra:

—Nuestra idea para el comité era empezar a generar contenido para la página de internet, quizá poner recomendaciones de libros o consejos para buscar libros. También nos gustaría nombraros administradores de la página para ayudar a crear y propiciar un ambiente alentador y de colaboración. Podríais ayudar en el mantenimiento del foro: borrando hilos inactivos, expulsando troles de la página, esa clase de cosas.

El señor Griswold acariciaba rítmicamente la cabeza de *Claus* mientras Jack hablaba. El perro se había quedado dormido.

—¡Sí, claro! —exclamó Emily, quizá en un tono demasiado entusiasta.

La carrera de obstáculos que James y ella habían imaginado parecía muy divertida. Quizá con el tiempo el señor Griswold accedería a organizarla.

Después de discutir con más detalle sus responsabilidades como asesores juveniles, James dijo:

—Oiga, señor Griswold, ¿sabe que podría haber un viejo barco enterrado bajo este edificio donde tiene su despacho?

El señor Griswold sonrió.

—La verdad es que sí que lo sabía. Supongo que habréis leído que parte de la ciudad está construida sobre el llenado de dragado.

—¿Llenado de dragado? ¿Quiere decir que está construida sobre basura? —preguntó Matthew.

Se acercó a la ventana como si allí fuera pudiera ver la prueba de ello.

—¿Ha oído hablar de algo llamado el código indescifrable? —preguntó Emily.

Se inclinó hacia delante en su asiento, impaciente por oír su respuesta. Si el señor Griswold sabía lo de los barcos enterrados, a lo mejor también había oído hablar de esto.

—¿El código indescifrable? —El señor Griswold se miraba la mano, apoyada en el cuello de *Claus*.

—¿No es el cifrado de Mark Twain? —preguntó Jack.

Emily y James miraron sorprendidos a Jack, luego se miraron el uno al otro.

—¿El escritor? —preguntó Emily.

La guía del Museo Marítimo no les había hablado de Mark Twain. Aunque, claro, para empezar tampoco había querido que se enteraran de lo del código indescifrable.

El señor Griswold siguió contemplando cómo dormía *Claus*, pero Jack asintió entusiasmado:

—Sí, sí, no recuerdo muy bien los detalles pero he oído hablar de esto hace

tiempo. Se puede ver el código en la Biblioteca Central. Allí se conserva el documento original.

—¿Dices que está en la biblioteca? —Emily y James se miraron avergonzados.

Llevaban dos días discutiendo qué podía ser el código y buscando a lo loco en internet. ¿Por qué no se les había ocurrido preguntar en la biblioteca?

—Tenéis que pedirlo en el Centro de Historia —respondió Jack—. Pero sí, estoy casi seguro de que lo tienen allí.

—Esto no nos lo podemos perder —dijo Emily.



Capítulo 9

Al cabo de un rato Emily, James y Matthew recorrían la calle Market en un tranvía, de camino a la Biblioteca Central.

—Jack no dijo nada de la maldición de los incendios —comentó Emily.

—A lo mejor la guía nos estaba tomando el pelo —opinó James.

—¿Qué es eso de la maldición de los incendios? —preguntó Matthew.

Le hablaron a su hermano del comportamiento tan extraño de la guía del Museo Marítimo cuando le preguntaron por el código indescifrable y que les había dicho que sobre él pesaba una maldición.

—Dice que el código sobrevivió a un incendio en 1851. Eso significa que tiene más de ciento sesenta años. ¿No sería alucinante descifrar un código que nadie ha podido resolver en tanto tiempo? —preguntó James.

Matthew se metió un auricular en el oído.

—Os entusiasmáis con unas cosas rarísimas.

La Biblioteca Central era una rejilla de cemento y ventanas en gris y plata. Por fuera no podía ser más aburrida. Así que a Emily la sorprendió entrar en un vestíbulo grande y un techo solar de forma circular. Se mareaba al mirar hacia arriba y a su alrededor, a los pasillos con balaustradas como un anillo circundando cada nivel. Todos aquellos pasillos y puertas conducían a diferentes departamentos de la biblioteca. Si no estuvieran allí para ver el código indescifrable, a Emily le habría gustado escoger un piso al azar para darse un paseo.

Había imaginado que al llegar al Centro de Historia se podrían poner a buscar en las estanterías, como se solía hacer en todas las bibliotecas, pero en el mostrador de entrada los paró una bibliotecaria.

—¿En qué os puedo ayudar?

En la tarjeta de identificación de la mujer ponía REGINA LINDEN, y no se correspondía a la imagen que Emily se formaba cuando pensaba en la palabra «bibliotecaria». Llevaba una coleta negra con mechaz verdes. Lo que más sorprendía a Emily de aquel color era que la bibliotecaria era mayor. No mayor-vieja, en plan ancianita, pero el pelo de colores era algo que Emily asociaba a quinceañeros y universitarios, y la señorita Linden era más mayor. Puede que incluso más mayor que sus padres. Y además estaban los tatuajes que le daban toda la vuelta al antebrazo y asomaban por el puño de su blusa.

—Bonita manga —dijo Matthew al verlos.

—Gracias. —La señorita Linden sonrió y se remangó para que pudieran ver mejor el *collage* de imágenes. Era como un veo-veo con flores, una pluma, un rayo, un gato... A Emily le pareció que podía tardar una hora en verlas todas. Había un avión con una pancarta que ponía: «Dime, ¿qué piensas hacer con tu única, salvaje y preciosa vida?».

—Una cita estupenda, ¿no os parece? —preguntó la señorita Linden—. Es de la poetisa Mary Oliver. —Juntó las manos como si estuviera rezando, apuntándolos con los dedos, y preguntó—: ¿Qué pensáis hacer vosotros con vuestra única, salvaje y preciosa... visita al Centro de Historia?

Emily soltó una risa nerviosa. James arrastró los pies. Se miraron, cada uno esperando que fuera el otro el primero en hablar. La señorita Linden parecía tan atrevida y llena de vitalidad que Emily se sentía intimidada.

—Quieren ver el código indescifrable —dijo Matthew—. Yo solo vengo de acompañante.

Los ojos de la señorita Linden se iluminaron.

—¿Así que sois cazadores de tesoros? Entonces sabréis apreciar esto. —La bibliotecaria levantó su collar y les mostró una moneda muy rara ensartada en la cadena—. Es de una visita a un barco hundido, junto a la costa de Florida.

Emily y James exclamaron «guau» al unísono. Matthew apoyó un codo en el mostrador.

—¿Tú buceas? —le preguntó—. Llevo tiempo queriendo probarlo.

Emily resopló. A Matthew le daban pánico los acuarios, así que estaba bastante segura de que jamás se le había pasado por la cabeza la idea de bucear hasta aquel mismo instante.

—Te encantará —dijo la señorita Linden—. Yo tengo un J-Boat y de vez en cuando, si me apetece bucear por aquí cerca, lo bajo a Monterrey. —Tecleó en su ordenador—. Vale, os voy a traer el código, pero primero tenéis que firmar esto. —La señorita Linden les entregó una hoja de papel donde ponía que no destruirían ni robarían ninguno de los materiales—. Y vuestras bolsas se quedan aquí conmigo.

—¿Puedo llevar la libreta? —preguntó Emily.

—Claro. Los cuadernos pueden pasar. Bolis, lápices, incluso cámaras. Pero nada

de *flashes* en los documentos históricos. Por supuesto, nada de fotocopias.

La señorita Linden los llevó hasta una gran mesa libre en el centro de una sala cuyo silencio resultaba intimidante, llena de vitrinas elegantes. Había otras tres personas leyendo en esa sala.

—Perdonad, pero siento curiosidad —dijo la señorita Linden—. ¿Qué sabéis exactamente del código indescifrable?

—No mucho.

Emily no quería dar más detalles, pero su hermano dijo:

—Sabemos que tiene una maldición, pero esas cosas no nos asustan. —Se encogió de hombros despreocupadamente.

Aquel tipo que no paraba de chulear delante de la bibliotecaria le resultaba irreconocible. Y ella que pensaba que Matthew ni siquiera estaba escuchando cuando le contaron la conversación con la guía del Museo Marítimo... Ahora quedaba claro que sí escuchaba. Quizá no hubieran debido mencionar la maldición. La guía del museo se había negado a hablar del código por ese motivo. ¿Qué pasaría si la señorita Linden cambiaba de opinión y no les permitía verlo?

—También sabemos que lo llaman «el cifrado de Mark Twain» —añadió James.

Entonces a la señorita Linden se le iluminaron los ojos.

—¿Así que sabéis lo de Tom Sawyer? —preguntó.

—¿El libro?

Emily lo conocía porque había salido a buscarlo a través de los Buscadores de Libros.

En realidad era el primer libro que había ido a cazar en San Francisco, solo que otro jugador lo había encontrado antes.

—El libro no. —La señorita Linden sonrió—. Veo que esto va a ser divertido. Os encantará la historia. Enseguida vuelvo.

La señorita Linden los dejó solos un momento y regresó con un par de carpetas.

—Antes de pasar al código, quiero presentaros a una persona. —Abrió una de las carpetas y les mostró el retrato de un hombre con bigote, perilla y patillas. Llevaba un enorme sombrero de bombero—. Este es Tom Sawyer. Vivió aquí a finales del siglo XIX.

—¿Ese tío? ¿Vivió aquí hace tanto tiempo? —se burló Matthew—. Parece un hípster. Con un sombrero muy grande.

La señorita Linden miró la foto más de cerca.

—Supongo que algunas modas vuelven. El caso es que este tipo fue un héroe en los primeros tiempos de San Francisco. Ayudó a organizar una de las primeras brigadas de incendios de la ciudad.

—Si se llama Tom Sawyer, ¿tiene algo que ver con el libro? —preguntó Emily.

La señorita Linden asintió.

—Ahí es donde la historia se pone interesante. Nuestro Tom Sawyer aseguraba que Mark Twain, el autor del libro, puso ese nombre al personaje por él, aunque

Twain nunca se pronunció al respecto. El caso es que sí se conocieron, cuando Twain trabajaba de periodista aquí en San Francisco. En aquel entonces, por supuesto, se llamaba Samuel Clemens. —La señorita Linden hizo una pausa, vio que arrugaban la frente, y a continuación explicó—: Mark Twain era un seudónimo.

Tom Sawyer y Twain trabaron amistad y Sawyer lo visitó cuando vivía en Virginia City, una de las ciudades mineras del norte, en Nevada. Supuestamente, cuando los dos estaban allí juntos, en el norte, Mark Twain ganó el código indescifrable jugando a las cartas. El hombre que perdió no tenía dinero para saldar la apuesta y a cambio le ofreció el código. Sostenía que, una vez descifrado, lo llevaría hasta una reserva de oro enterrada cerca de San Francisco.

—¿En serio? —Emily cruzó la mirada con James.

¿Sería eso lo que buscaba el señor Quisling? ¿El oro enterrado? Si descifraban el código indescifrable, ¿encontrarían el tesoro antes que su profesor?

—En serio —aseveró la señorita Linden—. A Twain le encantaban las buenas historias, así que aceptó el código como pago. Alguien le advirtió que sobre el código pesaba una maldición; se decía que había sobrevivido a un gran incendio...

—El incendio que quemó el *Niantic* —la interrumpió Emily, recordando lo que les había contado la guía del Museo Marítimo.

La señorita Linden levantó las cejas, impresionada.

—De modo que sí conocéis parte de la historia. —Asintió con la cabeza—. De ahí surgió la idea de una maldición. La leyenda dice que si alguien que no sea el dueño original intenta descifrar la clave para encontrar el tesoro al que se refiere, será víctima de un incendio. Pero eso a Mark Twain no le importaba. Algunos historiadores tienen la teoría de que aceptó el código en pago solo porque le gustaba la historia que tenía detrás. Pero luego Mark Twain cambió de opinión porque se declaró un incendio en su habitación de hotel.

—¿En serio? —exclamó Matthew.

La señorita Linden asintió con un gesto solemne.

—En serio. Y a Twain le entró miedo. Tom Sawyer se ofreció a quitárselo de las manos. Él había sido bombero, y no le temía a una estúpida maldición de incendios. Sawyer tenía una taberna en San Francisco, y pensó que si exhibía el código podría atraer clientes a su negocio. Lo enmarcó y lo colgó entre los recuerdos de bomberos que decoraban las paredes. Les decía a los clientes que era un regalo de Mark Twain y los desafiaba a resolverlo, prometiendo bebida gratis para toda la vida a quien lo consiguiera. Nadie lo logró.

»Aunque ahora viene lo mejor —continuó la señorita Linden—. El bar de Tom Sawyer de hecho se incendió mientras el código estaba colgado en sus paredes. ¿Os lo podéis imaginar? ¿Y sabéis qué fue lo que sobrevivió al incendio?

La señorita Linden abrió la segunda carpeta, descubriendo un viejo papel atrapado entre unas piezas de vitela. La parte inferior del papel estaba llena de letras en una caligrafía antigua.

—El código indescifrable.



Capítulo 10

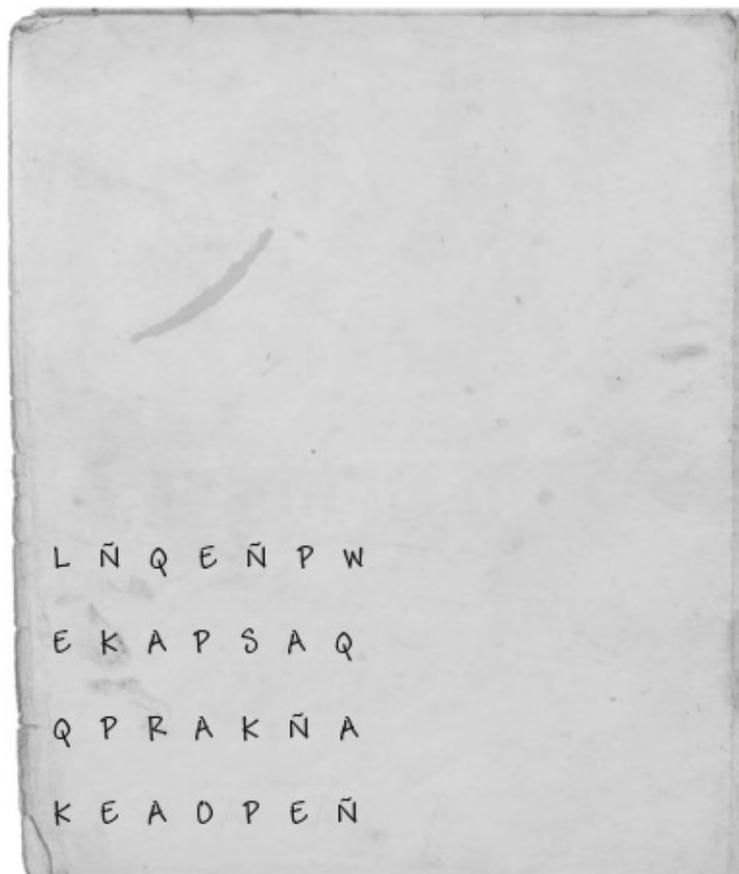
—Os dejaré a lo vuestro —dijo la señorita Linden, y se marchó tranquilamente.

El papel era más oscuro por los bordes, como si se hubiera tostado. Olía como el desván de una casa antigua. En la mitad superior de la página solo había una levísima marca en forma de luna, como el cerco de una taza de café. También se transparentaban las sombras de las marcas del reverso. Emily deslizó los dedos por debajo de la vitela y le dio la vuelta a la página. Había un esbozo sencillo —cuatro círculos torcidos y unos cuantos trazos serpenteantes—, como si alguien hubiera comenzado un dibujo y después lo hubiese dejado. La clase de garabato que ella misma podría haber hecho en clase.

—Esta persona escribe como un niño —dijo Matthew—. Mi profesora de inglés le pondría un aprobado raspado en caligrafía.

Emily suspiró, desesperada con su hermano.

—Es antiguo, Matthew, por si no te habías enterado —dijo—. En aquella época escribían diferente.



Pero era cierto lo que decía Matthew. La caligrafía era un poco... ¿infantil? Era como si alguien hubiera puesto muchísimo cuidado en trazar cada letra lo mejor que podía pero su caligrafía tampoco parece tan mala.

Emily retorció el lápiz que llevaba metido en la coleta, escudriñando la cuadrícula. Esto era mucho más serio que los acertijos que se descargaba de los Buscadores de Libros.

—No sé por dónde empezar. ¿Y tú?

—Por algo se llama el código indescifrable —razonó James.

—Vamos a tardar todo el día, como mínimo. ¿Por qué no lo copiamos para poder trabajar en casa?

Emily le dio la vuelta al pergamino para ver el dibujo, luego le dio la vuelta otra vez por el lado de las letras.

—Podrías calcarlo —sugirió Matthew. Señaló las ventanas que había al otro lado de la habitación—. Podríamos usar una de esas como si fuera una caja de luz.

Emily arrancó un pedazo de papel en blanco de su libreta. Sacó el lápiz de su coleta y los tres se acercaron a la ventana que estaba más escondida por las estanterías. No estaban cometiendo ningún crimen, pero Emily prefería no llamar la atención.

—Yo cojo los papeles —dijo Matthew, sujetando el código indescifrable con el papel de la libreta por encima, pegados contra el cristal.

Las letras eran apenas visibles, aunque lo suficiente para que Emily pudiera reseguirlas. Al terminar, Matthew dijo:

—Tendrías que calcar también la parte de atrás. Nunca se sabe.

Le dio la vuelta a las dos hojas de modo que el papel de la libreta quedara orientado de la misma manera que el código indescifrable. Emily trazó el contorno del dibujo con cuidado.

Cuando le devolvieron la carpeta a la señorita Linden, Emily preguntó:

—¿Hay mucha gente interesada en el código indescifrable?

Se preguntaba cuánta gente, aparte del señor Quisling, podía estar intentando resolverlo en aquel momento.

—Últimamente no, eso te lo puedo asegurar —afirmó la señorita Linden—. Pero puede que yo también me ponga a trabajar en él.

Les guiñó un ojo.



Al día siguiente era Nochevieja y Emily y James se alegraban de tener una distracción, después de haberse pasado todo el tiempo frustrados intentando resolver el código indescifrable desde que lo habían encontrado en la biblioteca.

Los Lee prepararon una cena para la familia de Emily, un plato que la madre de James llamaba «la olla caliente» y que, por supuesto, era, literalmente, una olla llena de caldo de jengibre colocada en el centro de la mesa. Los Lee tuvieron paciencia y se rieron viendo a la familia de Emily usar los palillos para coger los distintos alimentos crudos y echarlos en el caldo hirviendo. Cuando el padre de Emily empezó a perseguir una gamba resbaladiza por toda la fuente sin poder atraparla, James le dijo:

—También tenemos tenedores. Puede usar uno.

—No, no —insistió el señor Crane—. Normalmente se me dan muy bien los palillos. Por lo menos con el *sushi*.

Durante un breve y victorioso instante, sujetó la gamba en equilibrio entre los palillos. Después salió despedida y cayó limpiamente en el caldo con un sonoro plinc.

—¡Bravo! —Las dos familias comenzaron a vitorear, y el padre de Emily esbozó una sonrisa tímida mientras usaba un pequeño colador con forma de cacillo para pescar la gamba, que ya estaba cocida.

Después de la cena, los padres de Emily se quedaron arriba aprendiendo a jugar al *mahjong* mientras Emily, su hermano y James jugaban con diferentes juegos de mesa dentro de una tienda que se habían fabricado con una sábana en el cuarto de estar de la familia Crane. Emily ni siquiera recordaba la última vez que había construido un fuerte, y a lo mejor eran ya demasiado mayores para ese juego, pero nadie dijo nada. Era como si los tres hubieran hecho un pacto de silencio para no preguntarse si aquello era una inmadurez y solo quisieran disfrutar del momento. A veces resultaba divertido no portarse de acuerdo con la edad que se tenía.

—El señor Green, en el vestíbulo, con el candelabro. —Matthew sujetaba un

sobre de color canela contra la frente, con los ojos cerrados, mientras adivinaba la respuesta final de la tercera ronda del Cluedo.

A través del techo, por encima de sus cabezas, se oyó el golpeteo de las fichas contra la mesa acompañado de unas carcajadas.

Matthew sacó las cartas y las lanzó al tablero.

—¡Sí!

Levantó los puños en el aire y se echó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó encima de una de las sillas que sujetaban la tienda. La silla se volcó y arrancó la sábana de la silla del otro lado, de modo que se les cayó en la cabeza.

—¡Matthew!

La sábana ahogó el grito de Emily.

—¡Perdón! —Matthew se levantó de un salto, enredándose con la tela—. Perdón.

Empezó a recomponer la tienda con la ayuda de James.

—Hay que cambiar de juego. —Emily se liberó de la sábana y corrió a su habitación para rebuscar en el montón de juegos que había bajado James.

—¿Yatzy o Tabú? —gritó por el pasillo.

Su hermano y James gritaron un juego diferente cada uno, así que cogió los dos y se quedó un momento mirando los pegotes de azul grisáceo, turquesa y verde jungla que había pintado hacía poco en las paredes. La abuela de James, que era su casera, le había dado permiso a Emily para pintar la habitación siempre que los Crane volvieran a pintarla de blanco cuando se mudaran.

Ahora que tenía la libertad de pintar su habitación de cualquier color, no sabía cuál escoger. Emily regresó con los dos juegos al cuarto de estar.

—¿Habéis oído decir que la forma de pasar el primer día del año nuevo marca el tono de todo el año?

—¿Y eso quién lo dice? —Matthew entornó los ojos con un gesto escéptico.

—Es como cuando mamá y papá dicen lo de «estado nuevo, vida nueva» cada vez que nos mudamos. Es la misma idea —explicó Emily—. ¿De qué queréis llenar vuestro próximo año?

—De música —exclamó Matthew, como era de suponer.

—It's its —dijo James.

—¿It's-Its? —preguntaron Emily y Matthew al unísono.

—¿Lleváis tres meses viviendo aquí y nunca habéis comido It's-Its? Son... son... —James suspiró y se quedó mirando a un rincón de la habitación con gesto soñador—. Imaginad que una galleta de avena blandita y un cucurucho de helado bañado en chocolate tienen un bebé.

—No me resulta muy apetitoso pensar en comida que se reproduce —dijo Matthew.

James se encogió de hombros.

—Están deliciosos. A eso me refiero.

—Yo quiero que mi año esté lleno de... —comenzó Emily.

—Lectura —la interrumpió su hermano.

—Buscadores de Libros —añadió James.

Emily frunció el ceño. Aquellas respuestas eran evidentes y ciertas, pero no del todo exactas. Pensó en la señorita Linden, que tenía un barco, buceaba entre los restos de naufragios y lo sabía todo acerca de la historia del código indescifrable. Convertirse en una auténtica cazadora de tesoros sonaba estupendo, pero decir que quería que su año estuviera lleno de tesoros sería tan ridículo como decir que quería que estuviera lleno de unicornios.

—Tengo una idea. —James cogió su portátil.

—¿Una idea para qué? —Emily vio la página de internet de los Buscadores de Libros antes de que James cambiara la orientación de la pantalla.

—Estoy mirando a ver si ya hay un libro escondido en uno de mis sitios preferidos para visitar en la ciudad, pero prefiero que sea una sorpresa. —Tecleó algunas cosas más y después exclamó—: ¡Sí! Alguien ha escondido un libro allí. Vamos a buscarlo mañana. Tiene que ver con la música, Matthew, así que te gustará. Y si se alinean las estrellas, también habrá It's-Its.

No era Emily quien había escogido los Buscadores de Libros, pero tenía que reconocer que le parecía una forma estupenda de pasar el día.



A la mañana siguiente, Emily, James y Matthew se embarcaron en la caza de libros planeada por James, pero apenas estaban a unos metros de su edificio cuando Emily vio que se había dejado el bono de autobús.

—Enseguida vuelvo —dijo.

Subió corriendo la escalera de su casa. Dejó la puerta principal entreabierta y, como llevaba deportivas, no hizo mucho ruido al subir.

Oyó a su madre, en la cocina, que levantaba la voz:

—¿Dices que se han declarado en quiebra?

—Pues sí —respondió su padre—. A mí me ha sorprendido tanto como a ti.

—Es uno de tus clientes habituales. Esto es muy gordo, David. ¿Cómo es que no estás más preocupado? Contábamos con que siguieran encargándote esos proyectos de edición.

Las voces de sus padres eran como un hilo de pescar que bajaba por el pasillo y Emily picó. Tiraban de ella mientras recorría el pasillo hacia su habitación, tiraban mientras buscaba el bono de autobús, que estaba metido en *El juego de Egipto* a modo de marcapáginas.

—Lo sé, lo sé. Créeme. Estoy tan preocupado como tú. Seguramente más —afirmó su padre—. Pero ya nos las arreglaremos. No es la primera vez que andamos mal de dinero y hemos sobrevivido. Llamaré a mis contactos, les diré que necesito más trabajo.

—No es la primera vez que andamos mal de dinero, pero antes no vivíamos en San Francisco. Aquí sale caro hasta respirar —dijo la madre de Emily.

Se produjo una pausa tensa. Emily sabía que tenía que desentenderse de aquellas palabras que no debería haber oído y escapar escalera abajo y salir por la puerta. Sabía que era eso lo que debía hacer, pero se quedó escuchando, de pie en el descansillo.

—Nos va a llegar el adelanto por el libro de los *50 estados* —dijo su padre.

La voz de la madre de Emily tenía un tono casi burlón:

—Eso nos cubre dos meses como mucho, y quién sabe cuándo llegará.

—Ya lo sé, Elizabeth.

La voz de su padre sonaba crispada. Su madre se ablandó.

—Sé que lo sabes. Yo también llamaré a mis clientes de diseño. A lo mejor consigo algo más de trabajo. Y podemos echar mano de nuestros ahorros mientras salimos adelante, pero eso tiene un límite. No teníamos pensado quedarnos aquí más de un año.

Emily respiró hondo y el hilo de pesca de aquellas palabras se rompió y ella quedó libre. Salió escalera abajo tan deprisa como había entrado. Sus padres siempre formaban un equipo, un frente unido. Los había oído enzarzarse en discusiones acaloradas por cosas como si «amienemigo» contaba como palabra en el Scrabble, pero hasta ahora siempre habían sido en un tono amistoso. Peor que el tono era el motivo de la discusión. Ahora mismo sus padres no habrían estado discutiendo de no ser porque Emily les había hecho prometer que se quedarían en San Francisco.

Emily cerró la puerta principal con un suave clic y se reunió con James y su hermano en la acera.

—Querías un primer día del año perfecto —dijo Matthew, señalando el nítido cielo azul y el agua de la bahía a lo lejos, centelleando por los huecos entre los edificios mientras subían la colina a pie—. Esto es difícil de superar.



Cogieron un autobús en dirección al mar. Emily se mordía el labio y miraba por la ventana. Un bucle con la voz de su madre diciendo «aquí sale caro hasta respirar» se repetía una y otra vez en su cabeza. A su lado, Matthew acribillaba a James con preguntas sobre la relación del lugar misterioso con la música.

—¿Es un lugar donde se celebran espectáculos o conciertos?

James le entregó una impresión sacada de la página de los Buscadores de Libros.

—Ahí tienes la clave del libro escondido. Es la única pista que te voy a dar.

4 16 14 4 5 12 1 20 17 9 5 4 19 1 20
13 22 20 9 3 1 12 5 20

—Es de nivel Nancy Drew —añadió James.

Matthew le dio un codazo a Emily.

—Necesito tu ayuda, Sherlylocks —dijo, tomando prestado el apodo que su padre le había puesto a Emily por su afición a los acertijos.

Emily apartó la vista de la ventana y se quedó mirando los números. Sintió la tentación de decir «qué más da», pero entonces vio a Matthew —habitualmente demasiado guay para pasar el rato con ella— escudriñando el código como si le fueran a poner nota. James se revolvía en su asiento como un niño pequeño que intenta guardar un secreto. El gran plan de Emily era que el primer día del año nuevo fuera una representación del año futuro. ¿Acaso quería pasarse todo el año enfurruñada? No, no quería eso. Emily puso su cara amable.

Nancy Drew era uno de los niveles más fáciles de los Buscadores de Libros, y con esa pista Emily ya imaginaba que se trataría de un cifrado por sustitución. Sacó el lápiz de su coleta y escribió un abecedario en su cuaderno. Luego escribió los números del 1 al 27 debajo de las letras. Rápidamente descifró la clave y leyó:

Donde las piedras musicales

Matthew repitió la pista en voz alta.

—¿Es algún sitio donde los Rolling Stones han dado un concierto? —le preguntó a James.

—No —respondió él.

Matthew apoyó un brazo en el respaldo del asiento que tenía delante y tamborileó con los dedos.

—¿Los Stone Temple Pilots?

—No tiene nada que ver con ningún grupo —dijo James.

Emily los dejó con aquel juego de adivinanzas y volvió a la discusión de sus padres. ¿Qué podía hacer ella para cambiar las cosas? Tenía que encontrar la manera de ayudar. Así no se sentiría tan culpable por pedir que no se mudaran y quizá verían que se tomaba muy en serio lo de quedarse en San Francisco.

¿Qué hacían otros chicos de casi trece años para ganar dinero? Podía trabajar de canguro. No conocía a ninguna familia con niños pequeños, pero podía buscarlas. Su padre le había contado que de pequeño repartía periódicos. ¿Todavía se hacía eso? A lo mejor Hollister necesitaba alguna ayuda en la tienda. Sí, probaría lo de Hollister. El idear un plan le sirvió para dejar de preocuparse tanto. Ese problema tenía arreglo. Aún podía salvar su primer día del año nuevo perfecto.



Capítulo 11

Emily, James y Matthew no habían recorrido ni una manzana del distrito de la marina desde la parada de autobús cuando James les señaló un bazar común y corriente que hacía esquina.

—Aquí está nuestra primera parada —dijo.

—¿Aquí? ¿Este era el sitio tan espectacular que tenía que ser una sorpresa? —preguntó Emily.

—Vamos a conseguir provisiones —explicó James.

Matthew y ella entraron detrás de él. Se quedaron frente al mostrador, donde había un hombre mayor sentado en un taburete hablando a grandes voces por el móvil en otro idioma. Había una vitrina junto a la caja con platos de baklava, spanakopita, dolmas y una ensalada salpicada de feta, aceitunas y pimientos, así que Emily imaginó que el hombre hablaba en griego, aunque en realidad no tenía ni idea. Él saludó con un gesto de la cabeza casi imperceptible y siguió con su conversación.

Justo delante de la caja había un arcón congelador. James deslizó la tapa.

—Atención: son It's-Its. El auténtico manjar de San Francisco —dijo.

Eran unos cortes de helado redondos, apilados y en envoltorios individuales. James sacó uno del congelador y lo puso sobre el mostrador:

—Escoged el sabor. A mí me va la vainilla.

—*Cappuccino* —dijo Matthew—. Es elegante.

—Además es el sabor más difícil de encontrar —dijo James.

Justo lo que faltaba para convencer a Matthew.

Emily se mordió el labio, dudando.

—La verdad es que es imposible equivocarse —dijo James.

Pero ella no dudaba por indecisión. Hacía unos minutos iba sentada en el autobús jurando encontrar la manera de ayudar a sus padres a ganar dinero. ¿Podía gastarse dos dólares en un corte de helado? Sabía que un par de dólares no bastaban para pagar el alquiler, eso no, pero podía poner el dinero en un bote y ahorrar.

Como si pudiera leerle la mente, James añadió:

—Yo invito. Mi madre me dio dinero antes de salir.

Emily siguió mordiéndose el labio unos segundos más y luego escogió un corte de menta.

—Gracias, James —dijo, mientras el hombre les cobraba sin perder el hilo de su conversación.

Volvieron a salir a la calle, y Matthew ya iba a rasgar el envoltorio cuando James alzó la mano.

—¡No, no, no! Vuestra primera experiencia con los It's-Its hay que disfrutarla en un entorno memorable. Vamos a buscar el libro. Luego cenamos.

Matthew miró su corte de helado con gesto anhelante.

—Se va a derretir.

—No te preocupes —dijo James, dándole un golpecito al suyo con el dedo—. Son como discos de hockey. Tenemos tiempo.

Caminaron hasta donde terminaba el barrio, al borde de San Francisco, en un aparcamiento con vistas al mar. Los cables del puente Golden Gate bajaban desde los postes principales para juntarse en el centro como gigantes cogidos de la mano por encima del agua.

—¿Es aquí donde está escondido el libro? —preguntó Emily—. ¿En un aparcamiento?

—Os gustará este sitio, confiad en mí —dijo James.

Los guio hasta una península en miniatura que sobresalía del agua, con el ancho justo de una única pasarela peatonal. Del lado de la ciudad, docenas de mástiles de barcos de vela se mecían en la marina, y al otro lado se abría la bahía.

—Tío, creo que este camino no lleva a ninguna parte —dijo Matthew—. ¿Nos vas a echar a los tiburones?

—¡Os echo una carrera!

James salió disparado por el camino desierto. Emily y Matthew corrieron tras él, pasando por delante de los barcos de vela atracados y de un pescador solitario, de pie en el borde rocoso del lado de la bahía. Pronto Emily se dio cuenta de que la pasarela no terminaba, sino que formaba una esquina. Al doblarla, el camino descendía revelando un nivel más bajo que antes quedaba oculto a la vista.

Daba a un patio al borde de un tramo de la marina que no tenía barcos. Se vieron rodeados de piedras y bloques de cemento apilados de maneras extrañas para crear bancos y muros curvos. Había escaleras que llevaban a unas hileras de maceteros y a unos tubos de cemento gigantes que asomaban por todas partes, con los extremos abiertos bordeados de negro. Parecían lombrices mutantes que abrían la boca

pidiendo comida.

—Lo que hay que ver —dijo Matthew.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Emily.

—Se llama el Órgano de las olas —dijo James—. ¿No es alucinante?

Olía a rocas húmedas, aire salado y algo diferente que no tenía nada que ver, un aroma residual como a patatas fritas rancias. Las superficies duras y los grises opacos quedaban suavizados de vez en cuando por un matorral verde en un parterre o un arriate de flores moradas. Algunas piedras eran suaves y brillantes; otras, rugosas y mates. Había piezas moteadas, bloques tallados y ornamentados, fragmentos de columnas y algo que parecía escombros triturados. De no haber estado todo organizado de una manera que parecía tan intencionada, Emily habría creído que estaba sentada en medio de un diminuto edificio antiguo derrumbado en un terremoto.

—¿Por qué algunos bloques son tan elegantes y otros no? —preguntó.

—Creo que todas las piedras proceden de un cementerio que fue demolido —dijo James.

—Qué guay —exclamó Matthew, al mismo tiempo que Emily murmuraba un «puaaaj».

—¿Y se puede saber lo que quiere decir eso del órgano de las olas? —preguntó Matthew.

—Escucha —indicó James.

Apoyó la oreja contra una de las bocas de lombriz. La abertura medía más de media cabeza suya. Emily y Matthew escogieron otras dos y también se pusieron a escuchar. Lo que Emily oyó sonaba como agua chapoteando encima de unas latas metálicas.

—Estos son los tubos del órgano. Cuando sube la marea, se llenan de agua y suena —dijo James—. Parece una versión acuática de un carrillón.

—¡Aqua rock! —exclamó Matthew. Después de escuchar un minuto más, añadió—: Qué buen nombre para un grupo.

Emily se olvidó de los horripilantes gusanos y las vibraciones del cementerio cuando empezaron a corretear para ir apoyando los oídos en los distintos tentáculos. Después se colocó en el centro del patio para inspeccionar la zona en busca de escondrijos donde cupiera un libro.

Había grietas y huecos entre las piedras, pero ninguno era lo bastante grande. Trepó por las escaleras de piedra y pasó la mano por las hojas que brotaban de los maceteros, pero no encontró ningún libro.

Cruzó el patio y se colocó en el borde, mirando hacia las colinas de San Francisco, del otro lado de la marina, llenas de edificios. Más abajo, una pendiente de rocas y peñascos descendía hasta el agua. Unas suaves olas rompían y se retiraban, revelando una delgada franja de playa arenosa.

Le llamó la atención un ladrillo gris colocado sobre las rocas. Era la única forma rectangular entre tantas redondeadas. El ángulo del ladrillo también parecía, de algún

modo, forzado. Emily se puso en cuclillas al borde del patio, alargó la mano y consiguió rozarlo con las puntas de los dedos. Movi6 un pie a una roca grande, probándola primero para asegurarse de que no se movía, y después alargó la mano otra vez. En esta ocasión pudo levantar el ladrillo, y allí debajo encontró una bolsa de plástico transparente con un libro de bolsillo bien protegido dentro.

—¡Ajá! —exclamó Emily.

—¡¿Has encontrado el libro?! —gritó James.

Matthew y él se colocaron detrás de Emily mientras ella pellizcaba el borde de la bolsa y tiraba para sacarla. Abrió la cremallera que la sellaba y sacó un ejemplar de bolsillo de *El pez número catorce*. Le entraron ganas de instalarse en uno de los bancos de piedra y ponerse a leer, pero James agitó su It's-It.

—¡Es un momento perfecto para celebrarlo! —exclamó.

Los tres bordearon el camino para sentarse en las rocas del malecón, con vistas a la bahía. En el agua había docenas de windsurfistas con sus tablas, las velas de colores formando arcos en una danza aérea. Emily le dio un mordisco a su It's-It. El recubrimiento de chocolate se quebró y dejó al descubierto unas suaves galletas de avena. El helado de menta semiderretido empezó a rezumar. Era dulce y frío, con pedacitos crujientes, todo en un mismo bocado.

—Esto está buenísimo —dijo Emily, solo que tenía la boca llena y fría, así que sonó más a «¡Ejo ejá ue í jio!».

Al cabo de unos instantes en que solo se oían los graznidos de las gaviotas, el chapoteo rítmico del agua y el engullir de los bocados de helado, Emily tragó y señaló al otro lado de la bahía.

—Sé que eso es Alcatraz —dijo, señalando el risco de una isla que tenía un edificio largo y blanco y un faro en lo alto—. Pero ¿cuál es esa otra isla?

Cerca de Alcatraz se veía una masa más grande de tierra cubierta de vegetación.

—Eso es la isla de los Ángeles —dijo James—. La gente va allí para hacer senderismo o a montar en bici. Y era el punto por donde entraban los inmigrantes hace muchos años. De hecho, dentro de poco tenemos una excursión al edificio de inmigración. Todos los años van los de séptimo.

James se había terminado su It's-It y dobló el envoltorio de plástico en cuadrados cada vez más pequeños.

—Si miras un mapa de San Francisco, la bahía no parece tan grande como para tener dos islas —dijo Emily.

—Hay más de dos. Desde aquí casi se puede ver otra, allí abajo. Es la isla Treasure. La atraviesa el puente de la bahía.

James señaló al pico de Bay Bridge, que desde allí lejos parecía un juguete en miniatura.

—¿La isla Treasure, dices? —preguntó Emily.

Matthew mascaba su It's-It.

—¿Es que alguien ha encontrado oro enterrado allí o algo por el estilo? ¿Como lo

del código que visteis en la biblioteca?

James miró la isla como si la viera bajo un nuevo prisma.

—Siempre imaginé que se llamaba así por el libro de *La isla del Tesoro*.

—Y aunque alguien hubiera encontrado un tesoro, eso no quiere decir que fuera el tesoro del código indescifrable —dijo Emily tajante.

No comprendió que albergaba tantas esperanzas de encontrar el tesoro perdido hasta que surgió la posibilidad de que alguien lo hubiera encontrado antes que ella.

—Es cierto —asintió James—. El código no ha sido descifrado, eso lo sabemos seguro. Así que si el código indescifrable de verdad lleva hasta el oro, tiene que estar todavía escondido.

—¿Qué os compraríais si encontrarais ese tesoro que lleva tanto tiempo perdido? —preguntó Matthew—. Yo me compraría una Gibson Les Paul.

—¿Una qué? —preguntó Emily.

—Una guitarra alucinante —explicó Matthew.

—Yo me compraría un ordenador nuevo —dijo James.

—¡Pero si ya tienes tres! —exclamó Emily—. Cuatro, contando el portátil.

James se encogió de hombros.

—Sustituiría uno de ellos por un modelo mejor. Pero mis padres me pedirían que ahorrara el dinero para la universidad. ¿Tú en qué te lo gastarías?

Emily estaba pensando en la discusión que les había oído a sus padres, pero no quería contarles nada a Matthew y James. En lugar de eso, dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Unas gafas de visión nocturna, quizá?

—¿Unas gafas de visión nocturna? —exclamaron Matthew y James al unísono.

Emily se encogió de hombros.

—Para poder salir a cazar libros de noche.

James se rio y sacudió la cabeza.

Los tres se levantaron y llevaron sus envoltorios a un cubo de basura encastrado en cascotes de piedra del viejo cementerio. Emily no lo había visto antes, cuando pasaron corriendo.

—¿Cuál es vuestro veredicto? —preguntó James mientras se alejaban caminando—. El Órgano de las olas y los It's-Its... ¿os parece un buen comienzo de Año Nuevo?

Emily dudó por un instante, todavía apesadumbrada por las palabras de sus padres. Las ventanas de los edificios distantes parpadeaban con luces doradas. Emily se imaginó que eran el espíritu del tesoro perdido, que la reclamaba para que fuera a buscarlo. Se irguió y sonrió. «Piensa en positivo y será positivo», se dijo.

—Es un comienzo estupendo —respondió.



Capítulo 12

El primer día de colegio, tras las vacaciones de Navidad, Emily y James pasaron por delante de la librería de Hollister. Lucía el cartel de CERRADO apoyado contra un expositor de *Los asesinatos de la catedral*. Hacía solo una semana de la fiesta literaria, pero parecía que habían pasado meses. Era el primer día de colegio desde que se había hecho pública la noticia de su descubrimiento del libro de Poe. Al ver el escaparate, Emily recordó el interés sofocante que habían suscitado en la fiesta y se preguntó cómo se comportaría la gente del colegio con James y con ella. Ya veía los pasillos del Booker estrechándose y a todos los alumnos mirándolos o pidiéndoles que firmaran cosas, como había hecho todo el mundo en la fiesta literaria. Quería preguntarle a James qué creía que haría la gente, pero pensaba que podía malinterpretar la pregunta y creer que le gustaba llamar la atención.

—Mira lo que ha encontrado mi abuela. —James se colgó la mochila de un hombro para poder sujetarla por delante mientras sacaba un artículo recortado de un periódico—. Una pareja que estaba reformando la casa encontró una botella enterrada en la pared —resumió.

—¿Y eso ha salido en el periódico? —preguntó Emily—. Se ve que están desesperados por publicar cualquier historia.

Recordó a la periodista que había asistido a la fiesta literaria y lo ansiosa que se había mostrado por marcharse al oír que se había declarado un pequeño incendio en algún punto de la ciudad.

—No se trataba de una botella cualquiera. Era muy antigua..., de la época de la fiebre del oro. Resulta que algunas son especiales, y coleccionables. ¡Esta valía cinco mil dólares!

—¿Una botella puede valer cinco mil dólares? —preguntó Emily.

—Y eso que tenía un desconchón. Si hubiera estado perfecta, habría valido incluso más. ¿Te lo imaginas? Me acordé del *Niantic* y de las botellas que se encontraron dentro.

Emily le cogió el recorte a James y lo leyó por encima mientras iban andando. La pareja contaba que habían hecho el baño nuevo con lo que les dieron por la botella. Emily se preguntó si habría alguna botella de la época de la fiebre del oro enterrada en las paredes de su apartamento. Claro que, como era de alquiler, si encontraban una botella el dinero seguramente pertenecería a la abuela de James y no a los Crane.

Se acercó por sus espaldas el plas, plas apresurado de unos pasos contra el suelo de cemento. Pasó un chico corriendo y James salió despedido, haciendo un trompo lateral.

—¡Ten cuidado! —le gritó James.

Lo seguían también corriendo tres chicos más, gritando en otro idioma. Emily se habría preocupado por el primer chico, solo que los cuatro se reían juntos y parecía que estaban jugando a algo.

Delante de ellos se levantaba el colegio Booker, un inmenso edificio de ladrillo que se parecía más a una gran mansión donde resolver misteriosos asesinatos que a un colegio. Emily se quedó mirando cómo el primer chico saltaba un arbusto y caía, dando una voltereta, en la estrecha franja de hierba que había delante del edificio. Entonces se levantó de un salto y puso los brazos en cruz.

Los chavales llegaban al colegio desde todas las direcciones: bajaban en fila del autobús urbano, salían de los coches o llegaban a pie, como Emily y James. Tenía tanta experiencia en aquello de ser la chica nueva, una y otra vez, que había perfeccionado el arte de pasar desapercibida. No estaba acostumbrada a ser el centro de atención, y toda la gente de la fiesta de Hollister junta era una proporción muy pequeña en relación con la cantidad de chicos que estudiaban en el Booker. Emily respiró lenta y profundamente y exhaló por la nariz.

—¿Estás bien? —le preguntó James.

Ella asintió. Prefería enfrentarse cuanto antes a la reacción de los alumnos, fuera cual fuera esta.



A la hora de comer, Emily ya se alegraba de no haberle contado a James que estaba nerviosa. Incluso se sintió como una tonta por haber estado tan inquieta. En toda la mañana nadie pronunció ni una palabra del libro de Poe. Ni un solo alumno. Ni siquiera algún profesor.

—¿Tú crees que soy invisible? —le preguntó a James cuando se encontraron junto a la fuente, a la hora de comer.

—¿Cómo? —repuso James, extrañado.

Emily esbozó una débil sonrisa.

—Nada. Era una broma tonta.

Ni siquiera Nisha, la chica que había estado en la fiesta literaria y les pidió que le firmaran el libro en código, dio muestras de reconocer a Emily en el pasillo. Era cierto que a lo mejor ni siquiera la había visto, y Emily tampoco la llamó ni nada. Pero aun así...

Emily no entendía cómo podía desear dos cosas contradictorias al mismo tiempo. No quería que la gente le prestara demasiada atención, pero después, cuando de verdad nadie le prestaba atención ni comentaba su papel en el descubrimiento del libro de Poe, se sentía desilusionada.

—Oh, no —dijo James—. Parece que Vivian merodea reclutando voluntarios.

Señaló a la presidenta de su clase con un gesto de la cabeza. Recorría el pasillo en zigzag hablando brevemente con algunos chicos y grupos que después se alejaban sacudiendo la cabeza.

—¿Voluntarios para qué? —preguntó Emily.

—Creo que estamos a punto de averiguarlo.

Vivian se acercó a grandes zancadas, sujetando contra el pecho un portapapeles. Les dedicó una gran sonrisa y vieron que las gomas de este tenían los colores del colegio.

—Necesitamos voluntarios para el comité de baile del Día de los Presidentes. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—¿Existe un baile del Día de los Presidentes? —preguntó Emily.

—Es el sábado, catorce de febrero —respondió Vivian.

—Pero ese día es San Valentín. ¿Por qué no celebramos un baile por el Día de San Valentín? —preguntó Emily.

Vivian miró al techo con un gesto impaciente.

—En una encuesta, los estudiantes, por abrumadora mayoría, rechazaron la idea de promover una fiesta descaradamente comercial y votaron por algo más edificante y académico en su lugar, como el homenaje a nuestros presidentes.

—¿Hubo una encuesta? —preguntó James—. Yo no recuerdo ninguna encuesta.

Vivian se ocupaba de hacer unas anotaciones en su portapapeles.

—¿Estás segura de que todos los alumnos participaron en la encuesta? ¿No solo tus amigos? ¿O tú misma? Creo que voy a tener que hablar de este asunto con el director Montoya —bromeó James.

Vivian abrió mucho los ojos.

—¡No puedes hacer eso!

Apretó el portapapeles contra la blusa, con tanta fuerza que Emily se preguntó si le iba a dejar una marca rectangular.

James se echó a reír.

—Relájate, Vivian. Es una broma. De todas formas, yo habría votado en contra del día V.

Vivian bajó los hombros y sonrió tímidamente.

—Entonces, ¿puedo contar con vuestra ayuda? —preguntó.

—Bueno... —comenzó Emily.

Desde que tenía memoria, Emily había estado encasillada en el mismo sitio: en un camión de mudanzas. Cuanto más mayor se hacía, más le costaba ser la chica nueva una y otra vez. Ella no era como su hermano, que podía ponerse a charlar con una señal de tráfico. A Emily le resultaba cómodo permanecer en segundo plano para no tener que exponerse a nada. Así corría menos riesgo de sentir rechazo y vergüenza. Pero en aquellos últimos meses se había hecho amiga de James y eso le abrió los ojos a todo lo que se había perdido por reprimirse. A lo mejor era hora de salir del camión de mudanzas y participar en la vida escolar. Pero... ¿el comité de baile era una elección acertada? ¿Y si no le gustaba? Ni siquiera había asistido nunca a un baile escolar. A lo mejor eso era lo primero que tenía que hacer, antes de meterse a ayudar a organizar uno.

Vivian añadió:

—Los miembros del comité no pagarán la entrada al baile.

—¿Es que cuesta dinero asistir al baile del Día de los Presidentes? —preguntó Emily.

—¿Cómo si no íbamos a pagar los adornos y la música y todo lo demás?

Dinero. Cómo no.

—¿Entonces? —Vivian esperaba su respuesta con el boli en ristre.

—Yo me apunto —dijo Emily rápidamente, para no tener tiempo de cambiar de opinión.

—¿Ah, sí? —preguntó James con cara de incredulidad.

Vivian apuntó el nombre de Emily, sellando su compromiso con un garabato. Si quería saber lo que era participar en las actividades del colegio, Emily tenía que lanzarse en algún momento. Y así también les ahorraría dinero a sus padres.

—¿Tú también? —Vivian ya estaba empezando a escribir el nombre de James.

—Bueno, supongo que sí. Claro —asintió James.

—Nos reuniremos en miércoles alternos después del colegio, empezando esta misma semana. —Se alejó entre la multitud buscando más voluntarios.

Emily y James continuaban su camino hacia la cafetería cuando de pronto se abrió la puerta de la sala de profesores y estuvo a punto de golpear a Emily. El señor Quisling se quedó parado, con la palma de la mano contra la puerta. Los dos se disculparon por haber estado a punto de chocar. Emily se quedó mirando a su profesor, incapaz de apartar aquella imagen en la que lo veía metiendo la mano en el bolso de la librería.

—Hoy va muy elegante, señor Quisling —dijo James—. ¿Estrena camisa?

—Ah... —El señor Quisling bajó la vista como si tuviera que recordar lo que llevaba puesto—. Sí, así es.

Se sacudió una pelusa invisible de la camisa con el borde de la mano, y la hoja de

papel que estaba sujetando se agitó con el movimiento. Emily vio unas anotaciones en la página: una serie de letras y palabras tachadas. Su libreta estaba llena de cosas así, de todos sus intentos de descifrar los códigos de los Buscadores de Libros. ¿Estaría el señor Quisling trabajando en el código indescifrable?

Una molesta preocupación invadió a Emily. Ella y James estaban completamente perdidos, sin saber qué hacer con la cuadrícula de letras que habían copiado en la biblioteca. Probaron con anagramas y cifrados por sustitución, trataron las letras como una sopa de letras, pero no tuvieron suerte. ¿Y si el señor Quisling ya había conseguido avanzar un poco?

Emily ladeó la cabeza, intentando ver mejor la página, pero el señor Quisling se dio media vuelta bruscamente y se alejó.

—Nos veremos en clase —dijo por encima del hombro.



Capítulo 13

Aquella tarde, en la clase del señor Quisling, el profesor permaneció encorvado junto a la mesa mirando un cuaderno mientras todos los alumnos entraban, en lugar de ponerse de pie en el sitio habitual, al frente de la tarima. Emily no podía parar de mirarlo y preguntarse qué debía estar haciendo.

Sentado en el pupitre de al lado, James murmuró:

—Prepárate. Regresa el Hongo Real.

Maddie Fernandez. Quedaba muy dramático decir que Maddie era su archienemiga, pero parecía guardarle un especial rencor desde su primer día en el Booker, por ningún motivo en especial. James le había explicado que Maddie era una persona muy competitiva desde que la conoció en segundo. Cuando Maddie y James se enzarzaron en un concurso de cifrado, el otoño anterior, fueron testigos de primera mano de aquella competitividad. Pero al terminar aquello, Maddie se comportó como si hubiera olvidado que se conocían. Emily no echaba de menos sus pullas ni sus comentarios negativos, pero aun así la ponía nerviosa estar con ella. Era como acercarse a un interruptor que en una ocasión le dio un calambre.

El apodo secreto que le habían puesto Emily y James era el de Hongo Real porque el pelo que llevaba antes le recordaba a Emily al sombrero de un champiñón, pero ahora que la veía por primera vez desde que empezó el colegio después de las vacaciones de Navidad, notó que se lo había cambiado.

—Ya no se parece tanto a un hongo —comentó James, que también se había fijado. En lugar de un flequillo recto que le cruzaba la frente y un casco de pelo lacio inflado, llevaba el pelo ondulado y un corte con una melena en degradado.

—Llevas un peinado muy bonito —dijo Emily cuando Maddie ocupó su sitio

habitual, detrás de James.

Se le escapó sin pararse a pensar, y se quedó esperando que Maddie le soltara una respuesta en plan: «¿Y a mí qué me importa lo que te parezca a ti?». En vez de eso, Maddie levantó las cejas, quizá sorprendida por el halago y seguramente valorando si lo decía de verdad.

—Gracias —respondió por fin, y dejó caer la mochila al suelo.

Se tomó un momento para sacar la carpeta y colocar al lado el portaminas y la goma con forma de fruta y dijo:

—Mi madre me enseñó lo del periódico, donde salís los dos. Es guay que encontrarais el libro.

James miraba a Maddie, luego a Emily y vuelta a empezar.

—¿Es que he entrado en un universo paralelo? —preguntó.

—Claro que tampoco teníais competidores —continuó Maddie—. Seguro que yo también lo habría encontrado. Puede que incluso antes que vosotros.

—Y... yaaaaa está. Ya está todo en su sitio en este mundo.

James suspiró satisfecho y volvió a centrarse en los círculos que había estado dibujando.

Sonó la campana y el suave murmullo de conversación cesó casi al instante, como siempre, pero el señor Quisling no se levantó. Alguien tosió y el profesor por fin alzó la vista de su trabajo y frunció el ceño, como si le molestara ver a toda la clase allí sentada.

Emily y James se miraron con las cejas arqueadas.

—Hoy vamos a probar algo diferente —dijo entonces—. Sacad el libro de historia mundial y una hoja de papel en blanco y leed el capítulo veinticuatro en silencio. Después, haced un resumen con los temas principales y los datos que los sustentan.

Volvió a sentarse e inclinó la cabeza sobre su cuaderno. Se hizo un silencio total en la clase. Todos estaban fascinados o extrañados de que el señor Quisling no les soltara su típico rollo.

Alguien abrió una mochila. Una voz siseó:

—¿Qué se supone que tenemos que hacer?

Como si alguien hubiera subido el volumen de una radio, la clase se fue llenando de ruido. Los susurros y las conversaciones entre murmullos. El rasgado de las hojas de papel de los cuadernos. Las anillas de las carpetas que se abrían y se cerraban. Emily y James miraban a su alrededor, sentados en medio del aula, pendientes de aquella actividad. Se quedaron mirando al señor Quisling, a quien no parecía molestarle el creciente ruido.

—¿Qué le pasa? —le susurró James a Emily.

El señor Quisling normal ya les habría estado recordando que trabajaran en silencio.

Emily vocalizó, sin emitir ningún sonido: «El código indescifrable».

Se quedaron mirando fijamente al profesor un minuto más. El señor Quisling

escribía cosas, muy concentrado, luego las tachaba.

—A que no te atreves a ir a mirar lo que está haciendo —la desafió James.

—Claro que no. Me quitaría puntos del ejercicio por hacer el tonto.

—El Quisling normal lo haría, pero este es como un Quisling cibernético. No presta ninguna atención a la clase. Seguro que ni se entera.

—Si estás tan seguro, ¿por qué no lo haces tú? —le replicó Emily.

—Llevo unos zapatos que chirrían muchísimo —respondió James con una sonrisa.

A sus espaldas, Maddie resopló con fuerza.

—Dais pena. Ya lo hago yo. Vosotros dos sois demasiado cobardes.

Emily no había caído en que hablaban muy fuerte y los demás podían oírlos. No les dio tiempo a responder, porque Maddie ya estaba a mitad de camino de la mesa del profesor.

—¿Señor Quisling? —La voz de Maddie era como un terrón de azúcar empapado en miel—. ¿Cuando dice un resumen se refiere a esto?

El señor Quisling levantó la vista y evaluó la carpeta abierta de Maddie.

—Sí, Maddie, así está bien.

Después miró a la clase, con los ojos vidriosos, como si acabara de despertar de un sueño.

—Leed el capítulo antes de empezar el resumen —dijo—. Los temas principales de este capítulo serán los encabezados. Los datos de apoyo y los detalles importantes van debajo, enmarcados en viñetas.

Maddie volvió a su sitio.

—Está trabajando en un acertijo —susurró.

—¿Qué acertijo? —preguntó Emily.

—Uno de los Buscadores de Libros. Tenía el logo en la hoja.

—¿Está trabajando en un acertijo de los Buscadores de libros? —insistió James.

Maddie asintió, aburrída con la conversación, y abrió el libro de texto para empezar el ejercicio.

James se rascó a *Steve*. Emily arrugó la nariz. Los dos se quedaron extrañados mirando a su profesor. Al menos no se les estaba adelantando en la resolución del código indescifrable, tal y como habían temido. Pero ¿a qué venía eso de la pista de los Buscadores de Libros? ¿En horas de clase? ¿De qué iba aquello?



Después del colegio, Emily y James seguían perplejos por el extraño comportamiento del señor Quisling, cuando de pronto vieron que giraba por el lateral del edificio y echaba a correr hacia la cola del autobús de línea, que ya estaba llegando.

—Menuda prisa tiene —dijo James.

Vieron que el profesor se sujetaba la chaqueta de color verde neón mientras corría y después se echaba la cartera al hombro.

—Vamos a seguirlo —dijo Emily.

—¿Cómo que seguirlo? ¿No crees que se dará cuenta? —preguntó James.

—Hay millones de chicos subiendo al autobús. Ni siquiera se fijará en nosotros.

Emily corrió al autobús a toda velocidad con James pisándole los talones.

—Nos bajaremos cuando se baje él, y si nos ve o dice algo, nos inventamos una excusa. Diremos que hemos quedado con mis padres en algún sitio por allí cerca.

—Vale —accedió James—. Aunque se fije en nosotros... ¿qué más da? Tampoco es que vaya a pasar nada malo.



Capítulo 14

El autobús los llevaba al distrito financiero y cada vez había menos gente, porque eran más los que se bajaban que los que se subían. Emily y James iban sentados delante, donde los asientos están situados de lado, mientras que el señor Quisling se había acomodado al fondo del todo. James se encogió en su asiento, al lado de Emily, para que no lo viera, mientras que esta vigilaba al profesor. Este fue todo el tiempo leyendo un libro, así que Emily vigilaba su coronilla canosa e hirsuta que daba sacudidas con los bandazos del autobús.

Cuando se acercaban al edificio Transamerica, con su forma de pirámide, el señor Quisling alargó la mano y tiró del cordel de la campana. Emily bajó la cabeza rápidamente y su coleta cayó como una cortina que esperaba que pudiera ocultar su rostro. Al principio, al subir al autobús, estaba tan lleno que había gente de pie en el pasillo. Ahora era distinto, y habría resultado difícil para James y Emily bajarse en la misma parada que el señor Quisling sin atraer su atención. Por suerte, otras dos personas se levantaron para apearse, y se colocaron detrás del profesor, de pie junto a las puertas traseras. Emily y James permanecieron rezagados al final de la cola y Quisling no se dio cuenta de nada.

Al bajar del autobús, este ya les sacaba casi media manzana de ventaja. Se detuvo bruscamente y Emily y James hicieron lo propio. Ella casi esperaba que el hombre se diera media vuelta y gritara: «¡Os pillé!». Pero en lugar de eso se quedó contemplando su reflejo en las ventanas ahumadas de un restaurante, retocándose el pelo antes de continuar. La gente lo rodeaba al pasar a su lado, como si fuera una enorme piedra y ellos el arroyo. Resultaba curioso, pensó Emily, que algunas personas fueran como piedras y otras como el agua. Se preguntó qué sucedería si una

piedra se encontraba con otra en la acera: ¿se negarían ambas a cambiar su curso, viéndose obligadas a colisionar?

—¿Dónde se ha metido? —preguntó James.

—¿Cómo?! —Emily despertó de su ensoñación para descubrir que su profesor había desaparecido de la vista.

—¿Cómo ha podido...?

—Lo he perdido entre el gentío, pero no puede haberse evaporado así, sin más.

Siguieron caminando, aunque un poco más indecisos, y enseguida llegaron a una valla metálica con una puerta abierta. Detrás de los barrotes se veía un bosquecillo de secuoyas en medio de los edificios de oficinas. Una auténtica burbuja de secuoyas formaba un pequeño parque público en pleno ajetreo de la ciudad. Los árboles daban sombra a un patio pavimentado bordeado de arbustos frondosos y parterres de trébol. Había una fuente que formaba un estanque, con esculturas en bronce de ranas saltando entre nenúfares.

—¿En San Francisco? —preguntó Emily con asombro.

Se encontraban en la parte más urbana de la ciudad, llena de rascacielos y ostentosos edificios de oficinas y calles de sentido único abarrotadas de toda clase de vehículos.

—Ni siquiera sabía que esto estaba aquí —dijo James.

De pronto agarró a Emily del brazo y la arrastró detrás del muro del edificio contiguo.

«El señor Quisling», vocalizó en silencio, al tiempo que señalaba en dirección a la esquina.

El profesor estaba en el parque, dando vueltas alrededor del estanque. Del centro del mismo surgían varios surtidores que ahogaban el ruido de la ciudad y lo ocultaban momentáneamente cuando pasaba por detrás. El señor Quisling escudriñaba el suelo como buscando algo que se le hubiera perdido.

Mirando a su profesor, Emily comprendió que si se hallaban cerca de la pirámide Transamerica, entonces seguramente estaban donde se había descubierto el *Niantic*. ¿Sería una parte de la ciudad que antes estaba sumergida? ¿Habría un antiguo barco bajo sus pies?

Ahora el señor Quisling se había vuelto de espaldas, mirando las enormes secuoyas. Atravesó el patio y se asomó por detrás de otra escultura de bronce, esta vez de un grupo de niños cogidos de la mano y saltando. Había más gente por allí, pasando de camino o sentados en alguno de los muchos bancos repartidos por el lugar, pero nadie más parecía interesarse por lo que hacía el señor Quisling. Estaban demasiado ocupados con las pantallas de sus teléfonos, sus libros abiertos o sus conversaciones.

El profesor pisó con cuidado un macizo de trébol y luego desapareció detrás de un trío de secuoyas. Reapareció con un estuche verde con cremallera en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó James.

Emily se apartó de la pared, dispuesta a salir pitando en cuanto el señor Quisling empezara a avanzar hacia ellos, pero él se detuvo y se sentó en un banco. Observaron cómo abría el estuche y sacaba un libro de bolsillo.

—¡Un libro! —exclamó Emily, aunque James podía verlo con sus propios ojos—. Será el de la pista de los Buscadores de Libros que tenía en el colegio.

—¿Por qué iba el libro metido en ese estuche? —preguntó James.

Emily se encogió de hombros.

—¿Lo dices porque es verde? Puede ser que para camuflarlo mejor y protegerlo.

El señor Quisling sacó un lápiz y una libreta de la cartera del colegio y abrió el libro. Pasó un rato hojeándolo, pasando el lápiz por encima del texto y anotando cosas de vez en cuando. En cuanto terminó, volvió a guardar la libreta y el lápiz en la cartera, deslizó el libro de bolsillo de nuevo en su estuche verde y lo volvió a colocar entre los arbustos, donde lo había encontrado.

James le dio un codazo a Emily.

—Lo está escondiendo otra vez.

—¿Por qué iba a hacer eso? —se preguntó ella.

El profesor se dirigió hacia la salida, al otro lado del parque, y se marchó por la calle de al lado. Cuando hubo desaparecido, Emily tiró a James de la manga.

—Vamos a coger ese libro.

El señor Quisling no había atraído mucha atención, pero varias personas se dieron la vuelta para mirar a Emily y a James cuando se adentraron en el bosquecillo de secuoyas. Ella imaginó que era menos habitual ver a dos chicos con sus mochilas deambulando por el distrito financiero de la ciudad que a un adulto buscando algo que había perdido.

—Vamos a sentarnos en ese banco, cerca de donde el señor Quisling dejó el libro —sugirió Emily—. Podemos sacar nuestras carpetas y la gente imaginará que estamos haciendo los deberes mientras esperamos a nuestros padres. Entonces cogeré el libro, cuando la gente deje de mirarnos.

—También puedo hacer esto.

Emily no tuvo tiempo ni de rechistar porque, en un abrir y cerrar de ojos, James se metió debajo de las secuoyas, deslizó la mano en el arbusto donde el señor Quisling había escondido el libro, y sacó el estuche verde.

—¿Quieres hacer el favor de venir aquí? —siseó Emily.

Nadie parecía interesado ni alarmado por lo que James acababa de hacer, pero aun así... ¿cómo iban a llegar al fondo de lo que andaba tramando su profesor si alguien les quitaba el libro?

James abrió la cremallera del estuche mientras regresaba al banco. Sacó una copia de *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain.

—Eh —exclamó James cuando se sentó a su lado—, es *Tom Sawyer*. Menuda coincidencia. La nota del señor Quisling hablaba del código indescifrable, que perteneció a Mark Twain y a Tom Sawyer, y ahora sale a cazar un ejemplar de *Tom*

Sawyer...

A Emily le vino a la mente un viejo recuerdo.

—Espera un momento —dijo, pasando las páginas de su libreta de los Buscadores de Libros, volviendo a los acertijos que había resuelto cuando acababa de llegar a San Francisco con su familia—. ¡Ahí lo tienes! —Señaló una página—. ¡Ya me parecía a mí! ¿Recuerdas la primera vez que salimos juntos a cazar libros?

—¿En el Ferry Building? Claro que sí. Pero nos lo habían birlado.

—Y ¿quién nos lo birló...? —apuntó Emily.

—¿El señor Quisling? —James arrugó la frente intentando atar cabos entre aquel día y el momento actual.

—¿Tú recuerdas qué libro salí a buscar? —le preguntó Emily.

James bajó la mirada al libro que tenía en las manos, luego volvió a mirar a Emily.

—¿Este mismo? ¿Estabas buscando este libro?

—Puede que no fuera precisamente ese ejemplar, pero sí, era un ejemplar de *Tom Sawyer*.

—Pero... si el señor Quisling ya ha encontrado este libro en los Buscadores de Libros, ¿por qué iba a estar buscando otro? ¿Y por qué no se quedó hoy con este, después de encontrarlo?

—Buenas preguntas.

Emily se sacó el lápiz de la coleta y le hizo una seña a James para que le entregara el ejemplar de *Tom Sawyer*. Hojeó el libro, blandiendo el lápiz por encima del texto como buscando algo. Hacia el final, se detuvo en la primera página de un capítulo donde había una frase subrayada.

Emily la leyó en voz alta:

—«En la vida de cualquier chico normal llega un momento en el que se siente un deseo irresistible de salir a donde sea en busca de un tesoro escondido».

—¡Qué dices! —James se acercó para leer la frase—. Esto tiene que ser una referencia al código indescifrable, ¿no crees? —apuntó—. ¿Tom Sawyer? ¿Mark Twain? ¿Un tesoro escondido? Pero ¿qué tendrá que ver un par de libros escondidos a través de los Buscadores de Libros con un código que tiene siglos de antigüedad?

Emily volvió a hojear el libro, pero no había nada más que encontrar.

—Vamos a echar un vistazo a la pista de los Buscadores de Libros. Puede que nos ayude a comprender lo que estaba haciendo el señor Quisling.



Capítulo 15

El Fénix no se esperaba que aparecieran los chicos. Por supuesto que los reconoció, pero no permitió que supieran que lo había visto todo. Estaba justo fuera de su ángulo de visión y observó cómo sacaban el libro de los arbustos.

Le parecía increíble la manera en que los adultos habían adulado a aquellos dos como si se tratara de unos genios por resolver la caza del tesoro del señor Griswold. ¿Y todo por qué? Solo por participar en un juego y tener un poco de suerte. La gente siempre recibía recompensas por tener suerte. Podías ser la persona más inteligente de la sala, y del mundo, y no te servía de nada. Pero ¿y la suerte? Te conseguía un ascenso, un premio, un respeto, un prestigio.

El Fénix vio que Emily se guardaba el estuche verde en la mochila en lugar de volver a dejar el *Tom Sawyer* donde lo habían encontrado. Apretó los puños. Aquello no podía quedar así. Aquello no iba acorde con su plan. ¿Qué podía hacer ahora? Había colocado cuidadosamente sus piezas de dominó, listas para caer ordenadamente en una sucesión satisfactoria. Al quitarle ese libro se fastidiaba todo su gran proyecto.

Observó cómo Emily y James daban media vuelta y salían del parque por donde habían entrado. Seguro que volvían a casa para marcar su precioso libro como «encontrado» en los Buscadores de Libros, cosa que podía arruinar todavía más su plan. Tenía que llegar a un ordenador antes que ellos y cruzar los dedos para que aquel paso en falso no pudiera desbaratar su plan de venganza.



Capítulo 16

Al regresar a su habitación, Emily se sentó en la cama con las piernas cruzadas y abrió el portátil. El pie de James, enfundado en su calcetín, colgaba por encima del reposabrazos de la silla de segunda mano que los padres de Emily acababan de añadir a la habitación. Desde que les había contado que, por una vez en la vida, quería tiempo y tener una habitación que pareciera propia y no de paso, sus padres se dedicaron a comprar toda clase de cachivaches para decorar su habitación, como aquella silla y el globo terráqueo que se encontró un día cuando llegó a casa del colegio, y la lámpara con forma de perrito caliente. Cuando hablaba de ser como «una chica normal» no era eso lo que tenía en mente, y ahora que sabía que les preocupaba el asunto del dinero, habría preferido que lo dejaran ya. Aunque era una silla de segunda mano y seguro que no era cara, también estaba bien antes de tenerla, cuando leía en la cama o tirada en el sofá del cuarto de estar.

James tenía el *Tom Sawyer* que habían encontrado abierto delante, pero cabeza abajo. Cuando Emily lo miró con un gesto interrogativo, le explicó:

—Tú ya lo has hojeado en el parque, así que estoy probando yo, desde otra perspectiva.

Después de iniciar sesión en la página de los Buscadores de Libros, Emily hizo una búsqueda para ver cuántos ejemplares de *Tom Sawyer* había escondidos en San Francisco.

Solo apareció el que habían encontrado ellos. Se fijó en el nombre del sitio y dijo:

—¿Sabías que ese parque de secuoyas está en la plaza Mark Twain?

—Estoy seguro de que no es una coincidencia —dijo James.

—Un momento —repuso Emily—. ¡Alguien ha marcado el libro como

encontrado! ¿Por qué iba el señor Quisling a encontrar un libro, volver a esconderlo en el mismo lugar y marcarlo como encontrado? No tiene sentido. Y ahora ya no sabremos lo que decía la pista. —Suspiró.

—Si lo marcó como encontrado, entonces es que no quiere que nadie más lo encuentre —aventuró James.

—Exacto —asintió Emily—. Pero entonces ¿por qué no llevarse el libro, sencillamente? Tampoco es tan complicado llevarse un libro. No tiene sentido —repitió—. Ojalá existiera una forma de descubrir qué era lo que estaba haciendo y qué tiene esto que ver con la solución del código indescifrable.

—¿Y qué pasaría si... escondiéramos nosotros mismos un ejemplar del libro? —sugirió James—. Sería como poner un cebo. Podemos escoger un escondrijo que sea fácil de vigilar. Escondemos un ejemplar de *Tom Sawyer*, subimos una pista a los Buscadores de Libros y después nos quedamos vigilando para ver qué hace el señor Quisling.

—¡Genial! —A Emily se le ocurrió otra idea y rápidamente tecleó algo en su ordenador—. También estoy activando una alerta de ejemplares de *Tom Sawyer*, para que sepamos enseguida si alguien más esconde otro ejemplar.

—Podemos esconder el libro en el colegio —sugirió James—. Los tres estamos siempre allí.

—¿No crees que eso levantaría las sospechas del señor Quisling? Y hablando del tema: deberíamos usar la vieja cuenta de mi hermano. El señor Quisling me reconocería como Wombat Gruñón. Matthew tiene su cuenta de hace años, cuando él y yo empezamos a jugar juntos. Desde que vivíamos en Colorado no ha escondido ni encontrado ningún libro. Estoy segura de que no ha actualizado su perfil para decir que vive en San Francisco. El señor Quisling jamás descubrirá que somos nosotros.

—Entonces ¿dónde podríamos esconderlo? —preguntó James—. Tiene que ser algún sitio que sea fácil de vigilar.

Emily empezó a batir palmas cuando se le ocurrió el sitio perfecto.

—¡En la librería de Hollister! —exclamó.



Al día siguiente, el señor Quisling volvió a sus métodos de enseñanza habituales, aunque estaba claro que seguía distraído. Quizá porque tenían un invitado en clase. Cuando el señor Quisling lo presentó como el señor Sloan, un aspirante a profesor que quería asistir a la clase, Emily reconoció al hombre de la fiesta literaria. Era el que les había contado que el señor Quisling había terminado el laberinto literario en un tiempo récord.

El señor Sloan arrastró una silla hasta la esquina, al frente de la clase, con las patas metálicas chirriando por el linóleo. Sonrió a la clase y dijo con voz fuerte:

—¡Haced como si yo no estuviera aquí!

Mientras trabajaban en sus fichas, Emily estuvo vigilando al señor Quisling, para ver si estaba como loco intentando resolver otro acertijo. Pero si tenía pensado hacer eso no lo iba saber nunca, porque el señor Sloan se levantó de su silla y se puso a charlar con el profesor sin dejarlo llegar a su mesa.

—Estupenda lección, Brian. Ha sido fantástico. —El señor Sloan no hacía ningún esfuerzo por hablar en voz baja, así que resultaba fácil oír lo que estaba diciendo—. Pero ¿alguna vez has pensado en convertir esas fichas de trabajo en un pequeño ejercicio en grupo? He leído un estudio que demuestra que los chicos establecen más asociaciones a través de la conversación que...

El señor Quisling levantó una mano para hacerlo callar.

—Ahora toca estar en silencio.

—Claro, claro. Pero es precisamente lo que iba a decir...

—Harry —el señor Quisling habló en tono grave pero paciente—, los alumnos necesitan concentrarse. Por favor, baja la voz.

Siguieron hablando en voz baja. James miró a Emily con un gesto divertido.

—Cómo disfruta el señor Quisling con la visita de su amigo, ¿verdad?

Emily sonrió de oreja a oreja y sacudió la cabeza.



Al salir del colegio pasaron por la librería de Hollister. La puerta se abrió con el característico tintineo de las campanillas atadas al picaporte, pero no los saludó una cara conocida desde detrás del mostrador. En realidad «saludar» no era la palabra más apropiada. El chico, que por la edad podía ser universitario, los miró con el ceño fruncido y después siguió leyendo su libro. Tenía unos *piercings* en las orejas que eran unos discos del tamaño de monedas, y la cara cubierta por algo que Emily suponía que debía de ser barba, pero que más bien parecían posos de café pegados por las mejillas y la barbilla.

—¿Está Hollister? —preguntó James.

Al principio Emily no sabía muy bien si el chico había oído a James, porque no volvió a levantar la vista, pero luego contestó:

—Está.

En cuanto comprendieron que no iban a sacarle nada más, James dijo:

—Supongo que podemos entrar a buscarlo.

Se metieron hasta el fondo de la tienda, y primero oyeron a Hollister y después lo vieron. Bajaba la escalera metálica que llevaba al altillo que se usaba de almacén, y al que apodaba cariñosamente la Casa del Árbol, con gran estrépito.

—Hola, chicos. ¡Feliz martes!

—No para el tipo que está ahí fuera —señaló James.

—¿Quién? ¿Charlie? —Hollister hizo un gesto con la mano, restándole importancia al asunto—. En el fondo es un pedazo de pan. Venid.

Siguieron a Hollister de vuelta al mostrador principal.

—Charlie es un manitas. Programador de ordenadores, diseñador de páginas web, experto en redes sociales. ¿Me dijiste que también eras DJ?

—He hecho mis pinitos —respondió Charlie.

—Todo eso y encima estudiante de universidad a tiempo completo. —Hollister sacudió la cabeza—. No sé cómo lo haces.

Si lo halagaban los cumplidos de Hollister, Charlie no lo demostró. Empezó a tamborilear en el libro de texto abierto con la goma de borrar del extremo del lápiz y siguió estudiando.

—He contratado a Charlie para que me ayude con los asuntos técnicos: arreglarme el ordenador, montar algunas redes sociales para la tienda... Tenía una página de internet muy básica...

Charlie gruñó y Hollister soltó una risita.

—Bueno, hacía su papel, ofrecía la información pertinente. El caso es que Charlie la va a arreglar un poco.

—Creo que más bien le voy a prender fuego para empezar desde cero, pero sí —dijo Charlie.

—Y después poner la tienda en Twitter y en Instagramática...

—Instagram —lo corrigió Charlie.

A Emily le pareció una ironía que alguien tan antisocial como Charlie se encargara de las redes sociales, pero a Hollister no parecía importarle.

—¿Veis cómo lo necesito? —preguntó—. Yo paso de todo ese rollo digital. Vivo y respiro papel, pero uno no se puede poner terco con el futuro. No si quiere seguir en el negocio. Hay que avanzar con los nuevos tiempos.

Emily pensó en la conversación que había oído a sus padres sobre el editor, cliente de su padre, que se había arruinado. Su padre al menos trabajaba para otros, pero Hollister no tenía más que su tienda. Si tenía que cerrar, ella lo iba a sentir mucho.

—¿Necesitas ayuda con alguna otra cosa, Hollister? Esperaba sacarme un dinero extra.

Emily se sintió avergonzada nada más abrir la boca. Acababa de estar pensando en que la tienda de Hollister debía seguir abierta y ahora de pronto le pedía que le pagara.

A Hollister no pareció importarle.

—Qué pena que haya pasado la temporada de Navidad. En esa época del año siempre necesito gente para envolver los regalos.

Se dio unos golpecitos en la nariz, pensativo.

—¿Tú necesitas dinero? —susurró James, sorprendido.

Emily se encogió de hombros.

—Mi paga es muy pequeña.

No le había hablado de los problemas económicos de sus padres porque la abuela

de James era su casera. Sabía que él no contaría nada a no ser que creyera que podía ayudar, pero si sus padres llegaban a enterarse de que les había oído decir que su padre se había quedado sin su mejor cliente, se iba a montar un buen lío.

—Eres demasiado joven para contratarte oficialmente —dijo Hollister—, pero si me traes una carta de autorización de tus padres, creo que podremos organizar algo. Puede que no sea mucho, y que no sea muy sofisticado, pero algo es algo.

Emily se lanzó encima de Hollister y le dio un abrazo. Sus padres no tenían por qué saber que tenía pensado ahorrar el dinero para dárselo.

—¡Vaya, qué bien! —exclamó él—. Qué simpática. Charlie, ¿cómo es que tú no reaccionaste así cuando te di el trabajo?

Charlie pasó una página del libro y ni se molestó en responder.

—Oye, Hollister —dijo James—, ¿cómo se supone que ayuda en las redes sociales lo que está haciendo ahora mismo?

Charlie respondió con voz de aburrimiento:

—Estoy actualizando el sistema operativo. Ya casi está.

Hollister inclinó la cabeza hacia delante como diciendo: «¿Lo ves?».

—Bueno, ¿qué os trae por aquí hoy, chicos?

—¿Podemos esconder un libro de los Buscadores de Libros en tu tienda?

—Por supuesto, adelante —respondió Hollister.

Emily y James juntaron las cabezas para discutir brevemente dónde podían esconder el estuche verde con el *Tom Sawyer* dentro. Y acabaron metiéndolo en una de las bolsas de tela que estaban colgadas cerca del mostrador principal.

—Oye, Hollister —dijo Emily cuando hubieron terminado—. ¿Has oído hablar de algo llamado el código indescifrable? Nuestro profesor, el señor Quisling es...

Charlie lanzó un gemido.

—¿Sigue en el Booker? El señor Quisling es lo peor.

—¿Tú estudiaste en el Booker? —le preguntó James.

Charlie asintió.

—Entonces, ¿sigue machacando con lo del código indescifrable?

Emily y James se miraron.

—La verdad es que no —dijo Emily cautelosamente—. Pero ¿tú has oído hablar de eso?

—Solo porque no paraba de hablar del tema. Cuando estaba en su clase se publicó una serie: *The 39 Clues*. Había un montón de alumnos enganchados a la serie y al juego que acompaña la historia. El señor Quisling no paraba de hablar de acertijos de la vida real, como el código indescifrable.

Hollister lanzó un silbido largo y grave.

—El código indescifrable. ¡Hacía años que no pensaba en eso!

—¿Tú también lo conoces? —preguntó Emily.

—Claro, claro. Hace unas décadas fue una locura. Mucho antes de que nacierais. Se descubrió un viejo barco enterrado bajo la ciudad, que salió en las noticias...

—¿El *Niantic*? —preguntó Emily.

Hollister asintió, levantando las cejas.

—¡Me tienes impresionado! Sí, creo que así se llamaba. Cuando lo dijeron en las noticias, también apareció una leyenda sobre el código. Parece ser que había sobrevivido a un incendio a bordo del *Niantic*... La verdad es que no recuerdo los detalles, pero en aquella época se revivió el interés por intentar descifrarlo.

Emily se mordió el labio. Sabían que el señor Quisling estaba allí cuando se redescubrió el *Niantic*, así que seguramente había participado de aquel renovado interés.

—Pero no se resolvió, ¿verdad? —quiso saber Emily.

—No, creo que no. Si conoces la existencia del *Niantic*, entonces me parece que sabes tanto como yo. Aunque... —Hollister chasqueó los dedos—... sí que conoces a alguien que dirigió el esfuerzo de intentar resolverlo allá por los años ochenta.

—¿Quién? —preguntaron Emily y James al unísono.

Emily estaba convencida de que el nombre que Hollister iba a pronunciar era el de Quisling, pero se equivocaba.



Capítulo 17

—El señor Griswold —dijo Hollister.

—¿El señor Griswold?! —repitieron Emily y James, al unísono otra vez.

—¿Estás seguro? —preguntó Emily.

—Me estoy haciendo viejo, pero creo que la memoria aún no me falla tanto —bromeó Hollister—. Sí, estoy seguro.

Emily y James se miraron.

—Bueno... —comenzó Emily, pensando en su reciente visita a Bayside Press. ¿Por qué el señor Griswold no les había dado más detalles al preguntarle por el código indescifrable?—. ¿Crees que la memoria le puede estar fallando al señor Griswold?

—Lo vimos la semana pasada y le preguntamos por el código indescifrable —explicó James.

—Nos pareció que no sabía muy bien de qué le estábamos hablando —añadió Emily.

—¿De veras? —Hollister carraspeó—. Bueno, supongo que puede ser por la lesión. —Parecía preocupado—. Sé muy bien que conocía la existencia del código. Fui testigo de primera mano de su obsesión. Hace mucho, cuando éramos copropietarios de esta tienda. Él estaba convencido de que existía una manera de sacar partido al renovado interés por el código indescifrable y atraer a la gente a la tienda, pero aparte de ofrecer libros sobre el tema de la caza de tesoros y sobre cifrados, no fuimos capaces de explotar el asunto.

—Qué raro —dijo Emily en voz baja, más bien para sus adentros. Estaba pensando en que el señor Griswold le había parecido una versión descafeinada de sí

mismo—. ¿Lo has visto recientemente? ¿Desde que salió del hospital?

Hollister apoyó una mano en su hombro y la miró fijamente con su ojo bueno.

—Lo ha pasado muy mal. Pero Gary siempre se recupera. No te preocupes.

Emily deseaba sentirse animada y reconfortada por las palabras de Hollister, pero no podía evitarlo: seguía preocupada.



El miércoles, al comienzo de la clase del señor Quisling, Emily empezó a buscar en la mochila un papel que había impreso en su casa la noche anterior, después de visitar a Hollister.

—Olvidé enseñarte esto de camino al colegio —dijo Emily, entregándole el papel a James—. Es una vieja entrevista con el señor Griswold. La encontré en los Buscadores de Libros.

En el foro de cualquier cosa relacionada con Garrison Griswold, hacía varios años, otro usuario de los Buscadores de Libros había escaneado y publicado una vieja entrevista sacada de una revista.

James se rio al ver la foto que acompañaba a la entrevista.

—¡Mira qué pelos! No me había dado cuenta de que los tenía tan rizados.

—Los pantalones de rayas tampoco tienen desperdicio —dijo Emily—. Pero eso no es lo más interesante. Lee lo que dice.

En la entrevista aparecía el señor Griswold poco tiempo después de inaugurar Bayside Press, cuando ya hacía más de una década de la existencia de los Buscadores de Libros.

ENTREVISTADOR: Usted tiene fama de ser un entusiasta cazador de tesoros. En 1980 encabezó el interés por una clave que data de los tiempos de la fiebre del oro y se dice que conduce a la fortuna perdida de un minero. También participó en la caza del tesoro de Masquerade en Inglaterra. ¿Por qué le atraen esta clase de actividades?

GRISWOLD: La caza de un tesoro tiene un potencial estupendo para unir a la gente en colaboración. Eso me encanta. Una caza del tesoro también te obliga a desacelerar, pero con todos los sentidos alerta. Prestar atención. Escuchar. ¿Qué te dice tu entorno? ¿Esa roca es solo una roca? ¿O esconde algo valioso? Me encanta la idea de que algo valioso pueda estar escondido a plena vista, de descubrir el potencial de algo increíble en algo aburrido.

Lo que me motiva no es lo que se halla al final de una caza del tesoro. De verdad que no. Hay quien habla de lo que haría si de pronto se hiciera rica. A mí eso no me interesa. Cualquiera que se centre en el resultado en lugar del viaje, no lo ha entendido, por no hablar de que se coloca en posición de sufrir

una gran decepción.

ENTREVISTADOR: ¿Por qué dice eso?

GRISWOLD: No puedes controlar un resultado. En ningún empeño, ya sea la caza de un tesoro u otra cosa, una amistad o una empresa. Solo puedes controlarte a ti mismo. Tus acciones y reacciones determinan el tipo de viaje en el que te has embarcado. ¿Será mágico? ¿Dichoso? ¿Terrible? ¿Vas a ser una víctima o vas a ser un héroe? Eso depende solo de ti.

ENTREVISTADOR: ¿Le atrae una caza del tesoro como forma de evadirse de las dificultades y el estrés del mundo real?

GRISWOLD: De ninguna manera. No se trata de una diversión. Se trata de un remedio. Cualquier cosa a la que nos dediquemos con pasión e inquietud tiene un poder curativo. Es una filosofía semejante a la que me impulsó a crear una editorial. Quería poblar el mundo de joyas. Encontrar un libro con el que puedes conectar es una especie de caza del tesoro. Quiero crear cosas para los demás y ser una fuerza del bien y la diversión y las posibilidades en este mundo.

—Esto es genial —dijo James.

—¿Verdad que sí? —Emily volvió a coger el papel, lo dobló con cuidado y lo guardó en su libreta—. Esta parte: «Cualquier cosa a la que nos dediquemos con pasión e inquietud tiene un poder curativo», me hizo pensar en lo diferente que parece ahora. Se lo ve triste y asustado.

—Roto —afirmó James, que lo había comprendido.

—Voy a llevar este artículo a nuestra próxima reunión del consejo, para enseñárselo. Puede que al releer sus viejas palabras se sienta mucho mejor. Ojalá no tuviéramos que esperar y pudiéramos enseñárselo esta misma tarde.

—Bueno, podríamos haberlo hecho. —James la miró haciendo que *Steve* la señalara como un dedo—. Pero resulta que tú te empeñaste en meterte en el comité de baile.

—No tenías por qué apuntarte conmigo —dijo Emily.

James se limitó a encogerse de hombros.

—¿Vosotros dos estáis en el comité de baile? —saltó Maddie a sus espaldas.

—Métete en tus asuntos, Maddie —dijo James—. No quiero ni oírte. Por nuestra culpa será el baile más aburrido del mundo, blablablá...

Maddie abrió la boca para replicar, pero sonó la campana llamando a clase. Emily y James se volvieron para mirar hacia delante mientras el señor Quisling daba palmadas para lograr la atención de todos los alumnos antes de comenzar la lección del día.



Después del colegio, Emily y James se dirigieron a su primera reunión del comité del baile. Emily no sabía muy bien por qué, pero había imaginado que la reunión sería en una sala con sofás, y carteles que representaran el espíritu del colegio en la pared, y una mininevera llena de refrescos, y un cuenco de palomitas para picar... A lo mejor había sacado esa idea de algún programa de televisión. En cualquier caso, la desilusionó ver que el comité de baile se reunía en el aula de Ciencias de James. Las sobrias mesas negras, los vasos de precipitación apilados en el mostrador del fondo y una pared forrada de tablas periódicas ilustradas por los alumnos no exudaban la atmósfera acogedora donde había imaginado que haría nuevos amigos.

La profesora de Ciencias de James, la señora Ortega, era la representante de profesores del comité de baile. James le había contado a Emily que la señora Ortega estaba muy embarazada, y no era una broma. Le sobresalía tanto la barriga que formaba un pequeño estante, sobre el que la señora Ortega descansaba las manos mientras paseaba por el aula.

James había arrastrado a sus amigos Kevin y Devin, los gemelos, para que se unieran al comité de baile y no ser el único chico, y ya habían llegado y jugaban a las cartas en una mesa en medio del aula. Nisha estaba sentada a su lado, escribiendo en una libreta, y Vivian tenía el portapapeles en ristre y un ojo en la puerta para ir tachando a la gente a medida que entraba.

—Podéis sentaros —dijo. Tachaba rápidamente con el bolígrafo los nombres de los que habían llegado—. Se nos va a unir una persona más, pero podemos empezar y... Ah, hola, Maddie.

Emily se dio la vuelta y vio a Maddie entrar en la sala. El último miembro del comité. James suspiró.

—Es ella, cómo no. ¿Estás completamente segura de que quieres hacer esto?

—Suenas divertido —repuso Emily, aunque ya no estaba tan segura.

Al prestarse voluntaria le había parecido una buena idea.

—¿Todos vais a la excursión a la isla de los Ángeles, dentro de dos semanas? —preguntó la señora Ortega.

—Usted no pensará ir, ¿verdad? —preguntó Maddie, sentándose enfrente de Emily.

Miró con énfasis a la barriga de la señora Ortega.

—Claro que sí. Soy una de las profesoras acompañantes.

—Yo ya he estado en la isla de los Ángeles —dijo Maddie—. Hay que caminar mucho.

—No exageres, Maddie. Me faltan más de dos meses para salir de cuentas.

Vivian dio unos golpecitos con el bolígrafo en el portapapeles.

—Por favor, vamos a comenzar.

—Entonces, ¿cuáles son los planes para el baile de San Valentín? —preguntó

Maddie.

—Para empezar, se trata del baile del Día de los Presidentes —la corrigió Vivian.

—Deberíamos convertirlo en una fiesta de disfraces —apuntó James—. Tú estarías estupenda con una barba de Abraham Lincoln, Vivian.

La señora Ortega carraspeó.

—Chicos, ¿por qué no empezáis por hacer una lista de tareas y...?

—Pero ¿para qué necesitamos un tema para organizar un baile? —la interrumpió Devin, tirando otra carta encima de la mesa.

Su hermano la recogió y tiró dos cartas de su mano.

—¿Por qué no un tema más guay? —añadió Kevin—. Como el GameCon.

Entrecomilló con las manos aquellas palabras invisibles.

—¿Qué es eso del GameCon? —balbuceó Vivian—. ¿Se puede saber qué significa eso?

—Pues ya sabes, es como el ComicCon pero sobre juegos y cosas así. Será muy original.

—El tema del Día de los Presidentes es original —protestó Vivian—. Lo del GameCon es muy infantil. Sería una tontería.

—Bueno, bueno, no tenemos por qué despellejarnos para exponer nuestras ideas —intervino la señora Ortega.

—¿Una tontería? —Kevin se llevó una mano al pecho y se mostró escandalizado—. ¿Has oído eso, Dev? Válgame el cielo, no queremos organizar un baile que sea una tontería. Olvidé que Stanford va a valorar nuestras habilidades para el baile *country* a la hora de entrar en la universidad.

—No, no..., las habilidades para el baile *country* cuentan en Harvard. —Devin le siguió la broma—. En Stanford lo que importa es lo bien que sepas perrear.

—Sigo pensando que habría que hacer un baile de San Valentín —saltó Maddie—. Y encima es en el Día de San Valentín. De todas formas todo el mundo se lo va a tomar como si lo fuera.

A Emily aquella conversación le recordaba a los debates que se montaban en su familia, como la vez que iban conduciendo desde Connecticut para mudarse a Colorado y planeaban parar cerca de Chicago para pasar la noche. Llevaban casi seis horas seguidas en el coche y todo el mundo estaba cansado, hambriento y nervioso, y nadie se ponía de acuerdo en qué hacer para la cena. Matthew quería encontrar un sitio en el centro de la ciudad donde pudieran comer viendo música en directo. Su padre quería ir en coche a Wisconsin para comer queso en grano porque le parecía increíble que no lo hubieran hecho en todo el año anterior, cuando habían estado viviendo en Illinois. La madre de Emily quería comer en Naperville para poder volver a visitar una de sus librerías favoritas, llamada Anderson's. Y Emily quería comer en Hardee's porque echaba de menos sus jalapeños rellenos.

Tanta broma con lo del baile hacía que Emily se sintiera más cómoda.

—¿Por qué no puede ser todo a la vez? —preguntó.

Sería su imaginación, pero Emily tuvo la sensación de que se paralizaba la discusión y de pronto todas las caras la estaban mirando a ella. Tragó saliva.

—¿Un GameCon de San Valentín Presidencial? —Vivian parecía escupir las palabras sobre la mesa.

James apoyó la cabeza en la palma de la mano, masajeando con los dedos a *Steve*, pero tenía un gesto contemplativo, no crítico.

—Iríamos vestidos de presidentes —dijo Emily—. La gente se podría disfrazar de pareja presidencial si quisiera celebrar el Día de San Valentín. —Le hizo un gesto con la cabeza a Maddie, que frunció el ceño. Emily suponía que no era esa la clase de baile romántico que ella tenía en mente, pero le daba igual—. Después también podríamos organizar unos juegos.

El señor Griswold había descartado todas las ideas que habían tenido James y ella, pero quizá pudieran aprovecharlas ahora.

—¿Juegos? —exclamó Vivian—. ¿En un baile?

—También habría baile —dijo Emily—. Solo que con más... variedad para todos.

—Tampoco es que nadie bailara en el baile de sexto —intervino James.

Maddie levantó la vista al cielo.

—Es que eso era en sexto curso.

—Los disfraces podrían ser una mezcla de presidentes y juegos —sugirió Kevin—. Por ejemplo, Abraham Kong.

—¿Abraham Kong? —Devin arrugó la nariz.

—Una mezcla de Abraham Lincoln y Donkey Kong. O a lo mejor Taft-Man, como Pac-Man y el presidente Taft. —Kevin se encogió de hombros—. Bueno, vamos a trabajar con esas ideas. Voto por Emily.

Devin volvió a escudriñar sus cartas.

—Yo también —masculló.

—Pero ¡si no estábamos votando! —Vivian se apoyó en la mesa para levantarse.

—Conmigo son tres —dijo James.

—¡Señora Ortega! —exclamaron Vivian y Maddie al mismo tiempo. Nisha seguía apuntando cosas en su libreta.

James le sonrió a Emily, y ella vio que la mayoría estaba a su favor. Tendría que haber estado exultante. Tendría que haber estado aplaudiendo feliz. No por presumir, sino porque lo había logrado. Se había unido a un grupo escolar y hecho algo más que sentarse al fondo soñando con leer y cazar libros. Pero ¿qué pasaba si un baile GameCon presidencial el Día de San Valentín era el baile más ridículo de la historia de los bailes escolares? ¿En qué lío se había metido?

La señora Ortega empezó a aplaudir.

—¡Maravilloso! Un GameCon presidencial. Habéis llegado a un acuerdo, ¿verdad?

—Claro —asintió Nisha en voz baja sin parar de garabatear.

Maddie se recostó en su asiento.

—Qué más da.

—Vale —dijo Vivian. Señaló a Nisha con su bolígrafo—. ¿Lo has apuntado todo?
—Nisha asintió con la cabeza y Vivian añadió—: Enhorabuena. Has sido nombrada secretaria del comité.

Tachó el nombre del tema original con una raya para escribir en su portapapeles mientras pronunciaba en voz alta: «Baile GameCon del Día de los Presidentes».

—Al menos no es un tema insípido y empalagoso. Vale. Ahora empieza el trabajo de verdad. Tendremos que anunciarlo: carteles, folletos, menciones en los anuncios matutinos.

Maddie levantó la mano.

—Yo haré los carteles. Me encanta pintar.

—Yo puedo ayudar —añadió Nisha en voz baja.

—Necesitaremos aperitivos...

—¡Comida! —Devin agitó una mano como loco—. ¡Nos encanta la comida!

Vivian suspiró y continuó:

—Adornos para el baile, gente que atienda la mesa de recepción, un DJ...

—Conocemos a un DJ —saltó Emily—. ¿Verdad? —le dijo a James—. ¿No mencionó Charlie que él es DJ?

—¿De verdad crees que querrá pinchar en un baile del colegio?

—Podemos pagar quinientos dólares —dijo Vivian.

James soltó un silbido.

—Entonces lo hago yo. Puedo montar una lista de reproducción.

Vivian levantó la vista al cielo y se dirigió a Emily:

—¿Puedes hablar con el tal Charlie?

Emily asintió.

—Claro.

El baile era como una peonza en movimiento, y ella había abierto la boca, por dos veces ya, para cambiar su trayectoria. Ya no había vuelta atrás.



Capítulo 18

El resto de la semana pasó en un suspiro entre el colegio, los intentos fallidos de encontrarle un sentido a las letras del código indescifrable y la tormenta de ideas para el baile del colegio. Cuando Emily quiso darse cuenta ya era domingo. Estaban en el cuarto de James, proyectando maneras de convertir el suelo del gimnasio en un tablero de juego para organizar algún tipo de juego presidencial, cuando de pronto Emily saltó:

—Voy a comprobarlo una vez más.

James lanzó un gemido.

—Acabas de comprobarlo hace una hora.

—Puede que alguien haya encontrado el libro en esta última hora —dijo Emily.

Agitó el ratón para despertar el ordenador de James.

El día anterior, mientras echaba una mano en la librería de Hollister, había comprobado varias veces la bolsa y descubierto que el ejemplar de *Tom Sawyer* seguía allí. Y allí permaneció todo el día.

Inició sesión en los Buscadores de Libros y abrió la cuenta de Matthew. El *Tom Sawyer* que habían escondido y publicado con su nombre de usuario no había cambiado de estado. El señor Quisling no picaba.

Se sentía muy frustrada. Era una sensación parecida a la de enfrentarse a un acertijo que debería ser fácil de resolver para ella, pero que aun así no podía comprender.

Por no decir que le resultaba desesperante estar preguntándose si el señor Quisling habría avanzado en la solución del código indescifrable. ¿Sabría lo que significaban las letras? ¿Sería posible, incluso, que lo hubiera resuelto ya? Aunque

era de imaginar que una cosa así saldría en las noticias. No ocurría todos los días que alguien hubiera descifrado un código legendario que estaba sin resolver. Pero el señor Quisling no parecía ser la clase de persona que querría resolverlo por lograr fama o notoriedad; querría demostrarse a sí mismo que podía hacerlo. La posibilidad de encontrar el oro seguramente también lo motivaba. Emily lo comprendía. Los motivos que los empujaban a los dos eran casi idénticos.

Como estaba tan inquieta por descubrir cualquier cosa, Emily buscó «Babbage», la identidad del señor Quisling en los Buscadores de Libros, para comprobar su actividad reciente. No había nada nuevo, aparte del libro que ella y James le habían visto «encontrar» hacía una semana en el parque de secuoyas. El usuario que había escondido el libro se llamaba Coolbrith.

Por curiosidad, Emily clicó en la cuenta de Coolbrith y le sorprendió descubrir que este solo había escondido cuatro libros. Cuando buscó los títulos de aquellos libros, se irguió sorprendida en su asiento.

—James, los únicos libros que Coolbrith ha escondido son ejemplares de *Tom Sawyer*.

—Eso suena muy raro —dijo James.

—Demasiada coincidencia —asintió Emily.

—Ferry Building. —James dio unos golpecitos en la pantalla, en una de las localizaciones de libros escondidos por Coolbrith—. ¿No dijiste que el libro que buscábamos el pasado octubre pero no llegamos a encontrar era *Tom Sawyer*?

A Emily se le puso la carne de gallina. Sabía que el señor Quisling había encontrado varias copias de *Tom Sawyer*, pero solo pensó en su profesor y en el libro. Creía que podía existir una relación con su trabajo en el código indescifrable. No se le había ocurrido pensar que una misma persona podía haber escondido todas las copias de *Tom Sawyer*. El caso era que, efectivamente, Coolbrith había escondido ejemplares de *Tom Sawyer* en el Ferry Building el pasado octubre, en Mission en noviembre, en Washington Square en diciembre y en la plaza de Mark Twain en enero. En todas las ocasiones, Babbage era el usuario que los había encontrado.

Emily tecléo los nombres de usuario de los dos en la barra de búsqueda de los Buscadores de Libros: «Babbage» y «Coolbrith». El primer resultado era un hilo enterrado en lo más profundo de los foros de usuarios titulado: «Misión para Babbage».

—¡Una misión! Tendría que habérmelo imaginado —exclamó Emily.

—¿Qué es una misión? —preguntó James.

—Es un juego dentro del juego. Los Buscadores de Libros a veces se retan a una misión, o pueden crear una misión abierta para que cualquiera pueda participar. Las misiones pueden ser cualquier cosa que se le ocurra a alguien: encontrar libros con títulos que comiencen por cada una de las letras del alfabeto, encontrar libros publicados en cada año de una década determinada... Bueno, esa clase de cosas. A veces hay un premio por ser el primero en completar una misión, pero normalmente

es solo cuestión de orgullo. O algo entre amigos.

El hilo del foro era un intercambio entre Coolbrith y Babbage, solo que los mensajes de Coolbrith estaban escritos con números en lugar de palabras.

James se dio una palmada en la frente y *Steve* se estremeció.

—¡Tendría que haberlo adivinado el día que estuvimos vigilando al señor Quisling!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Emily miró la pantalla, luego a James y otra vez la pantalla, desesperada por conocer la solución que se le había ocurrido a él.

—Dos personas que esconden un libro por turnos. ¡Se trata de un cifrado por libro!

—Claaaro —susurró Emily abriendo mucho los ojos.

En un cifrado por libro, el propio libro era la clave. Escogías entre sus páginas las palabras para componer el mensaje. Para codificar el mensaje, cada palabra se identificaba por el número de página, las líneas en vertical y las palabras en horizontal, de modo que cada tres números equivalían a una palabra.

—Cuando el señor Quisling hojeó el libro en el bosquecillo de secuoyas estaba descifrando el mensaje que le habían dejado —dijo Emily.

Echaron un vistazo al hilo de Babbage y Coolbrith en el foro.

BookScavenger.com > Foros > Misiones > Misión para Babbage

Nombre de la misión: «Por los viejos tiempos»

COOLBRITH ha desafiado a BABBAGE a una misión. Estas son las reglas establecidas por COOLBRITH:

- 1) Nada de ayuda exterior.
- 2) Encuentra el libro antes que nadie.
- 3) Descifra el mensaje.
- 4) Deja el libro donde lo encuentraste.
- 5) Sabrás que la misión ha terminado cuando recibas tu recompensa.

COOLBRITH

Nivel: Enciclopedia Brown

Fecha: 8 de octubre - 11.12 p. m.

Mensajes: 1

Vamos a revivir una aventura incompleta de nuestro pasado. Lo comprenderás mejor cuando hayas completado el primer desafío de mi misión:

www.bookscavenger.com/october/FerryBuilding_267

Tu mensaje por resolver:

(193, 3, 1) (33, 21, 5) (85, 17, 9) (173, 19, 6) (21, 18, 3)

BABBAGE

Nivel: Sherlock

Fecha: 9 de octubre - 8.23 a. m.

Mensajes: 74

¿Robbie?

COOLBRITH

Nivel: Enciclopedia Brown

Fecha: 5 de noviembre - 6.35 a. m.

Mensajes: 2

Felicidades por la primera ronda. Aquí va el segundo desafío:

www.bookscavenger.com/november/Mission_935

Tu mensaje por resolver:

(75, 2, 1) (1, 11, 6) (179, 1, 4) (165, 24, 5)

(1, 7, 3) (63, 18, 1) (178, 1, 7)

BABBAGE

Nivel: Sherlock

Fecha: 11 de noviembre - 4.23 p. m.

Mensajes: 75

Tú no eres Robbie, ¿verdad?

COOLBRITH

Nivel: Enciclopedia Brown

Fecha: 27 de diciembre - 5.15 a. m.

Mensajes: 3

Ha llegado el momento otra vez. Aquí hay una pista que te dirá quién soy:

www.bookscavenger.com/december/WashSquare_094

Tu mensaje por resolver:

(21, 9, 10) (209, 7, 6) (66, 27, 2) (43, 32, 8) (157, 2, 5)

(235, 6, 9)

BABBAGE

Nivel: Sherlock

Fecha: 28 de diciembre - 1.35 p. m.

Mensajes: 76

He perdido la tarjeta pero sé que eres tú, Miranda.

¿Quieres que quedemos para hablar de la nueva información que has encontrado?

COOLBRITH

Nivel: Enciclopedia Brown

Fecha: 5 de enero - 1.35 p. m.

Mensajes: 4

www.bookscavenger.com/january/MarkTwainPlaz_

Tu mensaje por resolver:

(64, 3, 1) (33, 21, 5) (85, 17, 9)

(173, 19, 6) (143, 12, 9) (89, 3, 10) (3, 17, 2)

—Llama «Miranda» a Coolbrith. —James señaló el mensaje de diciembre—. Me pregunto a qué se refiere cuando dice eso de «la nueva información».

El nombre le sonaba de la visita al Museo Marítimo.

—¿Miranda? ¿Igual que Miranda Oleanda, la chica que lo acompañaba en la excavación del *Niantic*?

Resultaba difícil olvidar un nombre así.

—¿Está cumpliendo una misión propuesta por alguien que conoce del instituto o de la universidad? —preguntó James.

—Ojalá tuviéramos aún el ejemplar de *Tom Sawyer* —dijo Emily—. Podríamos descifrar esto para descubrir qué se estaban diciendo.

—Bueno... ¿por qué no vamos a buscarlo? Es domingo: la librería de Hollister está abierta.



Emily y James entraron en la librería y se encontraron con Charlie en cuclillas, delante de una pequeña pila de libros sobre una mesa donde normalmente se colocaban camisetas de tema literario. Charlie sacó una foto con el móvil.

—Hola, Charlie —dijo Emily a su espalda.

Charlie se volvió hacia ellos.

—Te veo nervioso —observó James.

—Te veo animado.

Charlie volvió a encorvarse como siempre. Señaló con la cabeza la pequeña torre de libros.

—Es poesía de lomos de libros para el Instagram de la librería. Ordenas los títulos de los libros para formar un poema.

La pila de libros de Charlie decía:

Alguien voló sobre el nido del cuco

Pájaro a pájaro

Un lugar llamado nada

Amor en días de furia

—Muy interesante. —James adoptó la pose de quien contempla una obra de arte—. ¿Estás diciendo que los pájaros llevan a la nada? ¿Y además están furiosos? ¿Y si están furiosos es porque alguien echó a volar?

Emily le dio un codazo a James. A Charlie no parecía hacerle mucha gracia su comentario y ella acababa de recordar que tenían que pedirle un favor.

—Oye, Charlie, antes de que se me olvide. Tú dijiste que eras DJ, ¿no?

Charlie corrió los libros a un lado y a otro, dio un paso atrás, sacó una nueva foto.

—Sí —asintió.

—¿Quieres pinchar en el baile del colegio? Es dentro de un mes, el Día de San Valentín.

—No hago funciones infantiles —respondió, estudiando en la pantalla la foto que había sacado.

—Te pagaríamos quinientos dólares —añadió James.

Aquello ya le interesaba más a Charlie. Se sacó una tarjeta de visita del bolsillo trasero.

—Mándame un correo electrónico con la información. Veré lo que puedo hacer.

Al cabo de un rato, Emily y James estaban instalados en la mullida silla morada del rincón. Emily estaba sentada en el asiento y James se apoyó en el reposabrazos con un ejemplar de *Tom Sawyer* en la mano. Hollister tenía ejemplares de *Tom Sawyer*, de modo que estaban usando uno de ellos. Era más fácil que sacar el ejemplar que habían escondido entre el montón de bolsas de tela. Además, Emily era un poco supersticiosa y no quería sacar el libro escondido por si acaso el señor Quisling andaba buscándolo, después de todo.

—Vale —dijo Emily—. La primera palabra del mensaje de octubre está en la página ciento noventa y tres, tres filas en vertical y una palabra en horizontal.

James hojeó el libro.

—«Haz» —dijo.

Emily leyó los números buscando las dos palabras siguientes y James leyó en voz alta:

—«Haz fantasmas caos».

—Eso no tiene sentido. —Emily frunció el ceño al ver lo que tenía escrito en la libreta.

¿Se habría equivocado al copiar los números de la página web?

—Creo que las palabras no caen en el mismo sitio en esta versión de *Tom Sawyer* —reflexionó James—. Puede que Coolbrith haya escondido una edición diferente cada mes.

Al sacar el libro del estante de la tienda, se dieron cuenta de que la portada no era igual que en la edición que habían escondido, pero no pensaban que eso pudiera importar.

—Si lo piensas, tiene sentido —dijo Emily—. Si fuera siempre la misma edición, no habría que salir a buscar un libro nuevo para descifrar el siguiente mensaje. Parece que la edición que hemos escondido resuelve el código de enero.

James le dio unos golpecitos al ejemplar que tenía en el regazo.

—Puede que usaran este libro para otro mes diferente. Vamos a probar con algún otro mensaje.

Emily recitó los números de noviembre a continuación, pero las palabras correlativas también formaban un galimatías. Probaron con diciembre, para no dejar las cosas a medias, y esa vez tuvieron suerte:

Bolsa de flores lleva hasta mí.

Emily dio un respingo.

—¡Bolsa de flores! ¡La bolsa de donde robó la tarjeta el señor Quisling!

—Ya te dije que no estaba robando. Esta mujer le pidió que mirara allí.

—Entonces la tarjeta que se le cayó, con el mensaje cifrado, tiene que ser de ella —dijo Emily.

James se levantó del reposabrazos de la silla morada y comenzó a pasear por delante de Emily.

—A ver si lo entiendo. Coolbrith es una mujer llamada Miranda; creemos que Miranda Oleanda, que aparecía de joven en una foto con el señor Quisling, en la excavación del *Niantic* en San Francisco.

—Así es —asintió Emily—. Y la tarjeta que le dejó en la fiesta literaria decía algo de encontrarse cara a cara después de resolver el código indescifrable.

—No olvides las indicaciones del final... ¿No decía la nota algo de dejar la solución en el siguiente libro? Seguro que se refería al siguiente *Tom Sawyer*.

—Pero se le cayó la tarjeta con el acertijo y nosotros se la quitamos y...

—Y él publicó un mensaje en el hilo de la misión para quedar —terminó James el razonamiento de Emily.

Se levantó de un salto.

—Vamos a buscar otras ediciones para ver si logramos descifrar el resto de los mensajes.

Corrió al expositor de bolsas de tela para recuperar el ejemplar que habían escondido: esto era demasiado emocionante para preocuparse por una superstición. Mientras tanto, James sacó una edición diferente de *Tom Sawyer* de la estantería de la tienda.

—Usa tu libro primero para ver si podemos resolver los mensajes de octubre y noviembre —dijo Emily.

Lo revisaron a toda velocidad, recitando números y pasando páginas, pero no servía para descodificar el mensaje de octubre.

—Pasamos a noviembre —decidió Emily—. Página setenta y cinco, dos líneas en vertical, una palabra en horizontal.

—«Yo» —leyó James en voz alta.

—Página uno, once líneas en vertical, seis palabras en horizontal.

—«Tengo».

—Página ciento setenta y nueve, una línea en vertical, cuatro líneas en horizontal —dijo Emily.

—«Nueva». —James levantó la vista y se quedó mirando a Emily. Llevaban media frase y por ahora tenía sentido.

Asintió indicándole que continuara.

—Ciento sesenta y cinco, veinticuatro, cinco —dijo ella.

—«Información» —leyó James.

A Emily se le aceleró el pulso. «Yo tengo nueva información». ¿Sería esa nueva información sobre el código indescifrable?

Emily no paraba de mover las rodillas mientras recitaba los números de las dos últimas palabras del mensaje. Mientras James contaba las líneas en vertical, buscando la palabra final, leyó en voz alta lo que habían encontrado hasta entonces: «Yo tengo nueva información sobre el...».

—«Mapa» —dijo James.



Capítulo 19

—¿Mapa? —Emily le arrancó el libro de las manos a James para verlo con sus propios ojos.

—Ahí. —Señaló la palabra «mapa».

Emily volvió a comprobar los números que aparecían en su libreta y contó otra vez las líneas y las palabras en horizontal. James no se equivocaba.

—¿Sabes lo que significa esto? —preguntó.

Cuando levantó la vista, James estaba sonriendo de oreja a oreja.

—¡Existe un mapa para el código indescifrable!

La idea le causaba a Emily desesperación y esperanza a la vez. Desesperación porque para saber que existía un mapa el señor Quisling o su amiga tenían que haber descifrado ya el código, pero esperanza porque... ¡Bueno, porque existía un mapa!

—Vamos a ver lo que dice el mensaje más reciente. —Esperaba que les explicara cómo encontrar el mapa.

James cogió la edición de *Tom Sawyer* que habían encontrado en el parque de secuoyas y fue recitando los números del mensaje de enero. James iba leyendo las palabras en voz alta a medida que las encontraba: «He... cambiado... de... idea... Te... quedas... solo».

Emily y James se quedaron inmóviles un instante, asimilando aquellas palabras. Luego Emily repitió:

—¿«He cambiado de idea»?

—¿Acaban... acaban de dejar plantado a nuestro profesor? —preguntó James.

—Plantado en clave —añadió Emily.

—A través de una misión de los Buscadores de Libros —apuntó James—. Qué

mal.

Curiosamente, Emily lo sentía por su profesor. La había avergonzado en clase en su primer día en el Booker, cuando la pilló pasando una nota. Desde luego, sabía ser estricto, pero al menos era universalmente estricto. Trataba igual a todos sus alumnos y eso resultaba admirable, aunque no fuera una persona cercana y alegre. Resultaba entrañable que se hubiera dedicado a intercambiar mensajes en clave con una antigua novia a través de un juego de caza de libros.

Se oyó un estruendo procedente de la parte delantera de la tienda. Hollister soltó un aullido. Emily y James salieron corriendo por los pasillos y se encontraron al dueño de la librería sujetando un carro lleno de cajas de cartón. La caja de arriba se había caído y todos los libros de tapa dura que contenía se habían desparramado.

—¿Estás bien, Hollister? —le preguntó Emily.

—Bien, estoy bien —dijo él. Negó con la cabeza y le dio la vuelta a la plataforma para poder recoger los libros que se le habían caído. Emily y James se agacharon para ayudarlo.

—Creo que estoy un poco torpe —comentó Hollister—. Os juro que alguien ha movido esta mesa unos centímetros. He chocado con las cajas.

Charlie estaba apuntando algo en el mostrador principal. Emily pensó que había sido él quien había movido la mesa hacía un rato, mientras tomaba las fotos, así que se preguntó si diría algo, o se disculparía, pero no lo hizo. A lo mejor no había oído el comentario de Hollister. Pero al notar que ella llevaba rato mirándolo fijamente, o a lo mejor empujado por la culpa, Charlie levantó la vista.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—No, estoy bien —respondió Hollister.

La caja de cartón que se había caído contenía ejemplares de un mismo libro. Se veía una ilustración con la línea del horizonte de San Francisco en la portada. Emily cogió uno y fue pasando las páginas.

—Es un libro alucinante —dijo.

—¿Verdad que sí? Es completamente nuevo; acabamos de recibirlo. Es sobre los cambios en el paisaje de San Francisco con el paso del tiempo, pero el libro en sí es una auténtica obra de arte. Adelante, échale un vistazo. Yo recogeré todo este desastre.

Emily y James se llevaron el libro al mostrador principal para dejarle espacio a Hollister. Abrieron el libro por la primera página, que tenía una ilustración donde se veía un San Francisco irreconocible, con las colinas libres de construcciones y tan solo unos cuantos edificios bajos cerca del agua.

—Mira, ese brazo de mar seguramente es Yerba Buena Cove —dijo Emily, pensando en su conversación con la guía del Museo Marítimo. A medida que pasaban las páginas del libro, unos recortes detallados se iban superponiendo sobre la página anterior, de manera que la ciudad se iba desarrollando y crecía delante de sus propios ojos.

—Me recuerda a una rejilla criptográfica —dijo James—. Aunque jamás se me habría ocurrido usarla con ilustraciones.

—¿Qué es una rejilla criptográfica? —preguntó Hollister mientras volvía a guardar los libros desparramados en la caja de cartón.

—Es una forma de ocultar un mensaje. Siempre he pensado que se aplicaba a palabras en un párrafo, pero supongo que también puede usarse en un dibujo. Con las palabras, lo que se hace es coger un mensaje secreto como por ejemplo «ataque a medianoche» y escribir una frase que suene aburrida pero contenga esas palabras. Algo como «Gary, el gallo de ataque, ya empezaba otra vez, practicando sus tácticas de ninja a medianoche». La persona que debe descodificar el mensaje tiene una rejilla, que es una especie de cartón con agujeros. Cuando colocas la rejilla encima del papel con la historia de Gary el gallo, todo queda tapado menos el mensaje «ataque a medianoche».

—Fascinante —dijo Hollister—. Qué manera más interesante de esconder algo a plena vista.

Antes de dirigirse a casa, Emily y James volvieron a guardar los ejemplares de *Tom Sawyer*, entre ellos el de los Buscadores de Libros, que escondieron de nuevo. Aunque el señor Quisling no se pusiera a buscarlo, a lo mejor lo hacía otro buscador de libros.

Al volver andando a casa, Emily se sentía un poco desanimada porque era muy probable que su profesor les llevara ventaja en la resolución del código indescifrable, hasta que se dio cuenta de que Coolbrith había publicado el mensaje cortando con él después de que el señor Quisling le pidiera quedar. Eso significaba que seguramente no habían hablado del mapa, y que seguramente el señor Quisling sabía lo mismo que Emily y James: tan solo que existía un mapa.

Aquella idea la hizo sentirse más ligera. También le hizo comprender que si quería sacarle información del mapa a alguien, tenía que dirigirse a Coolbrith y no al señor Quisling.



—¿Debería preocuparme lo que estás haciendo? —le preguntó James—. Siento que debería hacerlo.

Habían vuelto a la habitación de James. Él estaba tirado en el suelo con un rollo de papel continuo y tijeras, probando algunas creaciones con rejillas criptográficas, mientras Emily se había sentado frente al ordenador.

—No, no debería preocuparte —respondió ella.

Coolbrith no tenía activado el servicio de mensajes privados en los Buscadores de Libros, así que Emily hizo una búsqueda en internet esperando encontrar algo con aquel nombre tan raro de Miranda Oleanda. Y tuvo suerte, porque allí, en medio de una lista de resultados que se referían sobre todo a la adelfa, una flor que se llama

«oleander» en inglés, había un perfil en un foro de manualidades. La mujer de la foto podía ser una versión mayor de la chica que aparecía en actitud cariñosa con el señor Quisling hacía tantos años en la excavación del *Niantic* y, además, en el perfil había una dirección de correo electrónico.

Emily tecleó rápidamente un mensaje:

Querida señorita Oleanda:

Somos alumnos del señor Quisling. Jugamos a los Buscadores de Libros con él y nos ha dicho que a usted también le gusta. Hace poco nos habló del código indescifrable y nos contó que usted trabaja en el código con él. Una vez nos enseñó el mapa, y hemos pensado que sería estupendo copiarlo y enmarcarlo para regalárselo, como sorpresa. Pero no sabemos dónde encontrarlo. ¿Nos lo podría decir? Recuerde, se trata de una sorpresa.

Gracias,

Los alumnos del señor Quisling

—¡No puedes enviar eso! —exclamó James.

Había dejado sus recortes de papel y tijeras en el suelo para ver qué se traía Emily entre manos.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque... porque... ¿estás de broma? Primero, no conocemos a esa mujer. Segundo, ¿qué pasa si habla con el señor Quisling?

—Por eso es un anónimo. Mi correo electrónico lleva un nombre genérico. No sabrá que soy yo. Lo único que puede contar es que tiene alumnos que lo aprecian tanto que quieren hacerle un regalo. No suena tan horrible.

—Y sabrá que quienquiera que haya enviado este correo electrónico miente, porque él nunca nos ha hablado del código indescifrable. Sabrá que hay alguien más intentando resolverlo.

—Técnicamente, sí que nos lo dijo cuando dejó caer aquella nota en la fiesta de Hollister. Y cualquiera puede consultar el código indescifrable en la biblioteca. Tampoco es que sea alto secreto. De todas formas, seguro que ni siquiera contesta. Lo peor que puede pasar es que no nos conteste, pero a lo mejor conseguimos la pista que necesitamos.

Emily pulsó la tecla de Enviar. James se tapó la cara con las manos.

—¡No me puedo creer lo que acabas de hacer!

Abrió los dedos para mirar.

Emily soltó una risita. El descubrimiento de la existencia de un mapa la había transformado en una especie de globo gigante y sonriente. ¿Alguien se imagina ser la persona que consigue demostrar que lo que parecía imposible en realidad es posible?



Capítulo 20

Al día siguiente, el señor Quisling estaba de pie en su clase en penumbra, iluminada solo por el proyector, mientras describía unas diapositivas sobre la antigua Grecia. Emily dibujó una palmera en el margen de su cuaderno. Levantaba la vista de vez en cuando y tomaba algún apunte. A su lado, James usaba un lápiz afilado para agujerear una hoja y fabricarse una rejilla criptográfica. Abrió un último agujero en el papel y lo colocó encima de su cuaderno. Sonrió al ver el resultado y levantó el cuaderno para enseñárselo a Emily.



Emily sonrió y después rápidamente volvió a atender al señor Quisling para que no se diera cuenta de que no habían estado prestando atención a su explicación sobre el rey Minos. Apuntó un par de cosas que después comentó. Luego, mientras su voz seguía sonando, dibujó unas letras rotuladas en la parte de arriba de su hoja: «Cambio de idea».

Rellenó cada letra con líneas diagonales y pensó en la semana anterior, cuando el

señor Quisling parecía tan preocupado resolviendo el código indescifrable en clase y después lo siguieron hasta el parque de secuoyas. Ahora comprendía que habían visto a su profesor descifrar el mensaje de ruptura. Seguro que el señor Quisling tenía el corazón partido.

Este empezó a borrar la pizarra blanca y se le escapó el borrador de la mano y le rebotó en el pecho. El señor Quisling lo recogió del suelo y siguió hablando mientras se sacudía con las manos las marcas de tinta azul. Era la camisa nueva que James le elogió la semana anterior, el día en que lo habían seguido. Seguramente se la puso aquel día con la esperanza de ver a Miranda.

Emily suspiró. Por increíble que pareciera, sintió pena por el señor Quisling.



Emily y James estaban en la habitación de ella, encorvados sobre el calco del código indescifrable. Así habían pasado casi todo su tiempo libre aquella semana, mirando fijamente aquella hoja, como si a través del poder de su mirada pudieran lograr que las letras les revelaran todos sus secretos y contarles de una vez dónde estaba el maldito mapa.

—Podemos preguntárselo al señor Quisling —dijo James.

—Eso ya lo has dicho antes, pero ahora la situación es todavía peor —replicó Emily—. «Oiga, señor Quisling, no solo hemos descifrado su mensaje secreto de la fiesta literaria, sino que además lo estuvimos siguiendo y descodificamos los mensajes que intercambió con su exnovia, así que ahora sabemos lo del código indescifrable y que existe un mapa en alguna parte. Por cierto..., ¿podría hablarnos un poco más del mapa?».

—No olvides mencionar que además le has escrito un correo electrónico a su exnovia —dijo James—. Seguro que eso termina de convencerlo y nos ayuda.

Emily se revolvió incómoda.

—Ah, sí. Hice eso, ¿verdad?

Habían pasado varios días desde que enviara el correo electrónico y aún no había recibido respuesta.

—Vale, vamos a pensar como buscadores de oro. —James se levantó y se estiró, sacudió las manos, luego los brazos y las piernas, como preparándose para una carrera.

—Soy un minero viejo y canoso y tengo oro escondido. Quiero asegurarme de que puedo volver a encontrarlo, así que apunto unas instrucciones con una clave secreta y dibujo un mapa. ¿Dónde guardo el mapa?

—Me parece raro eso de tener que seguirle la pista a dos cosas diferentes —dijo Emily—. Porque... ¿qué pasa si se pierde el mapa? ¿O el mensaje? ¿Por qué no intentar limitarse a un solo pedazo de papel?

—Es más seguro si duplicas las cosas —señaló James—. Cuando se necesita

tanto el mapa como el cifrado para descubrir dónde se oculta el oro, entonces es más difícil que otra persona lo resuelva. Piénsalo de esa manera.

James pasó a una página en blanco de la libreta de Emily y escribió la siguiente clave:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M	N

N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z	A

—Aquí tienes un simple cifrado de sustitución, ¿verdad? —James anotó una serie de letras y le devolvió la libreta a Emily—. Ahora resuelve este mensaje.

HBUP DPFUFWFÑ WPMBÑEP

Emily no tardó más que un par de minutos:

—Gato cohete ven volando —dijo.

—¡Bien! Pero ¿qué pasa si combinas ese cifrado de sustitución con un cifrado Rail Fence?

En un cifrado Rail Fence, se escriben las letras del mensaje arriba y abajo en zigzag, así que James usó el mensaje ya codificado y escribió en la página de la libreta:

HUDI UWÑPBE
BPPFFFWMÑP

Después agrupó las letras en conjuntos de cinco, el paso final en un cifrado de sustitución:

HUDIU WÑPBE BPPFF FWMÑP

—Al duplicar la táctica de seguridad resulta más difícil de resolver —dijo James—. Aunque alguien descubriera el cifrado de sustitución, lo que obtendrían es «GTCHT VNOAD AOEEE EVLNO», y seguramente no se darían cuenta de que

habían descifrado correctamente las letras porque están desordenadas.

—Sé que tienes razón, pero si yo estuviera intentando recordar dónde he dejado algo valioso, no me gustaría tener que seguir la pista a dos objetos necesarios para encontrarlo. ¿Qué pasaría si perdiera uno de ellos?

Emily analizó el calco de la biblioteca, le dio la vuelta a la hoja para ver los garabatos que habían copiado y después volvió a las letras. Alisó el papel y se dio cuenta de que los garabatos (cuatro círculos y algunas líneas torcidas) se transparentaban un poco por el otro lado. Le estuvo dando vueltas a la hoja una y otra vez.

Los dibujos eran como los que hacía en clase sin pensar, o como los que hacía su madre cuando hablaba por teléfono. Pero ¿qué pasaba si no eran tan inocentes como parecían?

Emily dobló el papel por la mitad.

—Tú no te rindes, ¿verdad? —preguntó James.

—No, no. Estoy experimentando. —Levantó la página al trasluz.

Los garabatos y las letras se superponían. La mayoría eran una confusión de líneas y curvas, a excepción de un círculo donde había una marca que caía justo en el centro.

—Fíjate en esto —dijo Emily.

Abrió el papel y analizó toda la cuadrícula de letras. De todas ellas, solo una quedaba en un círculo. Volvió a doblar el papel, apretando el doblez con una mano para que quedara plano y liso. No era una casualidad: solo una letra marcaba el centro de un círculo.

—Esa letra marca el lugar —aseveró Emily—. El código indescifrable es el propio mapa.

—Puede que tengas razón —admitió James, acercándose al papel—. Sigue siendo duplicar la seguridad, pero el minero no habría tenido que preocuparse por seguir la pista de dos papeles, como decías tú. Entonces, ¿qué representa el círculo?

—Puede que se descubra al descodificar el mensaje —sugirió Emily.

—O... —James alejó el papel y colocó el dibujo de lado—. ¿Qué pasa si los garabatos representan el agua? ¿Y si es el agua de la bahía de San Francisco? ¿Y si los círculos son islas? Estos tres están agrupados como la isla de los Ángeles, Alcatraz y la isla Treasure. Y la marca cae en...

—La isla Treasure —dijo Emily—. ¡Puede que el tesoro de verdad esté allí! ¿Tú has ido alguna vez?

James negó con la cabeza.

—Todavía no. Pero creo que tendremos que salir de excursión.



Capítulo 21

Emily creía que a la isla Treasure se llegaba en ferry, pero resultó que, aunque era una isla, había que ir en coche. Para eso necesitaban adultos, y la madre y la abuela de James estaban preparando una comida para un evento importante. En cambio, los padres de Emily siempre estaban deseando explorar sitios nuevos. Cuando ella les propuso dar un paseo en bici por la isla Treasure, accedieron enseguida. El único problema era que sus padres se negaban a conducir en plena hora punta, y si iban después de clase, esa era la única opción. De modo que no fue hasta el sábado cuando los Crane y James se apelotonaron dentro de *Sal*, que así se llamaba la vieja furgoneta de los Crane.

Cruzaron hasta la mitad de Bay Bridge, donde tomaron la salida hacia el túnel que atravesaba la abrupta y escarpada superficie del centro de la bahía. La furgoneta salió del túnel como una bola de chicle dispensada por una máquina. La carretera era una pendiente que rodeaba la isla cubierta de vegetación para luego seguir recto y volverse completamente plana a lo largo de una costa salpicada de palmeras.

Mientras contemplaba la carretera asfaltada y las aceras, el Club Náutico de la isla Treasure y un viejo edificio con forma de herradura, Emily comprendió que aquello podía ser una misión imposible. ¿Y si el oro se encontraba en la isla pero se había edificado sobre el lugar donde estaba enterrado? No lo encontrarían jamás.

En fin, allí estaban. Se dijo para sus adentros que tampoco estaba de más echar un vistazo al sitio. Emily había aprendido, tanto al resolver acertijos como en la caza de libros, que siempre era bueno mantener la mente abierta a todas las posibilidades y no parar nunca de observar. La clave para resolver un problema difícil podía encontrarse en los lugares más insospechados.

Aparcaron junto a una pequeña marina, delante del edificio con forma de herradura. Ahora que lo tenían cerca, se notaba que había conocido tiempos mejores. El aparcamiento estaba casi vacío. Emily no estaba acostumbrada a visitar ningún lugar tan desierto en San Francisco. Rodearon el edificio buscando la tienda de alquiler de bicicletas que estaba en la parte de atrás. Se oía un martillo neumático que rompía la calma. Emily vio a lo lejos un solar en construcción. Aquello le causó una nueva preocupación: el riesgo de que unos obreros pudieran encontrar el oro, de la misma manera que se había vuelto a descubrir el *Niantic*.

—¿Tienes el cupón? —preguntó el padre de Emily.

Su madre empezó a hurgar en el bolso y sacó una hoja que había descargado de una página de internet.

—¡Dos por uno en alquiler de bicicletas! —Agitó el papel y añadió—: Nosotros te invitamos, James. Tú no te preocupes.

A Emily se le encogió el estómago porque acababa de comprender que aquella salida de nuevo les costaba dinero a sus padres. Aunque ellos no parecían preocupados, sabía que seguramente en el fondo lo estaban. Se puso derecha y se arregló la coleta. Si eso la ayudaba a quedarse en San Francisco, entonces aún tenía más motivos para encontrar el tesoro.

Cuando los Crane y James estuvieron equipados con sus bicicletas y cascos, pedalearon hasta la calzada que corría paralela al agua. Desde allí, las vistas de la línea del horizonte de San Francisco superaban a todas las postales que había visto Emily. Pero la isla en sí le pareció... una ruina. Quizá había relacionado demasiado el nombre de la isla Treasure con el libro *La isla del tesoro*, por lo que había imaginado algo más exuberante y tropical. Desde luego no esperaba encontrarse con aquellos edificios tapiados con tablones ni aquellas dársenas oxidadas que veían al pasar.

Sus padres aflojaron la marcha hasta detenerse y se quedaron montados en las bicis, contemplando el agua y la ciudad. Su madre sacó la cámara del bolso que llevaba al hombro y empezó a sacar fotos. La calzada estaba separada del agua por un borde de rocas. Un poco más allá del pie de su hermano, Emily vio una roca del tamaño de una sandía con la frase «Me han robado» escrita con aerosol azul.

—Esto no es como me lo había imaginado —dijo Emily mientras se ajustaba la cinta del casco a la barbilla.

—Con estas vistas, la isla Treasure debería ser un sitio perfecto para vivir, ¿no os parece? —preguntó su madre, que giraba el objetivo de la cámara de fotos para enfocar con más precisión.

—He leído que hasta hace poco era propiedad de la Armada —dijo el padre de Emily.

—No me digas —respondió su madre. Clic. Clic—. ¿Por eso se construyó la isla? ¿Para la Armada?

Emily miró a su madre con los ojos entornados. No sabía si había oído bien.

—¿Cómo que «se construyó»?

Su madre bajó la cámara.

—No es natural. ¿No te das cuenta? ¿Ves lo plano que es todo?

—Pero no se puede construir una isla así como así, ¿verdad? —Emily se puso a rastrear la tierra en un gesto absurdo, como buscando las uniones y las tuercas de una isla montada por piezas.

La madre de Emily enfocó hacia ella y sacó una foto del paisaje que tenía detrás.

—Esa parte es natural —dijo.

—La parte por donde entramos con el coche, desde el puente, es una isla aparte —añadió el señor Crane—. Se llama Yerba Buena.

De pronto a Emily le parecía evidente. La primera parte de la isla era un montículo irregular cubierto de vegetación. Se veía salvaje y rocoso, mientras que esta mitad era, sobre todo, cemento pelado.

—¿Tú no lo sabías? —le preguntó Emily a James.

Él se encogió de hombros.

—Yo no soy la Wiki de San Francisco.

Los enormes edificios del centro de San Francisco se veían desafiantes al otro lado de la bahía. Se alzaban donde una vez hubo agua. No tendría por qué haberla sorprendido tanto saber que se podía crear una isla entera.

—¿Cuándo se construyó? —preguntó Emily, con la horrible sensación de que esa idea de que el tesoro del código indescifrable pudiera estar enterrado allí era muy descabellada.

—A finales de la década de los treinta del siglo pasado se celebró una Exposición Internacional —dijo el padre de Emily—. Creo recordar que se construyó para la ocasión.

Los treinta del siglo pasado. Mucho después de la fiebre del oro, mucho después de la época en que Mark Twain vivió en San Francisco y mucho después de los tiempos en que había vivido el Tom Sawyer auténtico. Aquí no podía estar enterrado el oro.

Continuaron su paseo por la isla, entre almacenes que parecían abandonados y edificios de apartamentos con alguna señal de vida, como ropa tendida en los balcones y macetas con plantas que no estaban muertas. Pasaron con la bici por delante de un campo de béisbol vacío, que a Emily le pareció especialmente solitario en aquella mañana de sábado. En Colorado habían vivido junto a unos campos de béisbol y los fines de semana siempre eran un frenesí de ruido y tráfico de padres yendo y viniendo. En el camino de vuelta a la tienda de bicis pasaron por el solar en construcción, donde unas pancartas anunciaban que aquella isla iba a vivir una gran transformación.

Cuanto más pedaleaban, más tonta se sentía Emily por haber creído que allí podía haber un tesoro escondido. Como si el código indescifrable pudiera conducir a una isla que precisamente se llamaba Treasure y nadie hubiera sido capaz de adivinarlo en más de ciento sesenta años. Era como creer que iba a encontrar una X gigante de

color negro pintada en el suelo, marcando el lugar exacto donde estaba escondido.



Capítulo 22

Emily, James y Matthew tuvieron la segunda reunión del comité asesor de los Buscadores de Libros el martes siguiente a la excursión por la isla Treasure. Jack abrió las puertas de la oficina del señor Griswold como la ocasión anterior, pero ahora ya no los sorprendió que los perros salieran corriendo. Una vez más, *Claus* saludó con ladridos de entusiasmo, luego saltó sobre su cojín y se puso a desfilar llevándolo en la boca. *Angel* se tumbó boca arriba y dejó que Matthew le rascara la barriga para después salir trotando hacia su cesta y enroscarse allí con un suspiro de satisfacción.

—¡Hola! —El señor Griswold sonrió y se levantó dejando los papeles que había estado leyendo sobre la mesa. Aún no llevaba la ropa tan vistosa que Emily estaba acostumbrada a imaginar en él, pero al menos esta vez llevaba un jersey burdeos con los pantalones de vestir, cosa que parecía indicar una vuelta paulatina al viejo señor Griswold. Aquello le dio suficiente esperanza para presentarle su plan.

—Señor Griswold —dijo—. ¡Mire lo que hemos encontrado en internet!

Le tendió las páginas con su vieja entrevista. La mano del señor Griswold tembló de manera casi imperceptible al coger la hoja. Emily no sabía muy bien si era el esfuerzo físico de mantener quieto el papel o que le disgustaba ver aquella antigua entrevista.

—Qué pinta más enrollada tenía en aquel entonces, señor Griswold —dijo James.

El aludido soltó una risa sofocada y Emily se relajó un poco. Al menos no parecía enfadado.

—¿Puedo verlo? —preguntó Matthew. Después de mirar la foto exclamó—: ¡Tío! ¡Si tiene el pelo rizado! ¿Es una permanente?

—Eso fue hace mucho tiempo —dijo el señor Griswold en voz baja.

Dejó que Matthew empezara a leer la entrevista y se sentó en el sofá.

—Me gusta la parte donde dice que podemos controlar el tipo de viaje en el que nos hemos embarcado —dijo Emily.

—¿Esta parte? —preguntó Matthew, y leyó un fragmento en voz alta—: «Tus acciones y reacciones determinan el tipo de viaje en el que te has embarcado. ¿Será mágico? ¿Dichoso? ¿Terrible? ¿Vas a ser una víctima o vas a ser un héroe?».

—Sí, esa parte —asintió Emily—. Me hizo ver que soy la protagonista de mi propia historia.

—No solo la protagonista —saltó James—. Sino la protagonista y además también la autora.

—Exacto —afirmó Emily—. Cada día escribimos nuestras propias historias con lo que hacemos y decimos. Y si me encuentro en un capítulo en el que suceden cosas malas, soy yo misma quien tiene que decidir la clase de historia que voy a vivir.

—Me alegro mucho de que mis palabras tuvieran ese efecto en vosotros —dijo el señor Griswold—. Es importante tener esperanzas cuando uno es joven.

A Emily le entraron ganas de responder: «También es importante tener esperanzas cuando uno es mayor», pero le pareció que podía sonar grosero. En lugar de eso, dijo:

—Siempre es importante tener esperanzas.

—Sí, lo es —terció Jack. Se había puesto a leer la entrevista por encima del hombro de Matthew—. ¿Sabéis que sois tres chicos muy listos? No me extraña que se os den tan bien los acertijos y la caza de tesoros.

Emily no sabía muy bien cómo había creído que reaccionaría el señor Griswold al volver a ver aquella antigua entrevista. Sabía que no iba a ponerse a dar saltos de alegría y gritar: «¡Gracias por enseñarme esto!», para después entrar corriendo en su habitación secreta, detrás de la estantería, y salir vestido con un traje y chistera de rayas, con los colores de Bayside Press y con un bastón a juego. Pero pensó que al menos vería encenderse una pequeña llama.

Se atrevió a seguir con la segunda parte de su plan. Como el señor Griswold había intentado revivir el interés por resolver el código indescifrable unas décadas atrás, desde luego lo emocionaría enterarse de lo que habían descubierto en el mapa (que existía una marca justamente en uno de los círculos al doblar el papel).

—La otra cosa que queríamos contarle tiene que ver con el código indescifrable —dijo—. El otro día James estaba enredando con unas rejillas criptográficas...

Y ya no pudo seguir hablando porque de pronto el señor Griswold miró el reloj.

—Ay, madre —exclamó, al tiempo que se levantaba del sofá—. No me había fijado en la hora. Tengo una cita con el veterinario de los perros.

—Ah..., ¿sí? —dijo James.

Los tres chicos se miraron desconcertados. Hasta Jack parecía un poco extrañado.

—Vaya —dijo este—. No me di cuenta de que hoy había un conflicto de horarios con este asunto.

—Antes de que se marche, ¿podríamos contarle...?

El señor Griswold miró por encima de Emily, como si no la hubiera oído.

—¡*Claus, Angel*, a pasear!

Al son de la palabra «pasear», la oficina del señor Griswold estalló en lloriqueos, gemidos y bailoteo de patas de perro. A Emily casi le pareció que al señor Griswold lo aturdiría escuchar las palabras «código indescifrable» y que intentaba cambiar de tema. El editor enganchó las correas a los collares, las cadenas tintineando al chocar entre sí. Por encima del jaleo, le gritó a Jack:

—Te agradezco que te hagas cargo de esta reunión. El otro día hablamos de convertirnos en administradores, chicos, así que Jack os dará unas pautas.

El señor Griswold se despidió apresuradamente, agitando una mano, y los perros salieron por la puerta. El clac-clac-clac de la canica en el artefacto con forma de laberinto parecía sonar más fuerte que nunca después de que el señor Griswold y los perros se marcharan.

Emily frunció el ceño. Había creído que el señor Griswold volvería a la normalidad cuando ella le recordara sus propias palabras. Pero ahora Emily empezaba a pensar que no era que hubiera olvidado su antigua forma de ser. A lo mejor el problema era que la recordaba demasiado bien y no podía soportar la idea de enfrentarse a su viejo yo.



Capítulo 23

Las taquillas daban portazos a su paso, creando una percusión irregular mientras Emily y James se dirigían a la siguiente reunión del comité de baile. Ella se sentía un poco desanimada, con el descubrimiento de que la isla Treasure era una pista falsa en la resolución del código indescifrable y el fracaso de su plan para animar al señor Griswold. Esperaba que la organización del baile le sirviera como distracción.

James tiró de la puerta del aula de Ciencias. La señora Ortega paseaba por la habitación con las manos apoyadas en las lumbares, la barriga de embarazada por delante. Los únicos miembros del comité que faltaban por llegar eran los gemelos.

—¿Qué tal, Vivian? —la saludó Emily, que se sentó a su lado—. ¿Recibiste la información de lo del DJ?

—Sí. —Vivian no levantó la vista de sus tareas—. Ha dado su confirmación para el baile.

James sacudió la cabeza desconcertado.

—Yo estaba convencido de que Charlie diría que no. Supongo que necesita el dinero.

Al otro lado de la mesa, Nisha y Maddie estaban jugando a puntos y cajas, un juego que Nisha también le había enseñado a James en la clase de química. Se hace una cuadrícula de puntos, de cuatro por cuatro, y por turnos se va dibujando una línea de unión entre dos puntos. Quienquiera que dibuje la línea que cierra cuatro puntos para formar una caja, apunta su inicial en la caja y le toca otra vez. Al final del juego, gana quien tenga más cajas.

Vivian miró el reloj de la clase y se levantó de su sitio de un salto.

—Hay que empezar.

Emily se preguntó si Kevin y Devin habían decidido dejar el comité, cosa que tampoco la habría sorprendido. Sabía que solo se habían apuntado a la primera reunión porque se lo había pedido James. De hecho, ni siquiera la habría sorprendido que James se hubiera borrado.

La puerta de la clase de Ciencias se abrió de un empujón, y cuando Emily se dio la vuelta vio entrar a Kevin y Devin acarreando una gran caja de cartón.

—¡Mirad lo que hemos traído!

Volcaron el contenido de la caja en una de las mesas del laboratorio y salieron rodando docenas de pelucas blancas, diminutas monturas redondas de metal y sombreros de copa.

—¡Disfraces para los equipos! —exclamó Devin.

—¿Qué equipos? ¿Qué disfraces? —preguntó Vivian.

Frunció el ceño al ver el surtido de cosas desparramadas delante de ella.

—Para los juegos presidenciales —explicó Kevin—. Hemos diseñado unos disfraces para formar tres equipos de presidentes. Parte del desafío puede consistir en ponerse el disfraz lo más rápido que se pueda. Después, todos compiten en algún tipo de juego.

James se enganchó las gomas de una barba larga y negra a las orejas. Emily cogió un delantal. Le parecía increíble que los gemelos estuvieran tan entusiasmados con aquella idea enloquecida que se le había ocurrido para el baile. Vivian empezó a revolver entre las cosas, como todos los demás, mientras Emily intentaba averiguar si su manera de alisarse la peluca blanca y despeinada y levantar una corbata cautelosamente, era positivo o negativo.

—¿De donde habéis sacado todas estas cosas? —les preguntó.

—Nuestra madre trabaja de voluntaria en un banco de disfraces. Es parte de una organización benéfica. Cuando hayamos acabado, tendremos que devolver algunas de estas cosas, pero el resto las va a donar a la clase.

Devin le entregó a James un traje de chaqueta negro y luego este se puso un sombrero de copa por encima de *Steve*. El sombrero se hundió tapándole los ojos, de modo que su cara era todo sombrero/nariz/barba larga.

—¡Equipo Abraham Lincoln! —declaró Devin.

—Esta chaqueta me viene gigante. —James, con los ojos aún tapados por el sombrero, levantó los brazos de manera que las mangas se le subieron hasta los codos.

—Así queda más divertido —dijo Kevin. Se vistió con una chaqueta azul, peluca blanca y delantal—. Equipo George Washington —explicó.

—O Thomas Jefferson —añadió Devin—. Es básicamente el mismo *look*.

—Nos quedamos con Washington —dijo Vivian, señalando a Nisha—. Apúntalo.

Vivian recogió las cosas que quedaban y se las puso: un bigote, gafas de montura metálica con un cordón colgando por un lado y una corbata.

—¿Quién se supone que soy?

—Teddy Roosevelt —contestaron Kevin y Devin al unísono.

La señora Ortega lanzó un gruñido desde la otra punta de la habitación.

—¿Qué tiene de malo el presidente Roosevelt? —preguntó Kevin.

La señora Ortega sacudió la cabeza, los labios apretados formando una delgada línea.

—Los disfraces, no. El bebé. —Se sentó a una mesa, pero no duró mucho y enseguida volvió a levantarse para pasear. Agitó una mano—. Seguid. Yo estoy bien.

Se quedaron mirando a su profesora, dudando. Entonces Vivian se dirigió a Kevin y Devin:

—¿De modo que tenéis suficientes disfraces para dividir a todos los asistentes al baile en tres equipos?

—Sí, claro, entre pelucas y barbas y sombreros y gafas. Mi madre puede prestarnos unas chaquetas y corbatas, pero a lo mejor necesitamos que alguien nos preste más.

—Creo que eso será fácil de conseguir —dijo Vivian, indicando a Nisha con una seña que anotara eso también—. Muy bien. Así que tenemos tres equipos presidenciales. La idea fue tuya, Emily. ¿Qué se supone exactamente que hay que hacer durante el juego?

Nisha esperaba, con el bolígrafo preparado para apuntar todo lo que dijera. Maddie ladeó la cabeza y esbozó una sonrisita, como si pudiera oler la inseguridad de Emily. James se apartó la chistera de los ojos y asintió, animándola. Los únicos que no parecían muy interesados eran Devin y Kevin, que jugaban a la patata caliente con una peluca de George Washington.

—Bueno —dijo Emily—, si hay tres equipos podríamos... —Del techo de la clase colgaban maquetas de átomos hechas con unos *hula-hula* y un racimo de globos en el centro—. Podríamos patear globos.

Nisha lo apuntó.

—¿Y qué es eso? —preguntó Vivian.

—Cada miembro del equipo se ata una cuerda al tobillo con un globo al final. Cada equipo tendría un color diferente...

—El rojo, el blanco y el azul quedarían muy presidenciales —Vivian dio unos golpecitos en la libreta de Nisha.

—Después el objetivo es patear los globos de los demás equipos. El último equipo que tenga un globo sin reventar gana.

—¡Qué guay! —exclamaron Kevin y Devin, intentando patearse los pies el uno al otro.

—También podríamos convertirlo en una carrera de relevos —apuntó James—. Los disfraces de cada equipo podrían estar en una caja gigante en la salida. Cada jugador se disfraza, supera una carrera de obstáculos y se ata un globo al tobillo. Una vez que todo el equipo tiene atados los globos, entonces puede empezar a reventar los globos de los otros equipos.

Cuanto más hablaban, más conseguía Emily visualizar el juego en medio del baile. Claro que sonaba ridículo, pero era una clase de ridiculez que podía ser muy divertida, algo parecido a las actividades que organizaba el señor Griswold.

La señora Ortega soltó un buen grito.

—Lo siento, chicos —siseó—. Hay que interrumpir esta reunión. Tengo que llamar a mi médico.

Todos se apartaron de la señora Ortega como si se hubiera tratado de una bomba a punto de estallar, menos Maddie, que se acercó a uno de los fregaderos del laboratorio.

—¿Ha bebido suficiente agua? Mi madre creyó que mi medio hermana llegaba antes de tiempo y resultó que no había estado bebiendo suficiente agua. —Maddie cogió un vaso de papel de la pila que había en la encimera—. Tenga, beba esto.

La señora Ortega aceptó el vaso pero dijo:

—En serio, chicos, estoy bien. Ya os podéis marchar a casa.

Maddie se quedó con la señora Ortega mientras el resto de los alumnos ayudaba a guardar los disfraces en las cajas de Kevin y Devin. Cuando Emily y James salieron del aula, Maddie estaba cuidando de la señora Ortega y sujetándole el bolso mientras la profesora hablaba por el móvil.



Capítulo 24

Al día siguiente era la excursión anual del séptimo curso a la isla de los Ángeles. El viento empujaba la coleta de Emily de un lado a otro. James y ella estaban apoyados en la barandilla, en la cubierta superior del ferry. Detrás, en un banco, iba sentado el sustituto improvisado de la señora Ortega. Ella guardaba reposo después de las contracciones que había sufrido el día anterior. El sustituto era el señor Sloan, el mismo hombre que le había contado al señor Quisling que buscaba trabajo de sustituto en la fiesta literaria de Poe, y después había asistido a la clase de Ciencias Sociales, un par de semanas atrás. Tenía la cabeza apoyada entre las manos. Cada cierto tiempo llegaba un gemido hasta donde estaban Emily y James. No llevaba muy bien lo del viaje en barco.

Cuando ya se acercaban a la isla de los Ángeles, un rayo de sol cegador iluminaba el agua hasta una marina al abrigo de una cala. Los árboles pasaron de formar una masa verde a revelar sus formas de brócoli bien definidas. Esto era una isla real, una isla natural, no como aquella farsante plana que resultó ser la isla Treasure.

—Puede que nos hayamos equivocado con la rejilla criptográfica y que en realidad esté señalando la isla de los Ángeles —dijo Emily.

La idea resultaba esperanzadora y decepcionante a la vez. Esperanzadora porque de ser así al menos tendrían una localización donde centrarse. Pero la isla de los Ángeles parecía gigantesca comparada con la isla Treasure. Habían tardado menos de una hora en recorrer esta última en bici, pues era plana y estaba casi vacía. La isla de los Ángeles era montañosa y tenía una vegetación muy densa. Se podían tardar días, y hasta semanas, en explorarla entera.

El ferry atracó y Emily y James cruzaron la cubierta para reunirse con sus

compañeros de clase y los padres y profesores que bajaban la escalera y desembarcaban. El señor Sloan estaba de pie, un poco tembloroso, con la cara del color de un helado de pistacho. Otro alumno de séptimo curso, José, le dio una palmada en la espalda al pasar, haciendo que su cara se contorsionara.

—Oiga, señor Tipo Nuevo, si vomita, no lo haga de cara al viento —le aconsejó José.

Emily y James esquivaron al señor Sloan y se unieron a la corriente de gente que bajaba del ferry. Los alumnos del Booker no eran los únicos que iban en ese barco, así que mientras recorrían la rampa y se bajaban del muelle los gritos de los diferentes profesores diciendo a sus alumnos dónde tenían que ponerse eran mareantes. Emily y James pasaron por delante de un grupo de alumnos que llevaban sudaderas marineras del St. Raymond y cantaban una canción sobre las llamas. Luego cruzaron la calle para colocarse con los alumnos, profesores y padres acompañantes del Booker, que estaban esperando delante de un pequeño edificio rosa.

Una leve brisa les llevó un olor a alcantarilla. James se pellizcó la nariz y dijo con voz nasal:

—Podríamos haber elegido otro punto de encuentro que no fuera delante de los baños.

El señor Sloan, con la cara un poco menos verde, fue el último en aparecer. Toda la clase se montó en un tren turístico que recorría el perímetro de la isla, por un camino lleno de baches, hasta llegar al puesto de inmigración.

Se trataba de un edificio largo, de dos pisos, que se veía pequeño al lado de la frondosa ladera que se elevaba por detrás. Una rígida procesión de escalones de cemento conducía hasta él. Los maceteros de cemento a ambos lados de la escalera tenían grabadas palabras como «sueño», «esperanza» y «miedo».

Un guía turístico le dio la bienvenida al grupo y explicó que los inmigrantes entraron a través de la isla de los Ángeles durante un periodo de treinta años, entre 1910 y 1940. Emily miraba a su alrededor, pensando en que la historia del código indescifrable y el tesoro escondido era muy anterior a la época en que la isla había servido de puerta a la inmigración.

Emily levantó la mano.

—¿Qué había aquí en 1851?

James resopló porque sabía lo que ella tenía en mente cuando hizo esa pregunta.

—Vamos a ver... ¿En 1851, dices? —El guía miró pensativo a su alrededor—. Un explorador español le dio el nombre de isla de los Ángeles en 1775, y por supuesto los indios miwok ocupaban la zona mucho antes de eso. Pero en 1851 California era un estado muy nuevo, tenía solo un año. Lo cierto es que la isla de los Ángeles se declaró reserva militar en el mismo año, pero no creo que fuera utilizada hasta la guerra civil. Lo que sí había era un barco que se usaba como prisión, anclado frente a la costa.

Emily intentó asimilar aquella información mientras continuaban por la escalera

hacia el interior del edificio. Si en 1851 la isla era propiedad del ejército, entonces dudaba que ningún buscador de oro fuera a escogerla como lugar para esconder su tesoro. James y ella se habían equivocado con lo de la isla Treasure, y ahora la isla de los Ángeles tampoco parecía una candidata muy prometedoras para la localización del tesoro.

—En aquella época —siguió explicando el guía—, la isla de los Ángeles funcionaba como control de inmigración, y existían muchos prejuicios raciales contra los chinos. Había leyes de exclusión que restringían el viaje hasta aquí. Los viajeros chinos a veces pasaban detenidos mayores periodos de tiempo que los de otras nacionalidades, a veces tanto como meses o incluso años.

—¿Por qué? ¿De qué tenía miedo la gente? —preguntó alguien.

—Aunque los chinos fueron de los primeros en llegar a San Francisco durante la fiebre del oro, con el tiempo y poco a poco alguna gente empezó a sentirse amenazada por la cantidad de ellos que vivían aquí, los trabajadores que eran y lo dispuestos que se mostraban a aceptar trabajos serviles e incluso peligrosos por muy poco dinero. No fue una época en la historia de nuestro país de la que podamos sentirnos orgullosos, y cuando China se convirtió en una aliada durante la segunda guerra mundial, el presidente Roosevelt declaró que las leyes de exclusión y el trato de prejuicio eran un error histórico.

Visitaron el dormitorio reservado a los hombres chinos. Había camastros metálicos apilados hasta tres alturas donde apenas quedaba sitio para incorporarse. El guía les contó que había guardias y reglas muy estrictas acerca de lo que se podía y lo que no se podía hacer. Para abandonar la isla tenían que pasar una serie de entrevistas sobre detalles pequeños de sus vidas para demostrar que eran quienes decían ser. A Emily todo aquello le recordaba demasiado a una cárcel, aunque se suponía que no lo era. Las personas que llegaban allí no eran criminales. No eran más que gente que se mudaba de un sitio a otro, y en eso Emily era una experta. Jamás se le había ocurrido que la posibilidad que tenía su familia de moverse cuando fuera y donde quiera que les apeteciera podía considerarse un auténtico privilegio.

A su lado, James estudiaba una placa donde se veía una foto de un grupo de hombres y chavales chinos de pie, en semicírculo, sin camisetas, sometidos a la inspección de un hombre vestido de uniforme. A Emily le impresionó ver que la mayoría de la gente que aparecía en la foto era de su edad, o poco mayor que ellos. Se preguntó cómo se sentirían los chicos de la foto. A ella le habría dado vergüenza tener que estar así de pie en medio de un grupo de gente, con alguien que la miraba como si fuera un objeto. Pero también le habría dado miedo estar a solas con aquel inspector, así que quizá resultaba tranquilizador estar acompañada por otra gente en su misma situación. Si tenía que elegir entre sentirse avergonzada y sentir miedo, escogía lo primero, pero no parecía justo tener que elegir entre esas dos emociones.

—Mi bisabuelo tuvo que quedarse aquí —le explicó James a Emily.

—¿En serio? —Volvió a mirar la foto, preguntándose si el bisabuelo de James

estaría en aquel grupo—. ¿Cuánto tiempo tuvo que pasar aquí?

—No lo sé —respondió James, encogiéndose de hombros—. Mi abuela me contó que nunca hablaba de ello. Y ella tampoco lo ha mencionado más que unas cuantas veces.

Las paredes del puesto de inmigración estaban cubiertas, casi por completo, de poemas escritos por los inmigrantes detenidos, la mayoría escritos en columnas de caracteres chinos. Muchos de aquellos poemas estaban grabados en las paredes, y después, en un intento de ocultar lo que decían, se habían rellenado las tallas con masilla y pintado por encima. Con el tiempo, la masilla había encogido y los poemas casi destacaban más que originalmente. Emily resiguió uno de los caracteres con el dedo, admirando la persistencia de aquellas palabras que se negaban a ser censuradas.

—¿Tú crees que tu bisabuelo escribió alguno de estos poemas?

—No lo sé —dijo James en voz baja, pensativo, mientras se alejaba para mirar los poemas de cerca.

El guía explicó que muchos expresaban la ira y la desesperación de los habitantes por el modo en que habían sido tratados, y algunos expresaban esperanza por lo que les deparaba el futuro.

Emily avanzó lentamente por la sala siguiendo al señor Sloan, que estaba dibujando en una libreta. Miró lo que hacía y vio que estaba copiando algunos de los caracteres.

—Increíble, ¿verdad? —dijo el señor Sloan sin levantar la vista hacia ella.

—Sí..., sí que lo es —tartamudeó, avergonzada porque la había pillado cotilleando—. ¿Usted sabe chino?

Entonces la miró con un gesto tímido. Ella señaló el dibujo con la cabeza.

—Los suyos son exactamente iguales a los de la pared.

—Ah, sí, lo dices por eso. —Sonrió—. Se me dan bien las copias. Uno de mis raros talentos. Hay quien resuelve crucigramas. Yo practico caligrafía.

Dejó al profesor sustituto con sus copias y se acercó adonde estaba James, que leía la traducción de uno de los poemas. Recitó la última línea en voz alta:

—«Aunque esté construido con jade, se ha convertido en una jaula».

—Es muy triste imaginarse a la gente que tuvo que quedarse aquí —dijo Emily.

Veía a alguien tallando con cuidado aquellas palabras, descansando para mirar a través de las ventanas cubiertas de tela metálica.

—Solo es triste si piensas que este es el final de su historia —dijo James—. Si imaginas el capítulo siguiente de la vida de esa persona, cuando ya ha conseguido llegar allí —James señaló con la cabeza a la ciudad, al otro lado de la bahía—, entonces resulta heroico. Se negaron a rendirse solo porque alguien intentara retenerlos.



Capítulo 25

A la semana justa de la excursión a la isla de los Ángeles, Emily recibió un correo electrónico con el asunto «Viejos amigos». Leyó el nombre de la remitente: «M. Oleanda», y aguantó la respiración. Miranda Oleanda. Coolbrith.

Emily y James habían seguido estudiando el código indescifrable, aunque las letras se negaban a revelarles sus secretos. Sin embargo, dieron por supuesto que la misión propuesta a su profesor, a través de los Buscadores de Libros, había finalizado después de descifrar el mensaje de ruptura. No habían visto más alertas de ejemplares de *Tom Sawyer* escondidos, y el que habían colocado en la tienda de Hollister llevaba semanas olvidado allí.

Emily clicó con el ratón, con un gesto vacilante, para abrir el correo electrónico que acababa de llegar. Miranda Oleanda había escrito:

Os agradezco que acudáis a mí, pero me temo que aquí ha habido un error. Aunque es cierto que Brian Quisling es un viejo amigo y colega mío, hace más de diez años que no sé nada de él. Tampoco conozco el juego que habéis mencionado, los Buscadores de Libros, y ya no vivo en California. Llevo quince años viviendo en Ohio con mi marido y mis hijos. El código indescifrable me suena vagamente, pero no tanto como para poder recordar algo de un mapa. Siento no poder ser más útil. Estoy segura de que al señor Quisling le hará ilusión saber que sus alumnos lo aprecian tanto que quieren hacerle un regalo especial.

Os desea mucha suerte, Miranda Oleanda

Emily soltó el aire con un resoplido de extrañeza. ¿Cómo que la exnovia del señor Quisling estaba casada y tenía hijos? ¿No vivía en California? ¿Nunca había oído hablar de los Buscadores de Libros? ¿Pensaba que al señor Quisling le haría «ilusión» saber algo? Entonces ¿aquella mujer no tenía nada que ver con Coolbrith?

Emily tenía que contarle todo aquello a James. Rescató la escoba que siempre tenía a mano para golpear el techo. Toc. Toc-toc-toc. Toc. Aquel era el sonido que alertaba a James de que tenía un mensaje en el cubo. Garabateó en un pedazo de papel:

HCWE TB ZHECG.

(Mira tu email).

Echó la nota al cubo y lo subió hasta la ventana de James. Luego volvió a su portátil para reenviarle el mensaje de Miranda Oleanda.

La llamada que anunciaba la respuesta de James no tardó en llegar, seguida por el cubo que regresaba a su ventana con la siguiente nota:

ÑC NF ZÑ ZGGE, ïïïKBCZN YBZOZ ÑZW VFFQLWCTR???

(Si no es ella, ïïïquién puede ser Coolbrith???)

Exacto. Desde luego el señor Quisling estaba convencido de que Coolbrith era Miranda Oleanda. ¿Por qué si no iba a llamar Miranda a esa persona? La nota de James continuaba:

¿OZLZWCEHFÑ VFNTEWÑZGF?

(¿Deberíamos contárselo?)

Una vez más, Emily no sabía si debían contarle algo a su profesor o no. ¿Y qué podían contarle? Habría sido más fácil sacar el tema del código desde un principio, pero en aquel entonces había tenido sus reservas acerca del señor Quisling, y ahora ni siquiera sabía por dónde empezar a contarle la historia. ¿Cómo le cuenta uno a su profesor que la amiga con la que cree estar intercambiando notas, la misma que quizá rompió con él en clave, no es quien cree que es en absoluto? Qué corte, tanto para el señor Quisling como para ellos por tener que contárselo. Y, además, ¿qué pasaba si estaban equivocados? Tenían que averiguar más cosas antes de decirle nada, si es que llegaban a decírselo.

Quedaba claro que al señor Quisling y Coolbrith no les interesaba un ejemplar cualquiera de *Tom Sawyer* escondido a través de los Buscadores de Libros. Pero ¿y si Emily y James volvían a publicar la pista del libro bajo un nombre de usuario diferente? ¿Saldría entonces Quisling a buscarlo?

Emily garabateó una nota para James:

REQ KBZ ESZWCUBEW HEÑ VFÑEÑ.
TZNUFBN YGEN.

(Hay que averiguar más cosas.
Tengo un plan).



El viernes, Emily y James publicaron en la página de los Buscadores de Libros la nueva pista para el ejemplar de *Tom Sawyer* que habían escondido en la librería de Hollister. La diferencia era que esta vez habían creado una cuenta falsa casi exactamente igual a la de Coolbrith, empleando el mismo avatar y copiando la información de su perfil. La página de internet no les dejaba copiar el mismo nombre de usuario, pero pusieron «Coolbirth» esperando que el señor Quisling no se fijara tanto como para descubrir la errata. De hecho, si el señor Quisling se tomaba un tiempo para investigar a este usuario, si por ejemplo clicaba en su historial de búsqueda de libros, lo encontraría en blanco y seguramente se daría cuenta de que era una cuenta de imitación. Pero Emily y James esperaban que al imitar el patrón de los mensajes entre el señor Quisling y Coolbrith, él no tendría ningún motivo para sospechar de aquella última publicación.

—Y nunca se sabe —dijo Emily—. Puede que el plan siga funcionando aunque vea que se trata de alguien que imita a su amiga. Porque..., bueno, ¿no te picaría a ti la curiosidad? Si fuera yo, saldría a buscar el libro a pesar de todo.

—Pero ¿existe algún libro escondido que no sientas la tentación de encontrar? —bromeó James.

Emily le dio un codazo.

—Tú pulsa la tecla de Enviar.

James dejó el dedo flotando por encima de la tecla.

—Esto que estamos haciendo no es malo, ¿verdad? Lo de hacernos pasar por Coolbrith.

—No es mucho peor que lo de Coolbrith haciéndose pasar por Miranda Oleanda. Aquí está pasando algo raro con este tal Coolbrith y no creo que el señor Quisling tenga ni idea de nada. Lo estamos ayudando, al hacer esto. Solo necesitamos descubrir algo más antes de hablar con él.

James asintió, dándole la razón, y pulsó la tecla.



Capítulo 26

El sábado por la mañana, el Fénix descubrió el mensaje falso de Coolbrith. Había aparecido publicado en los Buscadores de Libros la noche anterior. Se quedó mirándolo un largo rato.

Alguien intentaba decirle algo.

Alguien presumía de haberlo descubierto.

Alguien tenía que aprender una lección.

El Fénix sacó los guantes negros del cajón superior de su cómoda y se los enfundó para rebuscar en su colección de viales y botellas de cristal. Eligió el tarro marrón que tenía dentro un bulto cubierto de líquido.

Esto no formaba parte del plan. Ni siquiera estaba seguro de lo que iba a hacer. Lo dominaba la ira.

Tenía que demostrar a ese alguien que con él no se podía jugar.



Capítulo 27

Emily llegó a la librería de Hollister a las diez en punto, la hora de apertura. De hecho llegó un poco antes, y estaba apoyada contra el frío cristal del escaparate cuando llegó Hollister, lanzando sus llaves al aire y atrapándolas con una mano. El dueño de la tienda sonrió al ver a Emily. Lanzó las llaves de nuevo pero falló al intentar atraparlas y cayeron a la acera. Emily se agachó para recogerlas.

—¡Mira quién está aquí, tan contenta! —exclamó Hollister.

—James vendrá dentro de un rato —dijo Emily.

—Entonces este sábado tengo suerte. —Hollister hizo girar la llave dentro de la cerradura. Las campanillas del picaporte los recibieron con un tintineo y Emily lo siguió hasta el interior. Fue directa al expositor de bolsas de tela y estrujó la de abajo para asegurarse de que ningún jugador de los Buscadores de Libros había encontrado el *Tom Sawyer* para después olvidarse de actualizar la página de internet. Allí seguía. Hollister encendió las luces, luego se acercó al reproductor de CD que había detrás del mostrador. Tenía una colección de CD apilada al lado. Escogió uno, colocó el disco en la bandeja y ajustó el volumen cuando una alegre música de piano salió por los altavoces del techo.

—A una mañana así le va Miles Davis, ¿no te parece? —dijo. Había terminado de enredar con el equipo de sonido y se colocó detrás del mostrador, tamborileando con los dedos mientras miraba a su alrededor.

—¿Necesitas que haga alguna cosa hoy, Hollister? —le preguntó Emily.

—Llevo un tiempo queriendo actualizar el escaparate para añadir más adornos por el Año Nuevo chino. ¿Dices que James vendrá más tarde?

Emily asintió.

—Entonces puede que os guste hacer lámparas de papel. Podríamos colgarlas por encima de los libros; creo que quedaría bien. Arriba, en la Casa del Árbol, hay una vieja caja llena de adornos. —Hollister volvió la cabeza hacia el fondo de la tienda, donde la escalera de caracol metálica llevaba hacia el altillo de almacenaje.

Las campanillas tintinearón y Emily se volvió hacia la puerta principal, quizá demasiado ansiosa, esperando que fuera el señor Quisling. En vez de eso, entró Charlie.

—Vaya —dijo.

—Vaya a ti también. —Charlie se quitó la gorra de repartidor de periódicos y los guantes y los lanzó encima del mostrador.

—No sabía que venías hoy —dijo Hollister.

Charlie se encogió de hombros.

—Tengo que añadir unos contenidos a la página de internet, y además mis compañeros de piso me estaban volviendo loco. Decidí venir a trabajar en la página.

Hollister consultó el reloj.

—Me viene de maravilla. Esta mañana no me dio tiempo a recoger una receta. Creo que puedo pasar ahora un momento a buscarla. ¿Te importa defender el castillo?

Charlie asintió sin levantar la vista. Sacó su portátil de una mochila blanda.

Hollister metió la mano bajo el mostrador, donde guardaba un cuaderno, y sacó una lista escrita a mano. Le entregó el papel a Emily.

—Estos son los libros que quería añadir al escaparate principal, por si quieres empezar a sacarlos.

—Claro —dijo Emily.

El primer título era *The Year of the Dog* de Grace Lin.

—¿Puedo usar el ordenador? —le preguntó Emily a Charlie, refiriéndose al ordenador de la tienda, no a su portátil. Charlie respondió con un gruñido y se apartó a un lado. Emily tecleó el título para averiguar en qué estantería estaba. Salió de la parte delantera de la tienda para adentrarse entre los estantes y meterse por debajo de la escalera de caracol hasta el rincón del fondo, que estaba forrado de libros ilustrados, novelas infantiles y algunos peluches, puzles y juegos.

—Lin, Lin, Lin.

Pasó el dedo por los lomos de los libros. La puerta tintineó. Un cliente, a no ser que Hollister se hubiese dejado algo y hubiera vuelto a entrar.

Emily pasó el dedo por los lomos de los libros más deprisa, encontró el libro que estaba buscando y regresó corriendo a la parte delantera. Allí estaba su profesor, delante del mostrador, hablando con Charlie.

—¡Hola, señor Quisling! —exclamó Emily, con una voz excesivamente alegre. Se le daba fatal disimular. Deseó que hubiera llegado James.

—¡Emily! Dos de mis alumnos en un mismo día —dijo el señor Quisling—. Menuda sorpresa.

¿Dos? Emily miró a su alrededor, preguntándose si James se habría adelantado.

Después recordó que Charlie también había sido alumno suyo hacía años.

—¿Así que ahora trabajas aquí, Charlie? —le preguntó el señor Quisling.

Charlie respondió con un escueto «sí».

—Bien. Me alegro por ti.

—Se supone que James vendrá dentro de un rato —anunció Emily—. Vivimos muy cerca.

En realidad no sabía muy bien por qué le contaba todo eso. No era más que cháchara nerviosa, porque empezaba a darse cuenta de que más o menos había engañado a su profesor para que saliera a buscar el libro.

—Te alegrará saber que he venido a cazar un libro —dijo Quisling, levantando la pista que habían publicado James y ella, y que llevaba en una hoja impresa. Mejor dicho, la pista de Coolbirth. El señor Quisling señaló a Emily con un dedo—. Nada de birlar —bromeó, y soltó una carcajada amistosa.

Emily sintió una punzada de arrepentimiento al ver que su profesor se metía entre dos estanterías y empezaba a recorrer los estantes con la mirada, como si solo estuviera echando un vistazo. El señor Quisling parecía especialmente contento, y ella no pudo evitar pensar que el nuevo mensaje de su «amiga» podía tener algo que ver.

Cuando se dio la vuelta, pilló a Charlie también mirando al señor Quisling.

—Es lo peor —masculló Charlie.

Emily miró por encima del hombro, preocupada por si lo había oído el aludido.

—No está tan mal —dijo.

—Me puso el único suspenso que he sacado en toda mi vida —añadió Charlie.

—Ah, sí, puede ser muy duro.

Sonó el teléfono y contestó Charlie. Emily se fue acercando poco a poco a donde estaba su profesor, deseando espiarlo para ver cómo y cuándo encontraba el *Tom Sawyer* escondido. Entonces Charlie la llamó y tuvo que volverse como si la hubieran pillado.

—Es Hollister —dijo agitando el teléfono inalámbrico—. Quiere que busques en las cajas de adornos, a ver si tenemos algún dragón de papel para el escaparate.

La voz de Hollister sonó por el auricular y Charlie ladeó la cabeza, mirando a la bombilla que parpadeaba por encima de la sección de autores locales. Charlie le fue repitiendo a Emily lo que Hollister le decía:

—Dice que teníamos uno, pero no sabe si se estropeó y lo tiraron. No se acuerda. Puede conseguir otro al lado de su farmacia, pero no quiere que haya dos repetidos. —Charlie le dijo a Hollister, al otro lado del teléfono—: Vale, lo va a mirar. Te llamaremos si no aparece.

Emily miró al pasillo por donde había desaparecido el señor Quisling.

—¿No puedes mirarlo tú, Charlie? Yo estaba ocupada haciendo otra cosa.

—Yo también estoy ocupado haciendo otra cosa. —Charlie señaló su portátil con la cabeza—. Tú ya estás trabajando en el escaparate.

Emily suspiró y pasó por donde estaba el señor Quisling, para poder al menos cotillear lo que estaba haciendo. Ojeaba la sección de poesía, así que imaginó que estaría buscando los libros de Bret Harte. Esperaba que el profesor tardara un rato en darse cuenta de que la pista que le habían dado: «Busca a Harte en San Francisco», conducía a la bolsa de tela donde aparecía un retrato del escritor con su famosa cita: «Lo único que sabemos seguro sobre la suerte es que va a cambiar».

Emily se escabulló hacia el fondo, subió la escalera metálica, se acercó a las pilas de cajas de adornos con etiquetas. Había varias en las que ponía NAVIDAD/HANUKKAH, y también ACCIÓN DE GRACIAS y VUELTA AL COLE. Al final encontró la que llevaba la etiqueta de año nuevo/chino justo cuando volvieron a sonar las campanillas de la entrada. ¿O sería algún sonido de la música de la tienda? El jazz que ponía Hollister por los altavoces se oía más fuerte allí arriba, pero ella estaba bastante convencida de que el tintineo lejano venía de la puerta. Era imposible que el señor Quisling ya se marchara. ¿O no? Emily se acercó a la división que rodeaba la zona de almacenaje, pero casi toda la tienda quedaba fuera del alcance de su vista.

Regresó corriendo a las cajas. Como es habitual, la que necesitaba estaba debajo de otras tres. Levantó la primera y la dejó en el suelo. Ahora estaba segura de que las campanillas habían vuelto a sonar y esperaba que fuera simplemente una mañana ajetreada, los clientes que no paraban de entrar. Movié el resto de las cajas tan deprisa como pudo y por fin abrió la tapa de la de los adornos de AÑO NUEVO/CHINO. Revisó los contenidos, sacando las bolsas para leer lo que Hollister había anotado en las etiquetas. No había ningún dragón de papel. Las campanillas de la puerta sonaron una vez más. Volvió a colocar la tapa pero dejó las cajas desordenadas. Ya las apilaría más tarde. Se disponía a bajar la escalera cuando oyó que reventaba un globo. Por lo menos sonó como si fuera eso. Pero no había globos en la tienda.

Desde lo alto de la escalera, llamó titubeante:

—¿Charlie?

Como respondiendo a su pregunta, las campanillas de la puerta volvieron a sonar, alto y claro, como sonaban cuando la puerta se abría o se cerraba con fuerza. Después, Emily oyó algo parecido al silbido de una serpiente gigante y se quedó helada. ¿Qué sería aquello? Desde donde se encontraba, la tienda parecía vacía, pero eso era imposible. Por lo menos Charlie tenía que estar en alguna parte. Se agarró a la barandilla y bajó paso a paso la escalera, temerosa. Cada movimiento era como una lucha entre su cuerpo, que solo quería refugiarse en la Casa del Árbol, y su mente, que la impulsaba a avanzar.

Al fondo de la escalera se le disparó un sensor en la nariz y los aromas polvorientos a papel y libros quedaron enmascarados por uno que le recordaba al de las palomitas quemadas. Corrió a la parte delantera de la tienda. Incluso antes de llegar, vio una nube de humo difuso al final de las estanterías, retorciéndose y dando vueltas para convertirse en un penacho oscuro.

A Emily se le hizo un nudo en la garganta y tosió, quizá más de pensar en el

humo que por el humo en sí. La parte delantera de la tienda estaba completamente vacía.

—¿Charlie? —Su voz no era más que un susurro.

El expositor de bolsas de tela estaba envuelto en llamas, las de la parte baja ya ennegrecidas por el fuego. No podía respirar. Le flaqueaban los brazos y piernas. ¿Dónde tenía Hollister un extintor? ¿Qué había que tirar al fuego cuando uno no tenía a mano un extintor? ¿Agua? ¿Tenía que correr al baño de la parte de atrás a buscar agua? ¿Cuánto tardaba un fuego en descontrolarse? ¿Debía permanecer en la tienda y coger el teléfono para pedir ayuda cuanto antes, o salir corriendo a buscar otro teléfono?

¿Por qué no había nadie allí que pudiera ayudarla?

Emily se tapó la boca y la nariz con la parte interior del codo. Recordó haber oído que se podía sofocar un incendio con una manta, así que con la mano libre cogió de la exposición una camiseta del Gran Gatsby doblada y la lanzó contra las llamas intentando sofocarlas, aunque enseguida la devoraron los brazos llameantes del fuego.

Dio un paso adelante y lanzó otra camiseta, luego retrocedió, tosiendo contra su brazo. El fuego chisporroteó, burlándose de ella, y trepó por el lateral de la estantería. Después saltó de las bolsas de tela a las tarjetas de felicitación.

Le picaban los ojos. El humo subía como una cascada invertida, fluyendo hacia el techo. Era increíble lo rápido que llenó la parte delantera de la tienda. Tenía que salir de allí. Con la nariz todavía apretada contra el brazo, Emily se agachó, porque había menos humo cerca del suelo. Golpeó la puerta con el hombro y la abrió de un empujón, las campanillas tintineando descontroladas.

Esperaba sentir alivio al salir tambaleándose, pero era un día caluroso y no había brisa. Era como salir de la ducha a un cuarto húmedo. No paraba de toser. Un repartidor abrió la puerta trasera de su camión con un ruido atronador y con gran estrépito dejó caer la rampa. Estaba colocando una caja en un carro de mano cuando Emily se lanzó hacia él, dando una palmada sobre la rampa para lograr su atención.

Le salió una voz ronca: «Fuego». El hombre la miró con los ojos entrecerrados, sin comprender muy bien, y ella señaló al escaparate de la librería de Hollister con el dedo.

Él se asomó desde el camión, miró hacia la tienda, soltó un taco y dejó caer la caja. Un líquido transparente empezó a escurrir por las grietas del embalaje y a gotear por el borde del camión. El hombre soltó otro taco y sacó un teléfono del bolsillo. Emily no esperó a que marcara. Entró corriendo en la cafetería tapándose la boca con el codo doblado mientras le entraba otro ataque de tos. Bajó el brazo y, como pudo, pronunció unas palabras roncadas:

—¡Fuego! ¡Se está quemando la librería!



Capítulo 28

Emily estaba de pie en medio de la multitud de curiosos que se habían reunido delante de la tienda de Hollister, pero jamás se había sentido tan sola. Empezó a tiritar, incluso al calor del sol. Alguien la arropó con una manta por encima de los hombros.

El escaparate principal de la librería se quebró por el calor y Emily se quedó observando con gesto ausente mientras se caía un panel triangular de cristal. Todo el mundo a su alrededor saltó hacia atrás como un solo hombre, pero ella no se movió. Ni siquiera sentía que siguiera allí, en la calle.

Había saltado el sistema antiincendios y a través del hueco roto del escaparate oía el chisporroteo del agua en su lucha contra el fuego. Sonaron sirenas acercándose. Los servicios de emergencia llegaron enseguida. ¿O llegaron muy despacio? Su percepción del tiempo estaba trastocada.

Un enfermero la examinó. Un hombre del servicio de bomberos habló con ella. Se sentía muy inútil por no poder ofrecer más datos acerca del origen del fuego.

—Oí un ruido —dijo.

—¿Puedes describirlo? —le preguntó el detective.

Trató de recordar, pero resultaba muy difícil hacerlo entre el ruido de los motores, el barullo de las voces nerviosas y agitadas y susurradas y el crujido de las botas de los bomberos pisoteando los pedazos de cristal del fragmento que se había estrellado contra la acera.

—Creo que se oyó un estallido y después una especie de... sonido efervescente.

—¿Efervescente?

—O crujiente. Con una efervescencia. Como el papel cuando lo echas al fuego.

El detective asintió brevemente y Emily se dio cuenta de que su respuesta no podía servir de gran ayuda. Parecía lógico que un incendio en una librería sonara como el papel cuando se quema.

—Aunque era más que eso; era... —Emily se miró las manos entrelazadas—. No me acuerdo —dijo.

El detective colocó una mano firme sobre su hombro.

—Lo has hecho bien. Me ha servido de mucha ayuda.

Emily vio a Hollister, que subía la calle, desde más de una manzana de distancia. Se sintió como si alguien hubiera arrojado su corazón a un cubo de agua fría. La piel oscura de él brillaba de sudor y su balanceo característico de un lado a otro parecía tan alegre que a Emily se le llenaron los ojos de lágrimas. Ladeó la cabeza, intrigado, al ver las luces parpadeantes y los vehículos aparcados en doble fila. Seguro que habían pasado por su lado de camino a la librería. Emily imaginaba que al principio podía haber sentido curiosidad por ellos, con esa distancia de quien siente lástima por los desconocidos que estarán al otro lado de esa llamada de emergencia, y después, al ver que estaban aparcados en la calle justo al lado de su tienda, su preocupación seguramente se había agravado para convertirse en la preocupación de que algún amigo pudiera tener problemas. Cuando Hollister se detuvo bruscamente en medio de la acera, Emily supo que había comprendido que la emergencia se estaba dando en su tienda. Jamás podría olvidar aquel momento.

Lo segundo que Emily no podría olvidar jamás era el haber descubierto la puerta que había junto a la librería. Seguro que había pasado por delante cien veces en el camino de ida o vuelta del colegio sin fijarse lo más mínimo. Estaba abierta y se veía una escalera. Emily comprendió que era la entrada de los apartamentos de arriba. Qué clase de persona era ella para estar tan preocupada por los libros y por Hollister, que ni siquiera estaba allí, y que ni siquiera se le hubiera ocurrido pensar que había gente viviendo arriba.

Las autoridades querían hablar con sus padres o tutores antes de que se marchara, así que Emily se quedó sentada en la cafetería de al lado, esperando a que llegara su familia. Sus padres se encontraban con Matthew en la playa, al otro lado de la ciudad. Ahora que estaba sentada en un café tranquilo, con una mujer quejándose de los pepinillos de su bocadillo y una vieja canción de *doo-wop* en la radio, vio claramente el extintor de la librería de Hollister detrás de un rincón, junto al mostrador principal, a unos metros de ella si hubiera mirado en aquella dirección.

A Emily se le encogía el estómago al revivir la situación. Quizá podía haber hecho algo diferente para que no se hubiera producido el incendio.

Pensó en la bombilla que había cerca de la parte delantera de la tienda, que siempre estaba parpadeando. Cada vez que iba a la tienda de Hollister se fijaba en esa bombilla, pero nunca le comentó nada. Él no veía muy bien y quizá no se había fijado nunca. ¿Sería la bombilla parpadeante la que había soltado una chispa que provocó el incendio?

Emily había oído decir a un bombero que habían sofocado el incendio antes de que se extendiera hacia la parte de atrás, y eso sonaba bien, pero luego también habló de los daños causados por el humo y los rociadores antiincendios de la tienda. Se arrepintió de no haber salvado nada para Hollister, quizá el cuaderno de notas de debajo del mostrador principal o la foto enmarcada del día en que él y el señor Griswold habían inaugurado la librería en los años setenta.

Alguien colocó un vaso de agua delante de Emily, sacándola de su ensoñación. Levantó la vista y vio a Charlie. Lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué te fuiste de la tienda? —quiso saber.

Él no apartó los ojos del vaso.

—Yo... lo siento —dijo—. Salí porque...

Charlie miró por la ventana. Hollister pasó por un lado, con el móvil pegado a la oreja.

—Tenía que echar monedas en el parquímetro —dijo Charlie con resignación—. No pensé que iba a tardar tanto. Y tampoco me esperaba...

Charlie secó unas gotas de condensación del lateral del vaso y dejó la frase a medias.

—Qué más da. —Acercó más el vaso a Emily y dijo—: Por si tienes sed.

Después se marchó.

Emily se levantó de la mesa y salió a la calle. A lo mejor no era justo enfadarse con Charlie, pero ella no tenía por qué haberse enfrentado sola al fuego.

Hollister había dejado el teléfono y estaba sentado en el bordillo, entre dos coches aparcados, con la cabeza entre las manos. Ella sentía el impulso de sentarse junto a él y a la vez le daba miedo hacerlo. La preocupaba haberlo decepcionado, aunque lo primero que él hizo al llegar corriendo a la tienda fue buscarla para comprobar que se encontraba bien.

Mientras contemplaba la figura encorvada de Hollister, Emily no podía parar de pensar en sus cosas preferidas de la tienda. La silla morada que se amoldaba a ella a la perfección cuando se acurrucaba para leer un libro. La almohada con forma de gato que Hollister colocaba en lo alto de una estantería para engañar a la gente haciéndoles pensar que se trataba de un gato verdadero. El libro de visitas firmado por los autores que pasaban por la tienda. El marcapáginas con forma de Herb Caen que James y ella movían por toda la tienda para sorprender a quienes hojeaban los libros. ¿Dónde habían escondido a *Herb* por última vez?

Quería decir algo para consolar a Hollister, pero resulta difícil dar esperanzas cuando uno mismo se siente desesperanzado.

Oyó su nombre, y cuando se levantó de un salto se encontró con James a su lado. Tenía cara de susto. Normalmente, al ver a *Steve* tieso y en posición de firmes era toda sonrisas. Esta vez le entraron ganas de acurrucarse y echarse a llorar. Ella y James tendrían que haber estado fabricando lámparas de papel para colgar en el escaparate de Hollister en lugar de viendo a los bomberos entrar y salir por la puerta

principal.

—¿Ha habido un incendio? —preguntó James cuando ella llegó a su lado—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió Emily.

Un furgón con las letras KSAN pintadas en el lateral aparcó en doble fila, detrás de uno de los vehículos de emergencias. La periodista que había cubierto la presentación del libro de Poe y su cámara se bajaron de un salto. Algunas de las personas que esperaban entre el gentío, por fuera del cordón de seguridad, la reconocieron y la saludaron. Resultaba molesto oír a la gente lanzando piropos y a la reportera respondiendo: «¡Gracias! ¡Usted también está estupendo en persona!».

La periodista se puso a charlar con algunos transeúntes: «¿Dónde estaba cuando sucedió?». «¿Usted vio algo?».

Un bombero salió de la tienda de Hollister sujetando una bolsa transparente con un bulto chamuscado dentro.

—Esto puede ser una prueba —le dijo al detective que había hablado con Emily.

La periodista se puso de puntillas, tratando de captar algo sin ningún disimulo.

—¿Qué es eso? —le preguntó al bombero—. ¿Es lo que yo creo que es?

Pero él volvió dentro sin contestar.

—¿A qué se refería cuando dijo la palabra «prueba»? —le preguntó Emily a James—. ¿No es eso lo que se necesita para probar un crimen?

La periodista lo oyó y respondió:

—¿Cómo quieres llamar a un incendio provocado si no es un crimen?

—¿Un incendio provocado? —Emily se mareó un poco—. ¿Piensa que este incendio ha sido intencionado?

—Si lo que hay en la bolsa es lo que yo creo que es, entonces desde luego que pienso que fue un incendio provocado.

James preguntó con una voz grave y vacilante:

—¿Qué-qué cree que hay en la bolsa?

—Creo que es un estuche ignífugo que contiene un ejemplar del *Tom Sawyer* de Mark Twain —respondió la reportera.



Capítulo 29

—¿Es ignífugo? —preguntó James. Emily sabía que se estaba imaginando el estuche verde que encontraron en el parque de secuoyas. Bueno, el que encontró el señor Quisling. Habían mantenido el libro en el estuche por si acaso era algo que su profesor y Coolbrith siempre incluían en el intercambio de libros. No sabían que era ignífugo.

Por supuesto, la periodista no sabía que James conocía el estuche, así que dijo:

—Es increíble lo que se fabrica hoy en día, ¿verdad? Este será el cuarto que sobrevive a un incendio, por lo demás aleatorio —al decir la palabra «aleatorio» dibujó unas comillas en el aire—, en los últimos meses.

Emily se quedó tan asombrada que no podía ni hablar.

—¿Ha dicho cuatro incendios? —preguntó James, incrédulo.

—Que yo sepa. —La periodista fue contando con los dedos—. El muelle en el Ferry Building, uno en el distrito Mission, uno en Washington Square y ahora aquí en la librería de Hollister. Aunque este es el primer fuego en un interior. Los anteriores no causaron daños personales. Me pregunto si esto querrá decir que el pirómano se va envalentonando... O que está más desesperado.

La periodista mordisqueaba su bolígrafo, pensativa.

—¿El muelle del Ferry Building? —repitió Emily—. ¿Un ejemplar de *Tom Sawyer* sobrevivió a un fuego allí? ¿En octubre?

La reportera parecía sorprendida.

—¿Cómo sabes que eso fue en octubre? Ningún medio recogió la noticia. Al menos no creo que lo hicieran.

Frunció el ceño, escudriñando a la multitud que esperaba a la puerta de la librería

de Hollister, como si entre ellos pudiera hallarse un traidor.

El octubre anterior, el señor Quisling le había birlado a Emily el ejemplar de *Tom Sawyer* que ella había salido a cazar en el Ferry Building. Al menos dio por supuesto que fue él quien se lo birló, porque al llegar Emily y James ya no estaba allí. Recordó que además ella había marcado la publicación para poder conseguir más puntos, así que el señor Quisling estaba avisado de que otra persona intentaba encontrarlo. Ahora que sabía que él necesitaba encontrar aquella edición en particular para poder descifrar el mensaje de Coolbrith, imaginaba que al marcar el libro ella lo había empujado a salir a buscarlo cuanto antes.

Emily suponía que alguna de las campanillas que había oído mientras estaba arriba, en la Casa del Árbol, era el señor Quisling saliendo de la tienda. Pensó que habría encontrado el ejemplar escondido de *Tom Sawyer*, habría descodificado el mensaje falso de Coolbirth y después se habría marchado. ¿Sabría algo del fuego? ¿Habría sucedido lo mismo con los ejemplares anteriores de *Tom Sawyer* que había encontrado?

Al llegar a casa, Emily pensaba consultar la página de los Buscadores de Libros para comprobar si los escondrijos de los libros de Coolbrith y Babbage se correspondían con los fuegos que la periodista acababa de enumerar. Recitó mentalmente las localizaciones para no olvidarlas: Ferry Building, Mission, Washington Square y la librería de Hollister.

—¿Qué hay del parque de secuoyas? En el centro de la ciudad —preguntó Emily—. ¿Se ha producido algún incendio allí?

La reportera la miró con una cara muy rara.

—No. ¿A qué viene esa pregunta?

Emily sintió que caminaba de puntillas al borde de una trampa. Experimentó un gran alivio al oír que su madre la llamaba. Cuando se dio la vuelta vio a toda su familia corriendo por la acera desde dondequiera que hubieran aparcado la furgoneta. Sus padres la abrazaron al mismo tiempo; Matthew se mantuvo apartado y levantó los ojos al cielo, criticando con un gesto simpático aquel cariño tan exagerado. Su padre se fue a hablar con un policía mientras su madre se colocaba detrás de Emily, rodeándole los hombros con sus brazos, en un gesto protector.

Matthew se sentó en el bordillo junto a Hollister. Le puso una mano en el hombro y dijo algo. Hollister asintió y le dio unas palmadas en la rodilla. Matthew añadió algo que le hizo a Hollister echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Emily sonrió al oírlo y se maravilló de lo que su hermano podía conseguir: era capaz de meterse de un salto en medio de cualquier situación y hacer o decir algo sin pensárselo. A menudo aquellos actos impulsivos provocaban respuestas positivas. Si Matthew hubiera estado en la tienda de Hollister cuando empezó el incendio, a la primera sospecha de que algo iba mal habría salido corriendo a la parte delantera, sin pensárselo. Emily se había quedado rezagada, sin saber qué hacer.

Mientras los Crane y James regresaban a casa en coche, Emily iba absorta en sus

pensamientos. ¿Sería cierto que se trataba de un incendio provocado? ¿Quién iba a querer hacer algo así a la tienda de Hollister? ¿De verdad se habían rescatado ejemplares de *Tom Sawyer* en cuatro incendios diferentes? Si era así, y si eran los mismos que había encontrado el señor Quisling, entonces ¿cómo y por qué estaba implicado su profesor?

Mirando por la ventana mientras la furgoneta subía por la colina, vio a Charlie entrando en su coche. Él no reconoció la furgoneta de sus padres, y no pensaba saludar con la mano ni llamarlo. Ahora que veía lo lejos que había tenido que aparcar, entendía que hubiera estado tanto tiempo fuera de la tienda. Aunque seguía enfadada con él por haberla dejado sola.

Cuando la furgoneta llegó a lo alto de la colina, Emily vio una señal de aparcamiento limitado por dos horas que le hizo girar la cabeza para mirar por la ventanilla trasera. El coche de Charlie estaba abajo del todo, con el intermitente encendido, esperando para girar a la izquierda.

—¿Qué pasa? —le preguntó James.

—Toda esta manzana es de estacionamiento limitado por dos horas —dijo Emily.

—Sí... —asintió James.

—No hay parquímetros —murmuró Emily.

James parecía preocupado. Lo cierto es que ellos no conducían, así que se comprendía que aquel comentario lo dejara perplejo.

—Cuando le pregunté a Charlie por qué había salido de la tienda, me dijo que tenía que echar monedas en el parquímetro. Pero acabo de verlo meterse en un coche aparcado en esta manzana.

James miró a la colina como Emily.

—Mintió. ¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó.

—Buena pregunta —respondió Emily.



Cuando regresaron a su edificio, James fue a casa de Emily. Su padre estaba otra vez en un viaje de negocios, y su madre y su abuela estaban en la feria de horticultura de Grant, haciendo compras para el Año Nuevo chino.

En la habitación de Emily, ella abrió su portátil y entró en la página web de los Buscadores de Libros. James y ella estaban sentados, apoyados en la pared, bajo su ventana. Por fuera colgaba el cubo de los mensajes. Unas antenas de reno que le había regalado James y la foto de los dos en el primer día de colegio de Emily estaban sobre el alféizar. Las pruebas de color que Emily había pintado sobre sus tristes paredes antes de Nochevieja seguían allí, esperando para ver cuál de ellas sería la elegida. Casi las había olvidado, la verdad es que se había acostumbrado, pero aquel día resultaban chirriantes, como latas de refresco aplastadas en un campo nevado.

—La historia concuerda. —Emily apenas podía creer lo que veía en la pantalla del ordenador—. El señor Quisling buscó un ejemplar de *Tom Sawyer* en el Ferry Building en octubre, en el distrito Mission en noviembre y en Washington Square en diciembre. La periodista dice que no hubo ningún incendio en la plaza de Mark Twain, pero ese libro lo cogimos después de que el señor Quisling lo encontrara y volvimos a esconderlo en la librería de Hollister con la identidad de Coolbirth.

—Así que quizá se habría producido un fuego en la plaza aquel día si no hubiéramos cogido el libro —apuntó James.

Se quedaron en silencio mirando la pantalla de los Buscadores de Libros.

—¿Recuerdas lo que nos contó la señorita Linden del código indescifrable? —Emily jugueteaba con el bajo de sus vaqueros—. Que dice la leyenda que cualquiera que trate de resolverlo será víctima de un incendio. Lo de esa maldición no puede ser... no puede ser cierto, ¿verdad?

Escuchar a la señorita Linden contar la historia de la maldición del fuego aquel día en la Biblioteca Central había sido como escuchar una historia de fantasmas alrededor de una hoguera, de esas que te ponen la carne de gallina aunque en el fondo sabes que todo es broma. Pero aquel día, con el olor acre, a quemado, del incendio de la librería todavía humeando en su memoria, la idea de una maldición le revolvía el estómago a Emily.

—No. —La voz de James sonó firme, como un punto y final—. Una maldición no puede publicar bajo la firma de Coolbrith. Una maldición no puede esconder libros en los Buscadores de Libros. Esto no es una leyenda revivida para perseguirnos. Algo raro está pasando con Coolbrith y el señor Quisling y los incendios. Si conseguimos averiguar por qué los incendios suceden en los mismos lugares donde el señor Quisling encuentra esos libros, entonces seguro que tendremos la respuesta.

—No creerás que el señor Quisling puede ser un... —Emily no fue capaz ni de terminar la frase. Parecía demasiado absurdo insinuar que su profesor pudiera ser un pirómano.

—No lo creo, pero tiene que haber una explicación —dijo James—. Si no es el señor Quisling, entonces podría ser Coolbrith. Quienquiera que sea Coolbrith.

—¿Y qué pasa si es Charlie? —preguntó Emily.

—¿El que provocó el incendio? —James frunció el ceño, haciendo un gesto escéptico ante aquella sugerencia—. ¿Por qué iba a hacerlo?

Emily no podía imaginar por qué nadie iba a hacer algo tan mezquino como provocar un fuego en la librería de Hollister.

—Mintió cuando le preguntaron qué hacía fuera de la tienda, y sabe lo del código indescifrable desde que era alumno del señor Quisling. Él podría ser Coolbrith.

James le hizo una seña con la mano para que le pasara el portátil.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Emily, entregándoselo.

—Voy a iniciar sesión como administrador de los Buscadores de Libros para

averiguar más cosas sobre Coolbrith.

Emily levantó las cejas.

—Vamos a... ¿Podemos hacer eso?

—El cometido que nos encargaron el señor Griswold y Jack incluía ayudar a vigilar la comunidad para asegurarnos de que siga siendo un entorno seguro y positivo. Voy a comprobar la información de registro de la cuenta de Coolbrith.

—¿Para ver si ha puesto «pirómano» como ocupación? —preguntó Emily con ironía.

—Alguna gente hace cosas más estúpidas aún —explicó James—. Pero si en la cuenta aparece el nombre de Charlie, entonces el misterio está resuelto.

Siguió tecleando un poco más hasta que encontró los resultados que estaba buscando. Miró la pantalla con los ojos entrecerrados y se mordió una uña.

—Esto no tiene sentido —dijo por fin—. En la cuenta de Coolbrith aparece el correo electrónico del señor Quisling.

—¿Cómo? —Emily se acercó a la pantalla.

—Cuando te registras en los Buscadores de Libros das un correo electrónico y una contraseña, ¿verdad? Los administradores no podemos ver la contraseña, pero sí el correo electrónico que va con la cuenta. El de Coolbrith es <brian.quisling@email.com>.

—Pero si el señor Quisling es Babbage y también Coolbrith, entonces se ha estado intercambiando mensajes cifrados consigo mismo. Eso es... eso es ridículo —dijo Emily.

James pasó a la cuenta Babbage del señor Quisling.

—Interesante. El correo electrónico que aparece aquí es diferente. Es <brquisling@email.com>.

—¿Tiene dos cuentas de correo electrónico? —preguntó Emily.

—Podría tenerlas. Podría tener quince correos electrónicos diferentes si quisiera. La pregunta es: ¿por qué? ¿Y por qué tener más de una cuenta en los Buscadores de Libros?

—¿Y mantener una conversación contigo mismo en el foro? ¿Intentar convencer a otra persona de que Coolbrith es real?

James tamborileó en el teclado, pensando.

—También puede que otra persona sea Coolbrith, pero quiera hacer ver que es el señor Quisling y se haya registrado usando una dirección de correo con su nombre.

—Pero... ¿por qué? —preguntó Emily al fin.

—Si supiéramos la respuesta a esa pregunta —dijo James—, sabríamos quién es Coolbrith.



Capítulo 30

La noche después del fuego, Emily se derrumbó en la cama con la intención de cerrar los ojos por unos instantes antes de cenar. Cuando quiso darse cuenta la despertó el sonido de unas campanas, bien entrada la mañana del domingo. No quería ni pensar en nada relacionado con el día anterior. Ni siquiera quería trabajar en la resolución del código indescifrable, porque eso le recordaba al señor Quisling, así que dio un paseo con sus padres y Matthew hasta el Pier 39 para ver a los leones marinos y comer sopa de almejas en cuencos de pan. Normalmente, una librería o biblioteca eran su sitio ideal para una escapada, pero el día después del incendio de la tienda de Hollister le entraban escalofríos solo de pensar en verse rodeada de paredes llenas de libros.

El lunes antes del colegio, James bajó tambaleándose por la escalera acarreando el peso de dos bolsas rebosantes de basura.

—¿Qué es todo eso? —preguntó Emily.

—Todos los años, por estas fechas, Po-Po se vuelve loca limpiando la casa. Quiere que el año nuevo comience con buen pie, sin el viejo equipaje estorbando por ahí.

—Un nuevo comienzo. —Emily se vio de pie en el Wave Organ, poco más de un mes atrás. Por un momento deseó poder rebobinar hasta aquel día, aquel día perfecto de Año Nuevo.

James echó las bolsas al cubo para la recogida, pero estaba tan lleno que no conseguía cerrar la tapa. Puso las manos encima y dio un salto, intentando aplastar las bolsas con el peso de su cuerpo, y después, al ver que aquello no funcionaba, cerró la tapa de golpe, y repitió el intento al ver que rebotaba hacia arriba. Por fin lo dejó

destapado, como una boca abierta llena de comida. Emily observó cómo James se alejaba pisando fuerte y se apresuró para alcanzarlo.

—¿Estás bien? —preguntó.

No era propio de James ponerse así con la basura.

—Sí —asintió James, pero lo dijo como quien dice «no».

Caminaron en silencio hasta que James le preguntó:

—¿Recuerdas cuando estuvimos hablando de lo que haríamos con el tesoro si lo encontráramos?

Emily asintió.

—Voy a cambiar mi respuesta. No me compraría un ordenador. Le daría el dinero a mi padre. Esta mañana se rio de mí cuando le dije que podría buscarse un trabajo diferente para no tener que viajar tanto, y me respondió: «Espera, que bajo a la esquina porque allí están repartiendo esos trabajos». Bueno, es una tontería, pero le daría el dinero para que pudiera cambiar de trabajo. Sé que suena aburrido, pero es lo que yo haría.

Agarró con fuerza los tirantes de su mochila y mantuvo la cabeza bien alta, con decisión, como si fueran a salir a buscar un tesoro en aquel mismo instante.

—No es ninguna tontería. Y puede que sea aburrido, pero yo lo entiendo. Yo también les daría el dinero a mis padres. Para que pudiéramos quedarnos en San Francisco.

James frenó en seco.

—¡No vas a mudarte, ¿verdad?!

—No, no —dijo Emily enseguida—. Al menos no lo creo. Pero el dinero extra nos ayudaría a no tener que hacerlo.

—Bien —dijo James.

Ahora parecía más animado que cuando estaba atacando a las bolsas de basura. Empezó a hablar de un programa que había visto la noche anterior, sobre una artista llamada Aowen Jin que había pintado unos murales de tinta invisible donde aparecían escenas de la antigua mitología china.

—Si visitas la galería, tienes que llevar una lámpara de rayos ultravioleta para poder ver las imágenes —explicó James.

—¡Qué idea más alucinante! Es como un arte secreto.

Siguieron hablando de crear arte invisible hasta que doblaron la esquina hacia la calle de la librería de Hollister y se quedaron callados.

El escaparate de la tienda estaba tapado con tablones donde el cristal se había resquebrajado y desprendido. El interior se veía más oscuro de lo habitual, al ser tan temprano. El cartel de CERRADO ni siquiera estaba colocado en la puerta. A Emily nunca se le había ocurrido que un cartel de cerrado pudiera resultar reconfortante.

—¿Y qué pasa si Hollister no puede volver a abrir la librería? —preguntó Emily, mientras seguían andando hacia el colegio.

Sus padres le habían contado que tenía que reparar unos daños estructurales en la

tienda para poder volver a abrir, y Emily sabía que muchos libros, si no todos, habían sufrido daños por el humo y el agua. Hacía solo un momento ella y James habían estado hablando de volver a empezar, y eso era lo que tendría que hacer Hollister. Pero «volver a empezar» tenía un significado diferente, comprendió, cuando lo habías perdido todo.

—No es justo que le haya pasado esto a Hollister —dijo James.

—Ya lo sé. Sería bastante grave si el fuego hubiera sido por accidente, pero ¿y si alguien lo hizo adrede? No puede irse de rositas.



Aquel día, en el colegio, algunos chicos hablaban de la librería vecina que se había incendiado durante el fin de semana, pero nadie parecía saber que Emily había estado allí, y ella tampoco quiso decir nada. No quería ni hablar del tema. Seguramente el señor Quisling lo intuyó al verla entrar en su clase, porque solo le dio una palmada en el hombro y dijo: «Me alegro de verte, Emily». Normalmente no saludaba a ningún alumno en especial, así que ella leyó entre líneas y comprendió que era su manera de decir que se alegraba de verla sana y salva.

Cuando empezó la clase fue incapaz de concentrarse. Al ver a su profesor se ponía a pensar en que había ido a la tienda de Hollister el sábado por la mañana solo para cazar un libro que ella y James habían puesto de cebo para guiarlo hasta allí, y si había alguna relación entre él y Coolbrith y los incendios en las ubicaciones de los *Tom Sawyer* escondidos, entonces ella era en parte culpable de lo sucedido. Aquella sensación de culpa era grande como un hueso de melocotón, y se la tuvo que tragar.

Emily se las arregló para pasar casi media semana fingiendo que todo era normal, hasta la reunión del comité de baile del miércoles. La señora Ortega tenía que guardar reposo indefinidamente, así que el señor Sloan la había sustituido, como consejero del club y también en las clases.

—Emily —dijo con voz amable—. Siento mucho lo que sucedió en la librería de Hollister. Me he enterado de que estabas allí. Habrás pasado mucho miedo.

—Bueno. —Emily tragó saliva porque todavía tenía aquel nudo de culpabilidad atascado en la garganta. Así que, después de todo, sí que había corrido la noticia de que ella estaba en la tienda—. Es verdad. Pero estoy bien.

El señor Sloan le dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Sabes?, tampoco pasa nada por no estar bien.

Emily sabía que intentaba consolarla, así que esbozó una leve sonrisa y se sentó, pero sus palabras le recordaron que no podía fingir que aquello no había sucedido. Aunque odiaba pensarlo, la tienda de Hollister había sufrido un incendio y ella estaba allí cuando ocurrió. No podía hacerlo desaparecer con su imaginación. La única forma de mejorar las cosas era llegar al fondo del misterio de Coolbrith, pero no sabía cómo conseguirlo.

James y ella no sabían si contarle al señor Quisling que la cuenta de Coolbrith estaba registrada con un correo electrónico a su nombre. Ahora que sabían que aquello de alguna manera tenía relación con los incendios provocados, se sentía aún más confundida. Era cierto que no creía que su profesor supiera nada de los fuegos, pero ¿qué sucedía si estaba equivocada? ¿Qué pasaba si al contárselo todo de alguna manera empeoraba las cosas?

Lo único que se le ocurría por ahora era vigilar el hilo de la misión entre el señor Quisling y Coolbrith. No había tenido actividad desde el mensaje de la ruptura, ni siquiera después del intento de James y ella de esconder un libro como señuelo.

En cuanto el comité de baile estuvo reunido, Vivian dio unas palmadas y dijo:

—Muy bien. ¡Tenemos mucho que hacer y solo queda una semana para el Día de San Valentín!

—De hecho, queda una semana y media —la corrigió James.

Vivian continuó:

—Lo primero es lo primero. Vamos a concretar los detalles del juego.

Cuando hubieron expuesto sus ideas, Nisha leyó en voz alta las notas para repasar lo que habían decidido:

—Van a competir tres equipos: George Washington, Abraham Lincoln y Theodore Roosevelt. Tenemos previsto que puedan formarse equipos de diez personas, basándonos en las ventas de entradas hasta ahora.

James intervino:

—Si hay un pico de ventas justo antes del baile, entonces podemos organizar dos rondas para que pueda participar más gente.

—Y quizá no contemos ni con diez personas por equipo porque no todos los alumnos del baile van a querer participar en un juego de chiquillos —añadió Maddie con los brazos cruzados.

—Si te permitimos poner corazones en todos los adornos, ¿dejarás de ser tan quejica? —la pinchó Devin.

Maddie dejó caer los brazos a los costados y se enderezó en su asiento.

—No me estoy quejando. No hago más que exponer algo que es un hecho cierto. No todo el mundo querrá jugar.

El señor Sloan levantó las manos.

—Vale, vale. Tanto Maddie como James han hecho observaciones válidas. Está bien tener planes de contingencia para todas las situaciones: pocos participantes, demasiados y la cantidad justa. Nisha, ¿puedes continuar?

Nisha se aclaró la garganta.

—Kevin y Devin tienen los disfraces que su madre ha prestado y donado, y tomarán prestados más chaquetas y accesorios de los compañeros de clase para que tengamos suficientes.

Los gemelos levantaron los pulgares indicando que estaban de acuerdo.

—El juego funcionará como sigue —continuó Nisha—: De uno en uno, cada

miembro del equipo se vestirá como su presidente, después correrá por un circuito de obstáculos que consiste en saltar de *hula-hoop* en *hula-hoop*, gatear por encima y por debajo de una tela de papel crepé y finalmente rodar en monopatín hasta el final, donde se atará al tobillo un lazo con un globo en un extremo. Cuando tenga el globo en el tobillo, el siguiente miembro del equipo se pone el disfraz y empieza la carrera de obstáculos. Los dos primeros equipos que se pongan los globos competirán en el pateado de globos. El último equipo al que le queden globos hinchados gana.

—¿Todo el mundo de acuerdo? —preguntó Vivian. El grupo respondió asintiendo con la cabeza y murmurando síes—. Vale, pues hay que empezar a moverse.

Vivian repartió a todos en diferentes puestos de trabajo. Nisha y Maddie pintaban una pancarta que decía bienvenidos. Emily y James recortaban corazones gigantes en rojo, blanco y azul para colgar del techo del gimnasio. Kevin y Devin experimentaban con la preparación de limonada roja, blanca y azul. Vivian se movía de un puesto a otro, gritando a intervalos, al azar: «¡Ya solo queda una semana para San Valentín, chicos!». Aunque el pánico y los gritos no los iban a ayudar a pintar, recortar y mezclar más deprisa.

—Una semana y media —repitió James.

Vivian levantó las manos al aire, diciendo:

—Este baile va a ser un desastre.

El señor Sloan se sentó en el borde de la mesa del profesor y parecía abrumado con tanto ruido y actividad.

—No vamos a tirar la toalla todavía, Vivian. Podemos reunirnos también el próximo miércoles. Esto va a salir adelante. ¿Por qué no ayudas a Emily y a James a recortar?

Emily le ofreció un lápiz con una mano y unas tijeras con la otra.

—¿Prefieres calcar la plantilla o recortar?

Vivian escogió las tijeras y se derrumbó en una silla.

—Yo recortaré corazones.

El señor Sloan aplaudió y se frotó las manos.

—¡Estupendo! Así iremos más rápido. Nisha y Maddie... —Se puso a abrir y cerrar los cajones por el laboratorio de Ciencias hasta que encontró lo que andaba buscando—. Se puede usar esta pistola de calor para secar la pintura. Así acabaréis los carteles más deprisa sin preocuparos de que se emborronen los colores.

Nisha aceptó la pistola de calor y la enchufó en una toma de corriente cercana. La encendió para probarla. La herramienta se parecía mucho a un secador de viaje, solo que más pequeña y silenciosa.

—Kevin y Devin —continuó el señor Sloan—, puede que los experimentos con limonada no sean lo más crucial de la lista.

Los hermanos se quedaron mirando al sustituto a través de unas gafas protectoras que se habían empeñado en ponerse a pesar de que Vivian les había insistido en que eran innecesarias y ridículas. Los dos chicos también llevaban gruesos guantes y

sujetaban vasos de precipitados rellenos de líquido rojo y azul. Tenían varias hileras de vasos de papel alineadas delante de ellos.

—¿Acaba de decir que la comida y la bebida no son importantes? —le dijo Kevin a su hermano.

—Menuda blasfemia —susurró Devin.

—¿Cómo podemos encontrar la fórmula del tono perfecto de azul patriótico sin experimentar? —dijo Kevin.

Devin se arrancó un guante y levantó un vaso de papel.

—¿O estar seguros de que esta limonada sabe a libertad? —Probó un sorbo e inmediatamente volvió a escupirlo en el vaso. Agarró una toalla de papel y se limpió la lengua.

—¿No lo hemos logrado aún? —le preguntó Kevin.

—Sabía como estar castigado en una casa de una sola habitación mientras tu hermana pequeña ve un maratón de «Yo Gabba Gabba». No es el sabor de la libertad ni mucho menos —afirmó Devin.

—Puaj. —Kevin se estremeció—. Vivian tiene razón, este baile va a ser un desastre.

Todo el mundo se echó a reír menos Vivian, que hizo un mohín y atacó más ferozmente la cartulina con las tijeras.

—Nota mental —murmuró—. La próxima vez no se admiten rarillos en el comité.

Después de unos minutos de silencio concentrado, Maddie saltó:

—¿Alguien más ha oído hablar del incendio de este fin de semana?

Nisha dijo:

—Yo he oído que fue en la tienda de tu amigo, James. El mismo sitio donde se celebró la fiesta por el libro de Poe que encontrasteis Emily y tú.

De pronto, Emily empezó a concentrarse mucho en lograr que los cortes de su corazón siguieran exactamente la línea trazada. No necesitaba levantar la vista para darse cuenta de que todas las miradas se dirigían hacia James y ella.

Kevin o Devin, Emily no distinguía muy bien sus voces cuando no estaba mirando, dijo:

—Yo he oído hablar del tema. Mi padre dice que seguramente el dueño de la tienda necesitaba el dinero.

Aquello hizo que Emily levantara la vista.

—¿Por qué iba a decir tu padre una cosa así?

Kevin le dio un codazo a Devin, lanzándole una indirecta para que se callara.

—Es amigo de Emily y de James —dijo.

Devin insistió.

—No digo que fuera eso lo que sucedió. Es solo una teoría que tenía nuestro padre. Dijo que la mayoría de los casos de incendios provocados se dan porque el dueño del negocio necesita sacarle dinero al seguro. Se llama «fraude al seguro».

Emily le lanzó una mirada asesina a Devin, esperando que lo hiciera sentir como si le hubieran arrojado un puñado de piedras. Normalmente le gustaba Devin, pero a veces incluso la gente simpática decía tonterías.

—Extender un rumor así no es mucho mejor que ser el origen de las acusaciones. De hecho, diría que es aún peor.

Devin parecía alarmado. Se notaba que se sentía mal por haber hablado y que no había tenido intención de molestar. Pero ella se enfadó de todas formas.

—Hollister ni siquiera... —Emily estuvo a punto de decir que Hollister ni siquiera estaba allí cuando comenzó el fuego, pero entonces alguien podía preguntar cómo lo sabía ella. No quería hablar del tema.

—Él nunca haría una cosa así —terminó James por ella.

—Eso —asintió Emily.

Volvió a concentrarse en recortar la cartulina. Le temblaba un poco la mano que sujetaba las tijeras. La reunión del comité de baile le había servido de distracción para no pensar en el fuego y en por qué se había desencadenado y en todo lo que tenía que ver con los mensajes del señor Quisling y Coolbrith acerca del código indescifrable. Pero ahora, de nuevo, no podía dejar de darle vueltas.

—Bueno. —El señor Sloan acabó con aquel silencio incómodo—. Contadme el resto de vuestros planes para el baile. Parece que ya habéis resuelto la parte de la diversión y los juegos, pero ¿qué pasa con el baile de vuestro baile?

Vivian se levantó de su asiento con el portapapeles preparado y el bolígrafo en ristre.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó.

—Relájate, Vivian. —El señor Sloan levantó las dos manos en señal de rendición—. No te estoy interrogando. Solo me pregunto si habéis contratado a un DJ.

—Pues claro. Es amigo de ellos —dijo Vivian, señalando a Emily y James con un gesto de la cabeza.

—Yo no lo llamaría exactamente un amigo —dijo James—. Pero lo conocemos.

Se miraron y ella supo enseguida que su amigo estaba pensando en la mentira de Charlie. Pero una mentira no significaba que fuera un pirómano.

—¿Habéis preparado entre todos una lista de canciones como sugerencia? —preguntó el señor Sloan—. Puede ser muy útil. Y preguntad si tiene una máquina de humo y esas luces que dan vueltas. Siempre quedan alucinantes.

Vivian garabateó en su portapapeles.

—No habíamos pensado en una lista de canciones —murmuró.

—Hay que tener una lista de canciones —dijo el señor Sloan—. Si no, el DJ puede acabar poniendo la *Macarena* en bucle.

Todos empezaron a reír y protestar. Emily se sentía más ligera ahora que la conversación ya no giraba en torno al incendio de la librería de Hollister. Kevin y Devin se pusieron a entonar la *Macarena* con las gafas de protección puestas. Extendían una mano enguantada, después la otra, volvían las manos, luego las

doblaban sobre cada codo y meneaban las caderas.

—¡Heeeeeey, Macarena! —exclamaban.

James negó con la cabeza.

—No me puedo creer que se sepan eso.

—¡Debería formar parte del desafío presidencial! —exclamó Kevin.

—No con mayúsculas. NO —respondió Vivian.

Kevin y Devin se colocaron de un salto en el lateral para hacer los movimientos de baile mirando en otra dirección, pero le dieron un golpe a la mesa cubierta de muestras de limonada en vasos de papel; uno se cayó de la mesa encima del cartel que Maddie estaba pintando. Esta lanzó un chillido. El líquido corría por el mostrador del laboratorio y empezó a gotear sobre su trabajo. El señor Sloan se apresuró hacia la pared y tiró del rollo de toallas de papel, agarrando varias para regresar a toda prisa y limpiar aquel desastre de líquido azul y rojo. Nisha apuntó al líquido para secarlo con la pistola de calor.

—¡Se está volviendo marrón! —exclamó Maddie—. ¡Lo estás quemando!

Nisha apagó la pistola de calor.

—No —dijo Emily—. Se está volviendo marrón porque es zumo de limón. Los líquidos ácidos se pueden usar como tinta invisible y cambian de color al aplicarles calor.

El señor Sloan levantó la vista de lo que estaba limpiando, muy impresionado.

—¡Muy bien!

Había aprendido lo de las tintas invisibles y su reacción con el calor mientras buscaba el libro de Poe perdido por Griswold el año anterior. De hecho...

Con la excusa de ayudar a limpiar, Emily se puso a cuatro patas, aunque lo que en realidad quería era ver mejor las manchas marrones de limonada. Le recordaban a una marca que había en el pergamino del código indescifrable, la que parecía como si alguien hubiera colocado una taza de café encima dejando un cerco, pero ¿y si esa marca no era de una taza? Ya habían descubierto que el papel se podía doblar de forma que quedara una marca en medio de una de las islas. ¿Habría todavía algo más?



Capítulo 31

Emocionada ante la posibilidad de que en el código indescifrable existiera algo más de lo que se veía a simple vista, Emily trastabilló al recoger el vaso de limonada y se derramó más zumo.

—Cuidado —le espetó Maddie.

Emily ayudó a limpiar el desastre con un puñado de toallas de papel, pero el líquido y la pintura se mezclaron y el cartel se arrugó por las partes mojadas.

—Está definitivamente arruinado —protestó Maddie—. Y mis rótulos eran perfectos.

—Lo siento, Maddie. —Emily se disculpó, aunque no era ella quien había tirado el vaso de la mesa.

—Se acabó el tiempo por hoy —anunció el señor Sloan.

—No me extraña —dijo Vivian—. Jamás estaremos listos a tiempo.

—No te preocupes —la tranquilizó el señor Sloan—. Aún nos queda la semana que viene. Y recordad, lo más importante es que los alumnos se diviertan. Eso es posible aunque no queden perfectos todos los detalles.

Emily se levantó de un salto, ansiosa por contarle su idea a James nada más salir de la reunión del comité. En cuanto pusieron un pie fuera del aula de Ciencias, lo agarró del brazo y se lo llevó detrás de una esquina, en dirección contraria a la del resto de la gente.

—¿Qué...?, ¿adónde vamos? —farfulló James.

—Tengo que contarte algo. Es importante. —Emily comprobó que no hubiera nadie cerca y preguntó—: ¿Viste cómo el calor cambiaba el color del zumo de limón en el cartel de Maddie?

—Vaya cabreo que ha cogido. —James sacudió la cabeza.

Emily no quería pensar en Maddie.

—Se supone que el código indescifrable sobrevivió a varios incendios, ¿verdad? ¿Qué pasa si la marca marrón del viejo pergamino no es accidental sino que forma parte de un mensaje escrito en tinta invisible que se hizo visible con el calor?

La idea de Emily lo impactó de tal manera que dejó caer las manos de los tirantes de su mochila y le quedaron colgando a los lados.

—Guau —exclamó—. Puede que esa cuadrícula de letras que todo el mundo supone que es el código indescifrable ni siquiera sea el código. ¡Podría ser un señuelo!

Comenzaron a recorrer el pasillo y James daba saltitos, emocionado.

—Una vez leí que George Washington les hacía escribir a sus espías revolucionarios unos mensajes secretos en tinta invisible entre las líneas de cartas que parecían normales. Si George Washington usaba tinta invisible, entonces sabemos que ya existía en la época de la fiebre del oro.

—Y no olvides *El escarabajo de oro* de Edgar Allan Poe —dijo Emily, recordándole la historia que habían leído el otoño anterior—. Allí también se habla de la tinta invisible, y Poe escribió eso en el siglo XIX.

Estaban fregando el pasillo que llevaba a las puertas principales, así que doblaron una esquina y se dirigieron hacia una salida lateral.

—Aunque mi idea tiene un problema —dijo Emily—. ¿Cómo vamos a calentar el papel en la biblioteca? La señorita Linden parece muy simpática y todo eso, pero no creo que le parezca bien que saquemos un secador y se lo enchufemos a un documento histórico.

—No, seguro que no —coincidió James. Empujó la puerta lateral para abrirla, pero la puerta se resistía—. ¿Es que ya está cerrada?

Probó con más fuerza, luego la golpeó con el hombro para conseguir más impulso y entonces cedió. La cerradura estaba rellena de chicle ennegrecido que atascaba el pestillo.

—Puaj, qué guarra es la gente —dijo Emily.

Salieron al sol y James chasqueó los dedos.

—Ya sé: ¿qué tal una luz negra?

—¿Una luz negra?

—Sí, ¿recuerdas aquella artista de la que te hablaba el otro día? Se necesitaba una luz negra para ver sus cuadros.

—Una luz negra —asintió Emily—. Es una idea buenísima. Seguro que Matthew tiene una.

Encontraron a su hermano en su habitación colocando piezas de LEGO para otro vídeo de animación que estaba rodando como homenaje a su grupo favorito, Flash. No tenía una luz así, pero sacó el teléfono.

—¡Vamos a ver si existe una App para eso!

Resultó que existía pero costaba cinco dólares. Emily se mordió el labio.

—Es mucho dinero por algo que vamos a usar una sola vez.

¿Por qué tenía todo que ser tan caro?

—¿Podemos fabricar una? —se preguntó James.

Después de buscar en internet descubrieron un truco sencillo para convertir temporalmente el teléfono de Matthew en una luz negra.

—Solo necesitamos cinta adhesiva transparente y rotuladores azules y morados —dijo este.

Emily arrambló con los materiales que su madre usaba para el diseño gráfico y escogió los rotuladores que necesitaban. Siguiendo las instrucciones, colorearon dos pedazos de cinta con rotuladores azules y los colocaron encima de la luz del teléfono de Matthew. Luego colocaron un pedazo de papel coloreado con rotulador morado por encima del azul. Matthew encendió la linterna y de su teléfono surgió un rayo de luz violeta.

Era demasiado tarde para acudir al Centro de Historia donde se guardaba el código indescifrable, de modo que tendrían que probar su teoría al día siguiente, después del colegio. Emily estaba impaciente.



Cuando por fin terminó el colegio, el jueves por la tarde, Emily y James corrieron a casa para reunirse con Matthew y dirigirse a la Biblioteca Central.

—¿De verdad era necesario que viniera yo? —preguntó Matthew cuando estaban sentados todos juntos en el autobús.

—No, no lo era —dijo Emily—. Ya te lo he dicho tres veces. Necesito tu teléfono, no te necesito a ti. Pero no quieres separarte de ese estúpido aparato.

Matthew abrazó el teléfono con fuerza y le dio unas palmaditas en la parte de atrás.

—No le hagas caso —bromeó, hablándole como a un bebé—. Tú no eres estúpido. ¡Claro que no!

Al llegar al Centro de Historia, en la sexta planta, la señorita Linden los saludó como la vez anterior.

—¡Hola a los tres! Cuánto tiempo. —Se colocó su larga trenza de mechones verdes detrás del hombro—. ¿Habéis avanzado en el caso?

—Bueno... —Emily arrastró los pies y miró James.

Desde luego que habían avanzado en el caso, al descubrir que el pergamino se podía doblar para superponer una marca en uno de los círculos. Y también estaba su nueva teoría acerca de la mancha marrón del papel antiguo. Pero no quería decir nada hasta saber con certeza si su corazonada era cierta.

—¿Podemos volver a ver el código indescifrable?

—Por supuesto. Voy a buscarlo.

Si la señorita Linden sospechaba que estaban tramando algo, no lo dejó entrever.

Dejaron las mochilas en el mostrador principal, como la vez anterior, y se llevaron a la mesa larga la libreta de Emily, un bolígrafo y el teléfono de Matthew. Allí se quedaron esperando a que la señorita Linden sacara la carpeta.

En cuanto esta se marchó, se quedaron mirando la carpeta de papel Manila. Todas las esperanzas de Emily estaban puestas en aquel acto tan simple de arrojar una luz sobre un pedazo de papel.

—Bueno —dijo James.

—Bueno —asintió Emily.

—¿De qué tenéis miedo vosotros dos? —Matthew abrió la carpeta y sacó el móvil—. Vamos allá.

Emily centró toda su atención en la marca que parecía una mancha de café. Si aquello no era una mancha accidental y de verdad formaba parte del código indescifrable, ¿quién sabía lo que podía revelar la luz negra? ¿Estaría el papel lleno de palabras o aparecería un mapa más detallado?

Matthew trasteó con el teléfono para encender la linterna. Lo sujetó en alto y el papel quedó bañado en una luz violeta. Emily entrecerró los ojos y se acercó más a la mesa. Bajo aquel resplandor coloreado parecía que la página tenía unas marcas de pincel que se abrían desde la marca marrón, formando un patrón de trazos y líneas. Aguantó la respiración. ¿De verdad se veía algo? La variación de tono que revelaba la luz era muy sutil y Emily no sabía muy bien si tenía tantas ganas de encontrar algo que su imaginación se lo estaba inventando, o si de verdad allí se veía una imagen.

—¿Vosotros veis lo mismo que yo? —les preguntó Emily a su hermano y a James.

—Creo que veo algo —afirmó James.

—Parece un dibujo —añadió Matthew.

A sus espaldas, la voz de la señorita Linden los sobresaltó.

—¿Qué es lo que estamos viendo?



Capítulo 32

Matthew apagó la luz del teléfono y los tres se pusieron a mirar a todas partes menos a la señorita Linden, hasta que Emily comprendió que era una tontería fingir que no estaban haciendo nada cuando estaba claro que la señorita Linden había visto algo.

—Se me... ocurrió que en este papel podía haber un mensaje escrito con tinta invisible. Preparamos el teléfono de Matthew para que funcionara como una luz negra y...

—Creo que Emily tenía razón —la interrumpió James.

—Pero mi apaño del teléfono no tiene suficiente potencia para verlo muy bien —explicó Matthew.

La señorita Linden tenía una ceja arqueada.

—¿Tinta invisible? Déjame ver.

Le hizo un gesto con la cabeza a Matthew para que volviera a encender la luz del teléfono. Se inclinó sobre el papel y la trenza resbaló hacia delante, por encima de su hombro. El teléfono de Matthew comenzó a brillar otra vez, como un rayo de luz de luna que bañaba la hoja. De nuevo Emily intuyó la huella de un dibujo. No eran imaginaciones suyas.

—No me lo puedo creer —dijo la señorita Linden en voz baja. Se irguió de golpe, con la columna muy recta, y declaró—: Tengo algo que nos puede ayudar a verlo mejor. Un momento.

Salió casi corriendo por la puerta y se metió en la habitación contigua. Cuando volvió a aparecer llevaba en la mano un objeto delgado, negro, con forma de regla.

—Una luz negra profesional —dijo—. A veces se usa para trabajar en los archivos, aunque hay que tener cuidado con ella. Con el tiempo puede llegar a

degradar el papel y la tinta. Pero puede ser que hayas hecho un descubrimiento histórico, así que creo que la situación lo requiere.

Los cuatro se apiñaron en torno al pergamino. La señorita Linden encendió la luz. El rayo que emitía era más definido y potente que la versión casera e iluminaba claramente un par de símbolos:

希冀

James se quedó mirando con los ojos como platos.

—¡Creo que está en chino!

Ahora Emily lo veía claro. Las líneas no formaban un dibujo como había creído al principio. Formaban caracteres en otro idioma.

—Asombroso —dijo la señorita Linden.

—¿Sabes lo que pone? —le preguntó Emily a James.

—Mi nivel de chino me da solo para pedir *dim sum*. Pero esta noche se lo preguntaré a mi abuela. Ella lo sabrá.

Matthew sacó una foto y Emily y James copiaron los símbolos en un papel.

—Esto es asombroso —repitió la señorita Linden—. No me lo puedo creer.

Apagó la luz y después volvió a encenderla, como queriendo asegurarse de que los caracteres chinos no habían desaparecido.

—Bueno, ¿por qué crees que el minero hizo esto? —preguntó Matthew—. ¿Será que agarró este papel creyendo que estaba en blanco y no sabía que tenía esto?

—No creo que sea una coincidencia —replicó Emily.

—Yo tampoco —asintió James—. Puede que fuera un minero chino y esto fuera un recordatorio de dónde había escondido el oro. Las letras visibles sirven para engañar a cualquiera que quiera encontrarlo.

—O puede que haya que combinar las dos partes para encontrar el tesoro —dijo Emily—. Puede que un minero chino y un minero anglófono trabajaran juntos para elaborar esto, y emplearan las dos lenguas para garantizar que volverían a encontrar juntos el oro, para que uno no se lo robara al otro...

—Ni lo matara —terció Matthew.

—Buf. Qué macabro, pero sí, se necesitarían el uno al otro para interpretar el mapa y encontrar el lugar donde habían escondido el oro en la isla —dijo Emily.

—¿La isla? —preguntó la señorita Linden—. ¿Cómo sabes que lo escondieron en una isla?

Emily y James se miraron. James se encogió de hombros y, la verdad, Emily estaba tan emocionada con aquel nuevo giro de los acontecimientos que estaba deseando compartir la otra cosa que habían descubierto en el mapa. Le mostró a la señorita Linden que, al doblar el mapa, la marca caía en uno de los cuatro círculos de

la parte trasera.

—Asombroso —dijo la bibliotecaria, doblando el papel de nuevo para probarlo por sí misma.

—Pero estamos atascados porque no sabemos cuál puede ser esa isla —añadió Emily—. Creemos que los tres círculos que aparecen más juntos son la isla de los Ángeles, Alcatraz y la isla Treasure. Por mucho que uno gire la página, no parece que la marca pueda señalar Alcatraz. La isla de los Ángeles pertenecía a la Armada cuando se supone que fue creado el código. Y la isla Treasure no existía, así que...

—Yerba Buena existe desde siempre —intervino la señorita Linden, refiriéndose a la isla natural que conectaba con la isla Treasure.

—Sí —asintió Emily—. Tiene que estar allí.

Aunque la teoría no le hacía mucha ilusión, porque en Yerba Buena se había construido mucho a lo largo de los años. Para empezar, se había excavado el túnel para el puente Bay Bridge, y además la Armada y la guardia costera llevaban décadas utilizando la isla. También estaba la nueva construcción que James y ella habían visto en el paseo familiar en bici por la isla Treasure. Al igual que el *Niantic* había sido descubierto por los obreros que estaban excavando para construir un aparcamiento, no podía evitar pensar que era más probable que el tesoro lo descubriera alguien con una excavadora que un par de chavales.

—También está Gull Island —dijo la señorita Linden—. Imagino que eso es lo que representa el cuarto círculo.

—¿Gull Island? ¿Tú conocías Gull Island? —le preguntó Emily a James.

—Tengo que hacerme una camiseta que ponga: «No soy la Wiki de San Francisco».

—Es muy pequeña, mucho más pequeña que las demás —explicó la señorita Linden—. Y desde luego no es un sitio turístico como la isla de los Ángeles o Alcatraz. Tampoco es accesible como Yerba Buena o la isla Treasure. Además, se trata de una isla privada, la única de la bahía, así que mucha gente no la conoce.

—¿Privada? ¿Quiere decir que allí vive alguien? —preguntó Matthew—. Muy típico de una estrella del rock, el tener una isla propia en la bahía de San Francisco.

—Tiene dueño. Creo que es un millonario que invierte en tecnología y ahora vive en el extranjero. Pero allí no vive nadie. La isla no se ha urbanizado. No hay agua corriente ni tampoco electricidad. Un secreto poco conocido, aunque en la comunidad náutica todos lo saben, es que el dueño ha dado permiso para hacer pícnicos o ir a observar aves.

—¿Observar aves? —preguntó James.

—Como no está urbanizada ni existe interferencia humana, con el tiempo se ha convertido en un santuario de aves —explicó la señorita Linden—. Pero no se permiten la caza, los fuegos artificiales ni las acampadas.

La bibliotecaria se puso de nuevo a estudiar el papel con los círculos.

—Girando el mapa en esta dirección, parece que este grupo de tres son las islas

de los Ángeles, Alcatraz y Gull Island con la marca. Yerba Buena es la que está fuera del triángulo.

—Gull Island —repitió Emily.

Entre la revelación de los caracteres chinos y el descubrimiento de aquella isla, podían estar a punto de resolver el acertijo por fin. Era una sensación de esperanza que quedó rápidamente chafada cuando la señorita Linden dijo:

—Vuestras teorías son estupendas. Ya me imagino a todos los historiadores ansiosos por ponerse manos a la obra y descubrir las respuestas.

A Emily se le cayó el bolígrafo. Lo recogió.

—¿Los historiadores?

Bajó la mirada al código indescifrable, que había recuperado su apariencia habitual ahora que la señorita Linden tenía la luz apagada. Claro que surgiría un repentino interés por el código indescifrable una vez que se conociera este descubrimiento. El código seguramente se convertiría de nuevo en una locura, tal y como Hollister les había contado que sucedió al descubrirse el *Niantic* en 1978. Emily se imaginó a un equipo de historiadores que irrumpía en la habitación en aquel mismo instante y le arrancaba el papel de las manos para ser él quien descifrara el código.

Cuando levantó la vista del pergamino, la señorita Linden la estaba mirando, con la cabeza ladeada y un gesto pensativo.

—¿Sabéis? —dijo la bibliotecaria, despacio y poniendo el mismo énfasis en cada palabra—, para esto necesito archivar la documentación, y se suele tardar un tiempo. Espero que no os llevéis una desilusión muy grande si el público tarda un poco en enterarse.

Emily no lo pudo evitar: se le dibujó una gran sonrisa en el rostro. Sabía que la señorita Linden no podría aguantar indefinidamente sin revelar los caracteres chinos ocultos, pero por lo menos tendrían un poco más de tiempo para intentar resolver el misterio por su cuenta.



Aquella noche, Emily estaba sentada en su habitación intentando concentrarse en los deberes, aunque en realidad estaba soñando con el código indescifrable y esperando la señal de James. Él pensaba hablar con su abuela después de cenar, y Emily estaba impaciente por saber lo que le decía ella.

Por fin se oyeron los golpes. Emily se acercó a la ventana, que ya estaba abierta, y esperó a que apareciera el cubo. Cuando sacó el pedazo de papel de James ponía:

OCVZ KBZ ÑCUNCMCVE ZÑYZWENJE.

(Dice que significa ESPERANZA).

—Esperanza —dijo Emily en voz baja.

Notó que el estómago se le encogía por la desilusión. No veía la manera de que una sola palabra los llevara hasta el tesoro.

Escribió una respuesta y la arrojó dentro del cubo.

ZKD QX DXL VKBFO BV'S VKUPU?

(¿Por qué crees que aparece ahí?)

James respondió:

NF GF ÑZ. ¿YEWE ETWEZW GE ÑBZW TZ?

(No lo sé. ¿Para atraer la suerte?)

Emily frunció el ceño, dando vueltas a aquella sugerencia. Quienquiera que hubiera escrito aquellos caracteres se había tomado la molestia de empezar por idear un plan, buscar tinta invisible y después pintarlos en el papel antes de trazar el código indescifrable y el mapa por encima. Parecía mucho esfuerzo y muchos pasos a seguir para hacer algo que no era más que un gesto de buena suerte.

Emily no sabía cómo funcionaban, pero estaba segura de que los caracteres invisibles formaban parte de todo el acertijo y estaba decidida a ser ella quien descubriera la solución.



Capítulo 33

Aquel fin de semana, James estuvo ocupado celebrando el Año Nuevo chino con su familia, así que Emily se dedicó a vagar por la casa alternando entre la lectura, los deberes y el intento, con el poder de su mente, de que las letras del código indescifrable se colocaran espontáneamente formando algún tipo de mensaje útil.

Le habría gustado poder ir a la librería de Hollister, pero estaba cerrada por un tiempo indefinido. Emily no veía a Hollister desde el incendio. Esperaba que le fuera bien. Recordó las palabras de Devin sobre los dueños de negocios que provocaban incendios para cobrar el seguro. Sabía que Hollister estaba preocupado por su negocio, pero jamás sería capaz de destruir algo que amaba solo por dinero.

Además, seguía preocupada por la mentira de Charlie acerca de las monedas del parquímetro. ¿Por qué no había contado la verdad sobre lo que estaba haciendo cuando empezó el incendio? ¿Qué sería lo que estaba haciendo? ¿Habría mentido porque él era el pirómano, ni más ni menos? ¿Sería posible que Charlie fuera Coolbrith? Sabía que a él no le gustaba el señor Quisling, pero ¿de verdad le guardaba tanto rencor como para hacer algo tan odioso?

Lo único que de verdad sabía Emily era que nadie más conocía la existencia de los caracteres chinos ocultos. Ya se imaginaba excavando en busca del tesoro con James. Eso sí que sería increíble. Se había dedicado a fantasear con encontrar el oro para entregárselo a sus padres y que pudieran permitirse seguir allí, en San Francisco, pero aquel sueño había cambiado desde hacía una semana. Ahora fantaseaba con darle el oro a Hollister. Él y su tienda se merecían una segunda oportunidad.



El martes siguiente, en el comité asesor de los Buscadores de Libros, el señor Griswold le preguntó qué tal estaba en un tono que dejaba bien claro que sabía lo del incendio en la librería de Hollister. Emily sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se las tragó porque no quería llorar delante del señor Griswold.

—Siento mucho que el incendio te pillara allí, Emily —dijo, colocando una mano sobre su hombro.

Ella volvió a parpadear y bajó la vista al suelo.

—Me siento fatal por Hollister.

—Lo sé. —El señor Griswold le dio unas palmadas en la espalda.

Todo el grupo se sentó en su oficina. El señor Griswold se instaló en el sofá, con *Claus* echado a su lado. Emily se sentó en el otro extremo, con Jack sentado en el reposabrazos. Matthew y James se sentaron en las dos sillas.

Angel se levantó de su cesta y olisqueó los tobillos de Matthew. Él se dio unas palmaditas en el regazo, como invitándola a subirse, y la perra dio un salto, se enroscó formando una pelota y soltó un ronquido al tiempo que cerraba los ojos. Matthew le acarició el pelo blanco y encrespado y sonrió.

—Conociendo a Hollister —comentó el señor Griswold—, esto lo verá como un reto para regresar con más fuerza, más amable y hasta más cariñoso que antes. Alguna gente se deja doblegar por una pérdida difícil o un contratiempo, pero Hollister no es así.

Los dos se conocían desde hacía mucho tiempo: medio siglo, aunque no siempre habían sido amigos. Emily se preguntó si las palabras del señor Griswold significaban que por fin habían vuelto a entablar relaciones, pero le pareció una pregunta demasiado personal.

—Ya lo veréis. Hollister es capaz de superar cualquier cosa —reflexionó el señor Griswold mientras acariciaba el cuello de *Claus*—. Lo que nos define es nuestra manera de enfrentarnos a las adversidades, y Hollister es un buen hombre y un luchador.

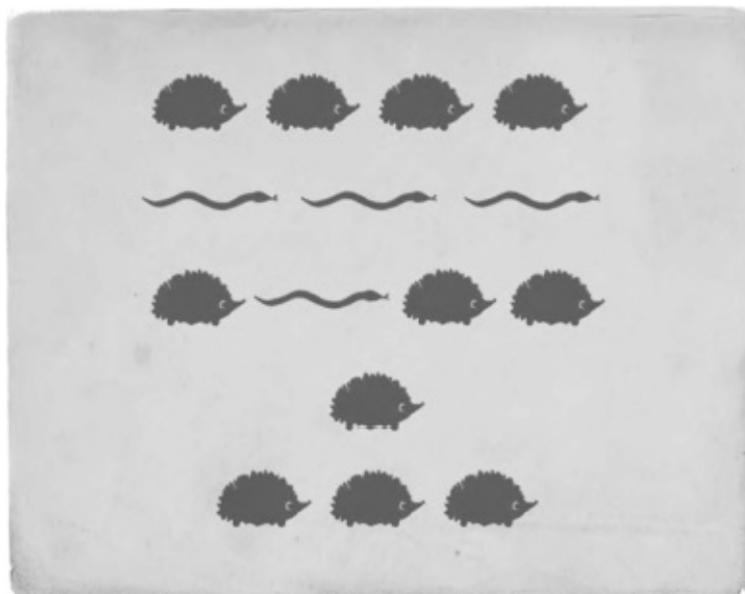
—Eso mismo dijo él de usted —comentó Emily—. Que era capaz de superar cualquier cosa.

—¿Dijo eso? —El señor Griswold parecía muy cómodo hablando del dueño de la librería, pero ahora que hablaban de él, se revolvió inquieto—. Bueno. ¿Ves como te decía que es un buen hombre? —Entonces carraspeó y dijo—: Vamos a hablar de los Buscadores de Libros, ¿vale? Jack, ¿quieres explicarles tu idea?

Este asintió. El pelo le rebotaba lleno de entusiasmo.

—Claro. Esto es lo que estamos pensando: un acertijo mensual en la página de internet, para que los jugadores de los Buscadores de Libros lo resuelvan. Vosotros, chicos, podéis ayudarnos con una tormenta de ideas.

Sacó un pedazo de papel de la carpeta que tenía en el regazo y lo mostró para que Emily, James y Matthew pudieran verlo.



—Este es el ejemplo que se nos ha ocurrido. A este acertijo lo hemos llamado «Serpientes y erizos». La respuesta es el título de un libro que regalaremos como premio a un ganador elegido al azar.

—Los animales representan un código. ¿Adivináis cuál es?

Las serpientes y erizos estaban organizados en grupos al azar. Emily no le veía ni pies ni cabeza hasta que observó que los erizos tenían forma redondeada y las serpientes eran líneas alargadas.

—¿Se trata de un código morse? —preguntó.

—¡Así es! —exclamó Jack—. Aquí está la clave para resolverlo.

A ● -	J ● - - -	S ● ● ●
B - ● ● ●	K - ● -	T -
C - ● - ●	L ● - ● ●	U ● ● -
D - ● ●	M - -	V ● ● ● -
E ●	N - ●	W ● - -
F ● ● - ●	O - - -	X - ● ● -
G - - ●	P ● - - ●	Y - ● - -
H ● ● ● ●	Q - - ● -	Z - - ● ●
I ● ●	R ● - ●	

Los ojos de Emily pasaban rápidamente del dibujo a la clave y vuelta otra vez.

—H... O...

—¡Holes! —gritó Matthew, pegándole un buen susto a *Angel*, que estaba en su regazo—. Me encanta ese libro, *Hoyos*.

—¡Correcto! —dijo Jack—. Aquí tengo otro.

Empezó a rebuscar entre los papeles de su carpeta pero no encontró lo que buscaba.

—Me lo habré dejado en la impresora. Voy a por él.

A Emily le gustaba la idea de los acertijos ilustrados en la página de internet de los Buscadores de Libros y se alegraba de que contaran con ellos para la tormenta de

ideas, pero no podía evitar sentir algo de tristeza porque el señor Griswold fuera reacio a planear actividades y juegos en la vida real, como solía hacer antes.

—Señor Griswold, ¿le hemos contado que James y yo estamos en el comité de baile de nuestro colegio? —preguntó.

—Emily me lio para que me metiera —añadió James.

—Eso es fantástico. —El señor Griswold sonrió—. ¿Lo estáis disfrutando?

—La verdad es que sí —respondió James—. A Emily se le ocurrió una idea muy descabellada para un juego y ha sido muy divertido organizarlo.

—Me inspiré en los juegos que usted creó —dijo Emily, que de pronto se mostró muy tímida—. Es una carrera de relevos presidencial con estallido de globos... Parece una locura. Seguro que es un desastre.

—No te subestimes —repuso el señor Griswold—. Por experiencia te diré que las ideas que me parecían los desastres más absurdos resultaron ser los éxitos más sonados.

Ella preguntó espontáneamente:

—¿Por qué no acude a nuestro baile del sábado?

El señor Griswold tosió.

—¿Yo?

—Sí. —Emily miró a James y a Matthew en busca de apoyo.

—Tampoco tendría que quedarse todo el rato —dijo James—. El juego será al principio. Y le prometo que se reirá.

—Usted podría hacer de juez famoso en el juego —añadió Matthew.

—Bueno, no lo sé. Tampoco soy tan famoso.

—Sí que lo es, para estos cerebritos —respondió Matthew.

Emily le dio a su hermano una patada en el pie y *Angel* levantó la mirada, perturbada de nuevo al ver su siesta interrumpida.

—Lo que Matthew quiere decir es que los aficionados a los Buscadores de Libros lo adoran.

—Bueno, me halaga mucho que queráis contar conmigo. —El señor Griswold tiró del cuello de su jersey—. Es verdad que hace tiempo organicé actividades con colegios, pero eso fue... antes del año pasado, cuando sucedió todo. Hoy en día solo me encuentro verdaderamente cómodo en mi casa y en esta oficina. —El señor Griswold se encogió levemente de hombros con un pequeño gesto desesperanzado.

Emily comprendió que se sentía como ella en la escalera de la librería de Hollister, sin saber muy bien si era mejor avanzar o retroceder. Se había quedado allí, paralizada de miedo, porque no quería tomar una decisión equivocada. Pero quedarse quieto no servía de nada. De haber seguido allí de pie, en la escalera, el fuego habría decidido por ella. Si no tomas tus decisiones, el mundo las toma por ti.

—¿Sabe lo que me dijo una vez una persona muy sabia? —preguntó Emily.

—¿Qué te dijo?

El señor Griswold ladeó la cabeza lleno de curiosidad, mientras acariciaba el

cuello de *Claus*.

—Lo que nos define es nuestra manera de enfrentarnos a las adversidades —dijo—. Creo que usted debería definirse aceptando nuestra invitación para asistir al juego.

El bigote del señor Griswold se alzó en una sonrisa, y agitó un dedo en el aire diciendo:

—Ya veo lo que acabas de hacer. Me lo pensaré, ¿vale? ¿Qué te parece eso?

Emily y James se miraron con una sonrisa

—Le tomamos la palabra —dijo Emily.



Capítulo 34

El resto de la semana Emily siguió estudiando el código indescifrable, convencida de que se necesitaban tanto los caracteres chinos como el alfabeto latino para resolverlo; de otro modo, ¿qué necesidad tenía de incluirlos el minero? Era inteligente hacer que fuera necesario conocer dos idiomas para resolver el mensaje. Como cerrar un cofre del tesoro con dos candados diferentes.

El jueves por la noche, a Emily se le ocurrió que a lo mejor la traducción de los caracteres chinos («esperanza») era la clave de un cifrado, de manera semejante al cifrado de «¿Recuerdas el *Niantic*?» en la nota que se le había caído al señor Quisling durante la fiesta literaria de Poe. Si era el caso, entonces la clave del código indescifrable quedaba así:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
E	S	P	R	A	N	Z	B	C	D	F	G	N

N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
I	J	K	L	M	Ñ	O	Q	T	U	V	W	X	Y

Parecía la solución perfecta. Pero cuando alineó las letras del código indescifrable...

LÑQEN̄PWEKAGSAQQPRAKÑAKEAOGEN̄

y las tradujo empleando esa clave, el resultado seguía sin tener sentido:

PRTARCXAODELBETTCD EOREOAE SLAR

Emily confiaba tanto en haber descubierto algo que el hecho de que no fuera así la hacía sentir como si se estuviera quedando atrás en una carrera. Hacía ya una semana que habían encontrado los caracteres chinos con la señorita Linden. La bibliotecaria no podría esperar mucho más antes de dar a conocer al público en general su descubrimiento. ¿Quién sabía lo que podía tardar otra persona en descifrar el código? Entonces la oportunidad de Emily de encontrar el tesoro se habría esfumado.



El viernes por la mañana, Emily estaba guardando los libros en la mochila, a punto de bajar la escalera para ir andando al colegio con James, cuando sonó un aviso en su ordenador. Era una notificación de la web de los Buscadores de Libros. Había dejado el ordenador abierto sobre la cama y se acercó para leer el mensaje. Era una alerta por una copia escondida de *Tom Sawyer*.

Emily dudó antes de pulsar una tecla para averiguar algo más acerca de quién había escondido el libro y dónde.

—Es solo un libro más, escondido a través de los Buscadores de Libros —se reprendió—. No seas tan cobarde.

Pulsó el botón de Intro.

No era un libro cualquiera. Coolbrith había escondido otro ejemplar de *Tom Sawyer*, esta vez en Coit Tower. Tenía que contárselo a James. Anotó la pista y corrió escaleras abajo.

Cuando abrió la puerta principal de un tirón, James ya estaba esperando en el rellano. Llevaba un impermeable transparente que le cubría la cabeza y la mochila, porque había amanecido un día lluvioso y gris. Tenía la palma de la mano extendida hacia el agua que goteaba del alero de su porche.

—¿Llegamos tarde? —preguntó, al verla resollar.

Emily cogió aliento, intentando dominar tanta emoción. Ahora el señor Quisling se enfrentaba a un nuevo reto en su misión. ¿Significaba eso que se produciría otro incendio cuando encontrara el libro? Abrió el paraguas y le dio la noticia a James mientras se ponían en marcha.

—Ojalá tuviéramos tiempo de ir antes del colegio —dijo.

—Por lo menos el señor Quisling tampoco puede ir ahora mismo —señaló James.

—A lo mejor si vamos a Coit Tower justo después del colegio podemos encontrar el libro antes que nadie y cogerlo para que el pirómano no provoque otro incendio.

—Eso podrá detenerlo hoy, pero también cogimos el libro que estaba escondido en el parque de secuoyas y ahora Coolbrith ya ha escondido otro —reflexionó James—. Tendríamos que contárselo al señor Quisling.

Seguro que James tenía razón. Debían hablar con el señor Quisling para contarle lo que sabían. Pero no tenían pruebas de nada en concreto. Podían contarle que se habían producido incendios cada vez que encontraba un ejemplar de *Tom Sawyer* a través de los Buscadores de Libros, pero no tenía por qué creerlos. Y también que Coolbrith estaba usando un correo electrónico con su nombre, pero a lo mejor eso ya lo sabía. Quizá Coolbrith era algún conocido del señor Quisling y existía una razón lógica que pudiera explicar lo de la dirección y no tuviera nada que ver con ningún pirómano. Por no hablar de lo mucho que se enfadaría el profesor si descubría que habían estado cotilleando en su misión.

—Lo que necesitamos son pruebas —dijo Emily—. Empezando por averiguar quién es Coolbrith.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Yendo a Coit Tower después del colegio para descubrir dónde está escondido el libro y vigilarlo. Si el señor Quisling sale a buscarlo, puede que Coolbrith también haga su aparición.

James asintió.

—¿Tienes la pista de los Buscadores de Libros?

—La he copiado en mi libreta. Te la enseñaré cuando llegemos al colegio.

Cuando se refugiaron de la lluvia en los pasillos del Booker, Emily y James se acurrucaron en un hueco de la escalera antes del timbre de la primera clase, con el paraguas goteando delante, en el descansillo. Emily tenía la libreta abierta por la página donde había anotado la pista de los Buscadores de Libros:

O E A D N H N I U
T L B E O A O D G
S P A E D S L A E
E U T S A T O C S

—Estupendo —dijo James en tono irónico—. Otra cuadrícula de letras, igual que el código indescifrable. Como se nos dio tan bien resolver la anterior...

—Estoy segura de que somos capaces de descifrarlo —replicó Emily.

Pensando que podía tratarse de un cifrado por sustitución, empezó a elaborar una tabla de frecuencia, con una lista de todas las letras y las veces que aparecían en el mensaje. Iba solo por la mitad cuando James comentó:

—No hay separación entre las palabras.

—Puede que se hagan evidentes cuando descodifiquemos lo que representan las letras. —Emily siguió añadiendo marcas debajo de cada una de las letras que aparecían.

—Espera. ¿Me dejas verlo? —James tomó la libreta y se quedó mirando la cuadrícula—. Me recuerda a una sopa de letras: un rectángulo regular, con cada letra perfectamente espaciada. Y mira... —Trazó un círculo con el dedo alrededor de una columna con las letras e-l—. He encontrado la palabra «el».

—Y mira al lado —dijo Emily, rodeando la siguiente columna—. Si lo lees desde abajo pone e-s-t-o, «esto».

—No creo que sea un cifrado por sustitución. Si lees una columna hacia abajo y la otra hacia arriba, pone «el puesto». Parece un laberinto de palabras.

—¿Qué pasa si empezamos a leer por un lateral? —sugirió Emily.

Juntos leyeron en voz alta: «Seguid a Colón hasta donde estaba el puesto».



Aquella tarde, en la clase del señor Quisling, Emily y James escudriñaban el comportamiento de su profesor buscando señales de que hubiera descubierto el último desafío en la misión de Coolbrith, pero él no dejó entrever nada. Desde luego, Emily no pensaba preguntar. Imaginaba que había configurado un aviso para las publicaciones de Coolbrith, puesto que había encontrado tan rápidamente los libros anteriores, y esperaba que este último siguiera el mismo patrón.

Emily y James quedaron al acabar las clases junto a la puerta lateral que tenía la cerradura atascada por el chicle, porque era la salida más cercana al lugar donde debían coger el autobús hasta Coit Tower. Emily estaba ansiosa por llegar y encontrar el libro escondido. Suponía que James sentía lo mismo, pero la sorprendió verlo doblar la esquina con una sonrisa enorme en la cara y *Steve* dando bandazos en todas direcciones mientras corría.

—¡ADIVINA QUÉ! —gritó, a veinticinco taquillas de distancia.

Una profesora joven sacó la cabeza por la puerta de su clase y preguntó:

—¿Quién chilla como un mono loco? ¡Más despacio, más despacio!

James redujo la velocidad. Cuando alcanzó a Emily, miró hacia atrás, donde estaba la profesora, y dijo:

—Me pregunto si estará permitido gritar como un gallo loco.

—¿Y se puede saber por qué gritabas como un mono loco? —preguntó Emily.

James sonrió tanto que parecía que alguien le había regalado un nuevo ordenador.

—Lo he resuelto —dijo.

—¿Qué es lo que has resuelto?

Habían resuelto juntos la pista de los Buscadores de Libros, así que Emily sabía que no estaba hablando de eso.

—¡El código indescifrable!



Capítulo 35

—No puede ser —dijo Emily.

—¡Que sí!

—Que no, que no puede ser.

—¡Lo digo en serio! ¿Quieres verlo?

—Pero si acabo de verte en la clase del señor Quisling —insistió Emily—. Ahí todavía no lo habías resuelto, ¿verdad?

—No. —James no podía parar de sonreír—. En la clase de Naturales nos pusieron una película.

—La gente lleva ciento sesenta años intentando descifrar este código y tú vas y lo descifras en la última clase del día.

James se encogió de hombros.

—La película era aburrida.

—¿Cómo...? ¿Qué...? Yo...

Emily ni siquiera sabía qué decir. Llevaba tiempo soñando con resolver un acertijo que desde hacía años se consideraba imposible de resolver. Claro que en aquellas fantasías era ella misma quien veía cómo encajaban las piezas finales. Si tenía que ser sincera, por debajo de la sonrisa que le dedicó a James había una semillita de desilusión. O puede que ese poquito de desilusión fuera tan grande como una palomita de maíz. Le entraron ganas de decir: «¿Es que no podías esperarme?». Pero después recordó la cantidad de horas que ella había pasado sola, estudiando la cuadrícula de letras, garabateando diferentes posibilidades de cifrado en su libreta. Si ella hubiera empezado a vislumbrar la solución en uno de esos momentos, no creía que hubiera podido echar el freno a la resolución del acertijo para esperar a James.

Tuvo que recordarse que habían trabajado juntos. James solo había hecho el último trozo por su cuenta.

James era su mejor amigo. Tiró la palomita de la desilusión a su papelera mental.

—¿Y qué dice? ¿Cómo lo has resuelto? Me muero por saberlo.

James sacó el impermeable plegado de la mochila y lo sacudió para abrirlo.

—No podemos perder el autobús a Coit Tower. Te lo contaré por el camino.

El autobús giró por detrás de la ladera de hiedra de Telegraph Hill llevándolos hasta lo más alto, donde Coit Tower resplandecía de color blanco contra un cielo nublado. Emily se inclinó sobre su libreta y observó cómo James recreaba la manera en que había resuelto el código indescifrable.

—En clase de Naturales me puse a pensar que la primera vez que probamos el cifrado con la palabra clave, dimos por sentado que las letras estaban escritas en orden, de izquierda a derecha, de arriba abajo, como leemos normalmente. Pero en la pista de los Buscadores de Libros que resolvimos esta mañana el mensaje se leía de derecha a izquierda, subiendo y bajando por las columnas. Aquello me hizo pensar en cómo se lee en chino. Se lee en columnas de derecha a izquierda, y si fue un chino quien dibujó el mapa en 1850, entonces a lo mejor colocó las letras en el orden en que estaba acostumbrado a leer. Si escribes las letras de derecha a izquierda, tal y como aparecen en las columnas de la cuadrícula, sale esto.

Escribió las letras en el cuaderno de Emily.

W Q A Ñ P A Ñ E Ñ S K G E G A O Q A R A Ñ K P E L E Q K

James fue pasando las páginas de la libreta de Emily hasta donde había apuntado un cifrado con la palabra «esperanza» como contraseña:

A	B	C	D	E	F	G	H	I	J	K	L	M
E	S	P	R	A	N	Z	B	C	D	F	G	H

N	Ñ	O	P	Q	R	S	T	U	V	W	X	Y	Z
I	J	K	L	M	Ñ	O	Q	T	U	V	W	X	Y

—Si empleas esto como clave para descifrar las letras colocadas en ese orden, se lee:

X T E R C E R A R B O L A L E S T E D E R O C A P A T O

—¿X tercer árbol al este de roca pato? —leyó Emily en voz alta.

James asintió.

—Ya casi lo teníamos, solo que no estábamos descifrando las letras en el orden correcto.

—Así que esto son indicaciones —dijo Emily—. La X marca el tesoro, y parece ser que hay que ir al tercer árbol al este de roca pato, aunque no sabemos lo que significa eso. —Emily se apoyó en el respaldo—. No me lo puedo creer.

James lo había logrado de verdad. Había descifrado el código indescifrable. Y ahí no quedaba la cosa, porque si conseguían descifrar lo que significaban las instrucciones, entonces quizá podrían encontrar el tesoro.

El autobús aflojó la marcha para detenerse delante de Coit Tower. Emily primero sacó el paraguas fuera del autobús para abrirlo, luego se metió debajo. Con el impermeable puesto, James saltó del escalón y cayó chapoteando en un charco.

La torre estaba detrás del aparcamiento. Había que subir varios tramos de escalera. El monumento estaba bordeado de cipreses por ambos lados. En el centro del aparcamiento había un parterre circular con una enorme estatua de un hombre con capa.

Emily intentó dejar de pensar en rocas con forma de pato y en Gull Island. Esta podía ser su única oportunidad de destapar la identidad de Coolbrith.

Había unos cuantos coches en el aparcamiento, pero no demasiados, y, con la lluvia, ellos eran los únicos que había por allí andando. Las otras dos personas que bajaron del autobús ya habían atravesado el aparcamiento y subían trabajosamente la escalera hacia la entrada de la torre.

—¿Tú crees que el señor Quisling ya habrá estado aquí? —preguntó Emily.

Tuvo que subir un poco la voz para hacerse oír en medio de la lluvia. James se encogió de hombros.

—No creo que haya podido salir del colegio antes que nosotros.

—Vamos a intentar encontrar el libro antes de que él aparezca, para saber qué zona tenemos que vigilar. La pista de Coolbrith decía: «Seguid a Colón hasta donde estaba el puesto». ¿Tú crees que Colón estará dentro de la torre?

—Creo que está justo ahí —replicó James, protegiéndose la cara de la lluvia mientras señalaba hacia arriba.

Resultó que la estatua gigante era de Cristóbal Colón.

—Bueno, vale, eso ha sido fácil. Así que si lo seguimos... ¿Qué significa eso? ¿Nos ponemos detrás de él?

Un paseo circular rodeaba el parterre donde se levantaba la estatua. Caminaron alrededor del anillo hasta colocarse detrás de Colón, pero allí no había nada.

—A lo mejor lo de «seguir» quiere decir que vayamos a donde está mirando —apuntó James.

Chapotearon por el aparcamiento hasta el borde exterior, donde un paseo y una valla flanqueaban la colina empinada que descendía de forma abrupta. Cada pocos

pasos, a lo largo del camino, había postes que parecían parquímetros con una forma extraña, y Emily descubrió que eran telescopios. En un día más despejado, seguramente habrían tenido vistas espectaculares de la ciudad con el agua a lo lejos. Con el tiempo que hacía ahora, resultaba difícil distinguir nada a través de la cortina de lluvia gris, aparte de los tejados, los árboles y los arbustos de la ladera de la colina. Justo delante de ellos, en la tierra entre el paseo y la valla, había una placa grande. Emily se agachó para leerla. Decía que en aquel punto se había levantado un puesto de vigilancia durante la fiebre del oro, para hacer señales a los barcos que llegaban.

—La pista decía «donde estaba el puesto». Tiene que ser aquí, James, se refiere al puesto de vigilancia —dijo.

Comenzaron su caza por aquella zona, buscando el estuche verde.

—Allí está. —James había descubierto la bolsa metida debajo de un arbusto.

Emily recorrió el aparcamiento con la mirada: seguían solos.

—Bueno, pues no nos lo vamos a llevar. Pero tenemos que buscar un escondrijo desde donde podamos vigilar el estuche.

No podían perderse entre la gente porque no había nadie. El aparcamiento era un espacio muy abierto. La única opción posible era volver a cruzar hacia Coit Tower y colocarse junto a los baños públicos, al final del largo tramo de escalera que llevaba a la entrada. El baño era un pequeño edificio independiente, muy futurista, una cabina ovalada para el retrete, de color verde oscuro, con una puerta que se abría deslizándose hacia el lateral.

James intentó secarse el agua que le chorreaba por la cara, pero solo consiguió repartirla, porque tenía el impermeable de plástico empapado.

—A la cabina del retrete.

Aguardaron de pie, en silencio, detrás del baño. Los árboles los resguardaban de la lluvia, así que Emily cerró el paraguas y cruzó los brazos intentando conservar el calor. Era increíble el frío que podía llegar a hacer en San Francisco a veces.

Pasaban los minutos y Emily se preguntaba si aquello tenía sentido. A lo mejor no aparecía nadie. Con lo a gusto que podían estar en casa, bien secos, estudiando las indicaciones del código indescifrable y haciendo planes para encontrar el tesoro que llevaba tanto tiempo perdido.

James le dio un codazo y señaló con la cabeza en dirección a un tramo de escalera en la colina más cercana. El característico impermeable verde fosforito del señor Quisling avanzaba hacia lo alto. La capucha iba goteando agua por delante de su nariz mientras subía la escalera mirando el suelo.

Emily y James se ocultaron mejor detrás del baño. Al llegar a lo alto de la escalera, el señor Quisling giró hacia la placa, sin mirar ni una sola vez en dirección a Emily y James, que sintieron un alivio tremendo. Era evidente que antes de ir había resuelto la pista del Buscador de Libros y sabía exactamente adónde dirigirse. Cuando llegó a la placa, empezó a buscar a su alrededor.

—Lo ha encontrado —dijo James.

Observaron cómo su profesor recogía el estuche y después se daba media vuelta y atravesaba el aparcamiento hacia donde estaban ellos. Se ocultaron del todo detrás del baño, para volver a asomarse al cabo de un minuto y ver la espalda del señor Quisling subiendo la escalera hacia la entrada de Coit Tower.

—Apuesto a que se lo lleva dentro para resolver el cifrado en un sitio seco —apuntó Emily.

—El interior de la torre es bastante pequeño. Sería complicado seguirlo sin que nos viera —dijo James—. Si esto lo hace por Coolbrith, cuando haya acabado devolverá el estuche, como lo hizo en el parque de secuoyas. Era una de las reglas de la misión. Vamos a esperar aquí hasta que regrese.

Aunque Emily estaba deseando resguardarse de la lluvia, lo que decía James tenía sentido. Se dedicó a entrecuchar las rodillas mientras esperaban. Seguramente no habían pasado ni diez minutos, aunque les pareció una hora, cuando el señor Quisling volvió a bajar la escalera principal, cruzó hasta el borde exterior del aparcamiento y devolvió el estuche al lugar donde lo había encontrado. Emily se preguntó qué diría el mensaje de Coolbrith esta vez. Entre la lluvia y la distancia que los separaba, no lograba distinguir la expresión del señor Quisling, que se marchó por la misma escalera por donde había llegado.

Y después, más esperas. ¿Aparecería Coolbrith? ¿Habría sido todo en vano?

—Telegraph Hill está lleno de escaleras —dijo James—. Así que Coolbrith puede llegar por cualquier parte. Si es que viene.

Siguieron esperando en silencio. La lluvia interpretaba una melodía desarticulada a su alrededor. Emily estaba a punto de decir que deberían marcharse cuando, en lo alto de la escalera, en el lado contrario al que había usado el señor Quisling para salir del aparcamiento, apareció de pronto un hombre que llevaba un impermeable negro con capucha.

—James —susurró Emily.

—Lo he visto.

Al igual que el señor Quisling, el hombre fue directo a la placa, pero no dudó a la hora de localizar el estuche verde.

—¡Es Coolbrith! —exclamó Emily.



Capítulo 36

—¿Le ves la cara? —preguntó ella.

James negó con la cabeza.

—Es difícil, con la capucha y con tanta lluvia.

—Al menos hoy no tendremos que preocuparnos por los incendios —dijo Emily—. Afortunadamente el agua no es inflamable.

El hombre se puso en cuclillas cerca del libro escondido. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un cilindro negro.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Emily—. ¿Qué es eso?

El cilindro se abrió y se convirtió en un paraguas.

—Ah —dijo Emily.

—Es un poco tarde, Coolbrith —murmuró James—. Ya estás calado.

El hombre sujetó el mango del paraguas abierto con el hueco del codo mientras hacía algo que no conseguían ver. ¿Se estaba atando un zapato? Después se puso en pie y volvió a la escalera por la que había subido, y cerró el paraguas mientras caminaba. Emily entornó los ojos, intentando distinguir su perfil o algún detalle característico, pero estaba demasiado lejos y la capucha y la lluvia le tapaban la cara.

—Tenemos que seguirlo —dijo Emily—. Tenemos que ver quién es.

Estaban a mitad de camino de la escalera por la que había bajado Coolbrith cuando se oyó una fuerte explosión a sus espaldas. Se dieron la vuelta. Una nube blanca salía del lugar donde había estado escondido el estuche verde.

—¡Ha explotado algo! —exclamó James.

Se veía el fulgor de unas llamas contra el follaje.

—¿En plena lluvia? ¿Cómo es posible? —se extrañó Emily.

—A lo mejor, después de todo, el agua puede ser inflamable —conjeturó en broma James.

Emily se quedó mirando la pequeña llama. La lluvia estaba ganando la batalla del fuego contra el agua. Si Coolbrith había provocado otro incendio, entonces quedaba claro que no le importaba nada lo que les había hecho a Hollister y a su tienda. Emily apretó los labios con un gesto decidido.

—Deprisa, antes de que escape.

Corrió al camino que había tomado Coolbrith.

La escalera zigzagueaba colina abajo. El día era más plomizo aún bajo la cubierta de árboles. Unas plantas de grandes hojas se inclinaban hacia ellos, envolviéndolos en un mundo semejante a una jungla que parecía completamente ajeno al resto de la ciudad. A ambos lados se abrían caminos que llevaban a las entradas privadas de las casas que se levantaban en aquella pendiente tan pronunciada.

La lluvia repiqueteaba sobre sus cabezas, contra las ramas y las hojas, susurrando «corred, corred». Pasaron de los peldaños de cemento a los de ladrillo. Emily intentaba no perder de vista a Coolbrith, pero también debían tener cuidado. Los escalones eran estrechos y resbaladizos.

Podía ver la capucha negra unos tramos más abajo. Coolbrith no corría, seguramente no había notado que lo seguían, aunque a Emily le parecía que sus pasos mojados eran como gritos. Cada cierto tiempo salía un chorro de agua por los huecos de los árboles, como por un grifo abierto.

Coolbrith llegó hasta abajo, donde una carretera interrumpía la escalera que continuaba después bajando otro tramo de pendiente. Se detuvo y miró a izquierda y derecha para ver si pasaban coches. Estaban muy cerca. Unos cuantos escalones más y Emily podría verle bien la cara.

Entonces se le escurrió el pie. Se agarró a la barandilla para amortiguar la caída y no pudo evitar soltar un pequeño chillido: «¡Ay!». Dio con el culo en el suelo y sintió un calambre que le recorría toda la columna vertebral.

James la ayudó a levantarse. Coolbrith cruzó corriendo la calle.

—Me ha oído —dijo Emily.

—Todavía podemos alcanzarlo.

Aceleraron el paso y cruzaron la carretera, luego bajaron la siguiente escalera. Emily se concentró en plantar los pies con firmeza para no volver a caerse y con una mano se agarraba a la barandilla.

Coolbrith estaba a punto de salir corriendo por la carretera hacia abajo cuando lo pitó un coche que pasaba. Dio un salto hacia atrás y corrió un poco calle abajo antes de cruzar. Cuando Emily y James llegaron al pie de la escalera, Coolbrith se había convertido en una sombra oscura entre las ráfagas de lluvia, desapareciendo detrás de un edificio al otro lado de la calle.

El agua les salpicaba las piernas mientras chapoteaban por los charcos. Bajaron la siguiente escalera y enseguida descubrieron que se bifurcaba. En una dirección seguía

una escalera de cemento y en la otra bajaba un camino de tierra que parecía rodear unos jardines. Ambas direcciones se curvaban ocultando lo que había más allá, y tampoco se veía lo que había debajo, así que era imposible saber en qué dirección se había marchado Coolbrith.

—Pisada —jadeó James, señalando el barro del lateral del camino de tierra. De modo que siguieron por allí.

Pronto doblaron una esquina y se encontraron en un pequeño claro, con un banco y un parquímetro lleno de pintadas que por algún motivo estaba instalado en un montículo cubierto de arbustos. Era un callejón sin salida y Coolbrith se había esfumado. Habían escogido el camino equivocado.

James le dio una patada al tronco de un árbol. Las ramas estallaron en un revuelo de plumas de colores cuando una bandada de loros levantó el vuelo, sus tonos brillantes destacando contra el cielo plomizo.



Capítulo 37

El Fénix jadeaba bajo el toldo de un mercado, en una esquina al pie de Telegraph Hill, con la espalda apoyada contra el muro de ladrillo. La lluvia golpeaba contra el suelo. Se miró los zapatos empapados.

El tener que huir de unos niños le devolvió el recuerdo de correr por los campos de barro de su infancia. Las palabras «monstruo del fuego» llegaron flotando desde su pasado para envolverlo. Aunque llovía a mares, podría haber jurado que allí olía a paja caliente y a tierra. Cerró los ojos con fuerza, intentando apartar todo aquello de su recuerdo. No podía soportar el doloroso peso de verse ignorado, que lo juzgaran como inferior o, peor aún, como incompetente. Luchando por recobrar el control de su respiración entrecortada, cerró los ojos y se imaginó cada inspiración como el aire de una bomba de hinchar que lo inflaba hasta su máxima altura.

Respiró con más calma. Tenía el plan de arreglar viejas cuentas y pensaba llevarlo a cabo. No podía dejar que unos chicos lo pillaran, lo desviaran del camino previsto. Acabaría con eso al día siguiente.

El Fénix salió a la lluvia y levantó el brazo para llamar a un taxi.



Capítulo 38

Emily y James volvieron a casa en autobús, empapados y en silencio. Emily se estrujaba los sesos intentando recordar algún detalle que sirviera para identificar a Coolbrith. No le había parecido especialmente alto ni bajo ni gordo ni flaco. No lo caracterizaba nada en absoluto.

—Tiene que ser Charlie —dijo Emily—. Ese hombre tenía más o menos su talla. Y tendrías que haber visto la cara que puso Charlie al hablar con el señor Quisling, antes del incendio en la tienda de Hollister. No puede soportarlo.

El impermeable de plástico de James crujió cuando se acomodó en su asiento.

—Pero es que parece que a Charlie no le gusta mucho nada. Y hay muchos tipos más o menos de la talla de Charlie que llevan impermeables negros. Aquel tipo de Coit Tower podría ser cualquiera.

—Pero, James, piensa que Charlie mintió cuando dijo dónde se encontraba durante el incendio de la librería. ¿Por qué iba a hacer una cosa así si no es porque intentaba ocultar algo?

—Charlie es un tipo oscuro, eso seguro, pero tampoco puedes ir por ahí acusando a la gente de pirómana solo por mentir o ser antipática. Tenemos que contarle al señor Quisling lo que sabemos y dejar que él se ocupe de todo. Mañana los dos estarán en el baile. Podemos hablar con el señor Quisling entonces.

—Vale —asintió Emily.

Sabía que era lo correcto, aunque la idea de hablar con su profesor la hacía sentirse aún más incómoda.

—Mañana por la noche buscaremos al señor Quisling y le diremos que tenemos que contarle una cosa —declaró Emily, procurando sentirse un poco más cómoda con

la situación.

—Eso —asintió James.

—Diremos que nos topamos con su misión en los Buscadores de Libros..., sin mencionar que lo hemos estado espiando.

James asintió de nuevo, animándola.

—Y le diremos que nos fijamos en que había encontrado un montón de ejemplares de *Tom Sawyer*...

—Claro... —dijo James.

—Supongo que habrá que obviar lo de esconder un ejemplar para que lo encontrara él y así ver lo que hacía.

—Y también lo de enviar un correo electrónico a su antigua novia porque creíamos que ella era Coolbrith —añadió James.

Emily suspiró. Cada una de sus acciones por separado parecía inocente e insignificante, solo parte de un juego, pero todas esas pequeñas cosas juntas habían formado una bola de nieve gigante y no sabía por dónde empezar a explicarlo todo.

—Lo importante es encontrar la manera de decirle que Coolbrith no es quien piensa él —dijo Emily.

No iba a ser fácil pero había que detener a Charlie, o a quienquiera que fuera responsable del incendio de la librería de Hollister.



En casa, Emily se puso ropa seca y se tiró en la cama con el portátil. Abrió el navegador de internet y tecleó «incendio Coit Tower» en la casilla de búsqueda. Los únicos resultados hablaban de la historia de Coit Tower y decían que se trataba de un monumento a una mujer llamada Lillie Hitchcock Coit, una rica patrocinadora de los bomberos de la ciudad.

No existían informes de ningún incendio sucedido aquel día. Emily respiró hondo y exhaló con fuerza. Seguramente la lluvia había sofocado el incendio de Coolbrith antes de que pudiera convertirse en noticia. A Emily se le pasaron por la cabeza un millón de preguntas. ¿Quién podía ser Coolbrith? ¿Por que provocaba aquellos incendios? ¿Por qué intentaba relacionar a su profesor con las localizaciones de aquellos incendios? ¿Qué sabía el señor Quisling de Coolbrith?

Emily tecleó la URL de los Buscadores de Libros y buscó el hilo de la misión de Coolbrith y Babbage en el foro para volver a ver el intercambio más reciente sobre el *Tom Sawyer* encontrado, pero cuando inició la sesión en el foro, el hilo había desaparecido. Volvió a teclear «Babbage» y «Coolbrith» en la barra del buscador: no salían resultados. Fue al directorio de la misión y repasó la lista de diferentes misiones propuestas por los jugadores de los Buscadores de Libros, pero el hilo de Coolbrith titulado «Por los viejos tiempos» no estaba allí.

Alguien lo había borrado.

Los únicos que podían borrar un hilo eran los administradores y quienes proponían la misión. Emily sabía que ella y James no lo habían borrado. No podía imaginar por qué razón iban a hacerlo Jack y el señor Griswold.

Al parecer, Coolbrith había borrado su propio hilo. ¿Qué significaba eso? Sin el intercambio entre Coolbrith y Babbage no era posible demostrar que el señor Quisling había participado en una misión. Lo único que quedaba era la cadena de libros escondidos y encontrados por esos dos usuarios: ambas cuentas registradas a nombre de su profesor. A lo mejor simplemente con perseguir a Coolbrith habían conseguido amedrentarlo y detener lo que quiera que estuviera haciendo con aquella misión y los incendios. O a lo mejor intentaba distanciarse del asunto para que solo el señor Quisling pareciera responsable de todo. A Emily se le encogió el estómago de culpabilidad. James tenía razón: hacía mucho tiempo que deberían haber hablado con el profesor.

Tenía la libreta de los Buscadores de Libros a su lado, en la cama. La hojeó deteniéndose en la página donde James había apuntado la solución al código indescifrable. Al principio pensó que la misión del señor Quisling trataba de eso, pero ahora ya no estaba tan segura.

—«X tercer árbol al este de roca pato» —leyó en voz alta.

No entendía cómo aquello podía conducirlos hasta el oro enterrado, pero quizá si James y ella estuvieran en Gull Island le encontrarían más sentido. Tampoco era que fuera a resultarles fácil llegar hasta allí. Lo que necesitaban era a alguien que tuviera un barco.

Y entonces Emily se dio cuenta de que, de hecho, conocían a alguien que tenía un barco.

Rebuscó en su mochila y encontró la tarjeta de la señorita Linden, luego corrió al teléfono para marcar su número. Después de escuchar el contestador de voz de la señorita Linden diciendo que podía dejar un mensaje, lo hizo:

—Hola, soy Emily... mmm... Crane. La chica que está interesada en el código indescifrable, con mi amigo James y...

Emily se quedó callada. En realidad, cuando uno iba a anunciar que había descifrado un código histórico lo mejor era hacerlo en persona.

—Bueno, queríamos preguntarle algunas cosas sobre su barco. Si no le importa.

Emily dejó su número de teléfono y colgó, con la sensación de no estar segura de que fuera una buena idea pedir ayuda a la bibliotecaria.



Dedicó el sábado por la tarde a prepararse para el baile del colegio. Al menos eso era lo que hacía si por «prepararse» se entiende dar vueltas por la habitación reflexionando acerca de cómo confesarle al señor Quisling que lo había estado espiando y había descubierto que un pirómano lo suplantaba en la red, mientras se iba

poniendo cada vez más nerviosa por la carrera de relevos que había propuesto y que podría convertirla en el hazmerreír del colegio si todo el mundo la encontraba ridícula.

Sus pasos se sincronizaron con el ritmo de la canción de Flash que retumbaba en la pared entre su habitación y la de Matthew. Impulsivamente, se dio la vuelta y salió a llamar a la puerta de su hermano. A él nunca le faltaban las palabras. Quizá podría ayudarla a pensar lo que le iba a decir al señor Quisling.

Llamó a la puerta por segunda vez y esta se abrió. Matthew estaba tirado en la cama con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza. Estaba claro que su hermano estaba escuchando música ensimismado y no la había oído entrar en la habitación. Le rascó la punta de la nariz suavemente para lograr su atención, y contuvo la risa cuando Matthew arrugó la nariz y agitó una mano por delante de la cara. Volvió a hacerle cosquillas en el mismo sitio y esta vez Matthew le golpeó la mano. Su hermano abrió los ojos y soltó un grito al ver a Emily inclinada sobre él. Ella se echó a reír, y era agradable reír, rompiendo su ansiedad en pedazos cuando él le dio con la almohada.

Emily levantó las manos para defenderse.

—¡Pero si he llamado! Dos veces. —Emily volvió a reír—. ¡Lo siento! No he podido resistirlo.

Matthew se derrumbó encima de la almohada y con el mando a distancia bajó el volumen de la música.

—¿No deberías estar preparándote para el baile? —preguntó.

—Me voy con James dentro de un minuto. Pero quería preguntarte una cosa. —Emily se sentó al borde de la cama de Matthew y empezó a pellizcar la colcha—. Tú siempre sabes cómo hay que hablarle a la gente. ¿Cómo lo haces?

—Oh, no. ¿Con quién tienes que hablar?

—Con nadie —respondió Emily pensativa—. Quiero decir con alguien, pero... —Suspiró—. Lo he estado aplazando porque me va a dar mucho corte.

—¿Y cuanto más lo dejas menos corte te da? —preguntó Matthew.

—No, me da más.

—Entonces míralo de esta manera: puede que te dé corte hablarlo hoy, pero te dará más corte si esperas a mañana.

—Pero ¿tú cómo sabes lo que hay que decir?

Matthew se colocó la almohada detrás de la cabeza.

—No es algo que tenga planeado. Se me ocurren cosas y las digo. Pero digo un montón de tonterías. Eso lo sabes tú mejor que nadie. Acércate a esa persona y empieza a hablar. No lo aplaces preocupándote por lo que vas a decir.

Alguien llamó a la puerta abierta.

—Hola —dijo James. Llevaba una sudadera de Pac-Man por el tema del GameCon del baile—. Tu madre me ha abierto la puerta. ¿Lista para salir?

—Sí, espera que coja el disfraz.

Se había hecho una pieza de Scrabble decorando un par de pedazos de cartón para el pecho y la espalda, unidos por dos trozos de cuerda que colgaban sobre sus hombros.

Matthew volvió a subir la música cuando Emily y James salieron de la habitación.

Dicho por su hermano parecía muy fácil, no tenía más que abrir la boca y le saldrían las palabras apropiadas, o al menos alguna palabra, la que fuera.

Ni siquiera sabía por dónde empezar con el señor Quisling. Por lo menos James iría con ella.

Cuando regresó a su habitación, el portátil, que seguía abierto encima de la cama, sonó anunciando una alerta de los Buscadores de Libros. Se metió el disfraz de pieza de Scrabble por la cabeza.

—¿Has escogido la letra X porque es la que marca el tesoro en el mapa? —preguntó James.

—Por eso y porque vale ocho puntos.

Sonrió y se agachó para echar un vistazo al aviso de los Buscadores de Libros.

—¡James! —Agarró el portátil para comprobar si había leído bien—. Alguien ha escondido otro *Tom Sawyer*.

—¿Otro? ¿Quién?

Emily tragó saliva y después clicó en la casilla de la notificación para ver más información.

—¿Coolbrith? —preguntó James.

Ella asintió sombríamente.

—Pero eso no es todo. —Hizo girar la pantalla para que James pudiera verla mejor—. El libro está escondido en el colegio.



Capítulo 39

Los dos corrieron al colegio, casi tropezando por la empinada colina. Después de la lluvia triste del día anterior, la ciudad parecía recién pintada por rayos de sol de un azul cristalino, pero todo daba la sensación de falso, como si caminaran a toda velocidad por un decorado de película.

A Emily se le encogía el corazón solo de pensar que podían haber invitado a un pirómano a su baile.

—No saques conclusiones precipitadas —dijo James, que le había leído la mente—. No sabemos si Charlie es Coolbrith.

—¿Y qué pasa si tengo razón?

—¿Y qué pasa si no la tienes? —repuso James, casi jadeando por lo de prisa que iban—. Los incendios siempre ocurren justo después de que se encuentra un libro, ¿verdad? El señor Quisling no tendrá tiempo de salir a cazar ningún libro durante el baile. Hablaremos con él nada más verlo.

Emily asintió, pero el nudo que tenía en el estómago a causa de los nervios no se aflojó al oír las palabras de James, y no hizo más que empeorar al entrar en la sala polivalente. Esta ya hervía con los preparativos del baile. El señor Sloan y el director Montoya estaban de pie en el pequeño escenario colgando una pancarta donde se leía «¡FELIZ DÍA DE LOS PRESIDENTES!» con un montón de corazones pintados alrededor de las letras. Los corazones de cartulina que habían recortado Emily y James colgaban del techo. Los gemelos, vestidos de personajes de Minecraft con cajas pixeladas en las cabezas, estaban preparando los juegos presidenciales, lo que significaba que en aquellos momentos hacían rodar unos *hula-hoops* por el suelo. Vivian pasó como una flecha con una mano en la cabeza sujetando un sombrero de ala ancha y la otra

agitando la carpeta hacia los gemelos con un gesto amenazador para que volvieran al trabajo. Llevaba un anticuado vestido que parecía un saco.

James la vio pasar corriendo, tropezando de vez en cuando con su falda larga, y preguntó:

—¿Quién se supone que es, Martha Washington o Eleanor Roosevelt?

Emily vio a Charlie de pie en el escenario, desenredando cordones y cables de los altavoces, de la máquina de humo y de las luces de colores que formaban parte de su equipamiento de DJ. Le dio un codazo a James y él asintió indicándole que lo había visto. Un profesor colgó banderitas rojas, blancas y azules en la mesa de sonido, para decorar. Emily estudió los movimientos de Charlie, intentando detectar algún tipo de conducta sospechosa, pero él parecía solo interesado por montar la cabina de DJ.

—¿Tú ves al señor Quisling? —preguntó James.

Pasaron dos miembros del equipo llevando bolsas de hielo y paquetes con latas de refrescos. Maddie hacía equilibrios sobre una escalera mientras Nisha le entregaba tiras de serpentinas en rojo, blanco y azul metalizado para colgar por la pared de las gradas. Maddie parecía llevar un vestido de fiesta rojo en lugar de un disfraz, y Emily no sabía decir muy bien de qué iba vestida Nisha. Su camisa tenía unos hombros puntiagudos de color negro y una pechera de color rosa brillante a juego con las botas rosas, y se había peinado el pelo negro con una coleta.

—Todavía no hay rastro de él —respondió ella.

Charlie desenredó uno de los cables de un altavoz y se agachó para enchufarlo. Cuando se levantó, recorrió la sala con la mirada y sus ojos se encontraron con los de Emily. Ella levantó una mano, titubeando, porque no quería que sospechara que podía estar vigilándole, pero tampoco quería parecer demasiado amiga de un posible pirómano. Él respondió con una inclinación de la cabeza.

A su lado apareció Vivian con una bolsa de basura en cada mano. Llevaba las gomas del aparato dental en rojo, blanco y azul, a juego con el tema patriótico del baile.

—Hay que repartir estos sombreros del Tío Sam a los acompañantes y al DJ. — Vivian les encasquetó las bolsas y se dio la vuelta.

—¿Has visto al señor Quisling? —gritó Emily, pero ya estaba demasiado lejos para oírla.

—No te preocupes —dijo James—. Ya llegará. Hablaremos con él. De todas formas, si tienes razón en lo de Charlie, ahora mismo no puede hacer nada. Está subido a un escenario, delante de todo el mundo.

Emily asintió pero no podía quitarse la sensación de que debían hablar cuanto antes con su profesor.

Se separaron para repartir los sombreros a ambos lados del gimnasio. James escogió el lado del escenario y Emily el otro. No pudo evitar distraerse al ver que James subía la escalera hacia la cabina del DJ para entregarle un sombrero a Charlie.

—Solo para que lo sepas, ya no tienes de qué preocuparte —dijo alguien a su

lado.

Maddie estaba allí de pie, con los brazos cruzados, mirando el escenario con Emily.

Emily miró a Maddie, luego el escenario y de nuevo otra vez a Maddie. ¿Acaso ella también sabía algo de los incendios? ¿Sabía algo que Emily no sabía? ¿Sería que ya habían atrapado al pirómano?

—¿Preocuparme por qué? —preguntó Emily con cautela.

—Ya no me gusta.

Emily se quedó muy desconcertada. ¿A Maddie no le gustaba el pirómano? ¿Charlie?

—¿Gustarte quién?

Maddie puso cara de impaciencia.

—Claro. Como si no lo supieras.

Cuando Emily se quedó mirándola, intentando recordar cuándo se habían conocido Charlie y Maddie, ella suspiró y dijo:

—Pues James, quién va ser si no.

—¿Que a ti te gusta James? —preguntó Emily.

Maddie la miraba como si fuera tonta, pero Emily no podía evitarlo. No sabía muy bien por qué, de pronto, Maddie sentía el impulso de confiarle aquel secreto, y aquello la cogió totalmente desprevenida. Lo último que se le pasaba por la cabeza en aquel momento era por quién podía estar alguien enamorado.

—He dicho que me gustaba —dijo Maddie—. En pasado. Ahora es todo tuyo.

—¿Todo mío? —musitó Emily.

—¿Tú qué eres, un loro?

—Lo siento, es que... no me gusta James. Bueno, sí me gusta, claro. Es mi mejor amigo. Pero no me gusta en plan de gustar.

Maddie la miró con el ceño fruncido.

—¿Ah, no?

Emily sacudió la cabeza.

—¿Ni un poquito?

—No —dijo Emily.

La verdad, no estaba segura siquiera de que le gustara nadie todavía.

—Vaya. —Maddie parecía desilusionada—. Bueno, sigue sin gustarme.

—Vale. —Emily se cambió de mano la bolsa de basura llena de sombreros del Tío Sam, sin saber muy bien qué hacer con aquella confesión—. Me alegro de saberlo.

Maddie se fue, ofendida, a la mesa de recepción para ayudar a dar la bienvenida a la gente. Emily siguió repartiendo sombreros, vigilando por si aparecía el señor Quisling y asegurándose de que Charlie no desaparecía de la sala. Él trasteaba con alguna pieza de su equipo de DJ y comenzó a sonar una canción animada mientras los chicos seguían entrando. El sombrero de estrellas que James le había entregado a

Charlie se había quedado encima de un gran altavoz.

Empezaron a llegar los alumnos. Emily reconoció algunos de los disfraces: Mario, Luigi y un caballo de ajedrez. Vivian se acercó apresuradamente a Emily:

—La máquina de humo y las luces de colores son para después del juego, cuando la gente empieza a bailar. ¿Lo sabe el DJ? No los irá a encender ahora, ¿verdad? —Emily no tuvo tiempo de contestar porque Vivian respondió a su propia pregunta y dijo—: Voy a explicárselo. —Y corrió hacia el escenario.

Emily por fin vio entrar al señor Quisling por la puerta del gimnasio que daba al colegio, la que estaba más cerca del escenario. Se dio la vuelta buscando a James para poder ir juntos a hablar con él, pero tropezó con una silla que formaba parte de la carrera de obstáculos que los gemelos estaban terminando de montar. Había tres pasillos formados por sillas en fila, uno por cada equipo, y Kevin y Devin estaban envolviendo las sillas en papel crepé creando una red para que los concursantes pasaran por encima y por debajo.

James estaba hinchando globos para el pateado de globos, pero la idea de ir a buscarlo para hablar con el profesor se le fue de la cabeza cuando una silueta muy alta que le resultaba conocida apareció en la puerta principal del gimnasio.

—¡James! —Emily lo llamó para captar su atención, luego señaló al señor Griswold, que estaba en el umbral, vestido de manera muy discreta, con unos vaqueros, un forro polar y una gorra de los Giants. Los dos corrieron a recibirlo y se reunieron delante del editor.

—¡Ha venido! —exclamó Emily.

—¿Me has reconocido? —El señor Griswold se caló más la gorra, tapándose mejor la frente—. Quería pasar desapercibido.

—Ah... —Emily y James se miraron—. Tampoco se lo reconoce tanto.

Y era cierto: la mayoría de los chicos estaban más ocupados mirándose entre ellos que pendientes de ninguno de los adultos que entraban en el gimnasio. Aunque Emily vio que un par de profesores sí estaban mirando, entre ellos el señor Quisling, que se cercioró un par de veces antes de acercarse.

—Disculpe —dijo el señor Quisling—. Es usted...

—Es mi tío —saltó Emily, que sabía que el señor Griswold no quería que nadie lo reconociera—. Mi tío abuelo... —Su mirada tropezó con el pelo de James—... Steve. Lo hemos invitado a ver el juego que hemos organizado.

El señor Quisling levantó las cejas.

—Tu tío abuelo Steve se parece mucho a Harrison Griswold —dijo.

El señor Griswold dio un paso adelante.

—Me ha pillado, sí, y tengo que disculparme. Emily solo intentaba ayudarme, porque sabe que ahora mismo soy reacio a aparecer en público. Pero tiene razón, vengo con la esperanza de ver su juego. Sé que se han esforzado mucho en prepararlo.

El señor Quisling aceptó la mano que le tendía el señor Griswold y se la estrechó.

—Bueno, «Steve», es un honor tenerlo entre nosotros. —El señor Quisling, que normalmente era bastante inexpresivo, sonrió de un modo que Emily no había visto nunca. Por un instante, su profesor se había vuelto como un chiquillo, casi tímido.

—No sé si volveré a tener una oportunidad como esta, así que tengo que decirle que el juego de los Buscadores de Libros ha sido muy importante para mí —dijo—. Yo jugaba con mi hijo. Pasamos un momento muy malo cuando su madre y yo nos divorciamos, y gracias al juego de los Buscadores de Libros pudimos reconstruir nuestra relación. Ahora va a la universidad y no tiene tiempo para jugar, pero seguimos hablando de nuestras viejas cazas y compartimos recomendaciones literarias.

El señor Griswold sonrió.

—Es maravilloso saberlo. Gracias por compartirlo conmigo.

—Yo sigo sin poder dejar el juego, aunque mi hijo ha pasado página —confesó el señor Quisling—. Le sorprendería saber la cantidad de gente con la que he vuelto a conectar jugando.

Emily comprendió que su profesor quizá estaba pensando en Miranda Oleanda. Era la oportunidad perfecta para confesar lo de Coolbrith. Tragó saliva varias veces, cerró los ojos y dijo:

—Hablando del tema...

Abrió los ojos, esperando encontrarse con el señor Quisling, el señor Griswold y James mirándola, pero en lugar de eso estaban mirando a Vivian, que se había unido al corro.

—Ha llegado el momento de empezar el juego —dijo esta.

El gimnasio estaba lleno. Las luces seguían muy fuertes, habían previsto bajarlas después de la carrera de obstáculos, cuando empezara el baile. Los chicos estaban apelotonados por la sala en corrillos o filas desordenadas. Uno que iba vestido de algo que se parecía a un calamar guerrero y otro que iba vestido de Pikachu seguían intentando desbaratar el montaje del juego, pero Devin y Kevin vigilaban de cerca el circuito de obstáculos, embistiéndolos con sus cabezas de cartón.

Vivian carraspeó y se quedó mirando a Emily, como esperando que hiciera o dijera algo.

—¿Qué? —preguntó Emily por fin.

—Fue idea tuya —dijo Vivian—. Explícalo tú. El DJ tiene un micrófono.

—¿Delante de todo el mundo? —musitó Emily.

Como Vivian siempre se encargaba de todo, Emily pensó que también se iba a encargar de aquello. De nuevo tuvo la sensación de que la ropa le estaba demasiado pequeña, como le pasó en la fiesta de Hollister. Emily miró a James. A lo mejor él se prestaba voluntario para dirigirlo.

—El juego es estupendo —dijo él—. Y se te ocurrió a ti. Te mereces hacer los honores.

El señor Griswold le puso una mano en el hombro.

—¿Alguna vez te he contado lo mucho que odio hablar en público?

Seguro que estaba bromeando para hacerla sentir mejor.

Era imposible que Garrison Griswold, el Willy Wonka del mundo editorial, el creador de los Buscadores de Libros, organizador de actividades y juegos excéntricos, alguna vez se hubiera sentido como ella se sentía ahora.

—Considera una cosa —continuó—. Ahora todos están pensando en ellos mismos y no en ti. Muchos de tus compañeros tendrán sus propias preocupaciones. Los juegos pueden ser estupendos para romper el hielo y unir a la gente. Mira a todos esos alumnos contemplando los aparatos de tu juego.

Los gemelos habían logrado espantar al calamar guerrero y a Pikachu, pero había más curiosos señalando al papel crepé o intentando asomarse a las grandes cajas de cartón alineadas en la salida.

El señor Griswold continuó:

—Imagina que estás transmitiendo una información. Y ya está. No tienes que ser una presentadora de concursos chiflada ni una comediente. Sé tu misma, explica cómo se juega. Si necesitas centrarte en un rostro conocido, búscame.

—O búscame a mí —saltó James.

—Yo también te apoyo plenamente —dijo Vivian.

Apretaba el portapapeles contra la barbilla, y lo sujetaba con tanta fuerza que los nudillos se le veían blancos. Tenía mirada de preocupación y los ojos muy abiertos. Emily comprendió que hasta a Vivian, por increíble que pareciera, la ponía nerviosa hablar delante de tanta gente. ¿Quién sabe? Vivian, que siempre cogía las riendas y no se andaba con tonterías, que no tenía escrúpulos a la hora de asaltar a los alumnos por los pasillos y reclutarlos para el comité de baile, no quería colocarse al frente del gimnasio sujetando un micrófono.

—¿Vamos a empezar el juego? —Kevin y Devin se unieron al grupo, con Nisha y Maddie siguiéndolos de cerca.

—Lo harás muy bien, Emily —dijo el señor Quisling.

El miedo escénico seguramente la hizo superar la preocupación por confesarse al señor Quisling, porque le soltó:

—Usted no habrá salido a cazar libros esta noche, ¿verdad?

—¿Cómo dices?

—Antes de venir al gimnasio. No habrá escondido ningún libro en el campus esta noche, ¿verdad?

El señor Quisling frunció el ceño.

—He venido para acompañaros en el baile, no para cazar libros, Emily.

—De acuerdo. Ya me parecía a mí.

—Puedes coger el micro de Charlie —dijo James, poniendo mucho énfasis en el nombre.

Era su manera de recordarle que, aunque sus sospechas sobre él fueran ciertas, no podía suceder nada mientras Charlie estuviera a la vista, delante de toda la sala.

—Vale. Esto..., señor Quisling, necesito hablarle de una cosa después del juego. Su profesor parecía desconcertado pero asintió.

Emily respiró hondo.

—Vamos allá.

Vivian acompañó a Emily al escenario, medio guiando y medio empujando. Charlie le entregó a Emily el micrófono.

—Pulsa el interruptor para encenderlo —dijo.

Había compañeros de clase y adultos repartidos por toda la sala. Algunos ya estaban mirando, pero la mayoría seguían en plena conversación o bailando y haciendo el payaso. A un lado estaban James y Vivian, Kevin y Devin, Maddie y Nisha. El señor Griswold estaba detrás de ellos y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar. «Son mis amigos», se dijo para sus adentros, maravillada por un instante al ver que en cuestión de unos meses había pasado de ser una persona demasiado tímida para hablar con nadie a formar parte del comité de baile y dirigir a sus compañeros de clase en un juego ridículo y, con suerte, divertido.

Charlie bajó la música y Emily encendió el micrófono.

—Hola a todos. —Su boca chocó contra el micrófono, sofocando sus palabras. Se echó hacia atrás y probó de nuevo—. Bienvenidos al baile GameCon de San Valentín Presidencial.

Señaló con la mano la pancarta colgada sobre su cabeza y todo el mundo en la sala comenzó a vitorear.



Capítulo 40

Los rostros que tenía delante se volvieron borrosos cuando Emily empezó a explicar el juego tal y como el señor Griswold le había indicado. Cuando quiso darse cuenta, había terminado de hablar. Al oír el murmullo repentino de las conversaciones se dio cuenta de que el gimnasio permaneció en relativo silencio mientras ella hablaba. No hubo interrupciones ni risas mientras explicaba el juego, y ahora que había terminado, la gente empezaba a organizarse en equipos o se colocaba a los lados con un gesto de indiferencia. Nadie parecía encontrar ridículo el juego propuesto. Cuando Emily se bajó del escenario sentía un gran alivio.

Al final se formaron tres equipos de diez personas. El resto de los alumnos de séptimo que asistían al baile se apelotonaban a los lados del gimnasio como espectadores.

Emily se colocó junto a los miembros del equipo Teddy Roosevelt, donde estaban Maddie y Kevin. A James le había tocado el equipo Abraham Lincoln, con Nisha. Kevin y Vivian estaban en el equipo George Washington. Charlie hizo sonar una fuerte bocina de payaso que marcaba el comienzo de la carrera y se pusieron en marcha. El primer miembro de cada equipo empezó a rebuscar en su caja de cartón para encontrar los tres elementos del disfraz que se tenían que poner antes de pasar a la carrera de obstáculos. De fondo sonaba una música rápida y un poco absurda que enseguida quedó ahogada por los gritos y las palmadas que daban los alumnos.

Cuando llegó el turno de Emily, empezó a revolver en el cajón buscando una corbata que ponerse alrededor del cuello, se pegó un bigote debajo de la nariz y se colocó las gafas en los ojos mientras empezaba a saltar de *hula-hoop* en *hula-hoop*. Era difícil trepar por encima y reptar por debajo del laberinto de papel crepé con la

corbata colgando y aquel disfraz de Scrabble tan rígido, pero al menos los de su equipo no llevaban sombrero de copa. Corrió al patín y sintió que alguien se acercaba a ella por el pasillo contiguo. Cuando quiso darse cuenta, las colas del traje que llevaba James pasaron volando a su lado.

El equipo Teddy Roosevelt, al que pertenecía Emily, quedó segundo en la carrera de obstáculos y debía enfrentarse al equipo Abraham Lincoln en el pateo de globos. Mientras corría, Emily vio de reojo, en el lateral, cómo el señor Griswold echaba la cabeza hacia atrás y soltaba una carcajada. El señor Sloan llevaba un sombrero del Tío Sam y daba palmas al compás. El señor Quisling estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, pero sonreía y una vez hasta lo vio reír.

Fue un momento maravillosamente ridículo, con todos aquellos chavales que daban vueltas con bigotes colgando de los labios o sombreros de copa torcidos que les tapaban una oreja, los fuertes estallidos de los globos, los gritos de felicidad. Hasta Maddie sonreía, logrando que Emily se sintiera extrañamente orgullosa. Maddie y ella se unieron para perseguir a James, intentando reventarle el globo. Cuando ya lo tenían acorralado, Emily sintió un tirón en el tobillo y su globo estalló. Nisha esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Lo siento! —Y echó a correr.

A Emily ni siquiera le importaba quedar eliminada. Se colocó en el lateral junto al señor Griswold y se puso a animar con él:

—¡Vamos, Teddy Roosevelt!

Aunque al final fue el equipo Lincoln el que se alzó con la victoria.

Cuando hubo terminado el juego, James se acercó a la carrera hasta donde estaban Emily y el señor Griswold, con su barba de Abraham Lincoln alrededor del cuello y el globo intacto todavía atado al tobillo.

—¡Menudo juego! —dijo el señor Griswold—. ¡Menuda inspiración!

Levantó la vista hacia el techo del gimnasio con una sonrisa soñadora en la cara. Sus ojos se movían de un lado a otro, como si estuviera viendo una película en el cine. Tenía el rostro iluminado de una manera que Emily solo había visto en los vídeos de los Buscadores de Libros.

—Ah, sí, ya lo veo. —El señor Griswold se colocó entre Emily y James y los abrazó con fuerza—. Gracias a los dos. De verdad. Ahora tengo que marcharme, espero que lo comprendáis. Las ideas son como burbujas; hay un tiempo limitado antes de que estallen. —Levantó su gorra de béisbol en un gesto de despedida y se dirigió hacia la salida, dándose la vuelta para saludar con la mano—. ¡Estoy impaciente por compartir esto con vosotros! —gritó.

—¡Yo también! —respondió James.

Emily no podía parar de saludarlo, ni siquiera cuando el señor Griswold ya se había dado la vuelta. La euforia de ver que la carrera de relevos había sido un éxito, combinada con el hecho de haber visto tan feliz al señor Griswold, era abrumadora. No volvió a pensar en Charlie hasta que un lateral de la pancarta colgada sobre la

mesa del DJ cayó al suelo, y entonces, por fin, paró de mover la mano.

Charlie se comportaba como si no hubiera visto que el cartel se había caído, enredando con un mando de su equipo. El señor Quisling saltó al escenario para arreglar la pancarta.

Emily respiró hondo.

—Vamos a hablar con él —dijo.

—Espera. —James se agachó para quitarse el globo del tobillo.

Seguía agarrando la cuerda mientras caminaban y el globo saltaba detrás de él como un cachorrillo feliz.

Esperaron al señor Quisling al pie del escenario mientras él terminaba de fijar el cartel con cinta adhesiva. Cuando hubo acabado, se bajó al suelo de un salto y pareció sorprendido de ver a Emily y James allí de pie. Gritando por encima de la música y de un grupo de chicas que chillaban por la canción que había empezado a sonar, el profesor dijo:

—¡No me he olvidado de vosotros dos! Tengo que ir a por el líquido de la máquina de humo que está en la sala de profesores. Hay que traerlo aquí para que el DJ pueda poner en marcha la máquina. Luego podéis contarme lo que me ibais a contar.

El señor Quisling se marchó sin esperar su respuesta.

James tiró de la manga a Emily.

—Venga, vamos a divertirnos aunque sea un ratito. El señor Quisling no se va poner a buscar el libro en medio del baile. Y está claro que Charlie ahora mismo no va a hacer ninguna maldad.

Señaló con un gesto al DJ, que estaba en pleno bostezo gigante.

Era difícil sentir preocupación cuando uno estaba rodeado de gente y música animada. Cuanto más tiempo pasaba desde su visita a Coit Tower, más se cuestionaba Emily si de verdad habían visto lo que creían haber visto. Después de todo, llovía mucho aquel día. Quizá el fuego había sido algún efecto de luz, el reflejo de un rayo en un charco que confundieron con unas chispas. Y aunque las excusas de Charlie sobre lo que había estado haciendo mientras la tienda de Hollister se incendiaba no cuadraban, James tenía razón al decir que tampoco podía saber qué fue lo que provocó el incendio en la librería.

—Vamos. —James le indicó con una mano que lo siguiera mientras se unía al resto del comité en la pista de baile.

Los gemelos se quitaron las cabezas de Minecraft y se colocaron todos los elementos de los disfraces presidenciales. Daban pasos de baile absurdos, como si intentaran limpiarse chicles de las suelas de los zapatos. Nisha, Maddie y hasta Vivian estaban jugando con los *hula-hoops*.

El señor Quisling regresó acarreado una lata grande, pero Emily decidió que James tenía razón. ¿Qué más daba contarle todo lo que sabían en aquel preciso instante? Aquello podía esperar.

James recogió un *hula-hoop* que había en el suelo, lo puso de pie en equilibrio y lo hizo girar hasta convertirlo en un difuso manchurrón giratorio.

A través del *hula-hoop* que giraba, Emily vio que el señor Quisling se ponía en cuclillas junto a la máquina de humo, desenroscaba la tapa de la lata y vertía el líquido en su interior. Aquello fue lo último que recordaba haber visto antes de la explosión de la máquina de humo.



Capítulo 41

Al principio, Emily no entendía lo que estaba viendo. La máquina de humo pegó un bote y el señor Quisling empezó a dar unos saltos muy raros, como un cangrejo, apartándose de ella. Un trozo de la máquina de humo salió despedido hacia la pancarta, que se desgarró y empezó a dar sacudidas. Se oyó un ruido, como el estallido de un globo muy grande, pero casi todo el mundo siguió bailando y haciendo el tonto. El ruido no les pareció tan raro. Emily no sabía muy bien si era porque los ritmos repetitivos de la música de baile lo habían sofocado o porque acababan de jugar a un juego en el que había que reventar globos.

La máquina de humo empezó a traquetear en una sucesión de explosiones más pequeñas, como si hubiera tenido fuegos artificiales atrapados dentro. La gente que había alrededor empezó a darse cuenta y miraba boquiabierta, como Emily y James.

El señor Quisling seguía donde había aterrizado, mirando fijamente la máquina de humo como si se hubiera quedado pasmado.

Los estallidos se volvieron más repetitivos y la máquina empezó a dar sacudidas más violentas. Empezó a salir vapor con una rapidez antinatural, envolviendo en una nube la cabina del DJ. La gente que estaba más cerca del escenario se tiró al suelo y se tapó la cabeza o echó a correr.

De la abertura donde el señor Quisling había vertido el líquido surgió una llama naranja como una mano que se agitara para llamar la atención. La pancarta que estaba colgada por encima del DJ volvió a despegarse y el papel cayó en picado. Formó un puente perfecto para que saltara la llama.

—¡Fuego! —gritó Emily.

Como una ola que crece, la gente empezó a comprender. Se oían gritos, pero no

eran alegres como los que habían llenado el gimnasio tan solo unos minutos antes, durante el juego. Grupos de alumnos y acompañantes se dirigieron hacia el escándalo desde el otro extremo del local, sin comprender lo que había ocasionado aquella alteración repentina. Mientras tanto, quienes eran conscientes de lo que ocurría los empujaban hacia atrás o corrían hacia la salida.

El señor Quisling despertó de su hechizo. Se lanzó contra la pared, donde pulsó una alarma de incendios. El aullido de la sirena tapó el sonido de la música. Los profesores comenzaron a reunir a los alumnos y a conducirlos hacia la salida. Sus voces se alzaban por encima del jaleo:

—¡Recordad los simulacros! ¡Que todo el mundo mantenga la calma! ¡Salid en fila!

Al oler el humo, Emily se quedó paralizada. Empezó a toser en un gesto reflejo, aunque el gimnasio era mucho más grande y más abierto que la librería de Hollister. Los recuerdos del incendio anterior desataron su reacción. Un profesor agarró un extintor y empezó a rociar la pancarta y la máquina de humo. James cogió a Emily por el brazo y la apartó del escenario.

Fuera, la noche bullía de agitación. Se suponía que todos debían reunirse ordenadamente en el césped de la entrada, como habían ensayado en el simulacro un par de meses atrás, pero los alumnos eran como una bolsa de canicas desparramadas que los adultos intentaban reunir frenéticamente sin el menor éxito. Una profesora pasó gritando:

—¿Quién tiene la hoja de asistencia al baile? ¡Que nadie se vaya a ninguna parte hasta que se sepa con seguridad que estamos todos!

Pero algunos chicos ya habían empezado a marcharse a casa, bien porque no la oyeron o porque descaradamente ignoraron las instrucciones. Otros llamaban a sus padres por teléfono.

Llegó un camión de bomberos, junto con una ambulancia y unos coches de policía.

—¿Por qué hay una ambulancia? —preguntó Emily, preocupada por si el señor Quisling estaba herido.

—No lo sé —respondió James.

Hombres y mujeres saltaban de los vehículos de emergencias y entraban corriendo en el gimnasio.

—¿Por qué hay una ambulancia? —gritó James al verlos pasar, pero entraron a la carga sin responder.

Por las conversaciones que se oían, quedaba claro que nadie sabía muy bien lo que había fallado. Las historias decían de todo, desde que se había incendiado la cabina del DJ hasta que el señor Quisling había detonado una bomba.

—Ha sido Coolbrith —susurró Emily.

James se arrancó la barba de Abraham Lincoln y la tiró al suelo.

—La máquina de humo la trajo Charlie. —Sacudió la cabeza—. No lo creía capaz

de una cosa así.

—Hay que avisar al señor Quisling —dijo Emily—. ¿Qué pasa si Charlie tiene pensado algo más?

James no se paró a discutir. Corrieron juntos hacia el gimnasio, pero el señor Sloan los interceptó, con las manos levantadas como un guardia de tráfico.

—No podéis pasar allí dentro, chicos. Hay que dejar que trabajen los bomberos —dijo—. Más tarde podréis recoger cualquier cosa que os hayáis dejado ahí.

—Tenemos que hablar con el señor Quisling —dijo James—. Es importante.

Emily escrutaba la multitud que se encontraba reunida fuera. Se había evacuado el gimnasio pero su profesor no aparecía por ninguna parte, y lo cierto era que tampoco se veía a Charlie.

—¿Por qué no ha salido todavía? ¿Estará bien? —preguntó Emily.

—Estoy seguro de que estará bien. —El señor Sloan los apartó del edificio conduciéndolos hacia el grupo de gente reunida fuera.

Emily y James caminaron por la explanada abarrotada, intentando encontrar a su profesor y al DJ.

—No hemos visto a todas y cada una de las personas que han salido del gimnasio —reflexionó James—. Tienen que estar en alguna parte.

Al pasar junto a un grupo, oyeron que José explicaba a los demás:

—Tíos, un poli ha metido al señor Quisling en el colegio, para interrogarlo.

—¿Lo han arrestado? —preguntó alguien.

—Era demasiado estirado. Algún día tenía que explotar —saltó otro chico.

—Es mentira, José —respondió una chica—. Están evacuando. No dejan que nadie entre en el colegio.

—El fuego era solo en el gimnasio, señorita Sabelotodo, y ya lo han apagado. Por no mencionar que es un edificio aparte. Os digo —insistió José— que he oído a un oficial contarle al señor Quisling que les habían dado un chivatazo anónimo diciendo que tenían que mirar en su clase.

James se acercó al grupo.

—¿Estás seguro?

José asintió.

—¿Dónde está el DJ? ¿Lo habéis visto? —preguntó Emily.

José frunció el ceño.

—Qué momento más raro para pedir una canción —dijo.

Otro chico señaló hacia la calle.

—Se ha largado. El fuego lo asustó.

Los alumnos siguieron cotilleando. Emily y James retrocedieron y se separaron de la multitud.

—Le van a echar la culpa de todo al señor Quisling —susurró James.

Desde luego, parecía que el señor Quisling era el responsable; Emily no lo podía discutir. Ella misma lo había visto llenar la máquina de humo y retroceder un segundo

antes de que estallara, casi como si se lo hubiera estado esperando. ¿Qué sería lo del chivatazo anónimo y quién lo habría dado? ¿Coolbrith?

—Charlie se ha largado —dijo Emily.

James suspiró, pero asintió.

—Si ha estado intentando tenderle una trampa al señor Quisling para que parezca un pirómano, hemos dejado que se metiera directamente en nuestro propio colegio para hacerlo.

—Incluso lo hemos invitado —añadió Emily—. Y ahora que han borrado el hilo de la misión de los Buscadores de Libros, el único que tiene relación con los ejemplares escondidos de *Tom Sawyer* y las localizaciones de los fuegos es el señor Quisling. Hay que entrar en ese colegio y hablar con él. Ahora mismo.

—Pero no nos van a dejar entrar ni de broma —repuso James.

Un agente de policía estaba acordonando la entrada del gimnasio con cinta amarilla para que la gente no pudiera volver a entrar. Un grupo de niñas gritaba que se habían dejado los bolsos con los teléfonos dentro, pero el agente ni se inmutó.

En las puertas del colegio todo seguía desorganizado, con los profesores intentando que los chicos se sentaran en el césped pero sin conseguirlo. Empezaron a llegar padres en sus coches. Uno de ellos dejó el motor encendido en medio de la calle y la puerta abierta para correr a abrazar a su hija. Luego empezó a echarle una bronca al director Montoya.

James le dio un golpecito en el brazo a Emily.

—Tengo una idea.



Capítulo 42

Mientras todo el mundo miraba al director, que intentaba calmar al padre indignado, Emily y James se escabulleron hasta la acera y doblaron la esquina hacia una calle lateral, como si se fueran a casa, aunque aquel no era el camino que tomaban normalmente.

Una valla metálica rodeaba el patio del colegio y el aparcamiento de los profesores, los dos iluminados por una luz tenue y sin gente por los alrededores. Era el lado opuesto al gimnasio y allí no había equipos de emergencia. James señaló el edificio del colegio, todo a oscuras menos las ventanas iluminadas de la clase del señor Quisling en la planta baja, y dijo:

—La puerta lateral con la cerradura atascada por el chicle.

¡Claro! Emily recordó que el día anterior la puerta ni abría ni cerraba bien. Se colaron por la valla entreabierta del aparcamiento de profesores y después treparon por encima de la media valla que bordeaba el solar y el patio. Cuando Emily saltó al suelo, la valla traqueteó con un ruido metálico que les pareció como amplificado a través de un megáfono. Los dos se acurrucaron entre las sombras para asegurarse de que nadie salía corriendo del edificio, ni se asomaba por un lateral, para ver quién había hecho ese ruido. Al cabo de varios minutos echaron a correr, muy agachados, por el patio que llevaba a la puerta lateral.

James tiró del picaporte y al principio no cedió, como la primera vez. Hizo una mueca y probó otra vez; Emily cruzó los dedos para que el bedel no hubiera tenido tiempo de rascar el viejo chicle para que la puerta cerrara bien justo aquella noche. Por fin cedió un poco, luego se abrió con un quejido.

Una vez dentro, cerraron la puerta rápidamente para ocultar la franja de luz que la

luna arrojaba sobre el suelo. Dentro había un silencio total, como si alguien hubiera pulsado un botón. El pasillo estaba flanqueado por sombríos muros de taquillas y ventanas de clases en penumbra. Avanzaron lentamente hacia el aula 40. Un largo y grave chirrido resonó a sus espaldas. Emily y James se quedaron helados con el pie en el aire, luego avanzaron a gatas hasta el hueco de una escalera cercana donde pudieron esconderse.

Se acurrucaron sin moverse durante varios minutos atroces, esperando para ver si las sombras se movían.

—Tú has oído eso, ¿verdad? —susurró James—. ¿No ha sido mi imaginación?

Emily asintió con la cabeza, y luego se dio cuenta de que a lo mejor él no podía verla en la tenue luz del hueco de la escalera.

—Sí —dijo entonces—. Puede que sean las paredes asentándose.

Esa era la explicación que siempre daban sus padres ante cualquier horrible sonido nocturno en sus casas alquiladas.

No podían quedarse toda la noche escondidos en el hueco de la escalera, así que continuaron caminando con precaución hacia la clase del señor Quisling. Emily no paraba de mirar por encima del hombro. Cuando llegaron al pasillo, se oyeron voces al otro lado de la esquina. Una voz que no reconocía dijo:

—No parece muy normal que un profesor de Ciencias Sociales tenga una reserva de sodio metálico a mano. ¿Sabe usted que este elemento es altamente explosivo cuando se mezcla con agua?

Oyeron la voz de su profesor que respondía:

—No tengo ni idea de cómo ha llegado ese bote a mi cajón. Le juro que no lo había visto en mi vida.

—Están en el aula del señor Quisling —susurró Emily.

Crujió una emisora de la policía.

—De todas formas, vamos a tener que confiscar todo esto. Se han hallado trazas de sodio en la máquina de humo. Estoy seguro de que lo comprenderá.

—Además, está el papel que envuelve el bote —dijo una voz femenina, que después de un ligero susurro añadió—: La letra se parece mucho a la de esa pizarra blanca. ¿Usted escribió lo que aparece ahí arriba?

—Sí, pero no sé lo que es ese pedazo de papel.

—Parece una lista de fechas: nueve de octubre, Ferry Building; once de noviembre, Mission; veintisiete de diciembre, Washington Square...

—Esas son las fechas de los incendios —susurró James—. Le han tendido una trampa al señor Quisling.

Esta vez, Emily no se quedó de brazos cruzados. Se lanzó corriendo por el pasillo hacia el aula 40, sin preocuparse del ruido que pudiera hacer. James le iba pisando los talones.

—¡Señor Quisling, tenemos que contarle algo! —chilló Emily cuando frenaron con un patinazo justo a la entrada de la clase.

Su profesor se levantó de un salto del tablero del pupitre de un alumno, donde estaba sentado. Una hinchazón en la mejilla y un pequeño vendaje blanco señalaban el lugar donde seguramente lo habían alcanzado unos fragmentos de la explosión de la máquina de humo. También había dos agentes. Uno llevaba una botella marrón en la mano y estaba inclinado sobre la mesa del señor Quisling escribiendo algo, mientras que la otra estaba sellando una bolsa transparente que contenía un pedacito de papel.

El agente que estaba en la mesa se incorporó.

—¿Qué significa esto?!

La placa de su uniforme lo identificaba como E. Pike. La otra agente se acercó a ellos, ahuyentándolos con la bolsa de plástico que llevaba en la mano.

—Volved afuera. Venga, venga.

Emily ignoró a los agentes y le habló al señor Quisling:

—Coolbrith lo está suplantando en los Buscadores de Libros. Cada una de las fechas de la lista es la de un incendio provocado después de que usted encontrara el ejemplar de *Tom Sawyer*. Le están tendiendo una trampa.

El señor Quisling frunció el ceño.

—¿Cómo sabéis lo de Coolbrith? ¿Cómo...?

—Muy bien. —El agente Pike cerró el bolígrafo y se lo metió en el bolsillo de la camisa—. Vosotros, chicos, no podéis estar aquí.

Emily no quiso perder carrerilla, porque sabía que tenía poco tiempo antes de que los agentes los obligaran a marcharse.

—James y yo tendríamos que haber dicho algo antes, pero pensamos que usted y Coolbrith intentaban resolver el código indescifrable...

—¿El código indescifrable? —El señor Quisling se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Emily, de verdad que este no es el momento.

El agente Pike le hizo una seña con la cabeza a su compañera, que dio un paso al frente y suavemente hizo retroceder a Emily y a James hacia el pasillo.

Emilyladeó la cabeza para gritar por encima del hombro de la agente:

—¿Coolbrith lo engañó para que pensara que era su antigua novia y que lo estaba guiando en una misión de los Buscadores de Libros!

Jamesladeó la cabeza por el otro lado de la agente y añadió:

—Ayer había un hombre en Coit Tower que provocó un incendio después de que usted encontrara el libro. ¿Era Coolbrith!

El señor Quisling se quedó boquiabierto.

Se oyó un ruido de pasos que corrían por el pasillo. Emily se preparó para ver más agentes que venían a llevárselos a James y a ella, pero en lugar de eso el señor Sloan se apoyó contra el marco de la puerta, intentando recobrar el aliento.

—¿Se puede saber qué pasa?

El agente Pike levantó los brazos al aire. Su pareja habló por una emisora portátil.

—Los vi merodear por el colegio —dijo el señor Sloan, jadeando—. Siento que

los hayan molestado. Los sacaré a la parte delantera.

Después de la angustia que había pasado, pensando si debía decirle algo al señor Quisling, Emily no se podía creer que sus palabras no hubieran surtido ningún efecto. A lo mejor al señor Quisling lo había sorprendido su arrebató, pero ahora tenía la misma expresión que cuando había pillado a Emily y James pasándose una nota en su clase: decepcionado, pero no preocupado ni interesado. La imagen del profesor cuando salió despedido de la máquina de humo que había explotado se repitió en su mente. Volvió a sentir el sofocante olor a papel quemado de la librería de Hollister.

—Es Charlie, señor Quisling —dijo Emily—. Quiere que usted parezca un pirómano. Él hacía de DJ y trajo la máquina de humo y tiene que haber puesto el sodio dentro, sabiendo que podía pedirle a usted que añadiera el líquido más tarde. Seguramente también puso la botella en su clase y le dio a la policía el chivatazo anónimo.

—¿Charlie? ¿Mi antiguo alumno? —El señor Quisling sacudió la cabeza, negándose a creer a Emily—. Esa es una acusación muy grave.

—Lo sé, pero alguien está haciendo grandes esfuerzos por tenderle una trampa. Y usted le puso a Charlie el único suspenso que ha sacado en su vida. Desde entonces se la tiene guardada.

El agente Pike suspiró y sacó el bolígrafo. Pulsó el botón para sacar la punta y preguntó:

—¿Ese Charlie tiene apellido? ¿Sigue aquí?

—Me acuerdo de Charlie —dijo el señor Quisling—. No era un chico irascible ni tenía maldad. Tampoco estaba muy motivado, por eso lo suspendí. No se molestaba en hacer los deberes. No me imagino a Charlie tomándose el tiempo y la iniciativa para hacer lo que dices que hizo.

—No subestime a un alumno despechado —dijo el señor Sloan. Apoyó las manos en los hombros de Emily y James—. Tenemos que dejar que la policía haga su trabajo. —Suavemente los volvió a guiar hacia el pasillo mientras les decía a los agentes—: Hace poco la sorprendió un incendio en una librería. Muy traumático, como ya se pueden imaginar. Los acontecimientos de esta noche seguramente han reavivado las sensaciones de estrés.

Emily se erizó al oír aquello. Al principio pensó que era porque él quería hacer pasar su preocupación por una especie de histeria, y estaba cansada de que no la tomaran en serio. Pero después se dio cuenta de lo que había dicho y algo encajó en su sitio. Se apartó para encararse con el señor Sloan.

—¿Cómo sabe que yo estaba en la librería de Hollister el día del incendio?

El señor Sloan soltó una risa entrecortada.

—Vamos, Emily. Tú has hablado del tema.

Emily negó con la cabeza.

—En la primera reunión del comité de baile, después del incendio, usted dijo que sentía saber que yo estaba allí cuando sucedió. Pero yo nunca dije que trabajaba en la

tienda. Casi nadie sabía que yo estaba echando una mano en la librería los sábados por la mañana.

—Aquel incendio salió en las noticias —dijo el señor Sloan.

—Pero las noticias no hablaban de Emily —señaló James.

Emily se atrevió a mirar al resto de la gente que se encontraba en la habitación. El señor Quisling estudiaba al sustituto como si se hubiera tratado de un cuadro en un museo. Los agentes estaban tan atentos como un par de gatos que vigilan a un ratón.

El señor Sloan sonrió con un gesto conciliador y habló despacio:

—El incendio sucedió hace semanas, Emily. En un colegio se corre la voz. ¿Y no os vi a los dos en la fiesta literaria de la librería de Hollister? Puede que fuera allí donde me enteré de que trabajabas los sábados en la tienda.

—Esa fiesta se celebró antes de que empezara a ayudar a Hollister —señaló James.

A Emily se le nubló la vista y se vio de nuevo en la Casa del Árbol de la librería, la noche del fuego, oyendo la campanilla de la puerta una y otra vez. Si el señor Quisling había encontrado el *Tom Sawyer* y se había marchado, Charlie podía haber salido después para «echar monedas en el parquímetro», como decía él, dejando a Emily sola en la tienda. Si el señor Sloan entró entonces, pudo suponer que la tienda estaba vacía cuando provocó el incendio, pero darse cuenta de que se había equivocado al oír cómo llamaba a Charlie, o si después se había apostado fuera, oculto en algún sitio, y la había visto salir corriendo a la calle.

—Usted es Coolbrith. —Emily habló con decisión, procurando mostrar más confianza de la que sentía en realidad.

El señor Sloan se echó a reír.

—Ni siquiera sé de qué me estás hablando. ¿Se puede saber lo que significa eso de que yo soy Coolbrith?

Emily se volvió hacia el señor Quisling. Su profesor no se iba a echar a reír ni mucho menos, pero no sabía si su ceño fruncido iba dirigido a ella o si la teoría empezaba a tener sentido. Siguió adelante para explicar su teoría antes de que los agentes perdieran interés en lo que tenía que decir.

—¿Por qué rellenó la máquina de humo, señor Quisling? —preguntó Emily. Parecía una pregunta importante—. Charlie la trajo con el equipo de DJ. ¿Por qué no lo hizo él?

—Vivian le dijo a Charlie que no empezara con la música de baile y los efectos especiales hasta después del juego, ¿lo recuerdas? —saltó James—. Así que quizá no podía hacerlo él mientras ponía música. Puede que tuviera que pedirle a otra persona que lo hiciera.

—Charlie se lo pidió a otra persona —respondió el señor Quisling. Estaba tranquilo en apariencia como una tetera antes de que el agua se ponga a hervir y la haga silbar—. ¿No es cierto, Harry? Pero tú estabas demasiado ocupado encargándote de la mesa de los aperitivos; o al menos eso es lo que me dijiste cuando me pediste

que cogiera el líquido de humo de la sala de profesores y conectara la máquina para el DJ.

El señor Sloan puso un gesto impaciente.

—No dejes que estos niños te manipulen, Brian. Ha sido una noche muy larga y estresante. Creo que estás desorientado.

El señor Quisling dio un paso adelante, y los agentes se pusieron tensos, como preparándose para separar a los dos hombres si fuera necesario.

—Ahora recuerdo quién eres —dijo el señor Quisling—. Han pasado más de treinta años, pero me estoy acordando. No te hacías llamar Harry. Cuando trabajábamos juntos, tú eras Harvard Sloan, ese amigo raro de Miranda.

El señor Sloan resopló.

—¿Ahora te acuerdas de mí? Claro que sí, ahora, cuando te conviene. En septiembre pasado en el laberinto literario no te acordabas. Apenas tenías un segundo para hablar conmigo, te sentías tan crecido y poderoso con tu victoria... Pero yo sí que me acordaba de ti. Es difícil olvidar a alguien que te ha arruinado la vida.

—Yo no te arruiné la vida —respondió el señor Quisling.

Sloan soltó una risotada.

—¿Cómo que no? Ah, se me olvidaba, también eres un experto en mi vida, aunque hace cinco segundos ni siquiera te acordabas de mí.

—Si estás hablando de aquella vez que te despidieron del instituto Hamlet, eso no fue culpa mía.

El señor Sloan sacudió la cabeza, asqueado.

—Jamás he conocido a nadie tan arrogante. Tan egocéntrico.

Los agentes se miraron y el oficial Pike dio un paso hacia delante.

—Señores... —comenzó, pero Sloan no le hizo caso.

—Me falló una sola demostración en la clase de Química y tú saliste corriendo para denunciarme al director.

—Lanzaste una bola de fuego a través de la clase —dijo el señor Quisling con voz neutra.

—Fue un accidente. Era mi primer año como profesor. No hubo ningún herido. Pero tú estabas deseando librarte de mí. Sabías que era solo cuestión de tiempo que te quitara el trabajo y la novia. Conseguiste que me despidieran y aquello desató una reacción en cadena que me arruinó la vida. Pero... ¿sabes una cosa? —Sloan se acercó al señor Quisling escupiendo mientras siseaba—, soy el Fénix. Siempre vuelvo a renacer de las cenizas.

—Está bien. —El agente Pike se metió entre los dos hombres. Colocó una mano firme sobre el hombro del señor Sloan—. Voy a pedirle que se vaya con mi compañera mientras yo termino aquí arriba.

El profesor sustituto cerró la boca y dejó que lo sacaran del aula.



Capítulo 43

Veinte minutos más tarde, el agente Pike se marchó, después de terminar su informe con el señor Quisling y de tomar declaración a Emily y James.

—Entonces, ¿el señor Sloan es el pirómano? —preguntó James—. ¿Se tomó tantas molestias para vengarse por algo sucedido hace más de treinta años?

—Parece que así es. —El señor Quisling soltó un fuerte suspiro, se derrumbó en su silla y se desabrochó el cuello de la camisa—. Qué manera de desperdiciar una buena cabeza.

—Me daría pena si no estuviera tan furiosa por el daño que les ha hecho a usted y a Hollister —dijo Emily—. Es triste. Son muchos años para guardarle a alguien tanto rencor. Son más años de los que yo tengo.

—Más años de los que tenemos tú y yo juntos —la corrigió James.

—Vale, vale. —El señor Quisling levantó las manos—. Ya lo pillo: soy viejo. —Esbozó una leve sonrisa y suspiró—. No tenía que haber aceptado aquella misión. Al principio acepté porque..., bueno, me cuesta rechazar un reto.

Emily asintió. Se sentía identificada.

—De hecho, al principio di por supuesto que Coolbrith era mi hijo Robbie. El título de la misión, «Por los viejos tiempos», parecía un guiño a nuestra época de jugar juntos. Sin embargo, después de encontrar el primer y el segundo ejemplar de *Tom Sawyer* estaba claro que Coolbrith era alguien que conocía mi antigua fascinación por el código indescifrable. Era un poco raro viniendo de Robbie, pero yo le había hablado del tema. Incluso una vez lo llevé a la biblioteca para que pudiera verlo, cuando era más pequeño y aficionado a los acertijos y al juego de los Buscadores de Libros.

»El caso es que no me paré mucho a pensar porque parecía un juego inofensivo. Cuando el cifrado por libro del segundo *Tom Sawyer* mencionó un mapa, enseguida pensé en mi vieja amiga Miranda. Ina Coolbrith era su poetisa favorita.

»Jamás se me ocurrió pensar en el señor Sloan. El año pasado, cuando me encontré con él en las actividades de los Buscadores de Libros, me resultaba vagamente familiar. Pero suponía que era por la relación con los Buscadores de Libros. Hacía tiempo que me había olvidado de qué lo conocía realmente. Era un amigo de Miranda al que apenas recuerdo. Un parpadeo en el radar de mi vida. Por lo visto yo no era simplemente un parpadeo en el suyo.

—No se atormente —dijo James—. El señor Sloan quería hacerse pasar por alguien interesado en jugar con usted de manera amistosa. Alguien que quería reavivar su interés por el código indescifrable.

—La verdad es que ni siquiera creo que le importara el código indescifrable —comprendió Emily.

—No, creo que no le importaba. —El señor Quisling estaba de acuerdo—. Lo usó porque sabía que me llamaría la atención. Sobre todo si pensaba que los mensajes venían de Miranda. —Se sonrojó al decir estas palabras—. Bueno, se hace tarde. ¿Habéis llamado a vuestros padres?

¡Padres! Emily y James se miraron presas del pánico. Con las prisas y la preocupación por el señor Quisling habían olvidado por completo informar de que estaban bien. Seguro que las familias de los alumnos habían recibido mensajes de texto automáticos después de la evacuación del gimnasio. Si alguien intentaba localizarlos delante del colegio se estaría volviendo loco. Echaron a correr por los pasillos oscuros, con su profesor, hacia la puerta principal.

—Mi madre y mi abuela están haciendo el *catering* de una cena de San Valentín esta noche —dijo James—. Seguro que ni siquiera saben qué ha pasado.

—Puede que lo sepa tu padre —dijo el señor Quisling, un poco jadeante.

—Está de viaje. Otra vez.

Su tono un poco amargo le hizo pensar a Emily en el señor Sloan y su resentimiento que duraba décadas. ¿Sería eso lo que le había pasado? Una gota de amargura cada vez, revivida una y otra vez hasta que acababa con un cubo lleno.

Emily tampoco sabía si sus padres estarían delante del colegio. No miraban mucho el contestador ni tenían activadas las notificaciones con sonido, porque no les gustaban las interrupciones de los aparatos electrónicos. A lo mejor estaban en casa creyendo que todo iba bien y que Emily estaba en el colegio ayudando a recoger después del baile.

Salieron por las puertas principales y vieron que todo estaba mucho más tranquilo que antes. El camión de bomberos seguía allí, pero la ambulancia había desaparecido. Quedaba un coche de policía. Emily supuso que el agente Pike y su compañera seguían dentro, hablando con el señor Sloan. Muchos alumnos se habían marchado o ya los habían recogido. Visto desde lo alto de los escalones, el grupo de chicos y

profesores que quedaba, tocados con sombreros de Abraham Lincoln y pelucas de George Washington arrastrando globos, parecía un pícnic en plena noche en lugar de las secuelas de una evacuación de incendio.

Emily vio a *Sal*, la furgoneta de la familia, antes que a su padre. Estaba delante, con el director. Los dos buscaban entre la multitud, el director con un teléfono pegado a la oreja.

—¡Papá! —Emily lo llamó levantando la mano.

El señor Crane volvió la cabeza hacia la entrada principal del colegio y esbozó una enorme sonrisa. El director Montoya bajó los hombros con un suspiro de alivio exagerado.

—¡James! —llamó una voz.

Emily corría por el camino de la entrada cuando vio al padre de James que bajaba de un coche haciéndole señas con la mano.

—¿Papá? —dijo James—. ¿Qué haces aquí?

Emily y James llegaron junto a sus padres al mismo tiempo. Emily oyó que el señor Lee decía:

—Decidí regresar un día antes.

James abrazó a su padre por la cintura y enterró la cabeza en su pecho. El señor Lee rio suavemente, luego levantó una mano y la pasó por el pelo de James con un gesto tímido, aplastando a *Steve* con su caricia.

El señor Crane rodeó a Emily con el brazo y la estrujó con fuerza.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —le preguntó.

—Se incendió una máquina de humo.

Todavía no quería empezar a explicar la historia del señor Sloan, el pirómano en serie. Sabía que después tendría que repetírsela a su madre y después seguramente otra vez a Matthew, porque él también querría oírla. De pronto se dio cuenta de que estaba muy cansada y ahora mismo lo único que le apetecía era acurrucarse en la cama con un buen libro.

—Por cierto, antes de que lo olvide —dijo su padre—, esta tarde te llamaron por teléfono. Creo que era una bibliotecaria de la pública de San Francisco.

—¡La señorita Linden! —Emily entrelazó las manos.

No se acordaba de que le había dejado un mensaje.

—Sí, Linden. Así se llamaba. Le pregunté si tenías muchas por retrasos en las devoluciones, pero me dijo que solo te llamaba para responder unas preguntas sobre barcos.

Su padre subrayó la palabra «barcos» como si la señorita Linden hubiera dicho «cerdos espaciales intergalácticos».

Emily se dio cuenta de algo.

—Tengo que hablar con el señor Quisling. Espera, papá.

El profesor estaba de pie donde lo había dejado, en la escalera principal del colegio, con su típica postura: las piernas separadas, los brazos cruzados

enérgicamente sobre el pecho y una mirada dura (que ahora a Emily le parecía más bien «punzante y vigilante» antes que «dura»).

—Quería contarle una cosa más, señor Quisling. Es algo bueno.

Este levantó una ceja.

—¿Sí?

Emily miró a James, que caminaba hacia el coche con su padre.

—En realidad debería dejar que se lo cuente James. Él fue quien lo resolvió.

—Resolvió..., ¿qué resolvió? ¿No querrás decir el código indescifrable...?

Habría deseado poder sacar una foto de la cara de incredulidad del señor Quisling. Al final no era ella quien había resuelto el código, y además había descubierto que el señor Quisling era mucho menos despiadado de lo que ella había creído, pero aun así la complacía pensar que habían superado a su profesor.

—Será mejor que se lo mostremos en persona. ¿Puede reunirse con James y conmigo en la Biblioteca Central mañana por la tarde? En la sexta planta, en el Centro de Historia.



Capítulo 44

Después de contarle a su familia todas las cosas emocionantes que habían pasado aquella noche, se derrumbó en su cama pensando en leer unos minutos, pero despertó en plena noche completamente vestida y con los cartones de Scrabble todavía puestos. Se puso el pijama y fue a cepillarse los dientes. Apenas había salido al pasillo cuando oyó a sus padres hablando en la sala. Su madre solía trabajar hasta tarde y seguramente aquella noche su padre se había quedado con ella.

—¿Tú crees que Emily se va a llevar un disgusto? —preguntó él.

Emily se quedó paralizada al oír su nombre.

—Es lo correcto para la familia, David. Es una oportunidad estupenda.

—Ya lo sé, pero se trata de un cambio muy grande. Y le prometimos...

Su madre lo interrumpió:

—Apuesto a que te sorprenderá.

Emily volvió corriendo a la cama porque no quería seguir oyendo nada más. Sabía de qué estaban hablando y no tenía nada que ver con el incendio del colegio ni con el señor Quisling. Sus padres le habían hecho una promesa recientemente: que no volverían a mudarse. Le prometieron que San Francisco sería su hogar hasta que los propios Emily y Matthew decidieran que no les importaba volver a mudarse. Ese era el trato. Habían quedado en eso. Y ahora sus padres estaban a punto de retirar su promesa.

Emily daba vueltas y más vueltas en la cama, estirando la sábana arrugada a patadas. Recordó la discusión que había oído por accidente entre los dos. Su padre había perdido un cliente y algún dinero. San Francisco era un sitio caro para vivir. Tenían presupuesto solo para un año. Pero le habían prometido que no volverían a

mudarse.

A la mañana siguiente, Emily no les dijo nada. Seguía esperando a que su padre dejara caer la bomba, pero con cada bocado de sus cereales y comentario alegre sobre el buen tiempo que iba a hacer aquel día, ella imaginaba una aguja interna que se acercaba muy despacio a la zona roja, como una especie de medidor de enfados.

Emily pasó el resto del día en su habitación con la nariz enterrada en un libro. Quería dejar que pasara el rato hasta que James y ella pudieran ir a la biblioteca para encontrarse con el señor Quisling. Por fin era casi la hora de marcharse. Cuando estaba comprobando de nuevo que llevaba la libreta y unos bolígrafos de repuesto en la mochila, entró Matthew y se tiró sobre la cama.

—Me aburro. ¿Quieres salir a hacer algo? Podemos dar un paseo hasta la playa de Fort Mason. O ver si hay alguna cosa en Washington Square.

—No puedo —dijo Emily—. James y yo vamos a volver al Centro de Historia.

—¿El sitio de la bibliotecaria de pelo verde?

Emily asintió.

—¿Seguís intentando descifrar ese viejo código?

—Ya no lo intentamos. Lo hemos descifrado.

Matthew se incorporó.

—¿En serio?

—En serio —afirmó Emily mientras cerraba la cremallera de su mochila.

Su padre asomó la cabeza por la puerta.

—Ah, bien, estáis los dos aquí. Chicos, ¿tenéis un momento para una charla en familia? Vuestra madre y yo queremos hablar una cosa con vosotros.

Emily respiró hondo. Intentaba calmar aquella aguja del medidor de enfados para que no entrara en la zona roja.

—¿Es por lo de anoche? —preguntó Emily en un tono tranquilo, aunque ya conocía la respuesta.

—No, no, qué va. —Su padre se frotó la cabeza con una mano y miró el suelo con un gesto tímido—. Solo es que a lo mejor hay que hacer algunos cambios.

Matthew lanzó un gemido.

—¿Es que nos mudamos otra vez?

Su padre levantó la vista, sorprendido.

—Creí que a ti te gustaba mudarte.

Matthew levantó los brazos y le habló al techo, como si conversara con James, que estaba en el piso de arriba.

—¿Por qué todo el mundo piensa eso? Hay que ver lo incomprendido que puede llegar ser uno cuando intenta ponerle las cosas fáciles a todo el mundo.

A Emily le parecía increíble que su padre tuviera que escoger aquel momento, justo cuando estaba a punto de salir para hacer algo que llevaba esperando todo el día, para dejar caer la gran noticia. Además, sabía que su padre lo hacía a propósito. Seguro que pensaba que era todo un detalle: primero le arrancaba la alfombra de

debajo de los pies y luego dejaba que se divirtiera para no pensar en las magulladuras. Pero la cosa no funcionaba así. Ella iba a ir a la biblioteca tal y como había planeado: sin magulladuras. Su noticia podía esperar.

—Ahora no es un buen momento. James y yo tenemos que hacer un trabajo de investigación en la biblioteca para un proyecto del colegio. Cierran a las cinco.

Sonó el timbre de la puerta y Emily sintió un gran alivio. Por dentro le agradeció a James su don de la oportunidad.

—¿Podemos dejarlo para más tarde?

El señor Crane suspiró.

—Sí, esto puede esperar.

Matthew miró a Emily con una ceja levantada cuando su padre salió de la habitación.

—¿Desde cuándo el código indescifrable es un proyecto del colegio? —preguntó.

Emily señaló con el dedo pulgar donde su padre acababa de estar de pie.

—No pienso sentirme mal cuando son ellos los que nos han estado engañando.

—¿Acaso sabes algo que yo no sé? —preguntó Matthew.

—Sí —dijo Emily sencillamente—. El caso es que James y yo hemos quedado en la biblioteca con el señor Quisling. Le vamos a enseñar lo que hemos descubierto. Así que esto es casi como un proyecto del colegio.

—Bueno, pues si no quieres que mamá y papá se enteren de la verdadera razón por la que vas a la biblioteca, tendrás que llevarme contigo.

—¡Qué dices! ¿Por qué?

Matthew se encogió de hombros.

—Porque me aburro. Y si me dejas aquí y no tengo nada que hacer, seguro que empiezo a pasearme por la casa, presa del estupor, balbuceando cosas sobre el código indescifrable. No sé lo que podrían llegar a oír mamá y papá.

Emily levantó la vista hacia el techo.

—Si de verdad quieres venir, vente.

Matthew sonrió y al levantarse tiró a Emily de la coleta.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca.



Capítulo 45

Emily, James, Matthew, el señor Quisling y la señorita Linden se apelotonaron alrededor del documento original del código indescifrable mientras Emily y James se turnaban para explicar cómo habían descifrado el mensaje. Emily señaló los pasos en su libreta, desde la idea de usar la palabra «esperanza» como clave del cifrado hasta la de escribir las letras de la cuadrícula en el orden en que caían al leer las columnas de arriba abajo y de derecha a izquierda.

Por fin, pasó una página para desvelar el mensaje final:

X T E R C E R A R B O L A L E S T E D E R O C A P A T O

—Hay que ver —comentó impresionado el señor Quisling sacudiendo la cabeza—. Menudas dotes de observación que tenéis vosotros dos. Jamás se me habría ocurrido preguntarme por esa marca marrón ni pensar en la tinta invisible. Muchos suponen que se trata de un invento moderno y no se dan cuenta de que hace mucho tiempo que se utiliza como herramienta.

—¿No os parece fascinante también —saltó la señorita Linden— que la mayoría de la gente que ha intentado descifrar este código, a lo largo de los años, seguramente daba por supuesto que el buscador de oro original era la caricatura estereotipada de un hombre blanco, una especie de Yosemite Sam?

—Sí, exacto —dijo el señor Quisling entusiasmado—. Uno se da cuenta de lo mucho que puede limitarse si se niega a pensar fuera de sus ideas preconcebidas. Habéis hecho un trabajo excelente, los dos.

—Esto es muy emocionante. —La señorita Linden juntó las manos y les dijo a

Emily y James—: Os suplico que me dejéis formar parte de esta aventura. Me encantaría llevaros a Gull Island en el barco cuando vosotros queráis. Si lo que marca el mapa de verdad es Gull Island y no Yerba Buena, creo que tendréis muchas más oportunidades de identificar esa roca del pato de la que habla, porque es un sitio pequeño. Calculo que habrá un total de quince árboles en la isla, así que aunque la roca del pato sea esquivada, hasta podéis encontrar este punto final investigando los árboles uno por uno.

Emily se había emocionado tanto explicando cómo habían resuelto el acertijo que por un instante olvidó el hecho de que efectivamente podía existir algo al final de aquellas indicaciones. Algo valioso que haría cambiar de opinión a sus padres acerca del gran cambio que se preparaban para anunciarles a ella y a Matthew.

—¿Podemos ir ahora mismo? —preguntó.

—¡Por supuesto! —La señorita Linden miró al señor Quisling, luego consultó su reloj—. Bueno, yo termino de trabajar en media hora. Si queréis, podemos quedar en la marina dentro de una hora. Necesitaré un permiso de vuestros padres, claro.

Emily se mordió el labio.

—¿Nos puede dar un minuto para hablarlo? —preguntó, dejando claro que James, Matthew y ella formaban ese «nos».

—Claro, os podéis reunir con nosotros en el mostrador principal cuando estéis listos.

—¿Qué os parece? —preguntó Emily cuando ya no había adultos en la sala.

—Yo me apunto. —Matthew se encogió de hombros.

—A mi madre le cae bien el señor Quisling. Seguro que me da permiso si viene él —dijo James.

Emily no estaba tan segura de lo que dirían sus padres. No habían hablado mucho con su profesor, pues solo llevaban cuatro meses y medio viviendo en San Francisco. Después del incendio de la librería de Hollister, y de lo que había pasado la noche anterior, no sabía muy bien si les haría mucha gracia que saliera a navegar con dos adultos a los que en realidad no conocían, aunque Emily les prometiera que eran de fiar. Sabía que solo había una forma de que les dieran permiso a Matthew y a ella para ir a la isla, y seguramente entonces también la madre de James se quedaría más tranquila.

—¿Puedo usar tu teléfono? —le preguntó a Matthew.

Él se lo entregó y Emily marcó el número del móvil de su padre.

—Hola, soy yo —dijo cuando él contestó al teléfono—. ¿Os apetece a ti y a mamá vivir una pequeña aventura ahora mismo?



A los padres de Emily les sorprendió lo del repentino paseo en barco. Pero una de las ventajas de tener unos padres a los que les gustaban las nuevas experiencias era

que a menudo se apuntaban a planes improvisados. Emily, James y Matthew corrieron de la biblioteca a casa para ponerse ropa más abrigada y reunirse con los Crane. Después, el grupo volvió a encontrarse en la marina.

En menos que canta un gallo, los siete llevaban chalecos salvavidas y cruzaban la bahía hacia Gull Island, meciéndose en un pequeño velero. Hacía un frío tremendo, y Emily se alegraba de haber hecho caso a su madre cuando esta le dijo que se llevara el forro polar.

La divertía ver que el señor Quisling y la señorita Linden se llevaban de maravilla. Al principio pensó que eran demasiado diferentes para congeniar. Él era rígido y respetuoso con las normas, y la señorita Linden parecía cualquier cosa menos eso, con aquel pelo lleno de mechones de colores y los tatuajes. El señor Quisling le preguntó a la bibliotecaria cómo había aprendido a navegar, y ella se subió la manga de la chaqueta para mostrarle el tatuaje que conmemoraba la primera vez que había navegado hasta las islas Farallon. Entonces él empezó a preguntarle por las historias que había detrás de cada tatuaje, y luego Emily se quedó atónita cuando vio que se subía la pernera del pantalón para mostrarle a la señorita Linden un tatuaje de una rosa de los vientos en tinta azul.

Mientras el señor Quisling y la señorita Linden hacían buenas migas, Emily y James les contaban a sus padres lo del código indescifrable y adónde se dirigían.

—¿Dices que Mark Twain tuvo este cifrado en sus manos? —repitió su padre con incredulidad.

La madre de Emily se volvió hacia el señor Quisling.

—¿Y cómo descubrió usted esta leyenda?

—Fue en el año 1978, aunque resulte difícil de creer, cuando me presté voluntario para recuperar un barco ballenero que apareció enterrado bajo de la ciudad. El código indescifrable está relacionado con el barco, el *Niantic*, así que el viejo acertijo volvió a ser centro de atención durante un breve tiempo.

»Llegué a deducir que el papel podría a la vez ser un mapa. Una vez incluso recorrí la isla de los Ángeles con una antigua novia y un detector de metales. Esperábamos encontrar el oro. —El señor Quisling sacudió la cabeza, rememorando su juventud.

—¿En serio? —preguntó Emily.

El señor Quisling asintió.

—Yerba Buena pertenecía a la Armada en aquella época y no era fácil entrar, así que cruzamos los dedos y esperamos tener suerte en la isla de los Ángeles. Cuando Coolbrith dijo que tenía nueva información sobre el mapa, creí que a lo mejor Miranda había descubierto cuál era la isla. Claro que aquel mensaje no era más que un truco.

—Comprendo que esto tiene que sonar absurdo —dijo el profesor dirigiéndose a los padres de Emily—. Un hombre adulto que se dedica a cazar libros y tesoros.

El padre hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—No tiene que darnos explicaciones. A nosotros nos dicen lo mismo por habernos propuesto vivir en cada uno de los estados.

—Y todos hemos oído hablar de la caza de libros gracias a Emily —añadió la señora Crane.

—Y no es absurdo, al menos a mí no me lo parece —terció la señorita Linden—. Estará hablando en broma. Yo paso de los cuarenta y estoy en un club de Yatzy de competición y me paso el tiempo libre coloreando libros. No voy a juzgar a nadie por participar en una misión de los Buscadores de Libros, sea cual sea su edad. De hecho, creo que la gente debería mover el trasero y dedicarse a cumplir misiones, eso es lo que creo.

—¿El trasero? —repitió James, y el señor Quisling soltó una fuerte carcajada al oírlo.

La señorita Linden sonrió de oreja a oreja.

—El trasero. Ya lo he dicho y no pienso retirarlo.

El grupo permaneció en un silencio contemplativo durante el siguiente tramo, escuchando el golpeteo de las olas contra el barco. La señorita Linden señaló al frente, a un pequeño montículo de tierra que asomaba del agua, como un caparazón de tortuga rugoso.

—Gull Island. Ahí delante —anunció—. Puedo acercarme bastante, pero después tendréis que coger el bote hasta la playa. Os recomiendo que no vayáis más de tres a la vez. Yo me quedaré en el barco. Por aquí pasa demasiada gente para dejarlo desatendido.

Los padres de Emily y Matthew se ofrecieron a quedarse con la señorita Linden, puesto que el señor Quisling, Emily y James eran los que habían trabajado en el código indescifrable desde el principio. Matthew se tumbó en un banco con las manos detrás de la cabeza y el sol en la cara y declaró:

—Esto es justamente lo que necesitaba.



El bote era una pequeña Zodiac hinchable donde a duras penas cabían Emily, James, el señor Quisling con su detector de metales y dos palas de diferentes tamaños.

En cuanto vieron que el agua ya no cubría, arrastraron la embarcación hasta una franja estrecha de la playa de guijarros. Los gritos de los pájaros sofocaban los ruidos de la bahía. La señorita Linden no los había engañado al decir que la isla se había convertido en un refugio para las aves. Había gaviotas blancas que caminaban como patos por la playa; otra clase de pájaro de color gris volaba por encima de ellos.

La isla tenía una pendiente suave que era fácil de subir hasta la cima. La parte más difícil para Emily fue evitar poner la mano en alguna roca salpicada de excrementos de pájaro al trepar. Desde lo alto de la cuesta se veía toda la isla. Estaba

cubierta de pequeños arbustos aquí y allá, con una roca de vez en cuando y algunos árboles. Gracias a lo llano que era el terreno y al pequeño tamaño de la isla, podían verla entera. Seguro que se podía cruzar de lado a lado en diez minutos.

—¿Alguna de esas rocas os parece un pato? —preguntó el señor Quisling.

Empezaron a recorrer la isla al azar, escrutando las rocas como si se tratara de esculturas.

—¿Esta? —James señaló una roca que no era mucho más grande que un balón de fútbol.

Emily ladeó la cabeza y comprendió que lo que una persona llama «pato» para otra es «conejito». Esto podía resultar tan complicado como ver el mismo dibujo en las nubes, aunque al menos las rocas no cambiaban de forma.

Se dedicaron a vagar y analizar rocas durante lo que les pareció un largo rato. El cielo empezó a aclararse con un bonito tono rosa. Emily sabía que eso quería decir que se quedaban sin tiempo para la aventura de aquella noche.

—¿Qué os parece esa? —gritó el señor Quisling.

Emily se acercó más y entonces la vio: una roca que parecía un pato descansando en el agua, con el cuello pegado al cuerpo. Incluso había una lasca de roca que se extendía como si fuera una especie de pico.

—¡Creo que puede ser aquí! —exclamó Emily, emocionada.

—El este queda por allí —señaló el señor Quisling.

Emily y James corrieron hacia donde indicaba su dedo exclamando a cada árbol que pasaban: «¡Uno..., dos..., tres!».

El tercer árbol era más un tocón que un árbol en sí. No estaba cortado, pero parecía que una tormenta o un rayo lo había partido hacía mucho tiempo. En la base tenía una zona hueca con tantos excrementos de pájaro que era casi completamente blanca.

—¡Qué asco! —exclamó Emily.

El señor Quisling blandió su detector de metales por delante del árbol. Cuando lo acercó al lateral, se oyó un pitido. Los tres se quedaron paralizados y se miraron.

—Será mejor que no nos emocionemos mucho todavía —les advirtió el señor Quisling—. Podría ser una falsa alarma.

Pero el pitido seguía sonando cada vez que peinaba el tronco del árbol.

—Casi da la impresión de que tuviera algo justo dentro —dijo James. Estudiaron el hueco del árbol que estaba recubierto por capas y capas de excremento de pájaro—. Es como una fortaleza de caca de pájaro. —James hizo una mueca.

Si al señor Quisling le daba asco, no se le notaba nada. Comenzó a rascar suavemente la corteza blanca con la punta de una pala. Poco a poco la fue desprendiendo hasta que surgió una abertura oscura. Emily se acercó, intentando mirar el interior. Echaba de menos el móvil de Matthew para que pudieran alumbrarse.

El señor Quisling clavó la pala y esta vez la movió de un lado a otro para ver qué

había en el hueco. La pala golpeó contra algo que emitió un sonido metálico sordo.

Aquello no sonaba a excremento de pájaro.

Aquello no sonaba al interior del árbol.

—Eso ha sonado a metal —dijo James.

El señor Quisling metió la mano en el agujero oscuro. Solo de verlo Emily sentía un hormigueo incómodo. Aunque la abertura había estado sellada por los excrementos de pájaro, ¿qué pasaba si aquello seguía siendo un nido de serpiente o de otro animal? A lo mejor su ocupante tenía una entrada diferente de aquella por donde se estaban colando.

Pero el señor Quisling no chilló y tampoco parecía que nada lo estuviera atacando. Desenterró muy despacio una lata grande y oxidada.

—Madre mía —murmuró James.

—De verdad espero que eso sea lo que creo que es —dijo Emily.

El señor Quisling abrió la tapa. Metió la mano dentro y sacó un cuenco negro. Era lo bastante pequeño para caber en la palma de la mano y tenía un diseño sencillo.

Emily sabía que seguramente no era muy realista esperar encontrar un cofre del tesoro lleno de monedas de oro relucientes, pero el cuenco la desilusionó bastante.

—¿Ya está? —se extrañó James—. ¿Ese es el tesoro del buscador de oro del código indescifrable?

El señor Quisling sacó un papel de la lata. Lo desdobló y vio que era una carta con caracteres chinos por una cara y un inglés de escritura primitiva por la otra.

—Es difícil entender la letra, pero parece que pone *Wong Ming-Chung*. Seguramente se trata de un título de propiedad.

—¿Sabe una cosa que no tiene sentido? —preguntó James—. Si esto es de cerámica, ¿por qué salta el detector de metales?

—Es por la lata —le aseguró el señor Quisling—. Se sabe que da un falso positivo al buscar oro.

—¿Puedo ver el cuenco? —preguntó Emily.

Era negro mate, como una pizarra. Emily frotó el dedo pulgar por la superficie irregular y la sorprendió ver que la parte negra desaparecía. Empezó a asomar un tono marrón oscuro. Emily siguió frotando y quitó un poco más de la parte negra.

—Esto es como hollín —dijo—. Mirad, si se frota, el cuenco aparece distinto por debajo.

—Increíble —exclamó el señor Quisling. Tomó el cuenco y empezó a frotar con fuerza usando una esquina de la camisa. Enseguida se puso negra. El oro brillaba en medio del hollín que lo rodeaba.

—Hemos encontrado el oro —dijo Emily, que apenas podía creer lo que estaba viendo.

James empezó a vitorear. Echó la cabeza hacia atrás y gritó al cielo:

—¡Hemos encontrado el oro!



Capítulo 46

De vuelta en el barco, Emily y James parecían un par de ranas entusiasmadas que saltaban por todas partes mientras explicaban cómo habían desenterrado el cuenco de oro del árbol hueco. La señorita Linden soltó una carcajada.

—¡Tranquilos, tranquilos! ¡Estáis haciendo que se balancee el barco! ¡Lo último que queremos hacer ahora es volcar y perder el tesoro en el fondo de la bahía!

—Lo primero que vamos a tener que hacer —anunció el señor Quisling—, es contactar con el dueño de la isla. Por derecho de propiedad, este cuenco le pertenece.

Emily y James, las ranas saltarinas, se quedaron clavadas en el sitio.

—¿Cómo que le pertenece a él? —quiso saber James.

—¿A pesar de que nosotros hicimos todo el trabajo para encontrarlo? —añadió Emily.

—Puede ser, pero eso dependerá de un montón de cosas distintas. Es muy probable que os conceda una recompensa por el hallazgo. Habrá que esperar a ver.

Emily tuvo que contener las lágrimas. Procuró disimular lo desilusionada que se sentía, pero su madre se dio cuenta enseguida.

—¿Qué pasa, Em?

Ella negó con la cabeza.

—Nada —dijo. Pero después las palabras brotaron como una cascada, dirigidas a su padre—: Sé de qué nos querías hablar esta mañana. San Francisco es demasiado caro y tenemos que volver a mudarnos. Este era mi plan para solucionar eso.

Golpeó el cuenco con un dedo. No paraba de parpadear, intentando con desespero no echarse a llorar delante de todo el mundo.

—Mira, Em —dijo su padre, que de repente se había puesto pálido—. Eso no es

lo que os quería contar a Matthew y a ti.

—¿Ah, no?

La señorita Linden había hecho girar el barco y regresaba a San Francisco. Emily y su padre gritaban por encima del viento. Matthew se inclinó hacia delante para oír lo que iba a decir su padre.

—Lo que quería contaros es que me han ofrecido un trabajo en Bayside Press. Pero antes de aceptarlo quería tener el visto bueno por vuestra parte. Sé que el señor Griswold significa mucho para vosotros, y como los dos sois asesores del comité juvenil... Bueno, pensé que si me ponía a trabajar allí a lo mejor era como ser profesor en vuestro colegio o algo parecido. Sé que quizá no os guste que vuestro padre ande dando vueltas por un sitio que es tan personal para vosotros.

—¿Lo dices en serio? —Emily se levantó de un salto y abrazó a su padre—. ¡Sería estupendo que trabajaras en Bayside Press! ¿Vas a ayudar al señor Griswold con sus juegos?

Su padre se echó a reír.

—No, yo trabajaré con las publicaciones. Ya sabes, esa parte de la compañía que de verdad se dedica a los negocios. Voy a ser el editor de producción de los libros de texto de Humanidades y Ciencias Sociales.

—¡Qué aburrido suena! —gritó Matthew.

Su padre rio otra vez.

—Supongo que sí. Pero a mí me hace ilusión. Qué raro, llevaba años creyendo que jamás querría volver a tener un trabajo con horario de oficina. Lo mío era la vida del autónomo. Pero ahora estoy deseando tener un poco de estabilidad.

—Y que nos quedemos en San Francisco —añadió Emily.

—Sí —asintió su padre—. Y que nos quedemos en San Francisco.



—¡Ya va a empezar! —gritó el padre de Emily por el pasillo.

Ella estaba sentada en el sofá, junto a él, abrazada a un cojín. Había pasado una semana desde su excursión a Gull Island y en cualquier momento iba a aparecer su cara en la pantalla del televisor, hablando con la periodista del código indescifrable y del tesoro encontrado.

—¡Ya voy! —La madre de Emily llegó corriendo desde la otra punta del apartamento, con las pulseras tintineando al correr.

Matthew se tiró en el sofá al lado de Emily.

—Ya empieza —dijo esta, que escondió la cara detrás del cojín, asomando solo los ojos.

Su padre sonrió y le dio unas palmadas en la pierna.

—No pasa nada, Emily. ¡Lo hiciste muy bien!

El reportaje empezaba con un breve repaso a la historia del código indescifrable.

—¡Ahí está la señorita Linden! —señaló Emily.

Las imágenes la mostraban abriendo la carpeta de papel manila para mostrar el código y el mapa originales.

El reportaje pasó a unas imágenes de la periodista, de pie en Gull Island, junto al tronco del árbol donde habían hallado el tesoro. El viento le revolvía el pelo mientras decía:

—Gracias a la astucia de dos alumnos de secundaria y su profesor de Ciencias Sociales, se ha resuelto algo que desde hace siglos era un misterio, y se ha encontrado el tesoro en este preciso lugar.

Ahora en la tele se veía a Emily, James y el señor Quisling sentados en su clase, donde la periodista los había entrevistado.

—¿Imaginabais que de verdad encontraríais un tesoro? —les preguntó la periodista a Emily y a James.

Este respondió:

—Me lo imaginaba tanto como puedo imaginar volar en un cohete espacial o luchar contra unos zombis. ¿Sabe?, me lo imaginaba pero no es que de verdad creyera que iba a suceder.

—Y al descubrir el tesoro, ¿qué sentiste, Emily? —le preguntó a ella.

—Al principio fue emocionante, porque encontramos algo...

James la interrumpió:

—Bueno, al principio más que nada fue asqueroso, por toda la caca de pájaro.

Emily se echó a reír.

—Es cierto. Y luego cuando encontramos el cuenco estaba desilusionada. No parecía oro ni de lejos, así que pensé que no era más que vieja chatarra. Y luego volvimos a emocionarnos otra vez al ver que, después de todo, sí que era oro.

—Y usted, señor Quisling —preguntó la reportera—, ¿qué siente como profesor suyo?

—Me siento increíblemente orgulloso. Hemos resuelto un misterio histórico, y eso no habría sido posible sin el trabajo duro y la dedicación de estos dos alumnos.

Sobre unas imágenes del cuenco, la voz de la periodista comentaba:

—¿Cuál fue el descubrimiento revolucionario de estos astutos muchachos? El símbolo chino de la esperanza, pintado en el papel con una solución cítrica. La acidez hace que se oscurezca al calentarse, lo que la convierte en una tinta invisible que se puede encontrar de manera habitual en muchos hogares. Al descubrir que el mapa incorporaba tanto el chino como el inglés, los chicos acabaron resolviendo el misterio.

Ahora la pantalla del televisor mostraba a una mujer de la Sociedad Histórica China hablando con la periodista.

—No era corriente durante la fiebre del oro en San Francisco que los chinos conocieran tanto el inglés como el cantonés, pero tampoco era algo inaudito —decía la historiadora—. Sabemos de inmigrantes chinos como Ah Quin, que escribió un

diario en inglés en un esfuerzo por practicar el idioma. El minero que creó el código indescifrable sin duda era culto, seguramente un comerciante que tenía trato tanto con las poblaciones anglófonas como con las cantonesas.

»La carta está fechada en 1853, y en aquellos tiempos existía mucho antagonismo hacia los chinos. Era el único grupo obligado a pagar un impuesto especial por trabajar en las minas. Si se negaban a hacerlo no existía protección legal, de modo que quedaban expuestos a robos o palizas o algo peor, sin recursos legales ni protección de ninguna institución como la policía. A causa de este ambiente hostil, los mineros chinos a veces fundían el oro y lo moldeaban dándole la forma de algún objeto de uso cotidiano, como un cuenco, y después lo cubrían con ceniza para ocultar su valor. Por motivos que seguramente jamás llegaremos a conocer, este minero además se tomó la molestia de ocultar el oro para recuperarlo más tarde.

Terminó el reportaje y el padre de Emily la abrazó.

—¡Ha sido fantástico!

—Estás hecha una auténtica Indiana Jones —la felicitó Matthew.

Sonó el timbre.

—Es James —anunció Emily—. Es hora de ir a la librería de Hollister.



El escaparate nuevo de la librería de Hollister saludó a Emily, James y Matthew como una cálida sonrisa. La tienda aún no había abierto. Hollister decía que todavía quedaba un largo camino por recorrer antes de poder abrir. Pero se habían reparado los daños estructurales y aquel día iba a celebrar una fiesta de pintura.

Las estanterías vacías se apelotonaban en el centro de la sala, esperando para ser pintadas. El suelo estaba cubierto de lona hasta el último centímetro. Habían montado una mesa grande. El señor Quisling había acudido a la fiesta de pintura y estaba preparando los pinceles, los rodillos y las cubetas en un lado mientras que la señorita Linden organizaba un surtido de aperitivos y bebidas en el otro. El señor Griswold cubría la ventana y el marco de la puerta nuevos con una cinta azul. Jack tapaba el mostrador principal con un plástico.

También habían acudido los perros del señor Griswold. *Angel* estaba enroscada encima de un montón de lonas y *Claus* se dedicaba a olisquear cada milímetro de la tienda.

—Perros en una fiesta de pintura. Típico de Gary. —Hollister sacudió la cabeza—. Sabes que se van a llenar el pelo de pintura, ¿verdad? —preguntó.

El señor Griswold agitó una mano.

—¡No pasa nada! De todas formas les toca ir a la peluquería.

James dejó en el suelo la bolsa de plástico que traía y comenzó a desempaquetar la comida que su madre y su abuela se habían empeñado en que llevara: unas hojas de plátano al vapor rellenas de arroz con pollo y rollitos de primavera fritos.

Emily y James habían invitado al comité de baile y enseguida empezaron a llegar los miembros que lo formaban. Vivian no sabía qué hacer sin el portapapeles en las manos, así que se puso a ordenar otra vez los materiales que había colocado el señor Quisling. Kevin y Devin se fueron derechos hacia los perros. *Claus*, entusiasmado, se puso a jugar con ellos, y Maddie y Nisha se echaron a reír al ver que habían llevado platos de comida muy parecidos. El de Maddie eran empanadas con buey desmenuzado y queso; el de Nisha, unas samosas con *curry* de pollo y guisantes.

Charlie no estaba en la fiesta de la pintura. Hollister lo había despedido. Aunque no fue él quien provocó el incendio, como sospechaba Emily al principio, sí que había mentido en lo de ir a echar monedas al parquímetro. Resultó que aquella no era su única mentira. Hollister lo había contratado porque decía que sabía mucho de programación de ordenadores y desarrollo de páginas web, pero lo cierto era que acababa de empezar a aprender HTML. El motivo por el que había salido de la tienda el día del incendio era que necesitaba consultar un manual de instrucciones que se había dejado en el coche.

—¿Solo estaba empezando con el HTML? ¡Pero si es de lo más básico! ¿Y decía que era un experto? —exclamó James, asombrado de que alguien pudiera mentir tan descaradamente—. ¿Por lo menos sabía algo de JavaScript?

—Parece que Charlie era aprendiz de todo y maestro de nada —suspiró Hollister—. Aunque no hubiera mentido, lo habría despedido igual. Dejar mi tienda sin vigilancia y con una menor sola dentro no es una decisión responsable ni mucho menos.

Aunque Charlie no había sido un buen empleado para Hollister, Emily se sentía culpable por haberlo acusado ante la policía de ser un pirómano. De no haber descubierto la historia verdadera del señor Sloan, sus palabras podían haber causado un montón de problemas a una persona inocente.

Hollister recorrió su tienda vacía con la mirada.

—Esta pequeña tienda está lista para una nueva etapa. Quiero que sea alegre. Con paredes de color naranja, estanterías blancas... Creo que quedará bonita.

—Va a quedar fantástica —afirmó Jack.

—Será como estar metidos en un polo de naranja —dijo Matthew, y todos se echaron a reír.

—Sí —asintió el señor Griswold—. ¿Y a quién no le gusta hojear libros dentro de un polo de naranja? Imagino que será el sueño de todo bibliófilo.

Emily vio una prueba de color en la pared, de un tono naranja como el sol.

—Me gusta el color que has elegido, Hollister. Creo que también pintaré mi habitación de ese color.

—Esto me recuerda una cosa. —James abrió la nevera que habían traído y les enseñó una montaña de *It's-Its*—. Hemos hecho un bote con parte del dinero del tesoro para traer esto a la fiesta de pintura.

—¡*It's-Its*! —Hollister aplaudió ilusionado—. Hace años que no me como uno.

¿Hay de menta? —Empezó a rebuscar entre los sándwiches helados envueltos en sus plásticos—. ¡Sí, sí que hay!

Levantó el premio con un gesto triunfante y se puso a hacer un bailecito que exaltó a *Claus*.

—*Claus* —lo llamó el señor Griswold con voz seria. Cuando el perro acudió al trote, se acercó a su oreja y susurró en voz muy alta—: No te preocupes. Yo voy a compartir el mío contigo y con *Angel*.

Cuando todo el mundo hubo elegido su sabor de helado, el señor Quisling les preguntó a Emily y James:

—Bueno, chicos, ahora ya nos habéis invitado a helado, ¿qué otros planes de futuro tenéis para el dinero de vuestra recompensa?

A su regreso de Gull Island, el señor Quisling había seguido el protocolo de entregar el cuenco hallado a la policía. Puesto que habían encontrado el oro en una propiedad privada, lo primero que había que hacer era notificárselo al dueño de Gull Island. Resultó que él se quedó tan impresionado con la historia y tan conmovido por la importancia histórica del hallazgo que donó el cuenco a la Sociedad Histórica China. A Emily y James les dio diez mil dólares a cada uno por encontrarlo. Como sus padres no tenían problemas de dinero con el nuevo trabajo de su padre, le insistieron a Emily para que se quedara con su parte. El padre de James rechazó el dinero cuando este se lo ofreció, y lo que hizo fue prometer que haría menos viajes de negocios. Así que James y ella habían trazado un plan alternativo que anunciaron emocionados.

—Ya que lo pregunta... —James miró a Emily y ella le hizo una señal con la cabeza, animándolo a continuar—. Nos gustaría darte el dinero a ti, Hollister. Para ayudarte a montar la tienda otra vez.

Hollister estaba a punto de morder el sándwich helado. Se quedó boquiabierto, pero volvió a cerrar la boca rápidamente y se limpió los labios con una servilleta. Se agarró el pecho en broma e hizo ver que se tambaleaba hacia atrás, luego se echó a reír cuando todos los asistentes a la fiesta empezaron a aplaudir y a vitorear por el anuncio de James.

—Vosotros dos... —Hollister les pasó los brazos por los hombros y los estrujó contra él—. Vosotros dos sois lo mejor. Es una oferta muy generosa, pero voy a rechazarla.

—¿Cómo? —Emily se apartó sorprendida—. ¿Por qué?

—Es vuestra recompensa. Vosotros dos os habéis ganado el dinero, y deberíais compraros algo especial. Guardad el resto para la universidad. El hecho de que hayáis pensado en darme el dinero ya es un regalo para mí.

—Pero... —Emily miró a su alrededor, las telas para tapar los muebles y las estanterías apelotonadas—. ¿Y tu tienda?

—Mi tienda y yo estaremos bien, tú no te preocupes. De hecho, he estado ideando mi propio plan, con mucha ayuda de mi viejo socio. —Hollister señaló con la cabeza

al señor Griswold y dijo—: ¿Por qué no haces los honores y se lo cuentas a todo el mundo, Gary?

El señor Griswold sonrió.

—Creí que no me lo ibas a pedir nunca. —Levantó su *It's-It*—. Quiero hacer un brindis. Por Hollister y el magnífico futuro que seguramente tendrá tu tienda. Y por todos estos jóvenes y su generosidad al donar su tiempo en el día de hoy. Como sabéis, me quedé muy impresionado con el juego que organizasteis para el baile del colegio el fin de semana pasado. Me inspiró mucho vuestro ingenio. —El señor Griswold bajó la vista un momento y carraspeó—. Si os soy sincero, me he sentido como una persona diferente desde que me atacaron el pasado otoño.

»Al ver vuestro juego recordé que la energía que aportamos al mundo es contagiosa. El efecto se multiplica, ya sea fomentando el miedo o la diversión, la crueldad o el cariño. Pudisteis oír las risas de vuestros compañeros de clase durante el juego. La energía positiva que se generó era palpable en aquel gimnasio.

»Plantasteis una idea en mi imaginación. Corrí a casa e inmediatamente llamé a Hollister, y ahora, sin más preámbulos, me gustaría anunciar mi próximo gran juego.

La tienda había quedado en silencio, aparte de una suave música de *jazz* que sonaba como telón de fondo para las palabras del señor Griswold. Al mencionar el nuevo juego todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, hasta Jack, que parecía tan sorprendido por la noticia como todos los demás.

—¿Qué es?

—¿Cuál va a ser la actividad?

—¿Un nuevo juego?

Claus se sentó, soltó tres ladridos rápidos y todos se echaron a reír.

Cuando todos se callaron, el señor Griswold preguntó:

—¿Habéis oído hablar de los juegos donde hay que escapar de una habitación? —Todo el mundo seguía en silencio, así que se explicó—: Los participantes están en una habitación cerrada y tienen que trabajar juntos para resolver una serie de acertijos y salir antes de un tiempo establecido.

—Suenan divertidos —dijo *Emily*.

—Es muy divertido y he decidido organizar uno en la localización de los desafíos de escape por antonomasia en la ciudad de San Francisco.

—¿Y dónde es eso? —preguntó *James*.

—Alcatraz —respondió el señor Griswold.

—¿Quiere decir Alcatraz, Alcatraz? —insistió *James*—. ¿La vieja cárcel de la isla?

—La única e inconfundible.

Hollister lanzó un silbido y sacudió la cabeza.

—Cuando me contó la idea le dije que estaba loco, pero Gary siempre piensa a lo grande.

—La actividad se llamará... —El señor Griswold agitó una mano en el aire como

destapando una pancarta—. . . «Descifra la roca».

—¡Alucinante! —exclamaron Kevin y Devin—. ¿Y nosotros podremos asistir?

—¡Pues claro! También invitaré a algunos de los mejores concursantes de los Buscadores de Libros de todo el país, y el resto de las entradas se van a subastar para recaudar fondos de ayuda para que la librería de Hollister vuelva a funcionar. ¿Qué me decís? ¿Os apetece embarcaros en esta aventura?

Todo el grupo empezó a vitorear. Emily chocó su It's-It con el de James, y luego con los de Nisha y Vivian.

Maddie se acercó.

—Creéis que tenéis ventaja solo porque habéis encontrado un cuenco dorado —dijo, aunque con una sonrisa de complicidad en la cara.

—¿Qué te parece si por una vez trabajamos en el mismo equipo? —respondió Emily.

—Y, entonces, ¿qué gracia tiene? —Chocaron sus It's-Its.

Luego se unieron a Devin y a Kevin, que habían empezado a tararear: «¡Descifra la roca! ¡Descifra la roca!». Todo el mundo se unió a su cántico menos el señor Quisling, que estaba allí de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, pero que sin embargo parecía divertirse. A su lado, la señorita Linden movía los hombros al ritmo del cántico. Chocó su cadera contra la de él en broma, y el señor Quisling sonrió de oreja a oreja mientras llevaba el ritmo con un dedo como si estuviera agitando un banderín.

Emily pensó que jamás se había sentido tan ligera y feliz. El primer día que entró en la tienda de Hollister, hacía muchos meses, ni siquiera estaba segura de poder llamar amigo a James, tan nuevo era todo. El señor Quisling y Maddie la intimidaban mucho en aquella época. El señor Griswold existía tan solo en internet y en su imaginación. Emily no creía que llegaría nunca a saber lo que se siente al pertenecer a un lugar o a un grupo de gente aparte de tu familia. Y ahora, en unos pocos meses, estaba rodeada no solo de sus amigos, sino de una comunidad. Jamás quería dejar de sentir esa sensación. Pensó en lo que le había dicho el señor Griswold, en lo importante que era crear momentos positivos y generar buena voluntad. Se preguntó si con eso conseguiría que aquella sensación durara para siempre.

Le quedaba la esperanza.

NOTA DE LA AUTORA

El código indescifrable es una obra de ficción; sin embargo, es cierto que me inspiré en acontecimientos y personajes históricos. A continuación hallaréis algunos de los datos que se encuentran detrás de la ficción.

Mark Twain, Tom Sawyer y el código indescifrable

La leyenda del código indescifrable es del todo inventada, pero es cierto que Mark Twain vivió en San Francisco de 1864 a 1866. Por aquel entonces era conocido como Samuel Clemens, su nombre de nacimiento, y trabajaba como reportero para el periódico *Morning Call*. En aquellos años escribió *La rana saltarina*, el cuento corto que dio impulso a su carrera literaria, y lo firmó con su famoso seudónimo. El Transamerica Redwood Park, adonde llegaron Emily y James siguiendo al señor Quisling, es un parque real que se puede visitar en San Francisco, también conocido como Mark Twain Plaza. La fuente que rodea el señor Quisling tiene esculturas de ranas saltarinas como homenaje al cuento de Twain.

Mientras vivía en San Francisco, Twain conoció a un bombero de la ciudad llamado Tom Sawyer. El libro de Robert Graysmith titulado *Black Fire: The True Story of the Original Tom Sawyer* cuenta que Mark Twain y Tom Sawyer se conocieron en el lugar donde hoy en día se encuentra el parque de secuoyas. En el año 1864 había allí un gran edificio llamado Montgomery Block, que albergaba el bar llamado Bank Exchange y los baños turcos, lugares en los que se dice que Twain y Sawyer se relacionaban.

Fue el propio Sawyer quien aseguró que Twain tomó prestado su nombre para el personaje que después se haría emblemático. En un artículo del *Morning Call*, publicado en 1895, aparece Sawyer diciendo:

«[Twain] se acerca a mí y apoya las manos sobre mis hombros. “Tom — dice—, voy a escribir un libro sobre un chico, y tengo en mente a un chico de lo más duro que puede haber en el mundo. Tom, esa es justo la clase de chico que debiste de ser tú. Creo que voy a titular el libro *Tom Sawyer*. ¿Cuántas copias quieres, Tom, a mitad de precio?”».

Twain jamás desmintió la afirmación de Sawyer, pero tampoco la confirmó nunca. Queda para la historia el averiguar si el relato de Sawyer era cierto.

En una entrevista de 1898, Sawyer relató un viaje a Virginia City, Nevada, donde pasó algún tiempo con Mark Twain. En *Black Fire*, Graysmith escribe acerca de esta

visita que «Sawyer pasó unas noches trepidantes con su amigo Sam y los amigos de él. Estuvo bebiendo y jugando con él y todos los jugadores empedernidos...». A partir de ahí fabulé una situación en la que Twain acababa aceptando el código indescifrable como pago por una deuda de juego.

Los incendios a los que se decía que había sobrevivido el código indescifrable son incendios históricos verdaderos. El primero fue el gran incendio de San Francisco, en 1851, el peor de una serie de incendios que arrasaron aquella ciudad joven y en rápido desarrollo. El *Niantic*, que se había quedado en tierra para pasar de ser un ballenero a convertirse en un local de negocios y comercio, ardió hasta la línea de flotación en este fuego. Los restos del *Niantic* quedaron en tierra, junto a los de muchos otros barcos convertidos en tiendas, cuando se rellenó el litoral para urbanizarlo. El hotel Niantic se construyó sobre los restos del viejo barco y, cuando el hotel sufrió un grave incendio en 1872, fue reconstruido para convertirse en el Edificio Niantic, que después quedó destruido por el terremoto de 1906 y los incendios posteriores.

El segundo fuego fue el que Mark Twain vivió en Virginia City cuando estaba alojado en el hotel White House, poco tiempo después de la visita de Tom Sawyer. El tercer incidente afectó al bar de Tom Sawyer, que regentó durante los últimos veinticinco años de su vida, en el número 935 de Mission Street. Su bar quedó destruido por un incendio en 1906 y Sawyer murió un poco más tarde, aquel mismo año.

La fiebre del oro

En enero de 1848 se descubrió, de manera discreta, que existía oro cerca del lugar que hoy en día se conoce como Sacramento, unas pocas semanas antes de que se incluyera a California en el amplio territorio cedido a Estados Unidos como parte del Tratado de Guadalupe Hidalgo para acabar con la guerra entre Estados Unidos y México. La fiebre del oro se convirtió en un suceso internacional que atrajo a buscadores de fortuna de todo el mundo, incluidos China, México, Chile, Australia, Alemania y Francia. San Francisco, en un periodo de dos años, pasó de ser un pequeño asentamiento con una población aproximada de mil personas a más de veinte mil. San Francisco era el puerto principal de entrada y, dado que en aquel tiempo no existía el ferrocarril transcontinental, mucha gente llegaba en barco. A veces esos barcos quedaban abandonados y atascaban Yerba Buena Cove, porque las tripulaciones se dirigían al norte, a las minas de oro. Como los materiales de construcción eran escasos y caros, en ocasiones aquellas naves se desmantelaban para aprovechar los materiales o se arrastraban a tierra para convertirlas en locales comerciales y de negocios, como sucedió con el *Niantic*.

Al final, Yerba Buena Cove se rellenó y se urbanizó. Las tierras más cercanas al agua eran las más preciadas, tanto por su proximidad a los barcos que portaban las

mercancías como porque la mayoría de los terrenos en San Francisco eran montañosos y resultaban complicados para construir en aquella ciudad tan joven.

Como estaba en juego la posibilidad de apropiarse de enormes riquezas, las tensiones entre los diferentes grupos étnicos estaban generalizadas en la época de la fiebre del oro. En 1850, cuando California se convirtió en un estado, la legislatura promulgó un impuesto a los mineros extranjeros, lo que significaba que los mineros que no fueran americanos debían pagar una tarifa de veinte dólares al mes. Aquella época era con frecuencia anárquica y, en particular, las minorías recibían poca o ninguna protección legal. Según la colección de libre acceso de la biblioteca de la Universidad de Harvard, los chinos a menudo adoptaban la práctica singular de fundir oro para fabricar objetos para el hogar, tales como ollas y otros utensilios, con la intención de proteger de los ladrones todas sus riquezas. Aquel detalle, además de la lectura de *The Chinese in America*, escrito por Iris Chang, *Chinese San Francisco 1850-1943*, por Yong Chen y el relato de ficción de la serie *Dear America*, *The Journal of Wong Ming-Chung*, por Lawrence Yep, inspiraron la historia original del código indescifrable.

Los barcos hundidos de San Francisco.

La gran excavación para recuperar el *Niantic*, en la que el señor Quisling participó en el año 1978, es un hecho que sucedió en la realidad.

Los restos del barco fueron descubiertos cuando una cuadrilla de obreros excavaba un solar preparando la construcción de un nuevo edificio. Se detuvieron los trabajos para avisar al Museo Marítimo y ver qué partes del viejo barco podían rescatarse. En el Museo Marítimo, Emily y James contemplan una parte de la popa del *Niantic*, un modelo en miniatura del barco reconvertido en tienda durante la fiebre del oro y objetos del proyecto de excavación del año 1978. Estas exposiciones existen de verdad (en el momento de la publicación de este libro) y se pueden visitar, aunque están repartidas entre el Museo Marítimo y el Maritime National Historical Park Visitor Center. Por exigencias de la narración, yo las situé en un solo lugar.

Aunque el *Niantic* es el más conocido de todos, se pueden contar al menos cuarenta y siete barcos de la época de la fiebre del oro enterrados bajo la ciudad de San Francisco.

Gull Island

Gull Island es una isla ficticia, pero me inspiré en Red Rock Island, la única que es propiedad privada en toda la bahía de San Francisco. (¡Y que está a la venta en el momento en que escribo estas palabras!).

Wave Organ

Wave Organ es una escultura acústica encargada por el museo Exploratorium de San Francisco. Se encuentra en un muelle construido a partir de los restos de la demolición de un cementerio.

Sodio y agua

Algunos metales alcalinos, como el sodio y el potasio, provocan una reacción química explosiva cuando se mezclan con agua. El sodio, el elemento que el pirómano emplea en mi historia, es un metal plateado que es blando a temperatura ambiente y normalmente se almacena dentro de un aceite mineral por su capacidad de explotar espontáneamente. Cuando se echa un terrón de sodio en agua (cosa que solo deben hacer los profesionales cualificados equipados con material protector), se obtiene hidróxido de sodio e hidrógeno, lo que hace que el metal gire en el agua y estalle en llamas. En YouTube se pueden encontrar muchos vídeos donde se ve esta reacción.

AGRADECIMIENTOS

El código indescifrable no existiría sin mi editora Christy Ottaviano, que concibió *Los Buscadores de Libros* en forma de serie. Con su apoyo se convirtió en lo que es a día de hoy. También ha sido fundamental para la existencia de este libro mi agente literaria, Ammi-Joan Paquette, que siempre me convence de que lo voy a conseguir, aunque yo dude de mí misma. Es un honor y una alegría trabajar para las dos.

Esta historia también está en deuda con toda la gente de la editorial Macmillan, que rechazó el título original (y el segundo y el tercero... No lo sintáis por mí, no eran títulos muy buenos). Recibí un correo electrónico que decía: «¿Puedes pensar otra cosa?» en el mismo momento en que me había metido en un callejón sin salida con el argumento de esta historia. Claro que mi editora no lo sabía, pero yo había perdido el hilo y me invadía el pánico. Me preocupaba no ser capaz de sacar adelante esta secuela. Me pidieron que pensara un título que sonara más divertido, algo como *El código indescifrable*. En aquel punto aún no había ningún código indescifrable en la historia, pero leí el correo electrónico y pensé: «Un momento...». Y *voilà!*, encontré la salida del callejón y volví a ponerme en marcha.

Ha sido estupendo trabajar con todo el equipo de Macmillan. Doy las gracias a Jessica Anderson, Starr Baer, Nicole Banholzer, Molly Brouillette, Lucy Del Priore, Katy Halata, Kathryn Little, Kallam McKay, Amanda Mustafic, John Nora, Caitlin Sweeny, Mark von Barga, April Ward, Melissa Zar, y tantas otras personas que han trabajado duro en este libro. Gracias a Sarah Watts por las maravillosas ilustraciones de la edición original.

Gracias a las siguientes personas que tuvieron la amabilidad de responder a mis preguntas mientras investigaba temas de lo más variados para el libro: Yong Chen, Pat Cordor, June Cutter, Lisa Shah Evans, Jenni Frencham, Neal Griffen, Vanessa Harper, Ann Kodani, Adi Rule, Ryan Russo de Walk SF Tours, Elaine Vickers, Steve Wood y Laura Young-Cennamo.

Un abrazo y gracias a Tharind Boppearachchigedon, Joaquin Diaz y Morgan Rieb, tres jóvenes seguidores de *Los Buscadores de Libros* que leyeron un primer borrador del libro. Vuestros comentarios fueron muy útiles y me dieron un impulso de confianza cuando más lo necesitaba.

A mis queridas compañeras del grupo de autoras Writing Roosters: Tracy Abell, Vanessa Appleby, Claudia Mills, Laura Perdew, Jennifer Simms y Michelle Begley, que siempre estará con nosotras en espíritu: vuestro apoyo, risa, sabiduría, crítica perspicaz y amistad me animan. Muchísimas gracias. También le estoy agradecida a toda la comunidad de autores de literatura infantil. Esta historia en particular y mi bienestar mental durante su creación se vieron favorecidos por los consejos e impresiones de Ann Bedicheck, Tara Dairman, Kari Anne Holt, Ingrid Law, Jeannie

Mobley, Katherine Rothschild, Jennifer Stewart y Elaine Vickers.

Gracias a mi familia y amigos, siempre, por vuestro amor y vuestro apoyo, y por comprender la agitación que me ha rodeado a lo largo de estos últimos dos años.

Gracias en especial a mi marido Justin: solo la lista de razones ocuparía un libro entero. A nuestro hijo: tú tenías tres y cuatro años cuando escribí esta historia y tengo que darte ventidiez noventa y nueve abrazos y achuchones por ser el mejor pequeñín que una madre pueda desear.

A los librereros, bibliotecarios, educadores y otras personas que día a día promocionan la literatura infantil. Gracias por vuestra labor. Muchos de vosotros habéis recibido *Los Buscadores de Libros* con los brazos abiertos y establecido relaciones importantes conmigo. A riesgo de olvidar a alguien y luego arrepentirme, tengo que dar las gracias a las siguientes personas por ofrecerme tanta inspiración y ser tan increíbles: Sarah Azibo, Eric Barbus, Lauren Baumgartner, Leslie Berkler, Kim Campbell, Kirsten Cappy, Jesica DeHart, Brooke Dilling, Drew Durham, Scott Fillner, Kristen Gilligan, Cressida Hanson, Brett Keniston, Sharon Levin, Angela Mann, Cheryl McKeon, Kim Parfitt, Kari Riedel, Angie Tally, Susan Tunis, Brianne Walterhouse y Susan Whited.

Por último, a los seguidores entusiastas del primer libro: Gracias. A lo largo de este último par de años he tenido la oportunidad de conocer a alguno de vosotros y he intentado escribir la mejor secuela posible como un homenaje. Espero que la hayáis disfrutado.



Jennifer Chambliss Bertman nació en San Francisco y estudió Escritura Creativa y Danza en la Universidad de California.

Le gusta escribir historias con un poco de misterio, una pizca de humor y grandes dosis de diversión.

Los buscadores de libros es su primera novela y ha sido un bestseller destacado en *The New York Times*, *Publishers Weekly* y Amazon, entre otros.